



Señora de
ASOLO

SIOBHAN DAIKO

Señora de Asole

Siobhan Daiko

Traducido por Cinta Garcia de la Rosa

“Señora de Asolo”

Escrito por Siobhan Daiko

Copyright © 2015 Siobhan Daiko

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Cinta Garcia de la Rosa

Diseño de portada © 2015 J.D. Smith

“Babelcube Book. —y “Babelcub. —son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Título](#)

[Página de Copyright](#)

[Señora de Asolo](#)

[1 | ITALIA | JUNIO 1989](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

Traducido del Original por Cinta García de la Rosa (<http://cintagarcia.com>)
Cuadro de la portada: “Asol. —de Douglas Bland (cortesía de la Mellor Collection)

Diseño de portada www.jdsmith-design.com

Editado por John Hudspith www.johnhudspith.co.uk

Envíen sus consultas a info@fragrantpublishing.com

Para Clodagh

ITALIA

JUNIO 1989

Fern abrió de un empujón la puerta de su dormitorio. Algo se estaba quemando, de eso estaba segura. En el pasillo, el sol de la mañana se filtraba por las persianas, pero no había señales de fuego. El pasadizo estaba libre de humo. *Oh, gracias a Dios.* Ella olfateó el acre olor. *¿Lejía?*

Una sensación de aire frío y su piel se erizó.

—*¡Lorenza!*

Fern saltó. —*¿Quién anda ahí?*

Resonaban bufidos desde detrás de la puerta cerrada. Tía Susan, la hermana de papá, podía roncar como para que la escucharan en toda la Bretaña, al igual que papá. *¿Quizás la voz que pensaba haber oído era sólo un eco?*

Arrastrando las zapatillas, Fern caminó por el pasillo y bajó la escalera de caracol. En la cocina, un gordo gato atigrado se entrelazó alrededor de sus piernas. Ella se agachó para acariciar la suave piel, capturando el aroma de las rosas del jarrón sobre la mesa. La habitación abierta daba a un amplio porche delante de la planta baja de la casa de Tía Susan. Había una chimenea entre los armarios, y un área para sentarse con un sofá, un sillón, y un televisor más allá. Era una cocina acogedora, muy usada y cómoda. No como la “caja de zapato. —donde ella preparaba sus propias comidas en Londres.

A través del ventanal, una estrecha carretera abrazaba viñedos y maizales. La luz del amanecer iluminaba una cadena de colinas en la distancia. Un antiguo edificio que parecía una fortaleza se asentaba sobre la cima más alta, y debajo del fuerte anidaba el pueblo de Asolo. Un lugar para escritores, músicos y artistas, según decía la gente. Fern se frotó los ojos para ahuyentar el sueño. *¿Encontraría la paz que estaba buscando aquí?*

—*Lorenza...*

El susurro, tan lastimero, venía justo de su lado. —*¿Quién es?*

Silencio.

Sintiéndose un poco ridícula, Fern repitió la pregunta.

Nada. *Debe ser mi imaginación.*

Ella se acercó a la librería y cogió la última novela de su tía. *La Amante del Duque – Un Romance, por Susan Finch.* A ella le encantaba leer y no podía esperar a perderse en la historia.

Su pie golpeó algo duro. Un astillado trozo de madera. De unos quince centímetros de largo. Ennegrecido por el fuego. *¿Lo había traído el gato?* Ella se inclinó y lo tocó con un dedo. Frío como una tumba. Con una sensación de náusea en su estómago, lo recogió y lo lanzó a la chimenea. *¿Era eso lo que había olido? No. Hacía mucho que había ardido...*

—*Lorenza.*

La palabra colgaba en el aire.

Una astilla de hielo se deslizó por la espalda de Fern. Con un aullido el gato se fue corriendo de la habitación, su cola erizada hasta el doble de su tamaño normal. Las tablas del suelo crujieron por encima de su cabeza.

—*¿Eres tú, querida mía? Te has levantado temprano —dijo Tía Susan con su entonación galesa.*

Bajó las escaleras con una vieja bata de franela que abrazaba su figura rolliza, y retirándose el encrespado pelo gris de su frente, desplazando un par de gafas con montura de carey.

—Algo me despertó y no pude volver a dormirme de nuevo.

Tía Susan le dedicó una mirada miope. —¿Un mal sueño?

—No lo creo. —Ella esperaba estar curada de sus pesadillas. Los horribles sueños de llamas y muerte. Humo saliendo de los túneles ennegrecidos. El pánico y la asfixia y la quemazón en sus pulmones.

—*Lorenza...*

Como un suave eco.

—¿Has oído eso?

Tía Susan encendió la tetera. —¿Oír el qué?

—Alguien susurrando.

—No puedo oír nada —dijo Tía Susan, colocándose las gafas sobre su nariz—. Debe ser el viento.

Fern miró por la ventana, pero los olivos fuera estaban completamente quietos. Ella miró hacia la chimenea. No había señales del trozo de madera que había lanzado allí antes. Se dijo a sí misma que no fuera patética. Tenía que haber una explicación para los susurros. Alguien fuera podría estar gritando *Lorenza* o sus oídos podrían estar engañándole. Pero no sus ojos. Ella estaba segura de que había visto ese trozo de madera quemada.

—¿A dónde ha ido Gato Gucci? —Tía Susan echó agua en la tetera—. Él está normalmente aquí por la mañana, suplicando que le alimenten.

—Le he visto antes. No te preocupes.

—Oh, eso es bueno. Podríamos ir a Asolo después de desayunar, si quieres.

—¡Perfecto! Cogeré mi bloc de dibujo e intentaré capturar el paisaje. —Fern se frotó los brazos—. ¿No hace frío aquí?

—Yo no tengo frío. De hecho, lo contrario. Principios de junio puede ser tan caluroso como en pleno verano. Simplemente estás cansada después de tu viaje de anoche, querida mía. Yo siempre tengo frío cuando estoy cansada.

—Supongo.

Se marcharon en el Fiat 500 de Tía Susan y, media hora más tarde, estaban sentadas a la mesa en la terraza exterior del Caffè Centrale, bebiendo espumosos cappuccinos al calor de un glorioso día soleado.

Fern estudió el edificio con las paredes pintadas al fresco al otro lado de la plaza adoquinada. El sol iluminaba los contornos difuminados de una escena de una batalla, caballeros a caballo portando lanzas, fantasmas de siglos pasados. ¿Pero no faltaba algo? ¿No debería haber una escalera externa que llevara al primer piso? No. Ésta era su primera visita a Asolo. Ella debía estar equivocada.

Una fuente adornaba el centro de la plaza, una columna con estrías en la base, y una paloma de pecho fuerte y grueso se balanceaba hacia abajo para beber de la corriente. El león alado de San Marcos vigilaba la escena desde la cima del pilar. *Símbolo de la República Veneciana*. ¿Cómo demonios sabía eso?

Ella golpeó la cucharilla del café en un lado de su taza. Todo muy extraño. *Estoy cansada. Sólo cansada. Mi mente subconsciente se está colando en mi mente consciente. Eso es todo.*

Ruido de sillas, y un hombre alto vestido con vaqueros desteñidos y una camisa blanca abierta en el cuello se acercó a su mesa.

—*Buongiorno*, Susan. —El hombre se inclinó y besó las mejillas de Tía Susan, su bronceado rostro un contraste con su complexión pálida.

—Luca. ¡Qué agradable sorpresa! Ésta es mi sobrina, Fern. Ella se va a quedar conmigo unas cuantas semanas.

Fern alargó la mano.

—¿Nos hemos conocido antes?

—No lo creo. —Ella recordaría haber conocido a este hombre. Probablemente estaba a mitad de la treintena, a juzgar por la ligera recesión de la línea de su pelo. No mucho mayor que ella. Y demasiado guapo (él no estaría fuera de lugar en la portada de una de las novelas de Tía Susan). No es que ella estuviera interesada. Nada de eso...

Algo le atravesó mientras su cálida palma envolvía la suya. Algo así como una leve descarga eléctrica. Difícil de describir, pero que hizo que se sintiera mareada. Ella se agarró a la mesa.

—Dejaremos lo de subir a la Rocca para otro día. —Tía Susan señaló hacia el viejo fuerte—. El clima es un poco caluroso para la excursión. Visitemos el Castillo de la Reina y demos el día por terminado.

—¿El Castillo de la Reina? ¿Asolo tenía una reina?

—Reina Caterina Cornaro. —Luca tomó asiento junto a ella y estiró sus largas piernas—. Hija de Venecia. Casada con el Rey de Chipre. La República la persuadió para que abdicara, y le dieron el feudo de Asolo en 1489.

—Luca es un experto en la materia —dijo Tía Susan.

—¿Eres historiador, Luca? —Él no se parecía a ninguno de los rancios y viejos historiadores que había conocido cuando había ido al Club de Historia en la universidad.

Sus ojos azules se arrugaron en los rabillos. —Arquitecto, pero estoy implicado en trabajos de restauración. Conocí a tu tía en una charla que di en el museo local. No soy un experto en la Reina. —Sonrió—. Sin embargo, sé sobre el castillo.

—Tengo un libro sobre Caterina Cornaro en casa —dijo Tía Susan—. Bastante académico, pero interesante de todos modos.

—Bueno, entonces ya tengo solucionada mi lectura de vacaciones. ¡Vamos, Tita! El castillo nos espera. —Se giró hacia Luca—. Tu inglés es excelente. Ojalá yo hablara italiano la mitad de bien. —*Eso sería un logro considerando que sólo conozco unas pocas frases.*

—Mi madre es inglesa. Crecí siendo bilingüe y fui educado en Inglaterra. Yo también voy al castillo, así que nos veremos allí arriba.

—Genial. —Fern desenganchó su bolso del respaldo de la silla, se levantó, y siguió a Tía Susan cruzando la carretera, su larga falda ondeando alrededor de sus piernas. Ropa de vacaciones: las que le hacían sentirse muy cómoda. La llanura veneciana se extendía más allá de su vista, la silueta de la torre de una iglesia dibujada contra el despejado cielo azul. Algo en ello dio un tirón a su memoria. *¿Qué?* Sacudió la cabeza y se puso a la altura de su tía.

—En Asolo deberías caminar con tu nariz levantada, dice la guía de viajes. —Tía Susan la cogió del brazo—. ¡Mira esas ventanas arqueadas y las petunias moradas colgando en cascada de los balcones!

—Es impresionante. Tan bien conservadas. —A Fern le encantaba como los colores de los edificios armonizaban entre sí con tonos crema y albaricoque. Y los letreros de las tiendas eran discretos, no como en las ciudades en Inglaterra—. Si caminara con mi nariz en el aire sin ti para

agarrarme —dijo riéndose. —podría terminar cayéndome de cara sobre los adoquines.

Tía Susan se rió—. Pues sí. Haz eso sólo si estás absolutamente segura de que estás a salvo. No hace falta decirlo... —Ella guió a Fern arriba de un corto tramo inclinado por debajo de un arco hacia una terraza alta. Luego se detuvo bruscamente—. Por Dios.

—¿Qué pasa?

—Acabo de descubrir la solución a un problema de argumento. Ha estado irritándome mucho tiempo.

—Eso está bien, ¿verdad?

—Sí, pero necesito escribirlo antes de que se me olvide. —Tía Susan rebuscó en su bolso—.

¡Vaya! Me he dejado el cuaderno en el coche. ¿Estarás bien mientras voy a buscarlo?

—Puedo arrancarte una hoja de mi bloc de dibujo.

—Gracias, cariño, pero necesito revisar mis notas. Me reuniré contigo en la terraza.

Un escalofrío de ansiedad atravesó a Fern. Las mesas se extendían por el patio, sombreadas con sombrillas de color marfil, y parecían extrañas en este lugar. *Qué raro.*

Por supuesto que todo sería diferente, se dijo. Ella estaba acostumbrada a la llovizna de Londres y las casas de ladrillo rojo con tejados de pizarra gris, el zumbido de los aviones de camino a Heathrow, las multitudes jorobadas apresurándose por las aceras, y las tiendas gritando rebajas u ofertas inmejorables a la vuelta de cada esquina.

Trepó a las murallas, sacó su bloc de dibujo del bolso, y miró los verdes jardines escalonados brillando bajo el brillante sol. Llevándose una mano a los ojos, los protegió de la intensidad. Un ligero mareo. La luz cambió y los colores se vieron descoloridos, sobreexuestos. Su mano fue al parapeto. Ella iba flotando, mirando la escena desde arriba de la muralla del castillo.

La luz del sol se fracturó y se astilló como trozos de cristal. El alto edificio se había transformado en una estructura de dos pisos. Una dama real y sus asistentes, montados en magníficos caballos, iban pasando bajo el rastrillo.

Fern cerró los ojos y los volvió a abrir, pero el edificio era una vez más como había aparecido primero. Sólo el leve ruido de cascos sobre los adoquines resonaba en sus oídos, y el aire estaba perfumado con el aroma a limón de las plantas de alcaparras que crecían en las grietas del muro.

Luca vio a la chica inglesa sentada en el parapeto en ruinas del castillo. Vestida con una voluminosa falda y una blusa de gitana, su largo pelo un desorden de rizos, ella le recordaba a una hippy. ¿Cómo se llamaba? Algo botánico, ¿no? ¿Podía ser Heather? La chica parecía a millas de distancia. ¡Oh mierda! Se estaba tambaleando y parecía que estaba a punto de caerse. Él subió corriendo los escalones y consiguió agarrarla antes de que se desplomara desde el muro. La chica se deslizó hasta el pie del parapeto. La sacudió suavemente.

—Mete la cabeza entre tus rodillas —dijo cuando ella recobró el sentido. Le dio unas palmaditas en el hombro. Otra vez esa sensación de reconocimiento. ¡Pazzesco! Le echó un vistazo a su pálida cara y la película de sudor sobre su frente. —¿Estás bien?

—Creo que sí.

—No deberías sentarte aquí. Es peligroso. Especialmente si no te encuentras bien.

—Estoy bien. De verdad que sí. Anoche no dormí muy bien y supongo que debo haberme quedado un poco dormida ahora.

—Estabas literalmente cayéndote de ese muro y hay una buena distancia hasta el suelo por el otro lado. Creo que estabas a punto de desmayarte. Estabas totalmente ausente, ¿sabes? ¿Dónde está tu tía?

—Ha ido a coger algo del coche. Por favor no te preocupes. Estoy perfectamente bien.

—¿Estás segura de que no nos hemos visto antes? —La chica tenía una cara inolvidable. Una nariz prominente arruinaba la simetría de sus rasgos (sin afearla) y su oscuro pelo rubio sólo podía ser descrito como salvaje, pero había definitivamente algo en ella.

La mirada de la chica se posó en su pecho y luego viajó hacia su cara. Ojos verdes. Bastante encantadores. Ella le sonrió, sus labios curvándose en una forma deliciosa de arco que él quería acariciar con sus dedos.

—Estoy segura.

Él asintió, pero no estaba convencido. ¿Podía ser que la hubiera visto en alguna fiesta en Londres? No parecía apropiado preguntar.

La chica señaló a los edificios del castillo. —Me estaba preguntando por la estructura en la época de la Reina. —Ella se metió un rizo tras la oreja.

—Hay un dibujo en el Museo Cívico que muestra como era antes de la demolición a principios de 1820. —Él la guió hacia la terraza. *Mejor hago que se siente antes de que se desmaye de nuevo.*

—Qué lástima. Quiero decir, que no podamos ver hoy el original.

Él le echó una mirada, intentando detectar una nota de ironía en su voz. Sus amigos a menudo le acusaban de hablar sin parar del castillo, pero ella parecía tener un interés genuino en lo que él tuviera que decir. La palidez había vuelto a su cara. —¿Tienes tiempo de tomar algo?

Sin esperar respuesta, la llevó hacia una de las mesas del café en el patio y le hizo una seña al camarero. *‘Un Fernet Branca per la signorina e un caffè corretto con grappa per me.’*

—Eres muy amable —dijo la chica—. ¿Qué me has pedido?

—Algo para que te recuperes. Una mezcla de alcohol, licor, y hierbas medicinales.

Sus bebidas llegaron. La chica dio un sorbo y arrugó el ceño.—Sabe horrible. Muy amargo.

—¡De un trago! Te sentirás mejor después. Es un viejo remedio para los desmayos.

—Cualquiera se sentiría mejor después de dejar de beber esto. Pero en realidad no estoy segura de haberme desmayado.

—¿Entonces qué crees que ha pasado?

La chica dejó su vaso, lo cogió, y lo volvió a dejar sobre la mesa—. No estoy segura, para ser sincera. Cuando estaba sentada en el parapeto tuve esta increíble... oh, no lo sé exactamente. —Ella se removió en su asiento—. Me sentí como si hubiera estado aquí antes, aún cuando sé que nunca antes he estado aquí.

—¿Quizás te resulte familiar porque has visto fotos?

—Podría ser. —La chica parecía estar esforzándose por encontrar las palabras correctas. Ella levantó los hombros y miró la torre del reloj. Sacudiendo la cabeza, ella se giró hacia él—. ¿Trabajas en Asolo?

—Mi oficina está en Treviso, pero tengo un apartamento aquí. —Él lanzó una mirada al bloc de dibujo que sobresalía de su bolso. Una artista, supuso.

—¿Qué suerte! Yo tengo un piso en Islington y trabajo en la City. —La chica volvió a fruncir el ceño, momentáneamente, y luego relajó su expresión.

—Yo prefiero la vida de un pueblo pequeño. No es que Treviso sea una gran ciudad. Tengo afinidad con Asolo. Siempre la he tenido. —Tamborileó con sus dedos en los brazos de su silla—. Si estás en Asolo hasta final de mes, entonces estarás aquí para la reconstrucción. Para celebrar la Corte de la Reina Caterina Cornaro. —Hizo una pausa—. Un grupo de gente se viste con trajes del Renacimiento, y hay bailes y fiestas en la calle. Todo el pueblo se une.

—Suenan divertido. ¿Bailarás el *saltarelo*?

—Me sorprende que conozcas un baile del siglo quince. Es un poco complicada, así que tendemos a dejarla fuera de la actuación.

La chica se retiró el pelo de la cara—. Ah. Debo haberlo visto en algún programa de televisión o haber leído sobre ello en alguna parte. No soy una rubia tonta, ¿sabes?

—No pensé que lo fueras —dijo riéndose. ¿Debería preguntarle por sus dibujos? Pero crujieron pasos sobre la gravilla y Susan Finch venía hacia la mesa, sus cortas piernas regordetas envueltas en pantalones de chándal holgados, y su boca cubierta con migas deladoras mostrando que se había dado un gusto con un pastel o dos al pasar por el Caffè Centrale.

—¡Fern! Parece que has visto a un fantasma.

—Estoy bien. Sólo un mareo. Gracias a Dios Luca estaba aquí. Él consiguió sujetarme cuando estaba a punto de caerme de los parapetos.

—¡Por Dios! Qué suerte que la vieras. —Susan le dio una palmadita en la mano. —¿Te gustaría venir a cenar pasado mañana? A Fern y a mí nos encantaría. Es lo menos que podemos hacer.

—Estaré encantado. —*Fern, el nombre de la chica al fin.* —Pero en realidad no he hecho nada. Sin embargo, Fern debería ver a un médico.

—Nos pararemos en el hospital de camino a casa, Fern. Para que te hagan un chequeo. Más vale prevenir que curar.

Susan se giró hacia él. —Entonces te esperaremos alrededor de las ocho en punto del viernes por la noche.

—*Grazie mille.*

Observando a las dos mujeres paseando del brazo camino abajo, él se llevó una mano a la frente. Se le había olvidado que se suponía que tenía que pasar el viernes por la noche con Ma.

Fern estaba sentada en la cocina, bebiendo de un vaso de agua mineral mientras su tía preparaba la cena. En el hospital, después de una interminable espera y varios análisis, los médicos habían dicho que su desmayo no significaba que estaba a las puertas de la muerte, sino que sufría de baja presión arterial y necesitaba asegurarse de evitar la cafeína. Probablemente todo ese café que bebió mientras esperaba el vuelo en Heathrow. *¡Muchas gracias, retraso de cuatro horas!* Por no mencionar su té del desayuno y el capuchino en el Caffè Centrale. Ella había sido una adicta a la cafeína durante años, y ahora tendría que limitar su consumo a un café y un té al día.

Ella se preparó para escuchar el susurro fantasmal cuando volvió a casa de su tía, pero aún así el único sonido fue el eco de las campanas de la iglesia de la aldea, y el ruido de una motocicleta acelerando por la carretera. Ella debía haberse imaginado el susurro, y ese descenso de la temperatura probablemente tuviera algo que ver con su tensión arterial y con sentirse débil. No podía haber otra explicación. Su extraña experiencia en Asolo había sido su cerebro cargado de cafeína haciéndole ver cosas. Nada más.

Fern inhaló y ahí estaba de nuevo: el débil olor de madera quemada. ¿Granjeros quemando rastrojos en los campos, quizás? ¿Qué otra cosa podía ser?

Tía Susan abrió un bote de salsa. —¿Te parece bien espagueti boloñesa?

—Genial. —A Fern se le hacía la boca agua. Ella no había comido una comida adecuada desde antes de ayer. Podría ser otra razón por la que se había sentido mareada...

Vapor surgió de una olla de agua hirviendo, y su tía echó un puñado de pasta dentro mientras el gato ronroneaba fuerte a sus pies—. Te ofrecería una copa de vino —dijo Tía Susan, cogiendo una botella de Bardolino—. Pero necesitas llenarte el estómago primero. —Ella sacó el corcho y luego sacudió un dedo hacia el gato—. Vete, Gucci. Ya has sido alimentado. ¿Ahora dónde están mis gafas?

—Están encima de tu cabeza, tita. —Fern se rió. Su tía era ciertamente única, y ella la quería con locura. Ella pensaba en el hombre que había conocido esta mañana—. Luca parece un hombre agradable. ¿Puedes contarme cómo es que terminó yendo al colegio en el Reino Unido?

—Su familia es muy rica y se puede permitir una educación privada. Él fue a Eton, ¿sabes? Una de las familias más antiguas del Véneto. De hecho, creo que entre sus ancestros hay un par de Dogos, gobernadores de la antigua Venecia. Italia es una república ahora, por supuesto, así que nadie puede llamarse conde o condesa con legitimidad. De otro modo, Luca sería Conde Goredan.

—Él dijo que su madre es inglesa, ¿verdad?

Tía Susan asintió. —Ella es viuda. *La contessa*, como los locales la siguen llamando, es una dama encantadora. La conocí cuando Luca dio su charla en el Museo Asolo.

—Interesante. ¿Pero por qué le invitaste a cenar? Quiero decir, fue amable por tu parte. Sólo que no hacía falta que...

—Yo sólo quería que tuvieras un amigo de edad más cercana a la tuya.

Espero que Tía Susan no esté haciendo de casamentera. Si es así, no tiene ninguna posibilidad.

Comieron en amistoso silencio y, con el último bocado de pasta, los párpados de Fern cayeron.

—Hoy te acuestas pronto, cariño —dijo Tía Susan recogiendo los platos y llevándolos al lavavajillas—. Yo también me iré a la cama temprano.

—Buenas noches, tita. —Fern se puso de pie. Estaba tan cansada que casi no podía subir las escaleras.

A la mañana siguiente, Tía Susan dijo, con la boca llena de tostada. —¿Por qué no coges el coche y vas a explorar? —Masticó y tragó—. Sólo recuerda mantenerte en el lado derecho de la carretera.

—Me gustaría volver a visitar Asolo. Me muero por dibujarlo. —A Fern le picaban los dedos. No podía esperar a sacar sus colores y perderse en su creatividad. Terapia artística. Había empezado como una forma de “enfrentarse a sus demonios”, pero ahora se había convertido en algo casi tan esencial para ella como respirar. Una sorpresa tanto para ella como para su psicólogo.

El viaje desde la aldea de Tía Susan, Altivole, le llevó unos veinte minutos. Fern encontró un parque y entonces alargó la mano hacia su mochila. Absorbió la belleza de la Rocca, sus fortificaciones alzadas contra el cielo azul celeste, y decidió que no iría allí hoy; ella aún no se sentía con ganas de escalar. Ella daría un paseo sin prisas y encontraría un sitio tranquilo donde pudiera pintar.

En unos minutos iba paseando por Via Canova, el sol calentando sus brazos desnudos, guía turística en mano. Leyendo que debería “levantar la vista en Vicolo Belvedere, en la esquina de la panadería”, así que hizo eso. El libro decía que una vez había habido un Barrio Judío allí. Pero ya no. *Me pregunto qué le pasó.*

Una mansión pintada del color de la terracota se elevaba a su izquierda. Aparentemente solía pertenecer a una famosa actriz italiana. Fern pasó bajo un arco y vio un elegante palacio con letras doradas sobre un letrero de madera que decía *Hotel Villa Cipriani*. Ella miró más de cerca a través de la puerta de hierro forjado a un lujoso jardín, plantado con una variedad de geranios color salmón.

Justo al lado había una casa antigua con un balcón, ventanas con parteluz, un portal, y una enorme puerta con postigo y cerrojos. El reconocimiento fue inmediato. *¿Por qué?* Fern frunció el ceño y se obligó a mantenerse centrada.

No había nada familiar en la pequeña iglesia a su izquierda. Metiendo la guía turística en su mochila, entró en el edificio y se sentó en un banco al fondo. *Esto no está bien. Conozco este lugar, pero algo en él es diferente.*

Una imagen se coló en su mente, de otra iglesia, de dolientes de negro y un ataúd en el altar, la caja de madera conteniendo los restos calcinados de su prometido, Harry. El pecho de Fern dolía tanto que apenas podía respirar. Cálidas lágrimas le caían por las mejillas; se las secó y miró fijamente al altar. Los descoloridos frescos se estaban volviendo más brillantes mientras el techo empezaba a cernirse sobre ella. Incluso los colores se hicieron más vivos. Ella cerró los ojos y se agarró al banco de delante. Sólo que ya no era la madera de un banco, sino la piedra del parapeto de un castillo, áspera contra sus dedos. *¿Cómo demonios he llegado aquí?*

Música se elevaba desde el parque de abajo... y el sonido de cantos.

Me giro en redondo, sintiéndome perdida, pero es mi propio canto lo que oigo y estoy delirante por ello. *¿Quién soy? ¿Dónde estoy?*

Por un momento estoy confundida, como si flotara en una ensoñación. Estoy de vuelta donde pertenezco. Soy Cecilia y es el año de nuestro Señor 1504. Mi mundo es como debería ser, y canto junto con mi hermana Fiammetta mientras ella toca el laúd a la sombra de un cerezo. El ritmo nunca falla mientras la melodía sube y baja. Cuando Fiammetta canta, Orfeo no dejaría de maravillarse ante su habilidad; ella puede mantener la perfecta armonía de su instrumento, trayendo melodía a las inflexiones de la canción. No me extraña que sea la preferida de mi señora.

Cantamos sobre la amarga dulzura del amor y cojo la mano de mi hermana—. Te echaré de menos cuando te cases.

—Querida mía. En la corte estarás demasiado ocupada como para pensar en mí.

Pensar en mí. Esas tres palabras vuelan en la brisa con un eco. *Pensar en mí. Pensar en mí.* Algo hace que se me ponga la piel de gallina en los brazos y me giro en redondo. Una vaga figura flota en la cima del muro del castillo. Miro de nuevo, pero todo lo que veo son las usuales plantas de alcaparras: el parapeto está vacío. El momento pasa y estoy concentrada en la canción una vez más. Fiammetta toca una melodía diferente; yo cierro los ojos para recordar la letra y la melodía.

—¿Bailamos? —pregunto, cansada de cantar—. Necesito más práctica. —Me encanta bailar. Giro hasta que me caigo mareada. No puedo esperar al momento en que salga con un guapo pretendiente, a quien aún no conozco, pero que me adorará al igual que yo le adoraré. Sin embargo, aún más que bailar, me gusta dibujar — cubriendo papel con representaciones en tiza negra de la gente y el paisaje de Asolo. Mucho más divertido que los interminables bordados.

—¿Has aprendido el *saltarello*? —Mi hermana inclina su cabeza hacia mí.

Es el baile más difícil y aún tengo que dominarlo. Fiammetta deja su laúd, sostiene mi mano en alto, y cuenta los cinco tiempos. Movemos nuestros pies con gracia, derecha, izquierda, derecha, izquierda, luego un corto salto antes de repetir el movimiento empezando la secuencia con el pie contrario. Repasamos los pasos una y otra vez hasta que Fiammetta, haciendo de hombre, se inclina, y yo hago una profunda reverencia, sudor mojando mis axilas.

El áspero césped es mullido bajo las suelas blandas de mis zapatos y me siento, mis faldas revoloteando a mi alrededor. Paso mis manos por la hierba, arrancando las flores de valeriana de color rosa y levantándolas para inhalar su fragancia de vainilla. El delicado aroma me recuerda algo, pero la memoria me elude.

El pelo oscuro de Fiammetta cae en cascada en una larga trenza por su espalda, y rizos se escapan para enmarcar su cara. Me deja sin aliento e intento guardar la imagen en mi mente. Cuando ella se case vivirá con su marido, por supuesto; ella no tendrá tiempo para mí. Casi desearía que me pudieran enviar de vuelta a Chipre.

—¿Alguna vez deseas regresar a Nicosia? —Recuerdo vagamente la isla reseca donde nacimos. Yo sólo era una niña de cinco años cuando nos enviaron aquí después de que nuestros padres murieran por la peste.

—¿Por qué desearía estar allí? Estoy prometida a Rambaldo, quien me quiere.

Rambaldo Azzoni Avogadro, ese noble de Treviso, es demasiado feo para ella, pero él es rico y no necesita una novia con dote. Aún así, mi señora ha sido generosa con su regalo de bodas para Fiammetta: una pequeña villa en el camino a Venecia.

Sin embargo, mis sueños de un pretendiente guapo son meras fantasías. Elimino ese pensamiento de mi mente; no me recrearé en él. ¿Quién sabe lo que el futuro traerá? Tumbada sobre la hierba, el calor del sol me acaricia y desvanece mi inquietud. Cascos de caballo repiquetean sobre los adoquines y la campana del reloj de la torre da la hora.

Fiammetta tira de mi manga. —Tienes manchas de hierba en tu túnica, Cecilia. Recuerda, vamos con mi señora a cantar el Te Deum. Necesitas vestirme adecuadamente.

De pie, me sacudo el vestido antes de subir corriendo los escalones hacia el edificio donde he vivido durante los últimos diez años. Mi señora está allí y yo hago una profunda reverencia. —¿Estás preparada para tu debut, niña? —dice ella.

—Sí, domina. —Corro a cambiar mi atuendo. Hoy, después del almuerzo, me uniré a la corte en su villa del campo por fin. El castillo de Asolo está demasiado abarrotado y es demasiado tosco para el gusto de mi señora, y ella sólo lo visita cuando es necesario. La excitación surge en mi pecho, y siento que estoy a punto de explotar de felicidad.

—Estate quieta —Fiammetta le da una sacudida a mi brazo—. Se supone que tienes que estar rezando, no removiéndote.

Mis ojos se abren de golpe y miro los frescos, confundida por su claridad. Sujeto mi salterio contra mi pecho. ¿Qué estoy haciendo aquí? Entonces recuerdo. La iglesia de Santa Caterina. Llegamos aquí hace unos momentos. Desde mi izquierda llega la voz más melódica, profunda, y honesta.

Un joven con oscuro pelo castaño que fluye hasta sus hombros. Inclinando mi cabeza, finjo ignorarle mientras le lanzo miradas furtivas. Está de pie junto a mi señora en el banco opuesto. Mi mirada viaja hacia su boca y mi corazón se agita. ¿En qué estoy pensando, mirando a un hombre tan lascivamente?

No puedo evitarlo. Por una vez me siento tan hermosa como las otras damas. Encima de mi vestido suelto llevo mi túnica, con las mangas de mi vestido sacadas a través de los cortes hinchados a lo largo de los brazos. La última moda. Mi guardapolvo de pálido satén azul no tiene mangas y está atado delante. Acaricio el material y me sonrojo de placer. Es un regalo de la Reina para mi debut. ¡Qué amable es!

Después del servicio, progresamos colina arriba hacia el castillo, donde una comida ha sido preparada. El embriagador perfume de las rosas en los jarrones sobre las largas mesas de madera se mezcla con el aroma de la ternera asada. Mi boca se hace agua cuando tomo asiento junto a Fiammetta; había desayunado poco y el hambre me retorcía el vientre.

Fiammetta me da un codazo. —Ese hombre te está mirando fijamente —dice ella, rompiendo un trozo de pan y metiéndoselo en la boca—. Parece que has hecho una conquista. Excepto que yo no estaría complacida. Un artista, un mujeriego, y le gusta beber. —Los ojos de Fiammetta adoptaron una expresión soñadora, aún cuando ella iba a casarse pronto—. Tan guapo. Creo que es conocido como Zorzo de Castelfranco.

—No me gusta —digo. Es mejor no revelar lo que pienso de verdad. Su sonrisa me fascina, al igual que sus labios llenos que se curvan en las comisuras. *Ojalá pudiera sentir esa boca sobre la mía.* Me sobresalto, sorprendida por mis pensamientos, y corto una loncha de carne con mi cuchillo. Una puñalada de celos de que él, un hombre, puede ser un artista mientras que yo, una mujer, no tiene tales esperanzas.

El rasgueo de un laúd. De nuevo esa profunda y melódica voz, cantando. —Sutil belleza de los mechones dorados, ¿no puedes ver que me muero por ti? —Dedico una mirada al músico y sus ojos se encuentran con los míos. Suspiro y desvío la mirada.

Si crees que sucumbiré y me convertiré en una de tus mujeres, Signor Zorzo, ¡piénsatelo mejor!

No me permito observar más al artista, aunque cada palabra que sale de él parece estar dirigida a mí—. La brisa, soplando a través de ese rubio cabello rizado, removiéndolo, y siendo suavemente agitado a su vez, dispersando ese dulce oro, luego reuniéndolo en un encantador nudo de rizos —canta. Hoy llevaba mis llamados mechones sueltos, no enclaustrados en una redecilla. Odio vestir mi pelo; tengo demasiado y es mi peor rasgo. *¡Oh, tonta Cecilia!* Me doy cuenta de que el cantante está cantando un soneto de Petrarca al que ha puesto música, no sus propias palabras. Él podría estar dirigiéndolas a cualquiera de las damas reunidas aquí, aunque yo soy la única rubia además de la Reina. *¡Mi señora! Por supuesto. Le está dando una serenata.* Soy tan ingenua...

Finalmente es la hora de marcharse y nos abrimos camino hacia el patio. El mozo de cuadra, con su sonrisa revelando dientes ennegrecidos, me tiende las riendas de mi caballo. Acaricio la suave y aterciopelada nariz de mi corcel gris, y su suave aliento a heno me hace estornudar. Le he llamado

Pegaso. Recientemente domado, es joven y está lleno de vida. Los bigotes de Pegaso cosquillean mis muñecas, y me río mientras el chico me ayuda a subir. Sentada a horcajadas con mi vestido extendido detrás de mí, estoy preparada para montar al final de la procesión.

La gente del pueblo ha venido a mirar y siento su deleite ante la visión de nosotros porque somos una maravilla que contemplar. Mi señora lidera la procesión sobre un espléndido caballo de guerra negro; ningún caballo palafren le sentaría bien. Ella espera que sus damas sean como ella, y que igualen a los caballeros con sus habilidades ecuestres cuando se unen a la cacería. Aún cuando la Reina ya no es joven, es energética e irradia una belleza interior y una inteligencia que había convertido su corte en el lugar donde escritores, poetas, artistas y músicos se congregaban desde millas a la redonda. No puedo esperar a formar parte de eso y, al mismo tiempo, tiemblo al pensar que podría no ser merecedora de ello.

Tres jóvenes cortesanos están preparados para acompañarnos. Visten jubones del nuevo estilo, tan cortos que puedes ver sus abultadas braguetas. Miro a los hombres por debajo de mis pestañas y reconozco a uno de ellos. Es el artista; él me mira a los ojos y le hago una mueca. Zorzo de Castelfranco codea a sus compañeros, quienes se morían de risa, y el calor se extiende a mis mejillas, que se colorean de brillante escarlata, estoy segura.

Cruzamos la plaza y nos dirigimos colina abajo. El sonido de canciones se desparrama desde la taberna. Desde una ventana de arriba llegan los gritos de una ama de casa, gritándole a sus hijos que dejaran de mirarnos y que hicieran sus tareas. En la esquina, en la herrería, el choque y el clamor de tenazas y martillos. Las mujeres cotillean junto a la fuente y lavan sus ropas. La campana de la iglesia repica, llamando a los fieles a misa.

No estoy triste porque regresaré a Asolo de vez en cuando al mudarse la corte entre el castillo y la villa. Si a mi señora le complace, ella me llevará a Venecia cuando vaya a visitar a su familia. Sonríe ante la perspectiva de quedarme en un magnífico palacio en el Gran Canal. Algo me hace temblar. Un hombre extraño me está mirando fijamente. Su piel es pálida y su pelo es negro como el del gato de la cocina. El sol me golpea con fuerza, pero la escarcha cubre mi cuerpo.

Diciéndome que no debo ser tan fantasiosa, me centro en mantenerme en mi asiento. Pegaso se ha asustado con la multitud. Recula y salta de un lado al otro. Me siento como en casa sobre la montura y puedo galopar a través de los campos hacia las colinas del Monte Grappa sin dificultad. Sin embargo, controlar a esta excitable criatura en medio de toda la confusión se escapa a mi habilidad.

¡María Santísima!

Pierdo mi asiento y me caigo de la montura. Pinchazos de luz. El mundo a mi alrededor se tambalea como si fuera un tapiz cayéndose del muro.

Una palmada en su hombro, y ella se giró. Una mujer con un extraño vestido estaba mirándola, preocupación radiando de sus ojos.

—¿Estás enferma?

—¿Enferma?

¿Por qué debería estar enferma?

—Te estabas tambaleando. Pensé que estabas a punto de desmayarte.

Los frescos se habían difuminado, el techo había levitado, y la iglesia estaba vacía excepto por ella misma y esta extraña, quien llevaba lo que sólo podía ser descrita como ropa de hombre, aunque era la ropa masculina más peculiar: bombachos rectos de color beige y un jubón negro ajustado. Definitivamente una mujer, por la forma. Ella tenía pelo largo y castaño oscuro peinado hacia atrás

despejando su cara y recogido en la nuca, y algún tipo de tintura por encima de sus profundos ojos azules. Algo que sólo las cortesanas llevaban.

Maquillaje.

La conciencia fue como un puñetazo en el brazo, devolviendo con una sacudida a Fern al presente, y ella respiró débilmente.

—Oh —le dijo a la mujer—. Por favor, no se preocupe. Sólo estaba... soñando despierta.

—Vanessa Goredan. —La mujer alargó la mano. —¿Cómo estás?

¡*La Contessa!* Fern se presentó—. Conocí a su hijo ayer. De hecho, él va a cenar con mi tía y conmigo mañana por la noche.

—¡Ah! Así que tú eres la razón por las que cambió sus planes —dijo la contessa con una risa.

—¿Cambió sus planes?

—No te preocupes. Él puede verme en cualquier momento. Aún estás un poco pachucha. Deja que te ofrezca un *aperitivo* en el Cipriani.

—Gracias —dijo Fern, estremeciéndose ante la idea de otra bebida como la que Luca le había dado ayer—. Me gustaría un vaso de agua con gas.

Fern y la contessa se acercaron por la carretera hasta la elegante entrada del hotel, ricamente alfombrada y forrada de armarios de muestras mostrando caras joyas. Sintiéndose no vestida para la ocasión, Fern bajó la mirada hacia sus desaliñadas sandalias, y alisó con las manos su falda hippy. Ella casi deseaba llevar puesto su conjunto de trabajo de verano con sus pantalones de lino.

El porche cerrado a la izquierda se abría a los jardines que había espiado antes. Un hombre calvo se estaba acercando a ellas, vestido con un traje oscuro, camisa blanca, y corbata gris. Se inclinó delante de la contessa, besándole la mano—. Estamos honrados por su presencia, Madame.

—Giuseppe —la contessa soltó una risa tintineante—. ¡Siempre tan encantador! Nos sentaremos en el jardín porque es un día encantador. Ésta es Fern, una amiga de mi hijo. Por favor, dígame al camarero que traiga una botella de *acqua minerale frizzante* y algunos de sus deliciosos pasteles.

Fern se sentó junto a la contessa en una mesa bajo una gran sombrilla en el patio—. Aquí el director rezuma encanto por cada poro —dijo Vanessa Goredan. —pero es un hombre agradable y dirige este lugar como un reloj.

—Es hermoso. —Fern aspiró el aroma de la madreselva creciendo a un lado del edificio—. Parece antiguo, pero no tan antiguo como la iglesia.

—¿Estás interesada en la historia? —La contessa inclinó la cabeza—. Creo que solía pertenecer a Robert Browning, el poeta inglés, allá por el siglo diecinueve, pero fue construido a mitad del siglo dieciséis.

Fern se reclinó hacia atrás y cerró los ojos, la parte lógica de su cerebro luchando con los eventos ilógicos de la mañana. Lo que ella había experimentado en la iglesia había sido más que ilógico, sin embargo; había sido completa y desconcertantemente increíble. Ella miró a Vanessa Goredan y dijo. —Puedo sentir el pasado aquí en Asolo. Podría ser mi imaginación. Sólo que es tan vívido que es como si estuviera allí.

—¿Eres médium?

Fern se rió—. Para nada. Siempre he pensado que algo así era un montón de patrañas viejas.

—Yo no desestimaría el mundo de los espíritus, Fern. Como dijo Shakespeare, “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horatio, de las que son soñadas en tu filosofía”.

Una oleada de vergüenza—. Lo siento, no pretendía ofender sus creencias.

—No me has ofendido. Pero estoy segura de que los muertos se nos pueden manifestar. Nuestra villa, por supuesto, tiene una presencia. No una malévola, eso sí. Algunas veces oigo el sonido de un

laúd. De algún modo es reconfortante.

¿Qué pensaría si le contara que no sólo había oído un laúd, sino que había visto a la persona tocándolo? Ella pensaría que soy una loca, eso es lo que pensaría.

—Estoy investigando nuestro árbol genealógico —añadió la contessa—. Pero aún no he llegado a la persona que toca el laúd.

—Fascinante. —Fern cogió un donut pequeño con azúcar por encima. Ella le dio un mordisco. *Relleno de crema. Delicioso.* Ella le echó un vistazo a Vanessa Goredan; la contessa se estaba inclinando hacia delante, mirando fijamente su vaso, sus largos y elegantes dedos extendidos por encima. —¿Está su hogar en Asolo?

—No, está a medio camino entre Bassano y aquí. Sólo estoy en Asolo hoy, ya que he ido a visitar a una vieja dama, la exploradora y escritora inglesa Freya Stark. Ella vive cerca de la iglesia de Santa Caterina y era amiga de mi suegra.

—Qué interesante —dijo Fern, haciendo que su voz sonase conocedora. Ella no tenía ni idea de quién era la escritora.

Los ojos de la contessa se encontraron con los de Fern mientras dejaba su vaso—. Debes venir a ver nuestra villa un día. Es bastante famosa.

—Eso me gustaría. —Fern presionó las migas del donut sobre el plato con el dedo—. Hay tanto que ver por aquí, y sólo voy a estar en Italia hasta fin de mes.

—¿Has estado ya en Venecia?

—Está en mi lista “de cosas por hacer”. —Un susurrado suspiro de aprobación acarició su mejilla. Ella levantó la mano y lo borró. El aire parecía crujir a su alrededor. *¡Permanece centrada en el presente, Fern!* Ella se giró hacia la contessa—. Estoy buscando un buen lugar para dibujar. ¿Puede sugerirme algún sitio?

—¿Por qué no paseas hasta el cementerio de Sant’ Anna? Hay algunas vistas encantadoras.

—¿Es muy antiguo?

—Data de siglos atrás.

—Oh, quizás no —dijo Fern, recordando que la chica en su visión – si es que eso era lo que había sido – Cecilia, había mencionado el año 1504. —¿Hay algo que sólo exista desde, digamos, un par de siglos atrás para que lo pueda pintar?

La madre de Luca le dedicó una mirada interrogadora. —¿Por qué no te quedas aquí? Los jardines serían un tema encantador. Lo arreglaré con Giuseppe por ti, si quieres.

—Gracias.

—Lo decía en serio cuando te invité a visitar la villa. Me encantaría que pudieras conocer a mi hija. La hermana de Luca, Chiara. —Suspiró la contessa—. Ella se implicó con la gente equivocada en la universidad. Van por ahí distribuyendo panfletos de cómo el Véneto debería independizarse de Italia. Sólo espero que no estén a punto de convertirse en terroristas.

—¡Dios! ¡Vaya preocupación para usted!

—Es ese novio suyo, Federico, estoy segura de ello. Él la tiene dominada. Luca y yo seguimos hablando de lo inapropiado que es, pero cuanto más intentamos convencerla, más se refugia en el chico. Sería agradable que ella conociera a alguien cuerdo como tú.

No tan cuerda...

En unos minutos la contessa había preparado una pequeña mesa mirando al valle, y un vaso de agua para sus pinceles. Luego se marchó, asegurando a Fern que le llegaría una invitación a cenar a través de su hijo.

Fern abrió su mochila y sacó una pequeña tabla. ¿Estaba sufriendo alucinaciones? *No*

exactamente. Después de sujetar papel a la tabla, empezó a trabajar. Extendiendo agua por el papel, ella se preguntó si podría estar reviviendo una vida pasada. *Ridículo. No existe la reencarnación.* Ella añadió pintura a su paleta, una pequeña bandeja de plástico. ¿Quizás la mujer joven, Cecilia, era una proyección de ella misma? Ella empezó a transferir la escena frente a ella al papel: los cipreses, los viñedos, y los olivares. Definitivamente había algunas similitudes entre ella misma y la joven – el mismo pelo y estructura, y algo en la personalidad de Cecilia le había recordado a ella antes... *¡Eso es!* Debe ser algo que tiene que ver con el incendio, alguna rara desviación en su cerebro relacionada con el trauma que había sufrido. Ella secó su pincel en el trapo viejo que guardaba en su mochila, luego lo marcó y lo frotó sobre la paleta. Hora de añadir algunas hojas. *¡Y hora de calmarte, Fern!*

—Siesta para ti, querida mía —dijo Tía Susan, recogiendo los platos y llevándolos al lavavajillas—. Yo misma me echaré una siesta. Luego podemos ir a dar un paseo y te enseñaré lo que queda de Barco. Podría ser un escenario fabuloso para una de tus acuarelas.

—¿Barco?

—La finca del campo de Caterina Cornaro. Aún está de pie parte del ala este, y esta casa está construida cerca de donde una vez estuvo el ala oeste.

Un escalofrío recorrió a Fern. *¿Por qué?* Entonces lo recordó. Cecilia había estado a punto de partir hacia la villa de la Reina cuando su caballo se había asustado y ella se había caído. *Esto está llegando a ser demasiado, demasiado raro.*

Fern se sirvió un vaso de agua y se lo llevó a su habitación. Había un paquete de pastillas de valeriana en su mesilla de noche, y se tragó dos. Estirada en su cama, ella miró fijamente la pared de enfrente. Su tía había enmarcado una acuarela que ella le había enviado de la Abadía de Westminster. Fern había vendido el mismo diseño a una compañía de tarjetas de felicitación el mes pasado, con la promesa de otros encargos tan pronto como ella pudiera inventarse algo más. El arte era lo que había salvado su cordura después de haber perdido a Harry. Él había sido todo lo que siempre había querido, y él había muerto por ella.

Ella sintió el pinchazo de las lágrimas, pero se tragó su disgusto. Era algo a lo que se había acostumbrado; si ella dejaba que fluyeran, no habría sido capaz de parar. *¡No pienses en Harry! ¡No pienses en lo que hiciste! ¡No pienses en cómo murió!*

El sueño llegó y lo siguiente que Fern supo fue que su tía la estaba llamando desde el otro lado de la puerta.

—¡Despierta, despierta!

Fern se frotó los ojos y miró a su reloj de viaje. Las cinco de la tarde. Ella había dormido tres horas. No le sorprendía que se sintiera grogui—. Dame un minuto —gritó.

En el cuarto de baño miró a su reflejo. Un borrón. Ella entrecerró los ojos y la imagen ondeó como una onda a través de un estanque.

—*Lorenza...*

El susurro cosquilleó su cuello. Fern se giró en redondo. Nadie. Ella volvió a mirar en el espejo. Se quedó sin aliento. ¡Otra mujer estaba mirándola fijamente! La mujer tenía el mismo color de pelo que ella, y había algo en ella que era familiar. Quizás la boca y la forma de la cara, o la curva de sus labios y el arco de sus cejas. Los ojos eran diferentes, sin embargo: marrón profundo mientras que los suyos eran verdes.

¿Quién es ella? ¿Qué es ella?

Fern volvió a su dormitorio, manteniendo la imagen en su mente. Su bloc de dibujo estaba sobre su escritorio y lo cogió junto con un lápiz. Sólo tardó un par de minutos en producir un basto esquema de la cara, aún cuando sus manos estaban temblando y su corazón palpitaba. Ella miró fijamente el resultado. Ella había bosquejado un autorretrato. Puro y simple.

Mi imaginación me está dominando. Otra vez.

Ella dejó escapar el aire que había estado reteniendo, cerró el bloc y lo metió en su mochila junto con el resto de sus lápices de dibujo. Tío Susan había dicho que merecía la pena dibujar Barco.

Empezaré algo hoy y me olvidaré de toda esta locura, se dijo a si misma Fern. Ella era una persona racional; ella nunca se había recreado en imaginaciones ocultistas antes, y ella ciertamente no estaba en ningún estado adecuado actualmente para todas esas chorradas. En el colegio, cuando

sus compañeras habían tonteado con tablas de Ouija y cartas de tarot, ella había sido la sensata que las había sacado de sus fantasías. Ella continuaría siendo sensata ahora.

Los grillos chirriaban en los arbustos bajos junto a la polvorienta carretera mientras paseaba con su tía hacia un grupo de edificios. El aire era opresivamente caliente y el sudor mojaba la línea del pelo de Fern.

—Parece que vamos a tener una tormenta eléctrica. —dijo su tía, señalando a un grupo de nubes reunidas sobre las distantes montañas.

En unos minutos, Tía Susan estaba abriendo de un empujón una puerta hacia lo que parecía una granja abandonada. Fern paseaba detrás, su corazón palpitando. Ella conocía este lugar; estaba segura de ello.

Se giró hacia la derecha. Más frescos descoloridos. Esta vez de una escena de caza. Damas y caballeros sobre caballos, persiguiendo a un ciervo. Algo removió su memoria y ella pensó en brazos musculosos sosteniendo un pincel.

Fern miró hacia el extremo más alejado del edificio. ¿Dónde estaban los estanques de peces, los jardines, y los pavos reales paseándose con sus colas abiertas en todo su esplendor? El patio debería estar salpicado de cortesanos o al menos sus sirvientes, el aire fragante con el aroma de las hierbas y especias de las cocinas. Todo lo que podía ver eran los maizales. ¿Y qué le había pasado a las torres y a las fortificaciones?

Fern arrastraba las piernas y pronto Tía Susan la había dejado atrás. Casi en un sueño, ella se sentó sobre la balaustrada debajo de una de las cinco columnas redondeadas. Ellas llegaban a la altura del techo y se veían replicadas en el lado opuesto del edificio, creando un área abierta como un patio.

Una logia, así es como se llama...

Ella sacó su bloc de dibujo, pero su cabeza giró y ese murmullo que había experimentado esta mañana resonó en sus oídos.

—¡Cecilia!

Me giro en redondo y suelto un grito.

—¡Dorotea! ¡Me has dado un susto!

—No sé por qué —musita Dorotea. Ella hace un puchero de ese modo tan irritante suyo—. No hay nada aterrador en mí.

Es cierto que ella es guapa, con su cabello color avellana y su complexión blanca como la leche. Ella es una de las damas de la Reina, como yo, pero Dorotea presume delante de la corte, constantemente tirando de su vestido hacia abajo para mostrar sus rollizos pechos, abultados como almohadas. Bajo la mirada hasta mi propio pecho. No tendría sentido que yo hiciera lo mismo. Mis pechos son tan pequeños como mis puños.

—Te he buscado por todas partes —dice ella. —¿Por qué estás sentada aquí?

Miro alrededor y me estremezco. Me había estado sintiendo perdida por alguna incomprendible razón; el mundo se había derrumbado a mi alrededor y había cambiado. Pero ahora todo es como debería ser y me digo que no debo dejar que las fantasías dominen mi mente—. Estaba soñando despierta —digo, deslizando el trozo de papel y la tiza negra en mi bolsillo. No le enseñaré mi

trabajo a nadie.

Dorotea suelta una risa despectiva. A ella ni se le ocurriría tener la cabeza en las nubes o hacer algo siquiera remotamente creativo—. Mi señora requiere tu presencia —dice ella—. Hay un banquete esta noche, no te olvides. Para el Emperador de Habsburgo y su esposa.

Subimos las escaleras hasta la cámara de la Reina y Dorotea susurra. —Pietro Bembo también estará en el festín. Él propuso una aventura amorosa la última vez que estuvo aquí. Me encantaría ser su amante.

La miro, dividida entre desaprobación y celos. Mi señora insiste en que sus mujeres conserven la virtud, y yo lo he hecho. Sólo que Bembo, su paciente, está poseído de tal ingenio y buen aspecto que Dorotea ha buscado su atención. Rezo por que ella no sea lastimada, ya que su posición es alta y eso sólo puede ser un flirteo por su parte, especialmente porque él es un clérigo. Sería maravilloso si decidiera leer su discurso sobre el amor. Lo escribió en ocasión de la boda de Fiammetta, y yo deseaba oírlo.

Hecho de menos a mi hermana. Fiammetta está esperando un hijo, como se esperaría después de un año de matrimonio. ¿Cómo es lo de yacer con un hombre? El pensamiento hace que mi pecho se contraiga y que la sangre bombee entre mis piernas. Aún así sé que yo no debería entregarme a ningún hombre que me piropease; yo deseo el matrimonio.

Estúpida Cecilia, tu vida está aquí con la Reina. Nadie te querrá porque eres pobre y, incluso si los cortesanos piropean tu belleza, ninguno de ellos te llevará al altar. Ha sido la gran sorpresa de mis doce años en la corte el que los hombres me consideraran hermosa a pesar de mis pequeños pechos.

Como si estuviera leyendo mis pensamientos, Dorotea dice. —¿No es hora ya de que tengas un amante, Cecilia?

—¿Yo... yo... yo? —tartamudeo.

—He visto el brillo en los ojos de los hombres – incluido Bembo – y aún así pareces ignorante de su admiración. ¿Qué estás esperando?

—No estoy esperando. —No puedo hablarle a Dorotea de mis esperanzas por tener un buen matrimonio como mi hermana, y de ir a mi noche de bodas pura. Dorotea pensaría que yo era ingenua; quizás no estaría equivocada—. Mi señora me mantiene cerca. No ha habido oportunidad.

—No es cierto y lo sabes —dice ella y su risa resuena por las escaleras. Ella pellizca mi mejilla—. Esta fina carne decaerá después de no mucho tiempo. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Dieciséis —replico, y no puedo mantener la irritación alejada de mi voz. ¿Quién es ella para hablarme de ese modo? Sólo un año mayor y la hija de un aristócrata local que ha caído en desgracia durante tiempos duros, ella tiene mucho en común conmigo. Excepto por su virtud fácil.

—Démonos prisa —digo—. A mi señora no le gusta que la dejemos esperando. —Y me muerdo la lengua antes de decirle lo que realmente pienso.

Las escaleras de madera han sido pulidas hasta que brillan, y las suaves suelas de mis zapatos no hacen ruido mientras sigo a Dorotea hasta el descansillo—. Sólo un momento. Necesito lavarme las manos.

Hay un aguamanil al final del pasillo y una jarra de agua junto a él. Miro mi reflejo en el espejo. Una extraña mujer me devuelve la mirada. Su pelo está descubierto y está despeinado, como el mío. La mujer se parece a mí, sólo que sus ojos son verdes. Miro detrás de mí, pero no hay nadie allí. Y cuando miro otra vez en el espejo, no veo más que a mí misma. ¡Muy extraño! No bebí nada de vino para almorzar, así que no puedo culpar de mi visión a la bebida. Decido que no es más que fruto de mi imaginación.

Me lavo la tiza negra de mis dedos, me doy la vuelta, y voy hacia mi señora. Ella sonríe cuando nos ve a Dorotea y a mí—. Mis dulces niñas —dice ella—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

Hacemos una profunda reverencia y, cuando me levanto, siento como si no estuviera realmente allí, sino que me estuviera viendo desde una gran distancia. Es el mismo sentimiento que tuve cuando estaba sentada en la ligia. ¡*Qué raro!* Pura rareza, me digo y dejo la sensación a un lado. Aún así un escalofrío aprieta mi corazón al mismo tiempo.

—Coged mis mejores perlas —ordena mi señora—. Y me gustaría llevar paño de oro esta noche. En honor de nuestros visitantes.

Pasando un peine por el debilitado pelo de la Reina, me pregunto sobre el Emperador y su esposa, Bianca Maria Sforza, la hija del Duque de Milán. ¿Es hermosa?

—Ay —dice mi señora—. ¡Ten cuidado!

—Por favor, perdóname, domina —musito, dejándome caer en otra reverencia. Mi pobre señora ha sufrido demasiado por mi ineptitud al vestirla. Sin embargo, ella tenía debilidad por mí, gracias a la Santa Virgen, y siempre me perdona.

La sala de banquetes junto a la logia es grande, con tres mesas largas formando los tres lados de un cuadrado. Nos sentamos a la mesa central. Los músicos afinan sus instrumentos en la galería al fondo.

Miro alrededor a la compañía reunida y dejo escapar una exclamación. Sentado a la derecha de la Emperatriz está un hombre que estoy segura he visto antes. Es bajo y delgado, su cara es pálida, y tiene una cicatriz en la mejilla izquierda. Temblando, vuelvo mi mirada hacia Bembo, a la izquierda de la Reina. Rubio y con ojos claros es el completo opuesto al extraño. Bembo habla en toscano, el idioma en el que escribe. Puedo seguir su discurso sin dificultad porque he estudiado a los grandes escritores de esa provincia. Sin embargo, desearía que no presumiera tanto. Yo preferiría que él hablase veneciano, o incluso el griego al que estoy más acostumbrada.

—Bueno, Bembo —dice mi señora—. Piensas que todos deberíamos estar conversando en la lengua de Florencia, ¿verdad?

—En cada ciudad de Italia la forma de hablar es diferente a todas las demás. —Su sonrisa está torcida—. Aún así el florentino es la lengua de Petrarca, y éste es el modelo que adopto para mi escritura, porque es el más lúcido y elegante. No llores a esto toscano, sino italiano.

—No existe tal cosa llamada Italia —dice ella—. Incluso el Papa Borgia fracasó al querer conquistarnos a todos y formar un estado.

Bembo le dedica una mirada de acero—. No así. Hay fuerza en la unificación. Italia necesita enfrentarse a los franceses y a los españoles.

—Totalmente de acuerdo —dice el Emperador Maximiliano. Recuerdo que fue incapaz de detener al rey francés hace cuatro años cuando conquistó la ciudad de su esposa. Observo su nariz aguileña y su labio inferior carnoso y caído. Un hombre feo, y su esposa no es tampoco una belleza, con su barbilla hundida.

—Hmm —dice mi señora, siempre cortés. Ella es hija de la República Veneciana; sé que toda charla de una Italia unificada es un anatema para ella. —¿Cuándo publicas *Gli Asolani*? —pregunta a Bembo, cambiando de tema.

—Pronto, domina.

—Entonces me reservaré el juicio de la lengua franca hasta que lo haya leído.

Y yo también.

Mi atención está distraída por Zantos, el enano de la Reina, quien brinca delante de nosotros, haciendo malabares con cinco bolas doradas. No es propio de él contar chistes vulgares. Mi señora

nos garantiza tal libertad que, con la excepción de Bembo (quien conserva su afecto a pesar de su naturaleza discutidora), todos consideramos que lo más placentero posible es complacerla, y lo más desagradable del mundo es ganar su desagrado.

La comida llega e intento comportarme de forma femenina y mordisquear. Aún así tengo hambre (tengo una vena glotona) y quiero comer hasta sentirme llena y a punto de explotar. De entrante tenemos ensalada de alcaparras, trufa y pasas en hojaldre, así como una segunda ensalada de verduras con zumo de pomelo y anchoas. También hay rábanos tallados en forma de animales, pequeños pasteles de crema, *prosciutto* de lengua de cerdo, pasteles de jabalí, salmonete ahumado, y besugo dorado. Me sirvo un poco de todo.

El primer plato caliente llega. No puedo resistirme a los buñuelos de capón espolvoreados con azúcar, los faisanes y las codornices asadas, los pichones en hojaldre, las albóndigas, la ternera, la carpa, el rodaballo, y las gambas. Mastico mi comida despacio, recordando como la ternera siempre estaba dura y cocinada de más en Asolo, no como la carne fina que comemos en Barco, donde mi señora contrata a los mejores chefs. El castillo en Asolo era basto y rudimentario; mi hogar durante tantos años, ahora parece que fue hace toda una vida.

Estoy gruñendo bastante para cuando llega el tercer plato: perdiz, conejo, tórtolas, salchichas, y más pescado. El cuarto plato consiste en un pastel de arroz y apenas tomo un bocado. Ojalá hubiera copiado a mi señora: ella come muy delicadamente y meramente tomando unos bocados que corta con su cuchillo de trinchar. Cochinillo sigue a continuación y luego pavo real, sólo que ahora me siento enferma. Me sirvo unas cuantas verduras para el sexto plato, y luego almendras en sirope para terminar.

La comida parece durar una eternidad, pero mi atención ha sido atraída por el joven que está sentado callado al final de la mesa. Es el artista, Zorzo de Castelfranco. Él ha estado ausente de la corte durante el pasado año, comprometido con encargos en Venecia. Era la mayor decepción de mis primeros meses aquí el que el pintor se hubiera marchado, porque me fascina.

Signor Zorzo dice poco a aquellos a cada lado de él, y simplemente nos observa a todos. *¡María Santísima!* Es tan guapo. Estoy asombrada por su atractivo, porque no hay otra palabra para describir su aspecto — sus facciones regulares, su piel oscurecida por el sol, y ojos enmarcados por pestañas largas y oscuras.

Después de cenar, el Emperador y su esposa se retiran, porque tienen un largo viaje por delante mañana. La corte desfila hacia los aposentos de mi señora. Allí nos sentamos en un círculo dispuesto así: hombre, mujer, hombre. La Reina dice. —Es mi deseo que tú deberías comenzar los juegos esta noche, Cecilia.

—Seguramente no yo. —Estoy asombrada, ya que es la primera vez que ella me ha hecho una petición así. Pillo al artista mirándome. ¿Podría estar equivocada o me ha lanzado un guiño?

—Ha pasado un año desde tu debut, querida mía —dice la Reina—. Creo que has crecido en madurez y sabiduría. ¡Por favor, comienza!

Me devané los sesos en busca de alguna proposición ingeniosa y todo lo que puedo pensar es. —¿Por qué no hacemos que cada uno de nosotros sugiera algún juego que les guste y que no haya sido jugado antes? Y luego seleccionaremos el que nos parezca más merecedor. —Me giro hacia Bembo y le pido que afirme cuál será su propuesta.

Él replica—. Os corresponde a vos decirnos vuestra propuesta primero.

—Pero ya lo he hecho. —Sonríe a mi señora. —Domina, suplico vuestra ayuda en ordenarle que haga lo que se le ordena.

La Reina se ríe. —Entonces todo el mundo te obedecerá, te doy mi autoridad en este juego.

Bembo inclina su cabeza hacia mí—. Me gustaría que nuestro juego fuera que cada uno de nosotros pudiera decir que, si su amado o amada tiene necesidad de estar enfadado con ellos, querrían que la razón para su enfado estuviera en su interior o en ellos mismos. De este modo, estableceremos si es más doloroso dar disgusto a la persona que amamos o recibirlo de ellos.

Probablemente algo que ha escrito en *Gli Asolani*, creo, pero no pongo voz a mis pensamientos.

Le hago una señal a Dorotea de que es su turno, pero la Reina interviene—. Como la Signorina Cecilia no desea molestarse en sugerir un juego, es sólo correcto que las otras damas disfruten del mismo privilegio y que también estén exentas de realizar cualquier esfuerzo esta noche, especialmente ya que tenemos a muchos hombres con nosotros que no hay peligro de que se acaben los juegos.

—Muy bien entonces —digo, aceptando la sonrisa de Dorotea. Miro al hombre de piel pálido con la cicatriz en su mejilla, quien ahora sé que es Signor Lodovico Gaspare, un visitante de la corte del Duque de Ferrara. Él inclina su cabeza hacia mí y sonrío, sus dientes blancos pero desiguales.

—El juego que me gustaría jugar esta noche es que cada uno de nosotros debería decir la cualidad que les gustaría que la persona amada posea. Entonces, como alguien debe tener algún defecto, ¿qué falta elegiría también?

Mi señora aplaude. —Un juego excelente —dice ella con su baja y suave voz—. El mejor. Cecilia, debes decirnos lo que piensas.

Miro fijamente a la Reina, sin poder hablar. Entonces me sonrojo y tartamudeo, desesperada por decir algo. La Reina asienta con la cabeza—. Querida niña, no debería haberte preguntado. ¿Qué conocimiento tienes del amor?

Ése es el modo en que mi señora le habla a la gente que admira más; siempre con tanto encanto. ¿Cómo podría alguien no desear complacerla? La he decepcionado, lo siento, y me siento en silencio mientras el resto de la corte continúa el juego.

Finalmente la Reina se pone de pie, y es como si una cuerda pasa desde el techo hasta su cabeza, tan erguida como se mantiene. —Ven, niña —me dice—. Llévame a mi aposento.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. *Niña*. Tan cierto, porque eso es lo que soy hasta que un hombre yazga conmigo. Oh, que podría ser mi futuro marido...

—¿Viste el modo en que te estaba mirando? —pregunta Dorotea mientras nos desvestimos en nuestra habitación encima de los establos—. ¡Ojalá Bembo me mirara de ese modo!

—¿Qué quieres decir? —Mi boca se abre como la de los peces en el estanque en el centro del jardín de mi señora cuando desmigo pan sobre la superficie. ¿Seguramente la mirada del artista hacia mí no era tan obvia?

—Si sus ojos hubieran sido lenguas, te habrían lamido —se ríe.

Mis mejillas arden, pero al mismo tiempo placer me recorre.

Al día siguiente casi no puedo contener mi excitación. Cuando llega la hora de vestir el cabello de mi señora, mis dedos tiemblan tanto que dejo caer el peine otra vez.

—Por Dios, dulce niña —dice ella—. Estás incluso más torpe que de costumbre. ¿Qué es lo que pasa?

Me disculpo antes de ir a mi habitación y atender a mi propio aseo. Me cambio mi sobrevestido por uno rosa oscuro y me echo una mirada a mí misma en el espejo. No hay mujer extraña allí, así que le saco la lengua a mi reflejo. Entonces recuerdo que se supone debo actuar como una dama. Algunas veces es duro dejar de lado mi naturaleza infantil.

—¡Ahí! ¡Mira como te come con sus ojos!

Dorotea señala hacia Signor Lodovico y la decepción me invade. Ella no había querido decir el

artista. Miro alrededor buscándole, pero no está aquí—. Dicen que Signor Lodovico es extremadamente rico —añade Dorotea—. Podría establecerte en una casa elegante con tus propios sirvientes. Piensa en ello, Cecilia. No le des la espalda a un hombre así. —Si ella supiera de mi deseo secreto por un marido, ella se reiría en mi cara.

Esta noche bailamos la *pavana*. Sencilla y lenta. Signor Lodovico toma mi mano y me lleva hacia la pista en procesión con los demás bailarines. Nos adelantamos y luego nos alejamos, una y otra vez.

—Hábleme de Ferrara —le digo cuando la danza nos reúne.

—¿Qué desea saber?

—¿Es como Asolo?

Él se ríe. —Para nada. Es mucho más grande y mucho más ruidosa. Hay muchas murallas y puertas rodeando la ciudad con un foso, que está atravesado por largos y anchos caminos. Cada día parece que hay un nuevo edificio. En el centro se erige el castillo del Duque, un milagro de construcción.

La danza nos aleja y espero hasta que nos volvemos a reunir antes de decir. —Creo que me gustaría Ferrara, pero mi ciudad favorita de todas es Venecia.

Una mueca pasa por su cara, y luego se recompone; debo haberme imaginado su ceño fruncido. Algo en él me pone nerviosa, pero se lo atribuyo a su acento *ferrarese* y a su aspecto estricto. Cuando sugiere salir a tomar un poco de aire fresco, ignoro el cosquilleo de inquietud que oprime mi pecho y accedo. Salimos a la logia y me siento en la balaustrada.

Signor Lodovico me intriga; él no es como los demás cortesanos. Imprudente, lo sé, pero me digo que él no me hará daño. Es excitante tener un admirador, incluso si esa persona no hace que sienta mariposas en mi pecho del mismo modo que me provoca el artista.

El frío aire de la noche es una suave caricia contra mi garganta. Los grillos gorjean desde los arbustos del jardín y la luna nueva corta una delgada loncha de plata en un cielo que rebosa de estrellas. Sé que no debería estar sola con un hombre con el que no estoy comprometida. Él pensará que soy lasciva. Aún así las palabras de Dorotea resuenan en mi cabeza, y no puedo evitar sentirme halagada de que un hombre pudiera mirarme del modo que ella describió. ¿Será un caballero y me tratará como a una dama?

Me estremezco al sentir una vez más esa sensación de dislocación, como si me estuviera viendo a mí misma desde lejos. Hay una sombra al otro lado de la terraza. Signor Lodovico toma mi mano y se la lleva a sus labios. La sombra se mueve hacia delante y hace una reverencia. ¡*Zorzo de Castelfranco!* El calor me sube a la cara.

—Fern, ¿estás bien? —dijo Tía Susan—. Yo creía que estabas detrás de mí, pero cuando miré hacia atrás no pude verte por ninguna parte.

La sensación era diez veces peor que despertar en mitad de un sueño y ser incapaz de distinguir entre realidad y ese sueño. Fern tenía el estómago revuelto. Ella había pasado volando a través de cientos de años de historia, y ahora se sentía enferma—. Lo siento. —Ella bajó la vista hacia su bloc de notas. *Debe haberseme caído de las manos*—. Estaba a millas de distancia.

—Sí que lo estabas. Yo iba a sugerir que nos fuéramos a casa. ¡Mira el cielo!

Fern miró a las oscuras nubes de tormenta y se abrazó el cuerpo con sus brazos, sintiéndose fría de repente. Gordas gotas de lluvia salpicaron el polvoriento camino. Ella se apresuró con su tía lo más rápidamente que las regordetas piernas de la Tía Susan lo permitían. Para cuando llegaron a la

casa, una borrasca estaba cubriendo los maizales, los viñedos, y los olivos, pegando el pelo de Fern a su cara.

—Sube corriendo y ponte ropa seca —resopló Tía Susan mientras cerraba la puerta principal—. Prepararé algo de sopa antes de hacer lo mismo.

En el cuarto de baño, Fern miró fijamente su reflejo. Su reflejo, no el de Cecilia.

¿Qué me está pasando?

Algo más allá de una ensoñación había tenido lugar en Barco. Aún se sentía con náuseas y débil por la sacudida de vuelta al presente. *¡Cálmate! No eres Cecilia, eres Fern.* La chica estaba en su cabeza, sin embargo, su molestia supurando de lo que ella había dejado atrás, su necesidad. *¿Necesidad por qué?* Fern miró hacia abajo, medio esperando ver sus piernas envueltas en una larga túnica, aún recordando su peso, la sensación del pesado brocado y lo ceñido del corpiño sobre sus pechos. Sacudió la cabeza. *¿Me estoy volviendo loca?*

Un rugido de un trueno. El relámpago golpeó el oscurecido cielo fuera de su ventana. Un escalofrío de miedo retorció el estómago de Fern. *No seas tonta, estás perfectamente a salvo.* Ella cogió una toalla y se secó el pelo. Temblando, se quitó la falda empapada y sacó un par de vaqueros y un jersey.

Abajo en la cocina, Tía Susan le dio una cuchara de madera—. Remueve la sopa por mí, querida, mientras voy y me cambio.

El aroma de verduras hirviendo a fuego lento estaba mezclado con algo más. Madera quemada. Fern tenía un ruido sordo en la cabeza. Otro retumbar de truenos, mucho más cerca que antes, seguido de un fuerte crujido como un disparo. Oscuridad.

Las malditas luces se han apagado.

Bajo el fulgor de la llama de gas bajo el cazo, ella pudo distinguir una débil silueta moviéndose hacia ella. Se le puso de punta el vello de los brazos. Luego el destello de una linterna. *¡Tía Susan!*

—La compañía de electricidad siempre apaga la red eléctrica durante una tormenta como ésta. No tengo idea de por qué. —Tía Susan cogió un portavelas de la estantería. Ella rebuscó en un cajón, buscando una caja de cerillas, y encendió el pabilo—. Pon esto sobre la mesa y serviré la sopa.

Fern cortó un trozo de pan y se sirvió algo de queso—. Esto es delicioso —dijo ella, el rico sabor envolviendo su lengua. *Una memoria. He comido esto antes.*

Se llama Asiago, y viene de las montañas detrás de nosotros. Quizás podríamos subir allí un día de estos.

—Eso estaría bien. —Una oportunidad de escapar de aquí. Del olor de madera quemada. De las asociaciones con el fuego.

Otro trueno, seguido de un zigzag de relámpagos. Luego una repentina cacofonía como de miles de guijarros cayendo. —¿Qué demonios es eso?

—Granizo —dijo Tía Susan. —¿Puedes ayudarme a cerrar las persianas? Si tú cierras las de arriba, yo cerraré las de aquí abajo. No queremos ninguna ventana rota. Toma, ¡coge la linterna!

Fern corrió arriba a la habitación de su tía primero. El cuarto de baño fue a continuación, y luego se escabulló dentro de su habitación. El viento había abierto la ventana; a través de ella, fuegos artificiales se lanzaron a la oscuridad. *¡Fuegos artificiales!*

Agarrando el pestillo, ella tiró del marco. Un granizo tan grande como una pelota de golf la golpeó en el dedo. Ella aulló.

De vuelta a la cocina, preguntó. —¿Qué pasa con los fuegos artificiales?

—Oh, los granjeros creen que las explosiones romperán el granizo para que no dañe a las uvas. Y hablando de eso, tomémonos una copa de vino para animarnos.

Tía Susan cogió la ya abierta botella de la encimera y sirvió. Fern tomó un sorbo. *Eso es mejor. No hay necesidad de preocuparse.* —Creo que me quedaré en casa mañana. Y así dibujó algo.

—Buena idea, cariño. Yo continuaré con mis escritos. No te olvides que Luca viene a cenar.

—¿Necesitas ayuda con eso?

Tía Susan dio palmaditas a su mano—. Pensé que haría roast beef y Yorkshire pudin para recordarle Inglaterra. ¿Quizás podrías hacer un bonito bizcocho borracho inglés?

—Por supuesto. —Ella se alejó de su tía, el dolor recorriéndola. El bizcocho borracho había sido el favorito de Harry. *¡Oh, Harry!*

Luca removió su café, lleno por la excelente comida servida por Susan y Fern. La cena había sido una sorpresa; por su experiencia, los ingleses tendían a cocinar de más su ternera. No es que Susan fuera inglesa; ella había anunciado orgullosamente que era galesa. Él nunca había estado en Gales, y no tenía experiencia con la comida de allí.

Aún cuando él tenía un pasaporte británico al igual que uno italiano, sus preferencias estaban definitivamente orientadas hacia la cocina local. Pero, en honor a la verdad, los púdinges de Yorkshire de Susan habían sido tan ligeros como el aire, y el bizcocho borracho de jerez y frambuesas de Fern le había animado a tomarse dos porciones. Se frotó el estómago—. Gracias por una comida deliciosa.

—De nada —dijo Susan—. Es agradable para Fern conocer a alguien de edad más parecida a la suya que yo, aunque quizás tú seas un poco mayor que ella.

Llegó una tos del otro lado de la mesa—. Cumpliré treinta en mi próximo cumpleaños —dijo Fern—. No mucho más joven que tú, Luca, supongo.

Él sonrió—. Tres años. Supongo que ambos somos parte de la generación del baby boom.

Susan se levantó de la silla—. Bueno, me siento un poco cansada. Os dejaré a vosotros nacidos durante el baby boom para que carguéis el lavavajillas. Sólo asegúrate de que cierras las puertas y apagas las luces antes de irte a la cama, Fern.

Luca observó como Susan arrastraba los pies hacia las escaleras de hierro forjado. La típica mujer británica excéntrica. Le gustaba por el hecho de que a ella no parecía importarle lo que los demás pensarán de ella. El modo en que se vestía, por ejemplo, y su pelo despeinado. No el tipo de persona que uno se imaginaría que fuera una escritora de romances altamente exitosa. ¿Quizás ella vivía indirectamente a través de sus personajes?

Él se levantó y alargó la mano para coger la taza de café de Fern—. Guíame hasta el fregadero de la cocina —dijo soltando una risa—. Pero no intentes darme un delantal.

Era sociable, de pie junto a ella mientras llenaban el lavavajillas. Durante toda la cena, él había intentado sonsacarle. Ella le había escuchado hablar de su trabajo, y aún así no había dicho mucho sobre sí misma. ¿Cómo descubrir si tenía novio? ¿Podría preguntarle directamente? *¡No seas tonto, Luca! Ella sólo está aquí durante unas cuantas semanas.* Fern no le parecía el tipo de chica a la que le apetecería una aventura de vacaciones, o cualquier otro tipo de aventura. Es mejor mantenerlo casual—. Mi madre me pidió que te diera recuerdos de su parte —dijo.

—Ella fue muy amable conmigo en Asolo cuando tuve otro de mis “mareos”. —Fern hizo una pausa—. Creo que fue algo más que eso, en realidad.

—¿Oh?

—¿Puedes oler algo inusual?

Él olfateó. —No.

—Bueno, yo sí. No todo el tiempo. —Ella cogió una taza del fregadero y la retorció en sus manos—. Ocasionalmente el olor a madera quemada es realmente fuerte en esta casa.

Él pensó por un momento. *¿Qué decir.* —He oído que algunas veces la gente huele cosas que les recuerdan una experiencia en particular.

—Eso podría ser. —Fern le frunció el ceño a la taza—. Yo estaba en la estación de Kings Cross cuando hubo ese gran incendio.

—¡Dios! ¡Qué horrible! ¿Resultaste herida?

—No. Yo estaba en la escalera mecánica, vi el incendio, y volví a bajar corriendo. —Ella

retorció la taza—. Sufrí un poco físicamente por inhalación de humo. Y mucho más mentalmente por el trauma.

Su mano estaba temblando y él le quitó la taza—. Lo siento mucho. Qué experiencia más horrible.

—Y ahora creo que estoy perdiendo la cabeza —dijo ella—. He estado teniendo las visiones más extrañas desde que vine a Italia. Es como si estuviera poseída por algún tipo de espíritu inquieto.

Él se esforzó por dejar de mirarla fijamente. —¿Qué quieres decir?

—Pensarás que estoy loca.

—No creo que estés loca —medio mintió.

—¿Recuerdas que me hablaste de Caterina Cornaro?

Él asintió. *¿A dónde va a llevar esto?*

—Sigo pensando que estoy viviendo una vida como una de sus damas de compañía. —Se le entrecortó la voz—. Me temo que estoy teniendo algún tipo de colapso nervioso.

¡Maldita sea! Él era arquitecto; él creía en las pruebas tangibles, no en la fantasía. Por segunda vez en unos minutos, se quedó sin palabras. Se mordió el labio—. Te diré una cosa. Ven a cenar mañana por la noche y hablaremos sobre esto con mi madre. Ella es un poco mística, a falta de una palabra mejor, y no estará tan sorprendida por lo que me has contado.

—¿Mientras que tú sí que lo estás?

—No exactamente sorprendido. Asombrado, más bien. No es el tipo de cosa con la que me cruce muy a menudo. Más bien nunca, para ser honestos. —Él le dedicó a ella lo que esperaba era una sonrisa reconfortante. Sus ojos habían adoptado una expresión de “conejo deslumbrado por los faros”. Él le tocó la mano. Ella dio un salto hacia atrás como si hubiera sido aguijoneada.

—Lo siento —dijo ella—. No debería haber dicho nada. Debes pensar que estoy completamente loca.

—Por supuesto que no. Los traumas provocan cosas extrañas en la gente. Por ejemplo, alguien que haya sobrevivido a un incendio puede oler el humo cuando se sienta ansioso.

—Probablemente tienes razón. Pero son más las visiones que el olor a madera quemada lo que encuentro desconcertante. Parecen tan reales.

—Por favor, hágame de ellas —dijo él. Quizás hablando ella perdería esa expresión de “conejo asustado”.

Regresaron a la mesa de la cocina y él escuchó mientras ella le contaba lo que ella había experimentado en Asolo y en Barco, intentando mientras tanto evitar mirarla fijamente con la boca abierta. No sonaba como algo que ella pudiera haber leído o visto en una película. No había habido películas sobre Caterina Cornaro, no que él supiera, y los libros no habrían descrito tantos detalles. Él necesitaba ir a la biblioteca y averiguar algo más sobre este tipo de psicosis. Si eso es lo que era. Tenía que serlo. La alternativa era impensable.

—Así que ya ves —dijo ella—. Soy un poco frágil en este momento. Pero me gustaría ir a cenar. Estoy segura de que Tía Susan se sentirá feliz por mí si cojo el coche, y le alegrará tener una noche para ella sola para dedicarla a escribir o leer.

—Yo te recogeré. —*Dios no quiera que ella tuviera una de esas visiones mientras conducía.*
—¿Te viene bien a las siete en punto?

—Gracias, y perdona otra vez por soltarte todo ese rollo. Hablar de ello ha ayudado, en realidad. Y estará bien salir de aquí mañana. Tu madre podría ser capaz de ofrecer algunas sugerencias sobre como bloquear a Cecilia en mi mente.

—Prepararé a mamá de antemano. —Él se levantó de la silla y alargó la mano—. Buenas noches,

Fern, y gracias por una noche interesante.

La villa se erguía en solitario esplendor en un mar de campos verdes. Tía Susan había dicho que había sido designada por el arquitecto del siglo XVI, Andrea Palladio. Fern tuvo que mirar dos veces la visión de semejante belleza. Y riqueza. Recordando la elegancia discreta de Vanessa Goredan, ella había hecho el esfuerzo de vestir algo elegante: uno de sus trajes de trabajo, un par de pantalones blancos de lino y una blusa de algodón azul marino. Ella se había peleado con su pelo después de lavárselo, y lo había domesticado haciendo que Tía Susan la ayudara con una trenza suelta. Con suerte, ella no daría la nota.

Todo el camino hasta la villa, ella debatió consigo misma si debería decirle a Luca que no le dijera nada a su madre. Luego recordó que él iba a preparar a la contessa de antemano. Qué vergüenza habérselo soltado todo la noche anterior. ¿En qué había estado pensando? Ella apenas le conocía, y aún así había compartido algo que la categorizaría como una chiflada en opinión de todo el mundo.

La gravilla crujió bajo los neumáticos del descapotable rojo Alfa Romeo de Luca mientras aparcaba. Dos Labradores marrón chocolate brincaron hacia él, meneando las colas. Él los presentó como Jason y Sam. Después de acariciar sus orejas sedosas, Fern caminó con él por la amplia rampa con una suave cuesta. Un tramo de escalones llevaba hasta la logia en el centro de la villa, que adoptaba la forma de un pórtico coronado por un gablete que la hizo pensar en el frontal de un templo. Era impresionante. *No había otra palabra.*

—Mira aquellos —dijo Luca señalando las dos alas con columnatas a cada lado del edificio principal—. Originalmente albergaban los almacenes de grano que necesitaban estar bajo techo.

—¿Qué tipo de grano?

—Mi familia introdujo el cultivo de maíz aquí. Ahora ha crecido por todo el Véneto y se ha convertido en un alimento básico en la forma de polenta.

—¿Aún lo cultiváis?

—Sí. Y también tenemos viñedos y nuestra propia marca de vino. Mi hermano Antonio se dedica a dirigir el estado desde que nuestro padre murió. Ya no almacenamos el maíz aquí, por cierto, pero hemos construido graneros allí. —Señaló hacia la izquierda—. Las oficinas y las estancias de la familia ahora están en las alas. El área de vivienda original está abierto al público tres días a la semana, y es demasiado grandioso para nosotros. Te daré una rápida vuelta por la *piano nobile* y luego saldremos al jardín.

Él la guió dentro de una gran habitación cuadrada, ricamente decorada con frescos—. Puedes ver por qué no vivimos aquí. Sería como vivir en un museo.

—Tan hermoso —dijo Fern, sus pies deslizándose sobre el liso suelo de mármol. Las paredes estaban adornadas con frescos de dioses y diosas deleitándose en fiestas rurales. No era como ninguna otra casa en la que ella hubiera estado antes, y la incomodidad se extendió por ella.

Fuera de la ventana, un jardín privado se abría a cuidados céspedes y parterres. Una sombrilla daba sombra a una mesa del patio en la esquina. Geranios colgantes se derramaban de urnas, y rosas rojas abarrotaban un parterre abrazando la pared cubierta de madreselva. Unas diez veces más grande que el jardín de Tía Susan y, de hecho, que el jardín cerca de Chepstow de papá y mamá. Era más el tipo de lugar al que Cecilia estaba acostumbrada, viviendo una vida de lujo en el Barco de Caterina Cornaro, que lo que ella, Fern, había experimentado hasta ahora. El bulto de incomodidad se había alojado en su garganta. Ella tragó saliva con fuerza.

—Mi madre nos está esperando. —Luca tomó su mano. Ante su toque, la tensión dentro de ella se

relajó. Un gesto amistoso, no un avance sexual, y reconfortante por su naturalidad. Realmente era un hombre encantador.

—Es maravilloso volver a verte —dijo Vanessa Goredan, mirándoles desde su asiento. Los Labradores se habían dejado caer a sus pies y ahora rodaron sobre sí mismos para que Fern les hiciera cosquillas en sus barrigas—. Siéntate. Luca nos traerá una botella de Prosecco y podemos brindar por tu primera visita a la villa.

Fern cogió una silla y se sentó sobre su mullido cojín. El aire estaba lleno del aroma a jazmín de la madreselva. *Nada de olor a madera quemada aquí.* —Gracias por recibirme aquí, Contessa Goredan.

—Por favor, llámame Vanessa. Ahora cuéntame. Luca mencionó que has estado teniendo visiones extrañas. Pensé que algo estaba pasando cuando te vi tambalearte en la iglesia el otro día.

—No quería que pensaras que estaba loca. Si alguien me hubiera dicho hace un par de días que habían experimentado lo que yo estoy experimentando, habría pensado que estaban chiflados.

—Puedo asegurarte que yo no. ¿Te acuerdas de la persona que tocaba el laúd?

—Entonces vale. Allá voy. —Ella le contó todo a Vanessa: desde los susurros fantasmales en la cocina de Tía Susan hasta sus extrañas experiencias en Asolo y en Barco. No sonaba tan peculiar como lo había hecho cuando se lo contó a Luca la noche anterior. —¿Qué piensas? —preguntó ella cuando hubo terminado.

Vanessa la miró con expresión pensativa—. Bueno, en mi opinión tienes suerte.

—¿Suerte?

—Quiero decir, de haber tenido la oportunidad de volver a experimentar el pasado tan vívidamente.

—No me siento afortunada. Me siento... me siento como si me hubiera convertido en algún tipo de canal.

—Posiblemente —dijo Vanessa con calma—. Cecilia parece estar usándote para contar su historia.

—¿Pero por qué? ¿Y por qué yo?

—¿Hay algo que pudieras tener en común con la chica?

—Papá estaba estacionado en Chipre cuando estaba en el ejército, y yo pasé los cinco primeros años de mi vida allí. Cecilia le preguntó a su hermana si ella echaba de menos la isla, y yo recuerdo haber vivido allí hasta que yo también tenía cinco años. Puedo oír sus pensamientos en griego, aunque es una forma más antigua del lenguaje que una vez hablé cuando yo era niña. Oh, y creo que ella es un poco artista. A ella le gusta dibujar.

—Podría ser por eso por lo que te ha seleccionado. ¿Y qué hay del olor a madera quemada? Luca dijo que estuviste en Kings Cross cuando hubo ese horrible incendio. ¿Quizás sea el fuego otra cosa que compartís?

Fern unió sus manos para esconder su temblor. —¿Piensas que Cecilia podría haber estado en un incendio?

—Muy bien podría haberlo estado. La mayoría de Barco fue destruido por un incendio en 1509. Quizás ella se vio atrapada en él.

Una puñalada de miedo—. No quiero revivir un incendio. —El corazón de Fern latía como loco—. Debe haber algún modo de poder bloquear a Cecilia de mi mente.

—Si ella es un espíritu inquieto, podría ser una buena idea que llamasess al sacerdote local y le pidieras que bendijera la casa de tu tía. Quizás si llevases una cruz al cuello te proporcionaría alguna protección.

—¿Crees que Cecilia quiere hacerme daño?

—Honestamente, no sé qué pensar, querida. —Los ojos de Vanessa siguieron a un abejorro lanzándose sobre un parterre y revoloteando sobre él. —¿Has hablado con tu tía sobre lo que te ha estado sucediendo?

—Aún no. Estoy planeando contárselo. Simplemente aún no he tenido ocasión. —No tenía sentido explicarle su reticencia. Tía Susan no podía oír u oler lo que ella había oído y olido en la casa. Ella probablemente no la creería. —¿Cómo va tu investigación del árbol genealógico? —preguntó. Ella ya no quería hablar más sobre Cecilia. Ella se sentía demasiado asustada.

—Oh, es terriblemente complicado. He conseguido llegar hasta el siglo XIX, que es lo más lejos que llegan los archivos aquí en la villa. Necesitaré visitar Venecia y buscar allí a continuación.

—Algo así como buscar una aguja en un pajar.

—Bastante —dijo Vanessa poniéndose de pie—. Lucas debe haber ido a los establos a ver a su hermana. Ella siempre está enredando allí abajo. Volveré en un minuto con el Prosecco.

Un caballo relinchó en la distancia y Fern cerró los ojos. El sol se había movido en redondo, así que ya no estaba protegida por la sombrilla. Se frotó los brazos. ¿Por qué tenía frío de repente? El cuervo en el árbol a su izquierda lanzó un triste graznido. Luego la silla debajo de ella empezó a moverse, sus piernas a horcajadas con voluminosas faldas en vez de estiradas delante de ella. Maldita sea, estaba montando a caballo. Ella había montado mucho cuando era adolescente, pero esto era increíble.

Pegaso está luchando contra su bocado. Quiere galopar, sólo que estamos al final de la cacería. Mi señora y sus caballeros están persiguiendo a un ciervo y hemos abandonado los confines de Barco. La tierra vuela a nuestro alrededor. Los perros están aullando y los cuernos suenan mientras cruzamos un campo abierto; hemos llegado lejos. Pegaso brinca de un lado a otro y decido no intentar retenerle.

Un arrebató y vamos como el viento. *Patatapum, patatapum, patatapum*. Pronto vamos al mismo nivel que Signor Lodovico. He oído que es un soldado de caballería para el Duque de Ferrara. Él ciertamente monta como uno. Signor Lodovico me mira y sonrío, revelando sus torcidos dientes blancos. Algo en mí siente repulsión y desea la sonrisa de otro hombre, el asomo de una sonrisa en las comisuras.

La persecución es larga y aún así no me canso. Finalmente, delante, el ciervo vuelve sobre sus pasos y corre a través de una corriente mientras intenta esconder su aroma. Llegamos a él y los perros le rodean. Es un ciervo magnífico, con hermosas astas; el animal jade exhausto. Ojalá pudiera ser salvado, y aún así sé que es imposible.

Signor Lodovico desmonta y se aproxima a la bestia, levantando su espada. No puedo mirar. Los cuernos soplan la *morte* en celebración. Mi señora dirige a uno de los cazadores para abrir al ciervo en canal y dividir la carne. Los cuervos en los árboles junto al arroyo empiezan a graznar por la carroña.

Me sorprende descubrir que estoy llorando. ¿Por qué? Nunca he llorado antes por la muerte de un ciervo. Cazar es parte de mi vida en la corte. Me encanta galopar a través del campo, Pegaso y yo juntos.

La escena a mi alrededor adopta un aspecto extraño. Es como si estuviera mirando una pintura y no fuera parte de esta realidad ya. He sentido esto antes y no me gusta. Parpadeo como si pudiera disipar mi incomodidad, sólo que empeora las cosas y ahora mi visión está empañada mientras la

pena por el ciervo inunda mis ojos.

Fern se enjugó las lágrimas y miró el campo más allá del jardín. Había un arroyo sombreado por sauces llorones. ¿Podría ser el mismo arroyo en el que ese magnífico animal había sido descuartizado? Ella aún podía oler la sangre. Resonaron pisadas sobre las baldosas. Luca llegó, llevando una bandeja con una botella y tres copas.

—¿Ha vuelto a pasar? —preguntó, preocupación en su voz—. Te has puesto blanca como la pared.

Ella se abrazó los brazos—. No estoy loca, ¿sabes? Aunque supongo que algo de lo que estoy experimentando puede atribuirse al trauma. Normalmente hay un olor o un sonido que lo desencadena. Tu madre piensa que Cecilia podría haber estado en el incendio que destruyó Barco. Pero gracias a Dios no estoy volviendo a experimentar eso. Estoy reviviendo la vida de Cecilia. Realmente no creo que me la esté inventando. Ella es demasiado real.

—¿Y ella te asusta?

—Bueno, ¿no te asustaría a ti?

Él levantó sus manos—. Absolutamente.

—Lo siento, no pretendía ladrarte. La encuentro fascinante —dijo ella más calmadamente—. Estoy dividida entre querer saber lo que le pasa y no gustarme la forma en que domina mi mente.

—Entonces no es la chica la que te asusta. Es el hecho de que no puedes controlar cuando vas a tener esos flashbacks.

—Suenan como que me crees.

—Fern, nunca he dudado de *ti* ni por un minuto. —Él alargó la mano para coger el vino—. Sin embargo, si Cecilia es producto de tu imaginación o no es algo que aún necesito decidir.

—Oh. —Fern sintió que sus ojos se desviaban hasta el área al otro lado del campo, donde estaba segura de que había visto matar al ciervo. *Donde Cecilia había visto matar al ciervo*. Ella tenía que encontrar una forma de separarse de la otra mujer. Tan difícil, sin embargo, cuando sus pensamientos se habían mezclado con los de Cecilia—. Quizás debería dejar Italia.

Luca le lanzó una mirada escrutadora y entonces sacó el corcho de la botella. —¿Eso no sería huir? —Él llenó las tres copas.

—Tienes razón, por supuesto. Además, me encanta estar aquí y no tengo que volver al trabajo hasta fin de mes. Es sólo que no puedo seguir así, ¿sabes? Es peligroso. A ver, yo podría estar conduciendo por una carretera y de repente verme de vuelta en el pasado.

—Curiosamente, yo tuve el mismo pensamiento. Necesitas encontrar un modo de controlar esas visiones. Por lo que puedo deducir, parecen suceder cuando estás sola.

—Eso es cierto. Hasta ahora. ¿Estás sugiriendo que no debería estar sola nunca? Eso sería difícil, particularmente porque disfruto de mi propia compañía y, de hecho, normalmente me recreo en ella. Especialmente cuando estoy pintando. —Ella levantó su copa y tomó un sorbo de Prosecco, saboreando el chispeante sabor a fruta.

Vanessa bajó los escalones hacia el jardín con una alta chica de pelo oscuro, vestida con pantalones de montar y una camisa blanca. Luca se levantó y retiró dos sillas—. Ésta es mi hermana, Chiara. Ella ha estado deseando conocerte.

—Hola. —Chiara tomó asiento y se giró hacia su hermano—. Tienes razón. Fern *es* como la chica en *La Tempestad*.

—¿*La Tempestad*? ¿Qué es eso? —preguntó Fern.

—Iba a decírtelo, pero aquí la sabelotodo se me ha adelantado —dijo Luca—. Es un cuadro de Giorgione. Te llevaré a verlo en la Accademia Gallery en Venecia, si quieres. El parecido es asombroso.

—¿No tenemos un dibujo en uno de nuestros libros de arte? —intervino Vanessa.

—Sí. Iré a buscarlo.

Fern observó a Luca atravesar a zancadas el patio y luego le dijo a Chiara. —Yo solía montar cuando era más joven.

—Oh, entonces debes salir conmigo alguna vez.

Fern se rió—. No estoy segura de que aún se me de bien.

—Es como montar en bicicleta. No se te olvida.

—Fern puede montar a Magic. Es un encantador caballo viejo y más calmado que nada en el mundo —dijo Vanessa rellenando la copa de Fern. Ella continuó alabando las virtudes del caballo y le habló a Fern sobre sus éxitos en los concursos de saltos cuando ella era más joven—. Ah, aquí está Luca. —Ella levantó la mirada hacia su hijo. —¿Encontraste el libro?

—No. Parece que se ha perdido. Yo había estado mirándolo el otro día también.

—No os preocupéis —dijo Fern—. Estaba planeando visitar Venecia mientras estuviera aquí. ¿Estás seguro de que tienes tiempo, Luca? Quiero decir, soy bastante capaz de ir allí yo misma.

Su boca formó una sonrisa en las comisuras y una sensación de reconocimiento pasó por ella. No. No de reconocimiento. De atracción. Y estaba mal. Demasiado pronto, demasiado repentino, demasiada traición. Ella no podía permitirse sentirse atraída hacia Luca.

—Tengo un día libre —dijo él—. Me encantaría enseñarte mi ciudad favorita.

—¿Y tú qué, Chiara? —preguntó Fern. —¿Te gustaría venirte?

—¡De ningún modo! Yo fui a la universidad en Venecia. Ya estoy más que harta de ese sitio.

—¡Vaya! Debe haber sido una experiencia fantástica.

—No cuando hay marea alta y tienes que llevar botas de agua altas para moverte por la ciudad —dijo Chiara con una mueca—. Gracias a Dios mis días de estudiante han terminado.

—Chiara se está tomando un descanso de sus estudios. —Vanessa frunció el ceño—. Un hiato.

—No le veo el sentido a los exámenes interminables —dijo Chiara.

Fern se rió. —¿Qué estabas estudiando?

—Inglés. Por supuesto, era fácil para mí. Pero lo encontraba aburrido.

—¿Fuiste al colegio en Inglaterra como Luca?

—Sí. Yo fui a Cheltenham. Pero a diferencia de él, yo no podía enfrentarme a la universidad en Inglaterra. Yo encontraba el clima demasiado deprimente.

—A posteriori, eso podría haber sido una mejor elección —dijo Vanessa—. No habrías conocido a semejantes extremistas.

—No son extremistas —resopló Chiara—. El Véneto está siendo sofocado por Roma.

—No entraremos en eso ahora. No es educado discutir de política en un evento social —dijo Vanessa agudamente.

—Oh, mamá. Eres tan anticuada —se rió Chiara. Ella se levantó y se giró hacia Fern—. Yo decía en serio lo de que vinieras a montar. Es fantástico para ver el paisaje.

Fern asintió. De ningún modo se montaría en un caballo. No después de su extraña visión de esta mañana...

—¿No te quedas a cenar? —le preguntó Vanessa a su hija.

—Lo siento, pero he quedado con Federico. Te lo dije esta mañana, ¿no?

—Ah, se me había olvidado. ¿A qué hora vuelves a casa?

—Tengo veintiún años, no once. Llegaré a casa cuando vuelva a casa.

—Mientras vivas bajo mi techo seguirás mis reglas. Quiero que vuelvas a medianoche. —La mirada de Vanessa siguió a Chiara mientras ésta se marchaba, y luego se giró hacia Fern—. Perdona a mi hija. Ella se está volviendo bastante imposible. Primero deja la universidad. Después corretea por ahí con todo tipo de gente inadecuada. No sé qué hacer con ella. —Ella suspiró—. La cena debería estar preparada ya. Vayamos al comedor.

Luca se levantó y le tendió la mano a Fern. Él la guió dentro de los apartamentos de la familia en el ala derecha de la villa. Amueblada con lo que supuso eran antigüedades rústicas italianas, no tenía nada de la opulencia de una casa señorial, aún cuando una doncella había preparado su comida y les esperaba a la mesa. Fern se sintió relajarse.

Después de un entrante de *prosciutto* con melón, regado con un vino tinto ligeramente frío, la sirvienta les sirvió unos finamente cortados filetes con patatas asadas y ensalada.

—Está muy rico —dijo Fern. Mientras comía se devanó los sesos intentando recordar si ella había leído algo sobre Giorgione antes de venir a Italia. Pero ella no podía situarle. Ella intentaría encontrar un libro sobre él cuando visitara Venecia.

El hermano de Luca y su mujer se unieron a ellos tras la cena para tomar café. Antonio tenía los mismos ojos azules que Luca, y él habló con Fern sobre el negocio de la familia. Su esposa, Michela, era callada y tímida, difícilmente diciendo una palabra. Ellos vivían en una casa en la finca y tenían tres niños pequeños: dos niños de ocho y seis, y una niña de tres años, a quienes habían dejado al cuidado de su au-pair inglesa.

A eso de las once, Luca llevó a Fern a casa—. Gracias por una maravillosa velada —dijo ella mientras aparcaban delante de la casa de Tía Susan—. Me gusta tu familia. La mujer de Antonio es muy reservada, ¿verdad?

—Han estado casados durante diez años e incluso ahora sigue estando un poco impresionada por *la contessa*, como ella aún la llama.

—Oh, ¿y eso por qué?

—Antonio la conoció en la Universidad de Padua. A diferencia de mí, él decidió seguir su educación en Italia. Ella viene de una familia de trabajadores de una fábrica. Mamá no es una esnob, por supuesto, y hace todo lo posible por hacer que Michela esté cómoda. El problema no es mamá, sino Michela. No creo que ella cambie nunca.

—Ya veo. —*Algunas personas son introvertidas por naturaleza.* —¿Estás seguro de que tienes tiempo de sobra para llevarme a Venecia?

—¡Absolutamente! Te recogeré el martes a las ocho de la mañana. —Se inclinó para besarla en ambas mejillas.

Ella le devolvió los besos, oliendo el picante aroma de su loción para el afeitado. Luca saltó del coche y abrió la puerta para ella antes de tener oportunidad de hacerlo ella misma. Él la tocó brevemente en el brazo. Un gesto amistoso, nada más. Fern dijo buenas noches y se dirigió con pasos decididos hacia la puerta principal de Tía Susan.

Sentada sobre el borde de piedra del estanque, me siento mareada al calor de esta tarde de principios de verano. Mi señora y el resto de la corte se están echando una siesta después de la comida. No podía dormir, y salí aquí de puntillas tan pronto como Dorotea estuvo roncando junto a mí en los aposentos que compartimos.

Paso mis dedos por el agua tibia, verde como el musgo que crece sobre la estatua de un angelote, con sus genitales infantiles y alas emplumadas, adornando un plinto a la sombra de un ciprés. Carpas doradas nadan haciendo círculos perezosos, mordisqueando mi pulgar, y una libélula se lanza a beber antes de alejarse revoloteando otra vez. Pienso en el pintor y me pregunto cuando le veré de nuevo. Oyendo pisadas en el camino, me sonrojo y levanto mi mirada. No es el pintor, sino el *ferrarese*, Signor Lodovico. Oh, ojalá no me viera con mis mejillas tan rosa; él podría pensar que me estaba sonrojando por él...

Me pongo de pie y hacemos nuestras reverencias, Signor Lodovico inclinándose y quitándose el sombrero. Hago una reverencia y mantengo mis ojos bajos para que él no me considere atrevida.

—¿Irá a Venecia con mi señora la semana que viene? —Él se sienta sobre el banco de piedra junto al estanque. Me siento junto a él.

—A su palacio en San Cassiano. —Soy incapaz de mantener la excitación lejos de mi voz. He oído que el estudio de Signor Zorzo está en un *campo* cercano, y como él no está en la corte, él bien podría estar allí.

—Ah —el *ferrarese* frunce el ceño—. Parto mañana para servir al Duque.

He oído tales historias de la Duquesa de Ferrara, Lucrecia Borgia, y pondero si preguntarle sobre ella. Al final me puede la curiosidad y digo. —¿Es cierto que ella conoció el calor de una cama con su hermano?

Signor Lodovico mira de izquierda a derecha—. Esos no eran más que rumores esparcidos por los enemigos de Valentino.

No me interesa la política, y en vez de eso, pido más información sobre la Duquesa. Signor Lodovico parece complacido de extender el cotilleo—. Dicen que ella conocía a Francesco, Marqués de Mantova, pero ese conocimiento ha terminado desde que él contrajo la sífilis, y ahora ella se ha convertido en la amante de Pietro Bembo.

—Oh. —*Pobre Dorotea – ella no podrá competir con una duquesa.* —¿Y al Duque no le importa?

—Siempre y cuando ella procrea hijos de su sangre y dirija bien la casa, él está feliz de mirar hacia otro lado.

—¿Y qué ve cuando mira? —He oído rumores de que Alfonso, Duque de Ferrara, tiene muchas amantes.

—A ninguna mujer tan hermosa como tú.

Cecilia, no deberías haber hablado del calor de los aposentos.

Finjo estar asombrada, deliberadamente abriendo mis ojos como platos y dejando que una mano vuele a mi boca. Excepto que Signor Lodovico se inclina hacia delante e intenta besarme. Giro mi cabeza lejos de él, asqueada por el hedor a pescado de su aliento. *¿Podría haberse limpiado los dientes después de comer!* Él persiste y coloca sus brazos a mi alrededor, tirando de mí contra él. Ojalá nunca hubiera pensado que este hombre era fascinante, y estoy llena de asco. No sólo su boca hiede a pescado, sino que sus labios son como labios de peces: delgados y planos y huesudos.

Empujo contra su pecho con mis manos. Él las coge entre las suyas, y sujeta mis muñecas juntas

— Shh, *cara*. Presumo que es vuestra primera vez. Relajaos y será más fácil para vos.

¿Más fácil? ¿Qué quiere decir? Seguramente no me tomará aquí al aire libre, ¿no? ¿Estoy a punto de perder mi doncelléz? ‘No —digo—. Aquí no. —Él es mucho más fuerte que yo y no seré capaz de detenerle si ésa fuera su intención.

Lodovico se ríe—. Signorina Cecilia, sólo quise decir vuestro primer beso. ¿Queréis que os haga el amor? —Sus delgados labios se curvan en una sonrisa que me hace retroceder.

—No. Por supuesto que no —farfullo—. Soy una doncella y continuaré haciéndolo hasta que me despose.

—Me alegra oírlo —dice con otra risotada; la recta cicatriz blanca de su mejilla se ha vuelto lívida—. Y vos tendréis una boda incluso más espectacular que la de vuestra hermana, espero. Mientras tanto, dejad que os acaricie. He estado deseando saborear vuestra dulzura. ¡No me lo neguéis!

Me atrae hacia él otra vez, deshaciendo los cordones de mis mangas para que mis hombros estén desnudos, y babea ante mí como una bestia hambrienta. Agito mis puños ante él. Él no parece notarlo y su boca huesuda viaja hasta mi pecho. Reuniendo todas mis fuerzas le vuelvo a empujar. Finalmente levanta la cabeza y observo la saliva en sus labios y el calor del deseo en sus ojos.

—Dije que os relajara. —El deseo cambia a enfado en su expresión. Toma mi mano y la coloca sobre su bragueta. —¿No podéis sentir lo mucho que os deseo?

Solté un grito y retiré mi mano—. ¡No!

Fern despertó con un sobresalto y tragó el frío aire de la noche. El asco aún le revolvía el estómago: un asco tan palpable que podía saborearlo. Ella había estado soñando, pero todo había parecido tan real. Ella aún podía oler el aliento a pescado de Lodovico. Le dieron arcadas.

Un toque en la puerta de su habitación y Tía Susan asomó la cabeza. —¿Estás bien, querida mía? He oído un grito.

—Estoy bien. Sólo un sueño, eso es todo —dijo Fern, su voz rasposa—. Por favor, no te preocupes.

—Hmm. —Tía le dedicó una mirada incierta—. Te haré una taza de manzanilla. Ven abajo.

En la cocina, Tía Susan le tendió a Fern una taza caliente. Sus dientes castañeteaban mientras se la llevaba a la boca. Se sentó en su silla habitual y le dio un sorbo, su mente revoloteando entre lo que le había pasado como Cecilia y la reconfortante realidad de la mujer delante de ella, quien estaba añadiendo azúcar a su bebida y estaba abriendo una lata de galletas. —¿Era la pesadilla habitual? —preguntó Tía Susan, ofreciéndole una galleta digestiva.

Fern sacudió la cabeza. El recuerdo de los labios de pez de Lodovico sobre los suyos hizo que se le volviera a revolver el estómago. ¿Había estado dispuesto a forzar a Cecilia? Era todo tan extraño. Ella no podía continuar así: manteniendo sus sueños y visiones en secreto para su tía. Ella tenía que contárselo.

—Ya no sueño más con el incendio. —Ella dejó su taza—. Algo muy raro está pasando.

—Dime qué pasa, cariño. Veré si puedo ayudar.

Ella le contó a Tía Susan todo lo que le había contado a Luca y a Vanessa, añadiendo el último incidente. Sin embargo, cuanto más hablaba, más consciente se volvía de lo raro que sonaba. La expresión de su tía era indescifrable, y pronto Fern empezó a titubear—. Crees que estoy loca...

—No. Creo que aún estás sufriendo por lo que pasó hace dos años. De algún modo, tu mente se ha vuelto confusa.

—Pero parece tan real.

—Estoy segura que sí. —Tía Susan suspiró—. Sé sensata —dijo ella, su acento galés aún más pronunciado de lo habitual—. No podemos revivir vidas pasadas. Es físicamente imposible.

—¿Cómo podía saber yo tanto sobre la vida hace cientos de años si yo no estuviera de hecho viviéndola? Sé que suena imposible. He tenido esa discusión conmigo misma, créeme. Es sólo que puedo oler cosas, saborear cosas, e incluso tocar cosas, y ser tocada por ellos cuando estoy allí. — Se estremeció—. No puedes hacer eso en un sueño.

Tía Susan palmeó su mano—. Debes haber leído un libro o visto una película. Y ahora tu imaginación te está traicionando.

—No. No lo creo. Es demasiado vívido. Posiblemente no podía saber tantos detalles a menos que hubiera estado allí en realidad. Cecilia es real. Ella no está sólo en mi mente.

—Algo te ha disgustado de verdad, en eso estoy de acuerdo. Mañana te llevaré al hospital y veremos si te pueden recetar algo.

—No más medicación, Tía. He terminado con todo eso. No me pasa nada malo.

—¿De verdad?

—No quiero ver a un médico. A continuación tendré una etiqueta de “enferma menta. —colocada sobre mí de nuevo, y se me declarará incapaz para trabajar. He pasado por todo eso el año pasado. Lo he superado.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Sé lo que debe parecer, pero no me estoy inventando esto. —Ella se tocó la boca con el dedo, aún magullada por los avances de Lodovico. *¿Cómo podía ser?* Se sentía exhausta y destrozada por la incredulidad de su tía—. Siento haberte despertado. Volvamos a la cama. Me siento bien ahora.

Y ella estaba bien; se tomó sus pastillas de valeriana y durmió sin sueños. Cuando se despertó, el sabor de Lodovico había desaparecido. La brillante luz del sol iluminaba el jardín, iluminando las hojas de olivo y pequeñas flores blancas que más tarde serían frutos. Tía Susan le había sugerido a Fern que diera un paseo después de desayunar, así que emprendió camino carretera abajo. Cuanto más se acercaba a las ruinas de Barco, más ansiedad sentía recorriéndole la médula. Ella se giró en redondo y se marchó en dirección opuesta, pasando la fila de casas más allá de la de su tía, dirigiéndose hacia el centro de la aldea.

El sol calentaba sus hombros; se quitó la chaqueta vaquera y la metió dentro de su mochila junto a su bloc de dibujo. Un cielo de acuarela, lavado de azul, y, más allá de los campos se cernían las colinas de Asolan, las torres, y las torretas del mismo pueblo. *¡Vaya luz!* Los dedos le picaban queriendo pintarlo.

Un mercado callejero estaba a pleno rendimiento cuando llegó a la plaza principal. Ella se sentó un rato en el café y contempló el ajetreo, tan diferente y al mismo tiempo tan familiar. Verduras de brillantes colores en pilas altas; quesos de todos los tamaños y variedades, sus ricos y grasientos aromas cosquilleándole en la nariz; escamosos peces expuestos sobre hielo picado, sus bocas abiertas y los ojos mirando sin ver. *¡No!* La náusea la invadió. *¡Céntrate en el presente! ¡Mantén tu mente en el presente!*

Sus oídos se centraron en los gritos de los vendedores compitiendo con las conversaciones gritadas de los vendedores, regateando cada lira. Una pareja joven estaba haciendo manitas e

intercambiando besos en la mesa de al lado, dándole la espalda a ella, y un grupo de hombres ancianos estaba jugando a las cartas en la mesa más allá. La vida seguía como siempre. Nadie fuera de lugar.

Tía Susan debía tener razón: era físicamente imposible volver a revivir el pasado. No había necesidad de que ella viera a un médico y no había absolutamente ninguna razón para tomar medicación fuerte. Sus pastillas herbales eran adecuadas. Ella había dormido como un tronco después de haberlas tomado la noche pasada, ¿verdad? Pronto estas vacaciones se habrían terminado; ella volvería a su trabajo como directora de contabilidad en el City Bank en Londres y continuaría con su vida. Era hora de continuar. Ella nunca olvidaría el incendio y lo que le había pasado a Harry; eso la marcaría para siempre, pero ella había manejado su angustia perdiéndose en su trabajo y su arte.

Ella sacó algo de cambio de su monedero y fue a pagar su cappuccino. Mientras se escurría entre su mesa y la siguiente, la joven que había estado intercambiando besos con el joven levantó la vista —. Chiara —dijo Fern, reconociendo a la hermana de Luca—. ¡Hola!

Chiara presentó a su novio, Federico, quien lanzó una sonrisa blanca de dientes torcidos a Fern. *La sonrisa de Lodovico*. Con el pulso desbocado, Fern sintió como si el pasado y el presente se hubieran chocado entre sí en una colisión retorcida. Todo lo que podía hacer era estar allí y mirar fijamente, mientras que cada instinto gritaba, *¡Sal de aquí de una vez!* Chiara estaba mirando a Federico con adoración. El joven le lanzó a Fern una sonrisa perezosa, curvando sus delgados labios de un modo que era demasiado familiar.

Ella apretó los puños y llevó sus manos temblorosas bajo control. No podía ser Lodovico, persiguiendo a Cecilia a través de los siglos. Tales cosas no pasaban. Él sólo era el novio de Chiara quien, al inspeccionarlo más de cerca, no se parecía en nada al antagonista de Cecilia. Mucho más guapo, de hecho. La piel de Federico estaba ligeramente bronceada mientras que la de Lodovico había sido pálida. El pelo castaño del novio de Chiara, con mechas por el sol, estaba peinado en punta con gel, y lo único que tenía en común con Lodovico era la delgadez de sus labios—. Encantado de conocerte —dijo él.

La piel de la nuca de Fern cosquilleó. *¡Esa voz!* El timbre era exactamente el mismo. *¡No seas ridícula! El sueño de anoche sigue contigo, espoleando tu imaginación.* Aún así, cuando los ojos de Federico se posaron en ella, ella sintió una aguda puñalada de odio. El joven era peligroso; estaba convencida de ello. No le sorprendía que Luca estuviera preocupado. Todo el aura de Federico irradiaba una necesidad de controlar a otras personas, al igual que Lodovico había intentado controlar a Cecilia—. Bueno, ha sido encantador volver a verte, Chiara, y conocerte, Federico —dijo Fern—. Pero debería irme ya.

La hermana de Luca casi ni registró su partida, tan ensimismada con el joven estaba, pero Federico le sonrió a Fern y sus ojos se entretuvieron sobre su cuerpo como si la estuviera desnudando. *¡Pedazo de mierda!* Girándose, Fern se dirigió hacia el bar, donde ella dejó su cuenta.

Media hora más tarde, ella llegó a la puerta principal de la casa. Aún era temprano y Tía Susan estaría tecleando en su máquina de escribir. La vista de las colinas atraía a Fern, y se descubrió caminando hacia Barco como si ella estuviera siendo atraída por alguna cuerda invisible. Ella conocía este lugar, después de todo; estaba en su alma. Ella se sentó en la misma balaustrada de la logia donde se había sentado antes, sólo que ahora en vez de esa sensación de inquietud, su corazón estaba cantando. Los descoloridos frescos sobre la pared lejana brillaban bajo el sol y ella pudo sentir la presencia de Cecilia.

La hinchazón entre las piernas de Signor Ludovico me disgusta. Bajo mi tacto, se mueve como una serpiente. ¿Quiere clavarla dentro de mí? Le empujo tan fuerte esta vez que cae hacia atrás. Viendo mi oportunidad, recojo mis faldas y corro hacia la logia. La pared más lejana está cubierta con andamios, y allí está Signor Zorzo, subido en lo más alto, mojando su pincel en un bote.

Puedo ver el *cartone* pegado a la pared a su izquierda, un dibujo de mi señora sobre su caballo de guerra con el contorno marcado para poder ser transferido al muro con carboncillo. Sé como se crean los frescos. Todo mi ser grita aprender más cuando el deseo de pintar me atraviesa. El artista baja por la escalera de mano y nos hacemos nuestras reverencias. Como deseo dejar a un lado estas formalidades entre nosotros. En vez de eso, mantengo mi mirada desviada y digo, señalando al fresco. —¿Cómo hace eso? ¿Puede enseñarme?

—¿A vos? —dice con un tono asombrado.

—Yo dibujo, pero me gustaría aprender técnicas de pintura. No hay nadie aquí para enseñarme. Si yo hubiera nacido varón, podría haber sido el aprendiz de un maestro, al igual que vos lo sois del gran Bellini.

—Oh, así que sabéis todo sobre mí, ¿eh? —Su voz es suave y una sonrisa arruga sus ojos.

Doy zapatazos—. Sólo que vos sois engreído, y arrogante, y os reís de mí por querer ser algo que nunca podré ser.

—¡Ja! Para ser una auténtica artista, se necesita una quemazón en el alma. Si ardéis con el deseo de pintar, Signorina Cecilia, lo haréis sin importar los obstáculos que se interpongan en el camino.

—Por favor, enseñadme. Puedo ser vuestra pupila en secreto.

Se agacha para recoger sus pinceles, diciendo nada. *¿Cómo se atreve a ignorarme.* —Dejadme que os enseñe mi trabajo —suplico.

—Sólo si vos posáis para mí, signorina. He deseado pintaros desde la primera vez que posé mis ojos sobre vos.

—¿Cuándo? —pregunto, incapaz de mantener el entusiasmo fuera de mi voz. Finalmente, alguien me enseñará como desarrollar mis habilidades.

Él mira a través de los arcos—. Tenemos tiempo de empezar antes de que la corte se despierte. La luz es buena esta tarde. Seguidme.

Colgándose una bolsa sobre su hombro con una mano, él toma mi mano con la otra y me guía fuera. Miro alrededor, buscando a Signor Lodovico, pero no se le ve por ninguna parte. Aromas de madreselva perfuman el aire y la llamada del cuco resuena sobre los limoneros más allá del parterre de rosas. Mi señora ha planeado este jardín para su disfrute, y hay bancos de piedra al otro lado de los arbustos, escondidos de la vista de cualquiera que pudiera estar mirando desde una ventana. Es el lugar perfecto para nosotros.

Signor Zorzo saca un marco de madera de su bolsa y apoya un pequeño lienzo contra él. Coge su pincel y lo sumerge en el bote de pintura que también ha sacado de su bolsa. Deseo tener colores con los que trabajar; estoy tan harta de la tiza negra. ¿Será el pintor fiel a su palabra y me transmitirá algo de su conocimiento?

Él coge su pincel y, con diestros movimientos, crea la silueta de mi rostro. En unos minutos, eso parece aunque debe haber sido más tiempo, ha terminado—. Puedo completarlo en mi estudio de Venecia —dice.

—¿Podría visitaros yo allí? Iré con mi señora el mes siguiente.

Signor Zorzo parece pensativo por un momento—. Preparad que tengáis alojamiento mirando al

canal. Os recogeré por la noche en mi barco. Vos seréis mi musa.

Una burbuja de felicidad se forma en mi pecho. Voy hacia él y le rodeo la cintura con mis brazos, no importándome si estoy siendo descarada. Mi gesto sale del corazón. Nuestros labios se encuentran, y me regocijo ante la suavidad de su boca, la dulzura de su aroma. Él deja escapar un gemido y nuestras lenguas se entrelazan. La sensación es deliciosa al principio, y luego se vuelve más intenso cuando mi cuerpo empieza a arder. Él se retira—. Debemos parar. Porque la hora de la siesta ha terminado.

Fern respiró hondo, estremeciéndose. Ella podía sentir el deseo pulsando a través de ella, luchando con su culpa. ¿Cómo podía traicionar a Harry así? Ella se tocó los labios, aún húmedos por el beso del artista. ¿*Qué demonios?* Ella apoyó las manos en la balastrada y frotó las palmas contra la basta piedra incrustada de líquenes. Grillos y jilgueros gorjeaban entre los arbustos y la brisa hizo que se le metiera un mechón de pelo en la boca. Ella se lo metió detrás de la oreja.

Su cuerpo palpitaba y ella pensó, no en Harry, sino en Luca. Algo en su boca le recordaba a Zorzo, pero era diferente en todo lo demás. Su altura era la misma, garantizado, excepto que Luca era delgado y el artista sólo podía ser descrito como un oso de hombre. A pesar de sus diferencias, había un parecido allí en alguna parte, una familiaridad que ella encontraba perturbadora. Mañana iba a ir a Venecia con él para ver el cuadro. Qué increíble sería si la chica de *La Tempestad* resultara ser Cecilia.

Luca miró a Fern en el asiento del pasajero. Pronto después de haberse marchado de casa de su tía, ella había caído en un profundo sueño. Debe estar exhausta, la pobre chiquilla. Ella llevaba sus ropajes hippy otra vez: una falda multicolor, grabada, y vaporosa en diferentes tonos de morado, y una blusa blanca de encaje colgando de forma sexi de su hombro izquierdo. Ella se había recogido el pelo con un pañuelo malva y, sobre su regazo, ella sujetaba un bolso bandolera de tela que no habría estado fuera de lugar en un bazar indio. ¡Cáspita! Ella era ciertamente original. Ninguna de las mujeres con las que había salido en recientes años habrían permitido ser vistas por ahí sin que un peluquero les hubiera arreglado el pelo o sin que estuvieran vestidas con el último modelo de diseñador.

¿Y qué había de las visiones de Fern? Él había buscado depresión psicótica, sólo para asegurarse, y había descubierto que podía provocar alucinaciones y delirios. Sin embargo, esos eran episodios negativos, de auto crítica, de auto castigo, y de auto culpa. Lo que Fern había estado experimentando era algo totalmente diferente. Tan increíble como parecía, ella estaba casi ciertamente deslizándose hacia el pasado y viendo el mundo a través de los ojos de Cecilia.

Él agarró con fuerza el volante; no le importaría echarse una siesta también. La noche anterior había tenido el sueño más extraño. Algo acerca de una carrera contra el tiempo. Se había despertado con un sobresalto, pánico recorriéndole mientras intentaba imaginarse a donde había ido con tanta prisa, por qué había estado yendo allí, y por qué la ansiedad extrema. Él había dado vueltas en la cama el resto de la noche.

Media hora más tarde, Luca aparcó en el espacio designado en el aparcamiento de varios pisos al final de la carretera que llevaba a Venecia.

Fern bostezó y se estiró—. Espero no haber roncado...

—Has dormido como un ángel —dijo, saliendo de un salto para abrir la puerta. Pero Fern ya se había bajado para cuando llegó a ella.

—No hay necesidad para ello —se rió.

Ella bajó con él los tramos de escalera hasta la planta baja, y se abrieron camino hasta la fila de taxis acuáticos. Después de darle instrucciones al conductor para que les llevara a la Academia, Luca se sentó junto a ella en el afelpado asiento en la parte trasera del barco que se mecía suavemente. Una brisa retiraba su enredado pelo de la cara y ella estaba mirando fijamente a su alrededor, esa expresión de ‘conejo acorralado por los faros’ de nuevo en sus ojos.

—Es mucho más ajetreado de lo que recordaba.

—Pensé que era tu primera visita aquí. —Él pilló su expresión asombrada. —¿Otro flashback?

—En realidad no. Es sólo una convicción de que conozco este lugar. Partes, quiero decir. Dios, debo sonarte loca.

—¿Loca? ¿Tú? —Sonrió él.

—Se me había olvidado lo hermosa que es. Era. —Ella entrecerró los ojos—. Puedo ver la decadencia ahora. Donde la marea ha erosionado algunos de los edificios. Pero aún es encantadora.

Su taxi acuático abandonó el Gran Canal y cortó camino por el Rio della Croce. Giraron a la derecha en Ca' Foscari para llegar al desembarcadero delante de la Academia. Luca pagó al barquero y ayudó a Fern a desembarcar, rechazando su oferta de ayudar con el precio del pasaje—. De ningún modo —dijo—. Esto ha sido mi sugerencia y pago yo. Y podemos dar un paseo en góndola más tarde, si quieres.

El placer iluminó sus ojos—. ¡Si quiero! Eso sería absolutamente maravilloso. Pero debes

dejarme que te invite a comer. Sé lo caros que son los taxis acuáticos y las góndolas.

—Escucha, Fern. Hoy eres mi invitada. Es lo menos que puedo hacer cuando fui yo quien propuso venir aquí. La próxima vez tú puedes invitarme y haremos las cosas de forma diferente, ¿vale?

Fern asintió, estando de acuerdo, y le siguió a través de la pequeña plaza y al subir los escalones de mármol del museo. Hacía frío dentro y resonaba con el parloteo de lenguas extranjeras. *Turistas. Inevitable.* Él compró sus entradas y dijo. —Antes de que veamos *La Tempestad* déjame enseñarte esto.

En unos minutos estaban de pie delante de la *Procesión de la Santa Cruz* de Gentile Bellini. Fern miró fijamente el cuadro, su cara pálida y rígida—. Es muy familiar.

Él la tomó de la mano—. Ven, échale un vistazo a éste. —Él la guió hasta *El Milagro de la Cruz en el Puente de San Lorenzo*. —¿Ves a la mujer en la esquina inferior izquierda del cuadro? Los historiadores creen que es la Reina Caterina Cornaro.

Fern miró la figura vestida de negro—. Sí, es ella —dijo con voz temblorosa—. ¡Oh Dios mío! Creo que ésa es Fiammetta, la hermana de Cecilia. —Ella señaló a la primera en una fila de mujeres a la izquierda de la Reina—. La reconocería en cualquier parte.

—Asombroso —dijo Luca. Él había estudiado este cuadro cuando hizo un curso de Historia del Arte en la universidad. —¿Ves como los edificios estaban ricamente decorados con frescos entonces?

—Lo sé. Y las figuras en el cuadro parecen haberse congelado para siempre en un momento en el tiempo. Justo como me está pasando a mí, sólo que al revés.

—Necesitamos descubrir por qué. —Él volvió a cogerle de la mano—. Vamos a conocer a Cecilia, tu némesis.

—¿Némesis?

—Bueno, ¿qué más podría ser? ¿Un fantasma quizás? No es un producto de tu imaginación, de eso me doy cuenta que es seguro ahora. Tu reacción al cuadro me ha convencido. —Y lo había hecho. La familiaridad de Fern con los personajes dibujados por Bellini no podía haber sido fingida—. Cecilia quiere algo de ti, Fern. Necesitamos averiguar lo que es para que ella pueda descansar.

—¿Crees que podría tener algo que ver con Giorgione?

—Giorgione, Gran Giorgio. *Zorzzone* en dialecto veneciano. ¿Era el Zorzo de Cecilia un hombre alto?

—Enorme.

—Uno de los pintores más enigmáticos de la historia. Se sabe muy poco sobre su vida. Eres increíblemente afortunada por haberle “conocido”. —Luca se detuvo delante de un cuadro de aproximadamente unos treinta centímetros cuadrados—. Aquí está *La Tempestad*, supuestamente su obra más importante.

—Luca, yo no he “conocid. —a Giorgione —dijo Fern, mirando fijamente a la mujer desnuda amamantando a un bebé—. Cecilia le conoció. Veo un parecido entre ella y esta mujer, y sí, su cara es *un poco* como la mía.

—Su pose es inusual, ¿no crees? Normalmente un bebé estaría en el regazo de su madre mientras le amamantan. Me pregunto por qué ha posicionado Giorgione al niño a un lado de la madre.

—La mujer parece como que ha dado a luz recientemente. ¡Mira su vientre flácido! Ella está mirando directamente al espectador. Éste debe ser uno de los cuadros más extraños que he visto nunca. De algún modo es increíblemente evocador, aunque no puedo decir por qué.

—Al parecer era el favorito de Lord Byron por el hecho de que es tan ambiguo. Los espectadores

pueden inventarse su propia interpretación del simbolismo.

—Me gustaría comprar una copia del cuadro. ¿Las venden aquí? —Fern señaló a la figura masculina en el cuadro—. Parece haber sido eliminado de la escena, no es parte de ella para nada. Y él se parece un poco a Zorzo.

—Los historiadores del arte han sugerido que él podría ser un soldado, un pastor, o un gitano. Los rayos X del cuadro han revelado que en lugar del hombre, Giorgione pintó originalmente a otra mujer desnuda.

—¿Me pregunto quién podría haber sido? —Fern se inclinó hacia delante para una inspección más de cerca—. La representación del paisaje es increíble. Y la tormenta creciente me recuerda la que tuvimos la otra noche. ¡Mira cómo se ilumina el cielo! Hay una auténtica sensación de premonición. Como si estuviera a punto de ocurrir un terrible desastre. —Ella se estremeció.

Tras visitar la tienda del museo, donde Fern compró un póster del cuadro y un libro sobre el artista, Luca dijo. —Podemos dar un paseo hasta el restaurante. No está lejos.

Ellos dejaron la ruta turística atrás para pasear por los escondidos *calli* y a través de los pequeños puentes abarcando una red de diminutos canales. Fern miró alrededor como si estuviera cautivada. Ella sacó su cámara Minolta de su bolso y tomó fotos de las hileras de ropa tendida de las ventanas de arriba. Se cruzaron con un par de niños, dándole patadas a un balón de fútbol en una plaza desierta. Luego cruzaron a un callejón oscurecido, tan estrecho que casi podían estirarse y tocar ambas paredes con las manos extendidas. Emergieron a la luz del sol de un *campo*, donde unas mesas con sombrillas les gritaban que descansaran y se tomaran un *aperitivo*. Luca le hizo señas al camarero y pidió Bellinis.

—Perdona mi ignorancia —dijo Fern. —¿Pero qué son Bellinis?

—Prosecco mezclado con zumo de melocotón. Inventado por Giuseppe Cipriani, el fundador del Harry's Bar. Te llevaré allí la próxima vez que visitemos Venecia.

—Oh, ¿tiene algo que ver con el Hotel Cipriani en Asolo? —preguntó Fern, rehuendo su mirada.

—La familia Cipriani solía dirigirlo a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Ahora pertenece a una cadena internacional.

—Luca, hay algo que tengo que contarte. —Fern le miró a los ojos—. De verdad que me gusta estar contigo. Simplemente no quiero que te hagas la idea equivocada.

—¿Oh?

—¿Recuerdas lo que te dije del incendio de King's Cross? —Fern tartamudeó, luego respiró hondo y tartamudeó otra vez—. Mi prometido... Harry, él... él murió en él.

Luca alargó la mano a través de la mesa y le cogió la mano—. Lo siento mucho, Fern. ¡Qué tragedia!

—No estoy preparada para otra relación. Pido disculpas si te he dado falsas esperanzas. Has sido muy amable conmigo —dijo ella con voz callada.

Ja, Luca. Ella te ha dejado hipnotizado antes incluso de que la hayas besado. Lo tienes bien merecido por todas esas chicas a las que has besado y abandonado en el pasado. Bueno, para ser honesto, más que besado...

—¿Podemos ser amigos? —preguntó Fern con voz dudosa.

—No querría que fuera de otro modo —mintió él. Sus bebidas habían llegado y él levantó la suya en un brindis—. Por nuestra amistad. —Él chocó su copa con la de ella. —¿Puedes contarme lo que pasó? A Harry, quiero decir...

—Habíamos quedado en reunirnos en la taquilla e ir a cenar cerca. Me culpo a mí porque yo le hice esperar. —Ella hizo una pausa y desvió la mirada—. Si yo hubiera cogido un tren más temprano,

los dos habríamos estado fuera de allí antes de que la estación estallara en llamas. Pero yo había trabajado hasta tarde, aún cuando la contabilidad que estaba preparando podría haber esperado hasta la mañana siguiente. Quería impresionar a mi jefe. Tan egoísta por mi parte...

—No podías saberlo. Tuviste suerte de no haber estado en la estación con tu prometido.

—Casi estuve allí —dijo ella, su boca formando una línea recta—. Creo que te lo dije antes, yo estaba a medio camino en las escaleras mecánicas. Bueno... de repente... —Fern se estremeció—. De repente los escalones estaban incendiados, y yo miré arriba y el techo también estaba en llamas. Trozos de escombros estaban cayendo... Así que lo único que podía hacer era volver corriendo al andén.

—Debe haber sido aterrador. —Él tocó su mano. Sus dedos temblorosos se entrelazaron entre los de él.

—El túnel estaba lleno de denso humo. Apenas podía ver. La gente corría arriba y abajo, golpeando las puertas cerradas de los trenes mientras pasaban. —Fern cerró sus ojos, visiblemente afectada—. Finalmente uno de los trenes se detuvo y subí a él.

—Gracias a Dios por eso.

—Encendí la televisión tan pronto como llegué a casa y vi todas las bolsas negras con cadáveres alineadas fuera de la estación. He estado en terapia desde entonces. Ahí fue cuando empecé a pintar. Tengo que admitir que ha sido mi salvación.

¿Qué decir. —¡Ah! Bien, bien. Claramente necesitabas algo en lo que centrar tu mente.

—Cuando olí a madera quemada en casa de mi tía y oí esa voz llamándome, lo trajo todo de vuelta. ¿Te acuerdas de cuando te dije que tu madre piensa que Cecilia podría haber muerto en el incendio que destruyó Barco? —Él asintió—. La madera quemada que sigo oliendo podría ser un vestigio del pasado, y estoy convencida de que eso es lo que le ha pasado a ella.

—Nunca lo sabrás —dijo él, intentando inyectar certeza en su voz—. Podría no ser así.

—La cuestión es que me aterroriza el fuego.

Él apretó sus dedos—. No olvides que eso sucedió hace casi quinientos años. Tú estás perfectamente a salvo.

Fern se reclinó en su silla. El consuelo de Luca casi había calmado sus miedos, excepto que ella no le había contado todo. Había algo que ella no le había contado nunca a nadie, ni siquiera a su psicólogo. Eso se ulceraba dentro de ella, envenenando su vida. Ella nunca se libraría de ello, y un día ella tendría que responder por ello. Hoy no, sin embargo, con suerte. Hoy ella estaba en Venecia y había algo en este lugar que le cantaba a su corazón y a su alma. Ella vació su copa y le dijo a Luca. —Al menos déjame pagar estas bebidas.

Él se puso de pie—. Absolutamente no. Yo arreglaré las cuentas. Luego podemos ir a almorzar.

Ella le observó dirigirse hacia la entrada del café, sus largas piernas cubriendo la distancia con fáciles zancadas. Él era tan diferente a Harry, quien había sido rubio, de estatura media, y fornido. Ella se sentía atraída por Luca, por supuesto que sí, y había tenido que tragarse el nudo en su garganta cuando él había accedido rápidamente a lo de ser “sólo amigos”. *¿Nudo de qué? No de deseo, ¿verdad?* Claramente él no se sentía atraído hacia ella para nada, y eso estaba bien, *¿verdad?*

Ella recordaba la atracción instantánea entre ella y Harry. Ella le había conocido cuando ella había abierto una cuenta de inversiones para él después de que su tío hubiera muerto y le dejara doscientas mil libras. Harry había sido cauto sobre el dinero e insistió en que ella encontrara un hogar seguro para su herencia. Ella había hecho eso por él, y luego él la había invitado a ir a un restaurante pijo. Ella casi no había comido nada, tan intensa había sido la atracción sexual entre ellos. De vuelta a su casa, supuestamente para tomar la última, casi no habían cruzado el umbral cuando ya estaban el uno encima del otro. Y había sido así durante la mayoría de los tres años que ella le había conocido. Así fue hasta...

¡Maldición! Esa sensación de zumbido estaba de vuelta en su cabeza. Ella se agarró al borde de la mesa con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. La pintura se estaba descascarillando y se le había metido bajo las uñas. *Esto es lo que es real. ¡Agárrate a ello!* Girando su mirada hacia el lado más alejado de la plaza, ella soltó una exclamación. Allí, en la esquina, a la sombra del campanario, estaba el estudio de Zorzo. Sus ojos se descentraron y el mundo a su alrededor desapareció.

Consigo que me asignen una pequeña habitación en la planta baja del palacio de la Reina. Prácticamente un armario de almacenaje, sólo que es perfecto para mis propósitos. Dorotea está sorprendida de que yo no quiera compartir aposentos con ella arriba en la *piano nobile*, y me mira con sospechas. Espero que ella no adivine mis motivos.

El hogar veneciano de mi señora está en el Gran Canal en el distrito de San Cassiano. Yo he estado aquí antes, por supuesto, sólo que ahora tengo más objetivos en mi existencia que la última vez que visité la ciudad. El pintor ha dicho que él vendrá a por mí en su bote esta noche. Me encuentro temblando de anticipación.

La comida de la noche parece interminable, aún cuando la corte está cansada del viaje. *¡Vaya un jaleo! ¡Tantos platos!* Estoy demasiado excitada para comer. Finalmente me retiro y espero. Y espero. Y espero. Si él no viene, temo que me derrumbaré de decepción.

Hay un repiqueteo de guijarros en la ventana y me levanto de un salto del colchón. Él está debajo de mí, su pequeño bote balanceándose en el agua verde esmeralda—. Vamos, Cecilia —dice él.

Cojo mi capa y mi máscara, y luego salgo de puntillas a través del *magazzino*. El pintor ha

impulsado su esquife contra el desembarcadero y yo subo a bordo. Él está de pie en la popa con un par de remos en la mano mientras yo me encaramo en la proa, mi identidad oculta por el blanco *Bauta* con mandíbula cuadrada y sin boca, llevado por los venecianos en toda época del año cuando están fuera. Si me ven, nadie me reconocerá.

Signor Zorzo rema pasando el Campo della Pescaria, y luego por debajo del puente de madera del Rialto. Venecia es mágica esta noche, sus palacios nacarados brillando bajo la luna llena, sus chimeneas intentando alcanzar las estrellas. La excitación burbujea dentro de mí. Sé que no debería estar fuera sola con este hombre, sólo que no puedo evitarlo. Soy como una abeja para su flor; me hace sentir importante. Yo posaré por él y, a cambio, él me enseñará a pintar. Confío en su promesa; no hay razón para que yo sospeche otra cosa.

—Hemos llegado —dice él, atracando junto a unos escalones. De un brinco está en la orilla, alargando su mano. La mía es como de una niña en comparación con la suya. El calor de su tacto me sorprende, y dejo escapar una pequeña exclamación—. No temáis —dice él, malinterpretando mi exclamación—. Os trataré con el mayor respeto.

Siento el calor en mis mejillas y desvío la mirada de él. Ojalá él supiera lo mucho que deseo que él me estruje contra su fuerte pecho y sentir sus labios sobre los míos una vez más. Es mejor que mantenga mi resolución y permanezca doncella hasta el día de mi boda. *¡Mucho mejor!* Mi doncellez será comprobada por los médicos antes de ir a mi cama nupcial, como es la costumbre. *¡Eres una tonta, Cecilia! ¿Quién querrá casarse contigo? No tienes riquezas.* Mis hombros se hunden.

El estudio del pintor está al nivel de la calle. Las ventanas dan a un *campo*, sombras oscuras delineadas por la luz de la luna. Él ha colocado velas de grasa alrededor de la habitación, y les acerca una astilla del fuego que ha mantenido ardiendo en la chimenea—. Por favor, sentaos aquí. —Él señala un taburete—. Te pintaré primero. Luego te daré unas instrucciones sobre el uso del color.

La silla había sido posicionada sobre una pequeña plataforma, así que mis ojos están al nivel de los del pintor. Me quito la máscara y la capa, que él coge y cuelga en un gancho junto a la puerta—. Soltad los tirantes sobre vuestras mangas. Me gustaría ver vuestros hombros desnudos. Y quitaos la red de vuestro pelo. Es demasiado hermoso para esconderlo.

Mis dedos se enredaron en mis cintas mientras temblaban ante mi descaro. Si mi señora pudiera verme ahora me desterraría de su corte. Aún así no puedo resistirme a desear complacer a este hombre, quien me mira con admiración y, al mismo tiempo, honra mi carne virginal. Lo que dicen de que él es un mujeriego no puede ser cierto. ¿O quizás no me considera suficiente mujer?

Robo una mirada de reojo hacia él. Él ha colocado un lienzo sobre un aparato de madera, que he descubierto se llama *caballete* y fue inventado por el mismo artista. Él sostiene un palo de dos cabezas en su mano y está bosquejando las sombras y los reflejos de mi retrato.

—Quedaos quieta, *dolcezza* —me aconseja—. Os estáis moviendo. —Él me ha llamado dulzura, pero no con voz de amante. Es el tono que un tío usaría con una sobrina. El pintor debe pensar que soy una niña, aún cuando no puede tener más de diez años más que yo.

Manteniendo mi mirada sobre la pared más lejana, dejo que mi mente vague. ¿Qué haría Dorotea para demostrarle a este hombre que está madura y lista para ser cogida? *¡No, Cecilia! ¡No debes pensar así! Necesitas conservar tu pureza.*

El artista coge una paleta, la madera curvándose de tal modo que parezca como si alguna bestia le hubiera dado un bocado. Él rebusca en su bolsa de pinceles y en su tarro, con lo que presumo es una mezcla de aceite de linaza y aguarrás. Siento envidia mientras le estudio, deseando tener sus habilidades.

Por fin ha terminado. —¿Tenéis sed, *dolcezza*? ¿Os gustaría algo de vino?

Asintiendo con la cabeza, me levanto del taburete y camino hacia el caballete. Él me tiende un cáliz y yo miro fijamente el lienzo. No sólo ha capturado mis características físicas, sino que también parece haber capturado mi espíritu: el destello de desafío en mis ojos, la terquedad de mi barbilla. Nunca seré un gran artista como este hombre—. Mi arte no puede compararse en nada al vuestro —digo.

—Dejadme que yo juzgue eso, *dolcezza*. ¿Habéis traído algo para mostrarme?

—No. Me apresuré a salir cuando os oí llamarme y dejé mi trabajo atrás. —Decido allí y entonces no dejarle ver lo que he conseguido hasta entonces. Es mejor aprender de él primero.

—Venid, dejadme que os muestre mis pinturas y que os explique el idioma del color.

Él me lleva hasta la pared más alejada, donde hay una piedra de afilar y tarros de cristal conteniendo polvos vívidos—. Estos están licuados con aceite gota a gota. —Coge sus pinceles y los acaricia amorosamente como si fueran mechones de mujer.

—¿De qué están hechos los pinceles? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Pelo de caballo envuelto con cuerda encerada alrededor de un palo, o pequeños mechones de piel de ardilla forzadas en plumas de ave que entonces son insertadas en estrechos bastones de madera.

—Qué interesante —digo, con un aleteo de mis pestañas, y tomo otro sorbo de vino.

—Los pinceles son clasificados según el tamaño del pájaro que sufrió para proporcionarlos: cuervo, pato, cisne pequeño, cisne grande...

Me llevo la mano a la boca—. Ellos no estarán vivos, seguramente, cuando son desplumados, ¿verdad?

El artista se ríe y señala su colección de colores, mostrándome el más precioso azul ultramarino, polvo molido de lapislázuli, y cerúleo, tan transparente y luminoso como el estanque. El cobalto necesita la adición de plomo blanco para mantener la intensidad, mientras que el índigo, azul oscuro casi negro como el cielo nocturno, debería ser usado para trabajo de fondos. Él repasa todos sus otros tintes, hablando de ellos como si fueran viejos amigos. Mi cabeza da vueltas para cuando ha terminado.

—Venid, *dolcezza* —dice—. Debo llevaros de vuelta al palacio de mi señora. ¿Podéis fingiros enferma mañana? Iré a buscaros por la mañana. Podemos empezar vuestras lecciones.

Me doy cuenta de que si no hago nada, él no me besará, y no he estado pensando en otra cosa durante horas. Así que me planto delante de él y coloco mis manos sobre su pecho. Levanto mi cabeza y, finalmente, sus labios se reúnen con los míos y me besa tan profundamente que me estoy disolviendo. Mi cuerpo se vuelve líquido en su abrazo; la sensación es maravillosa.

Finalmente, Zorzo se retira y me mira a los ojos—. *Dolcezza*, vos tenéis mi corazón.

¿Qué quiere decir? Quiero preguntar, pero él coge mi capa del gancho junto a la puerta y rodea mi cuerpo con ella—. Venid —dice—. La hora es tardía.

De vuelta en San Cassiano, me dejo caer sobre la cama, todo mi cuerpo palpitando. Finalmente me quedo dormida con el recuerdo de sus besos en mis pensamientos. Algunas horas más tarde, aunque me parecen sólo unos minutos, Dorotea me está sacudiendo—. ¡Despierta, Cecilia!

Gruño y abro los ojos. Luego me sujeto el vientre—. Tengo mis dolores mensuales —miento. —¿Puedes arreglártelas sin mí?

—Tendremos que hacerlo, ¿no? —bufa Dorotea.

Una sonrisa borbotea desde dentro de mí. Me la trago de nuevo y hago el esfuerzo de parecer indispuerta—. Estaré bien en un momento —digo—. Debe de ser que el viaje hasta aquí ha indispuerto mis humores.

—Mi señora me acaba de decir que iremos a su villa en Murano mañana. Ella ha invitado al Marqués de Mantua para un *pranzo*. —Dorotea sacude un dedo—. Es mejor que estés bien para entonces.

La miro desde mi almohada, sólo que algo extraño está sucediendo. Los bordes del cuerpo de Dorotea se están desdibujando y ella empieza a desvanecerse. Puedo sentir a alguien sacudiéndome.

Sacudida, sacudida, sacudida. Ella deseaba que quien quiera que lo estuviera haciendo parase. Es de lo más grosero.

—¿Estás bien?

—¿Zorzo? —Ella alargó la mano y encontró la suya envuelta en una zarpa de oso. ¿Qué estaba haciendo Zorzo en su habitación?

—Soy Luca —dijo la voz—. Has tenido uno de tus episodios.

—¿Quién? —Su tono era familiar, aún así su mente se esforzaba por situar el nombre. Ella abrió los ojos y luego los volvió a cerrar, bloqueando la visión de un extraño con el pelo cortado más corto de lo que nunca ha visto a nadie llevarlo, y extrañas y oscuras gafas. Ella retiró la mano.

—Luca —repitió el hombre.

El recuerdo se coló en su mente, creando un torbellino como las olas en una playa antes de retirarse y dejarla mareada.

—Luca... —Ella pasó manos temblorosas por sus brazos. Por supuesto. Ella había venido a Venecia con Luca. Ellos habían ido a la Accademia y ella había visto el cuadro de Giorgione. Ella recordaba mirar fijamente a la dama señora, y ver a Cecilia devolviéndole la mirada, a quien Luca había llamado némesis. Recordó la sacudida de familiaridad mientras había contemplado los otros dos cuadros de Bellini. Recordó el cóctel que había bebido que había sido nombrado por él. Recordó mirar fijamente esta plaza y ver el estudio de Zorzo, el lugar donde el amor había recorrido sus venas por primera vez. *No tus venas, Fern. Las de Cecilia. Tu amor era Harry, ¿no?* La sangre abandonó su cabeza y se tambaleó. Ella quería volver a estar con el pintor; su alma le añoraba.

—Toma, dale un sorbo al agua —dijo Luca, agarrando la botella y el vaso de la mesa de al lado e ignorando las sorprendidas expresiones de sus ocupantes.

—Estaré bien. Siempre me siento así cuando recupero la conciencia. Sólo dame un minuto.

—¿Estás segura?

—Bastante segura —dijo ella, bebiendo del vaso y tragándose su disgusto—. Creo que deberías disculparte con esa gente, ¿no crees?

—*¡Mannaggia!* Luca se dio una palmada en la frente—. *Scusi* —le dijo a la sorprendida pareja de ancianos. Él le tendió la botella medio vacía y pidió otra para ellos. Después de pagar por ella, le tendió una mano a Fern—. Algo de comer hará que te sientas mejor.

Ella mantuvo su mano en la de él. Después de todo, iban caminando a lo largo de los canales y cruzando puentes, y, si ella tuviera otro de sus mareos, ella no quería caerse al agua. Tras unos minutos llegaron a la Trattoria alla Madonna.

Comieron un delicioso almuerzo de risotto de pescado, seguido por róbollo a la plancha y ensalada, servido con Pinot Grigio helado. Fern le contó a Luca lo que ella llamaba su “episodio”. Él escuchó, asintiendo pero guardándose sus pensamientos—. Te enseñaré San Marco —dijo él cuando hubieron terminado de comer—. Merece la pena la visita.

Después de cruzar el Puente Rialto, ellos se abrieron camino a través del laberinto de pequeñas calles hacia el corazón de la ciudad, pasando por tiendas de diseño que vendían todo lo que un

turista con dinero podía desear. Los nervios de Fern tintinearón. *¡Mantente centrada! Estarás bien.*

Por supuesto ella había visto fotos de la plaza, pero lo auténtico la había dejado sin aliento. Las columnas y las cúpulas de la Basílica brillaban bajo el sol de la tarde en radiantes montículos y pliegues, en extensiones doradas y superficies onduladas.

—Es impresionante. —Ella miró fijamente el reloj de la torre a la izquierda. Familiar, pero los demás edificios alrededor de la plaza eran nuevos, así como la torre de la campana (aunque estaba en el mismo lugar y la logia en su base estimuló su memoria). El Palacio del Dogo parecía haber cambiado poco, aún cuando ella había leído en el libro de Tía Susan sobre Venecia que había sufrido un incendio a finales del siglo dieciséis. *¡Tantos incendios!*

Luca la guió escaleras arriba hasta los soportales arqueados de la basílica, y entraron. Una fila de gente delante estaba haciendo lentos progresos. Pero no importaba; ellos podían tomarse todo el tiempo que quisieran. La luz saltaba y caracoleaba desde una miríada de superficies diminutas de dorado refractado. El aroma de incienso y cera de velas llenó la nariz de Fern. Un milenio de adoración en este lugar. *Y Cecilia vino aquí y vio lo que yo estoy viendo ahora.*

Por encima de ella y en cada ángulo, extraordinarias figuras en mosaicos brillantes bailaban en un paño de oro: leones, corderos, flores, espinas, águilas, serpientes, dragones, palomas. Era una visión increíble, aterradora y reconfortante al mismo tiempo. La emoción le llenó los ojos de lágrimas y ella apretó la mano de Luca. *No hacen falta palabras.*

Ellos volvieron a salir a la luz del sol. La plaza rebosaba de turistas, las cámaras chasqueando y las palomas revoloteando para picotear el maíz que les tiraban—. Tomemos una copa antes de irnos a casa —dijo Luca.

Se sentaron en una mesa exterior. *Florian's*. Un amigo del trabajo la había advertido sobre los precios aquí. Luca estaba siendo demasiado machista y macho alfa con respecto a lo de no dejarla pagar nada, pero ella sabía qué hacer esta vez.

Un camarero estaba rondando—. *Due bicchieri di Prosecco* —pidió Luca. —¿Va todo bien? —le preguntó a Fern. —¿Nada de flashbacks?

—No. Sólo la convicción profunda de que he estado aquí antes.

—Me estaba preguntando algo. ¿Has considerado que tú podrías estar poseyendo a Cecilia?

La rareza de la noción hizo que ella le mirara con la boca abierta. —¿Qué demonios quieres decir? Cecilia vivió casi hace quinientos años. Yo aún estoy viva.

—He estado leyendo sobre ello. Hay una teoría de que el pasado, el presente, y el futuro están sucediendo simultáneamente, pero en dimensiones paralelas. Quizás ha habido una irregularidad en el continuo espacio-tiempo —añadió él, mirando a los músicos subiéndose a un podio—. Y si ése fuera el caso, ¿quién pasó primero: tú o Cecilia? Tú me cuentas que ella parece ser consciente de tu existencia ocasionalmente.

Fern frunció el ceño—. Yo también he visto *Regreso al Futuro*, ¿sabes? Sólo es ficción.

—No. En realidad la teoría se originó con el concepto de espacio-tiempo de Einstein.

—¿Qué pasó con tu teoría de que ella estaba intentando decirme algo, hacerme hacer algo por ella para que pudiera descansar en paz?

Luca se encogió de hombros—. Sea lo que sea, sólo espero que tú estés bien. Tengo que admitir que estuve asustado por ti antes. Estabas en lo que sólo puedo describir como un trance.

—Por favor, no te preocupes. No creo que Cecilia quiera hacerme daño. Aún no estoy segura de tu idea de la dimensión paralela, sin embargo. Parece un poco disparatado.

—¿Y estar poseída por una mujer que murió hace medio milenio no lo es?

—¡Touché! Ella se bebió el resto de su Prosecco, mirando alrededor y absorbiendo la

magnificencia de la Plaza de San Marcos. Luego dijo. —Sólo necesito ir un momento al servicio. Volveré en un minuto.

—*Va bene* —dijo él, estirando las piernas.

De camino al pasar por el bar, pidió la cuenta y la pagó. Ella necesitaría una segunda hipoteca para pagarla cuando su factura de la tarjeta de crédito llegase, pero ella se había salido con la suya. Ella sólo esperaba que Luca se lo tomara con la intención que ella había querido.

De vuelta a la mesa, ella dijo. —Espero que no te importe, pero he pagado nuestras bebidas. Es lo menos que puedo hacer.

Luca se rió—. Para nada. Pero la góndola corre de mi cuenta. Insisto.

—Eso sería encantador. —Ella empezó a andar a su lado. Pasearon de la mano hacia la laguna, y de nuevo el reconocimiento pasó por ella mientras miraba fijamente en admiración la isla al otro lado del lago. Un campanario, como un enorme lápiz, apuntaba al cielo como si estuviera a punto de escribir un mensaje—. Sé que suena como un cliché, pero estoy abrumada. Es todo tan hermoso.

Las góndolas navegaban las olas, amarradas a lo largo de la orilla. Luca se acercó a una de ellas y negoció con el gondolero. Fern subió al bote y se sentó junto a Luca sobre un mullido asiento rojo en el centro—. Esta parte solía estar cubierta en el pasado, creo.

—Correcto. Para preservar la modestia de mujeres jóvenes como Cecilia. Ella es una rebelde, por cierto. Escapándose de noche para ver al pintor. Ella debería haberse quedado dentro en aquellos días, ya que sólo las cortesanas podían caminar por ahí libremente. Me pregunto si Cecilia consiguió su reunión con el pintor.

—Bueno, no estoy a punto de averiguarlo —dijo Fern, inyectando una nota de determinación en su voz—. No es que puedas ver el Gran Canal en góndola todos los días. Voy a disfrutar de cada minuto.

El cielo de la tarde había empezado a desvanecerse hasta llegar a ser un azul ahumado y el sol estaba arrojando un baño de oro sobre los edificios. Cecilia y su artista podían esperar su momento. Por supuesto, Fern quería descubrir si su némesis había aprendido a pintar. Pero podía esperar. Por ahora, ella disfrutaría de esta gloriosa experiencia y se maravillaría en la belleza de Venecia. Ella sacó su cámara.

Luca estaba trabajando horas extraordinarias. Examinó la pila de documentos sobre su escritorio: presupuestos que enviar y presupuestos que recibir. Cosas rutinarias que él podría haber manejado con los ojos cerrados, pero se había acumulado. Él pensaba en Fern y en su viaje en góndola de ayer, recordando como ella había sonreído suavemente, mirándolo todo y haciendo fotos con su cámara. Cuando habían pasado por debajo del Puente Rialto, ella se había agarrado a su brazo y él había sujetado su mano firmemente.

Un escalofrío de incomodidad ahora mientras la imaginaba pasando el tiempo con el pintor. *¡Pazzesco!* Él sacudió la cabeza y cogió otro montón de papeles.

Después de trabajar, condujo de vuelta a su piso. Se sentó en la terraza con una copa de Chardonnay helado y miró la vista de las montañas, con el Monte Grappa en el centro pareciendo la joroba de un camello gigante. ¿Le apetecería a Fern ir a conducir a través de las colinas y cenar en una trattoria mañana por la noche? *Sólo hay un modo de averiguarlo.* Él fue hasta el teléfono, pasó las páginas de su agenda telefónica, y marcó el número de Susan. Fern contestó y dijo que estaría encantada, dándole las gracias de nuevo por la visita a Venecia de ayer.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Bien. Cecilia me ha dejado en paz.

—Bueno, eso es bueno. ¿Qué has estado haciendo hoy?

—Tía Susan y yo fuimos al mercado en Bassano. Me he comprado un nuevo par de sandalias. Comimos la mejor pizza que he comido nunca. El pueblo es encantador, ¿verdad? Me encantaría volver allí y hacer una acuarela.

—Me pregunta que conduzcas tú sola. ¿Y si tienes un flashback?

—Es improbable en un coche. Me he dado cuenta de que sólo parece suceder cuando estoy en un lugar asociado con Cecilia. Hablando de lo cual, estoy planeando una visita a Murano pasado mañana. Creo que allí es donde su historia continuará. He decidido seguir la corriente, como dicen. Realmente quiero descubrir qué le pasó y resolver el misterio de por qué me ha elegido.

—¿Irás sola? —Se le retorcieron las tripas de preocupación. No había forma que pudiera tomarse otro día libre en el trabajo.

—Tía Susan vendrá conmigo. No es que ella sea de mucha ayuda; ella está convencida de que Cecilia es producto de mi imaginación. A ella le encanta el cristal veneciano, sin embargo, y le gustaría conseguir algo de Murano para su colección. Me llevaré mi bloc de dibujo y me sentaré junto al canal mientras ella va de compras.

—Me parece bien. Te recogeré a las siete mañana por la noche, entonces.

Él colgó y se pasó los dedos por el pelo. ¿Cómo demonios iba a mantener su relación con Fern sólo en el terreno de la amistad? Él nunca había sido “sólo amigo. —con una chica en el pasado, y nunca había conseguido implicarse con ninguna de ellas tampoco. Sin embargo, Fern era diferente, y no era sólo porque ella fuera inglesa. *¡Mannaggia la miseria!*

La noche siguiente él aparcó fuera de la casa de Susan y tocó el timbre. Fern abrió la puerta. Ella llevaba una blusa de gitana de algodón verde claro, que resaltaba el esmeralda de sus ojos. A él le alegraba que ella no hubiera abrazado el estilo de ropa para demostrar poder de la mayoría de mujeres que conocía, y que ella se hubiera alejado de las ubicuas hombreras que adornaban incluso

la ropa de diario. El que alguien pudiera pensar que esas cosas son atractivas se le escapaba.

Fern le dijo adiós con la mano a su tía y se instaló en el Alfa Romeo. Él tomó la carretera detrás de Asolo hacia la aldea de Monfumo, donde él había reservado mesa en el pequeño restaurante que miraba a la plaza. Se sentaron en el balcón, el sol poniente arrojando un fulgor rosado sobre las colinas circundantes. Huertos de melocotones y peras abrazaban sus cimas, y granjas se anidaban en los valles entre ellas, medio establos medio casas rematadas con tejados de terracota. El aire nocturno era cálido, casi demasiado cálido, y gotas de sudor perlaban el labio superior de Luca. Se lo limpió con su servilleta.

—Hay algo que me gustaría preguntarte —dijo él después de que hubieran perdido un plato de *prosciutto* con melón y una garrafa del tinto de la casa—. Anoche tuve una discusión con mi hermana. No llego a ninguna parte con ella, y no creo que alguna vez lo conseguiré. Ella tendrá que llegar ella sola a la conclusión de que Federico no es bueno para ella. Sin embargo, mamá está que se muere de preocupación. Ella piensa que tú eres un buen modelo a seguir y ella te agradecería mucho que intentaras hacerte amiga de Chiara.

—Tu madre ya me dijo algo así antes. Se me olvidó decirte que me encontré con tu hermana y su novio en Altivole el otro día. Él no me gustó mucho. —Fern mordisqueó la uña de su pulgar—. Él me recuerda a alguien que conocí una vez. No una persona agradable. —Ella le dedicó una media sonrisa—. Haré lo que pueda. ¿Qué le interesa a tu hermana?

—Sus caballos y Federico, por supuesto, no por mencionar sus ideas políticas. Oh, y después de un montón de persuasión por mi parte, ellos han accedido a participar en la representación de la corte de Caterina Cornaro a final de mes. Ahí va una idea. —Luca sonrió—. Quizás no te importaría unirte a nuestro grupo de baile. No deberías tener dificultad con los pasos.

Fern se rió—. Eso es si aún los recuerdo. ¿Por qué no? ¿Con qué frecuencia ensayáis?

—Por ahora una vez a la semana. Mientras nos acercamos a la recreación, nos reuniremos más a menudo. El siguiente ensayo es en tres días.

—Bueno. Tía Susan y yo hemos decidido darnos el capricho de ir a la ópera mañana, en el Fenice. Nos quedaremos a pasar la noche en Venecia y luego volveremos a casa después de desayunar.

—Qué suerte —dijo él con envidia. —¿Qué ópera?

—*Capuletos y Montescos*. Y antes de que digas nada, sé que no está basado en Romeo y Julieta, sino en una obra anterior que muchos creen inspiró a Shakespeare a escribir su obra.

Su primer plato llegó: lasaña con ragú de jabalí. Ellos levantaron su tenedor y empezaron a comer, cayendo en silencio mientras comían—. Estaba delicioso —dijo Fern finalmente—. No puedo comer ni un bocado más.

—¿Café?

—Ya he tomado mi ración de cafeína del día, pero tómalo tú. Oh, y sin discusiones, Luca. Insisto en pagar a medias hoy.

Su voz interior le dijo que no la contradijera. —¿Qué tal una última copa en el Caffè Centrale?

—Estupendo.

Media hora más tarde, en Asolo, él pidió una grappa para él y Fern pidió un *limoncello*. Ellos se sentaron a la mesa en la terraza exterior, de cara a la fuente.

—¿Puedes hablarme de tu familia? —preguntó él, recostándose en su silla—. Podría haber algo en tu historial que te una a Cecilia.

—¿He mencionado que pasé mi primera infancia en Nicosia, como hizo ella?

—Sí.

—Es la única conexión de la que puedo pensar, aparte del arte, por supuesto.

—No me has contado nada de tus padres.

—Papá se jubiló pronto del ejército y montó un negocio de paisajismo. Ahora está jubilado, y él y mamá pasan el tiempo haciendo cerámica para su propio jardín cerca de Chepstow o jugando al bridge.

—¿No tienes hermanos?

—Yo siempre quise un hermano o una hermana, pero mamá sufrió una histerectomía después de tenerme a mí debido a unas complicaciones al dar a luz.

Su pedido llegó y chocaron las gafas.

—¿Son tus padres británicos? —preguntó Luca.

—Papá es galés, por supuesto, pero mamá es medio griega por parte de madre. Pero su familia ha estado en Londres durante un par de generaciones. ¿No sería extraordinario que yo estuviera emparentada con Cecilia de algún modo?

—No hay forma de averiguarlo, me temo —dijo él, terminándose su copa.

Una voz familiar vino desde la izquierda y su corazón se hundió. ¿Qué demonios estaba haciendo Francesca aquí?

La glamurosa rubia se contoneó hasta su mesa, hombreras hacia delante, y les dedicó una mirada helada—. *Buonasera, Luca. Come stai?*

—*Bene, grazie.* —Él presentó a su ex novia a Fern, quien se enfrentó a su helada mirada con una amplia sonrisa.

Francesca rodeó con su brazo al hombre de pelo plateado y aspecto afable que ella había hecho desfilar delante de ellos como un trofeo—. *Il mio fidanzato, Gabriele* —dijo ella, enfatizando el hecho de que era su prometido. Ellos rechazaron la oferta de Luca de una copa, diciendo que tenían que volver a Treviso y, cogidos del brazo, prácticamente saliendo danzando del café.

—¿Quién es ella? —preguntó Fern.

—Mi ex —dijo él sin querer explicar más. Le echó un vistazo a su Rolex—. Mejor te llevo a casa.

Conduciendo hacia Altivole, él mantuvo la cara de Fern en la periferia de su visión. Ella no era bella del modo convencional, pero en comparación con el falso glamur de Francesca y el de las otras mujeres con las que había salido en el pasado, su naturalidad era mucho más atrayente. Él gruñó para sí.

Luca se despertó de repente, sábanas sudadas enredadas alrededor de sus piernas. Se desenredó y alargó la mano hacia la luz de la mesilla. *Malditas tres de la madrugada. Ahora no volveré a coger el sueño.* Hacía demasiada calor para estar cómodo. *¿Dónde está el ventilador? Probablemente en el almacén del sótano.* Él no iba a deambular por allí abajo a estas horas de la noche. ¿Qué le había despertado? No había ningún ruido que pudiera percibir. La calle abajo estaba silenciosa y ni siquiera podía oír al búho que algunas veces ululaba en el árbol debajo de su ventana. *¡Mannaggia!*

Cerró los ojos e intentó dormirse. Una sacudida en lo profundo de su mente, luego una voz. Ahora sabía lo que le había despertado. Había tenido ese sueño recurrente. *¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!*

—La Isla de Murano solía ser una sucesión de campos de verduras, viñedos, y jardines —leyó Tía Susan en su guía de viajes.

Fern sólo estaba medio concentrada, distraída por la vista de Venecia al otro lado de la laguna. Cientos de agujas de iglesias. Las cúpulas de San Marcos brillando bajo el sol. Ella sacó la cámara de su bolso y tomó un par de fotos.

El ferry empezó a abrirse camino por la principal vía de agua de Murano. Edificios de color rosa pálido, crema, y terracota alineaban las orillas del canal, donde los turistas se amontonaban como hormigas en una mesa de picnic. Fern disfrutaba de las vistas, pero no reconocía nada.

Tía Susan, sentada junto a ella en la cubierta superior, metió un mechón de su rizado pelo gris debajo de una enorme pabela y continuó leyendo. —La reputación de Murano como centro de fabricación de cristal nació cuando la República Veneciana, temiendo el fuego y la destrucción de los principales edificios de madera de la ciudad, ordenó la demolición de todas las fundiciones dentro de la ciudad en 1291. —Ella le dio un codazo a Fern. —¿Estás escuchando?

El corazón de Fern se había acelerado con las palabras “fuego y destrucción”. Ella asintió.

—Aunque la República ordenó el derribo de las fundiciones, autorizó y animó su construcción fuera de la ciudad, y para finales del siglo XIII la industria de fabricación de vidrio estaba centrada en Murano.

Fern asintió de nuevo, una memoria distante de los cálices usados en Barco.

—Los fabricantes de cristal fueron pronto los ciudadanos más importantes de la isla —continuó Tía Susan—. Para el siglo XIV, a los fabricantes de cristal se les permitía llevar espadas, disfrutaban de inmunidad de persecuciones por el estado veneciano, y consiguieron casar a sus hijas con las familias más acaudaladas de Venecia.

—¿Inmunidad de persecución? ¡Qué raro!

—Por supuesto que había trampa: a los fabricantes de cristal no se les permitía marcharse. Sin embargo, muchos artesanos se arriesgaron y establecieron fundiciones de vidrio en ciudades circundantes, e incluso en terrenos tan alejados como Inglaterra y los Países Bajos, a pesar del peligro de represalias del Consejo de los Diez, quienes querían que Venecia tuviera exclusividad.

A Fern le ardían las orejas. —¿El Consejo de los Diez? —Ella había oído hablar de ellos antes. ¿Era algo que había leído? *No*. —¿Quiénes eran exactamente?

—El Dogo y otros miembros de la *Signoria*, los patricios gobernantes. Altamente secreto —dijo Tía Susan, haciendo una mueca.

Los motores del ferry retumbaron al dar marcha atrás cuando se acercaba al nivel del muelle, y entonces se detuvo con un estremecimiento. Fern desembarcó con su tía.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo a visitar las cristalerías? —preguntó Tía Susan, tirando de su amplia camiseta sobre su abundante estómago—. No tardaremos mucho. Podemos almorzar algo cerca.

—Si no te importa, me gustaría dibujar algo que pueda convertir en un cuadro cuando volvamos a casa. Pasearé y encontraré un buen sitio. Y haré algunas fotos.

—¿Cómo sabré dónde encontrarte?

—Deja que le eche un vistazo a tu mapa. —Fern sintió sus ojos atraídos a las palabras, “Palazzo da Mula”. *Éste es el sitio*. —Podemos encontrarnos allí —dijo ella, señalando. —¿Qué dice tu guía de viajes de este sitio?

Tía Susan pasó las páginas y luego leyó. —La residencia de verano de la nobleza. La fachada

tiene grandes ventanas góticas y paneles veneciano-bizantinos de los siglos XII y XIII. Uno de los pocos *palazzi* que escaparon a la reestructuración de la isla en el siglo XIX. —Ella miró a su reloj—. Ahora son las once. ¿Digamos que a la una en punto? Estoy segura de que encontraremos un restaurante cercano.

—Me situaré en el lado opuesto del canal, para poder tener una buena vista.

Fern le dio un beso a Tía Susan en la mejilla, se cargó el bolso sobre su hombro, y se marchó. Era bueno estirar las piernas; habían salido de casa hacía unas tres horas, conduciendo hasta la estación de Treviso y cogiendo el tren hacia Venecia. Ella alargó la zancada.

En un quiosco de periódicos compró su propia guía de viajes y un mapa. Después de cruzar el puente Longo ella siguió la Fondamenta Venier, confiando en que su sentido del reconocimiento le diría cuando hubiera llegado.

No tuvo suerte, y aún así el palazzo era obvio por su edad evidente, y estaba junto a los edificios más modernos y más pequeños a su alrededor. Ella hizo un par de fotos y luego se sentó a la orilla del canal, sacó su bloc de dibujo, y dibujó unas cuantas líneas de perspectiva, consiguiendo la estructura básica antes de empezar con los detalles.

Las ventanas góticas con sus arcos apuntados serían difíciles, pero no imposibles. Una luz brilló sobre una de ellas. *Bueno, eso atraerá el ojo del espectador.* Su lápiz del 2B volaba por la página, su concentración inmóvil. Usando su barra de grafito, ella empezó a darle sombra a la alta marca de agua antes de añadir tono a las piedras.

Un bote a motor pasó resoplando, haciendo que el verde agua golpeará los bordes del canal, haciendo ondear los reflejos grisáceos de las ventanas del palazzo. El edificio de color canela dolía con historia, y era definitivamente familiar, excepto que ella no podía sentir a Cecilia tironeando en su mente. Quizás ella había estado equivocada con lo de que su historia continuaba aquí. Dorotea había dicho definitivamente que era aquí a donde iban a ir con Caterina Cornaro. Un *pranzo*, almuerzo, en su villa de Murano para el Marqués de Mantua. La decepción se clavó en el pecho de Fern. Ella miró en redondo. Quizás no había sido una buena idea de todos modos. Si ella hubiera entrado en uno de sus trances, ella podría haberse caído al canal. Ella continuó dibujando.

El sonido de chanclas resonando sobre la piedra anunció a Tía Susan, caminando hacia ella, su cara roja y sudorosa—. He comprado un juego de copas de vino —resopló—. No puedo esperar a enseñártelas. Pero comamos algo primero. Estoy muerta de hambre.

Fern metió su bloc en la mochila y se puso de pie. Al menos ella había hecho un dibujo que podía usar para un encargo, así que el día no había sido inútil por completo. Y ella estaba deseando ir a la ópera esta noche.

Tía Susan había derrochado algo de su adelanto por su última novela y había reservado habitaciones en un hotel en el distrito de San Cassiano, justo en el Gran Canal, enfrente de Ca' d'Oro. Después de recoger sus maletas del mostrador del depósito de equipajes en la estación, cogieron un taxi acuático—. No está lejos —dijo Tía Susan—. Así que no nos costará un riñón.

Ellas se registraron en una suntuosa habitación del tercer piso, amueblada con antigüedades, un candelabro de cristal, y cortinas de terciopelo. A Fern se le puso el pelo de la nuca en pie cuando su tía mencionó que el palazzo databa del siglo XIV, pero ella se dijo que la mayoría de los edificios en esta fabulosa ciudad eran tan viejos o más.

Una cena ligera de mozzarella y tomates, *insalata caprese*, pedida al servicio de habitaciones, y

luego se ducharon y se cambiaron para ponerse lo que Tía Susan llamaba sus “vestidos pijos”. (Tía Susan lleva una prenda floreada de poliéster largo hasta el tobillo y que parece una tienda de campaña, y Fern lleva un sencillo vestido corto de lino blanco adornado con un cinturón, otro de sus trajes del trabajo que había traído por si acaso lo necesitaba.) Se sientan delante del vaporetto desde el Rialto, el sol poniente iluminando el cielo, bañando los palacios junto al canal con un fulgor de miel.

—¿Sabes por qué se llama el Fenice? —dijo Tía Susan mientras desembarcaban en Santa Maria del Giglio. Claramente no esperando respuesta, ella continuó. —Significa el fénix, y el teatro fue renombrado después de que ardiera hasta los cimientos y fuera reconstruido.

Fern se estremeció—. Espero que ahora sea a prueba de incendios.

—¡Lo siento! No lo pensé. Estoy segura de que es perfectamente seguro.

Fern siguió a su tía dentro del teatro y se quedó boquiabierta: era excesivo. Hojas doradas chorreaban por las paredes, los techos, las luces, y los espejos. Pura cursilería, pero a ella le encantaba. Sus asientos estaban en la platea central, y ellas se abrieron camino pasando las desaprobadoras rodillas de sus compañeros ocupantes de la fila 17. El telón se alzó y Fern fue transportada a la Verona medieval. La ópera de Bellini (tiene gracia como ese nombre seguía apareciendo) la conmovió profundamente. Julieta siendo obligada a un matrimonio no deseado. El descanso llegó y Tía Susan le dio un codazo. —¿Necesitas usar el baño?

Negando con la cabeza, Fern se puso de pie para dejar pasar a su tía. Mientras esperaba, ella pensó en Cecilia. La historia de Romeo y Julieta estaba basada en una antigua leyenda y posiblemente ella la conocía. Qué decepcionante no haber conectado con su némesis esta tarde. Parecía que era responsabilidad de Cecilia conectar con ella. Eso concordaba con la teoría de Luca. Ella no podía estar poseyendo a Cecilia; la pelota estaba definitivamente en el otro pie.

Quizás no habría más episodios. ¿Podría ser que lo que había pasado hasta ahora realmente había sido su imaginación apoderándose de ella?

Cuando la representación hubo terminado, cogieron el vaporetto de vuelta al Rialto y caminaron hacia su hotel—. Estoy exhausta —dijo su tía—. Vayamos directamente a la cama. —Tía Susan fue a cepillarse los dientes y a cambiarse. Ella salió del cuarto de baño vistiendo un voluminoso camisón de algodón blanco, su cara untada en crema hidratante—. Tu turno, cariño mío.

Para cuando Fern hubo terminado de prepararse, su tía ya estaba roncando. *¿Cómo voy a dormir oyendo eso?* Ella rebuscó en su maleta y sacó el libro de Tía Susan sobre Caterina Cornaro. Ella ya había leído la primera parte de la historia, justo hasta donde la Reina había sido “coaccionada. —a abdicar del trono. Ahora ella siguió leyendo, absorbiendo la descripción de la llegada de Caterina a Venecia, donde fue recibida por el Dogo en su magnífica barcaza estatal, el *Bucintoro*—. Como compensación por renunciar al trono de Chipre a favor de Venecia —leyó Fern. —el Dogo le garantizó control pleno y absoluto sobre las tierras de Asolo, donde ella llegó el 11 de octubre de 1489, seguida por unas cuatro mil personas que se arremolinaron allí llegadas de la región circundante para recibirla.

—Pronto Caterina sintió la necesidad de poseer un palacio digno de su reputación: la perfecta localización escogida para construir una “villa di delizi. —(una villa de placeres) fue Altivole, a los pies de Asolo. —*Nada nuevo ahí.*

Los ronquidos de Tía Susan cambiaron hasta ser un suave murmullo y Fern sintió que se le caían los párpados. El cansancio la invadió, y ella se descubrió pensando en Luca. La atracción estaba allí; no hay dudas sobre ello. Pero sólo por su parte. Él la trataba del mismo modo en que trataba a Chiara. Como un hermano. ¿Por qué le molestaba a ella? Ella no quería traicionar a Harry. Él había

muerto por su culpa, y ella le debía permanecer fiel.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella y Harry estaban planeando visitar a Tía Susan cuando ella se hubo mudado a Italia poco después de convertirse en una autora publicada, pero ellos no habían conseguido hacerlo. Una mujer tan afortunada por haber firmado con una gran editorial. Y qué maravilloso que un adelanto tan grande le haya permitido cogerse la jubilación anticipada como profesora. Las novelas románticas de Tía Susan tenían un montón de seguidores en ambos lados del Atlántico, y muy bien merecido. Su propia vida amorosa se había acertado cuando su marido se había fugado con su secretaria hacía cinco años. Ella había renunciado a los hombres en ese momento, diciendo que ella prefería a los que ella creaba en sus historias a los de la vida real. ¡Ja!

¿Estoy haciendo lo mismo? ¿Fantasear sobre un hombre que murió casi hace quinientos años porque la realidad es demasiado dolorosa? ¿Es eso de lo que se trata todo esto?

Fern estaba dejándose llevar, su mente flotando, y ella pudo sentir una sensación tensa y un deseo que nunca había sentido antes.

Yazgo en mi cama, demasiado excitada para dormir, moviendo mis manos sobre mi cuerpo, imaginándome que son las del pintor. Toco mis pechos y mis pezones se endurecen contra mis palmas. Trazo una línea hasta mi raja, esa parte secreta de mí que nunca he explorado antes. ¿Por qué palpitaba tanto cuando Zorzo me besaba? Contengo el aliento y luego me toco, extendiendo mis dedos para que el del medio pueda deslizarse dentro. La punta frota contra un pequeño botón de carne, enviando un crudo escalofrío por mi cuerpo. Exhalo agudamente y vuelvo a tocar ese punto.

Calor se extiende por mi cuerpo. ¿Qué he descubierto? ¿Hay alguna deformidad ahí abajo? Retiro mi mano y me siento despojada de la sensación. Suavemente acaricio el aterciopelado pelo que crece entre mis piernas. No puedo evitarlo, quiero descubrir más.

Deslizando dos dedos dentro, busco lo que sé que se llama mi himen. ¿Podría ser esa protuberancia carnosa? No me lleva mucho tiempo volver a encontrar el botón, y engancho mis dedos a su alrededor, aplicando suave presión para ver lo que pasa. Se hincha bajo mi tacto como el pene de un hombre diminuto. Yo no sabía que las mujeres escondían tales maravillas entre sus pliegues.

Sintiendo una oleada de intenso placer, dejo escapar un suspiro. De nuevo acaricio el botón. De nuevo la felicidad, ondeando bajo mis dedos una y otra vez y otra vez. Suspiro suavemente, pero se ha acabado demasiado rápido y me siento despojada una vez más, mis piernas débiles y mi alma vacía. La vergüenza me embarga; darme placer a mi misma es un pecado, estoy segura.

Un grito, y Zorzo llama desde debajo de mi ventana—. Cecilia, venid, no debemos retrasarnos. Os echarán de menos antes de que pase demasiado tiempo.

Llevo mis dedos hasta mi nariz, e inhalo el aroma a cítricos. Hay un aguamanil en la esquina de mi habitación; vierto agua de la jarra junto a ella y me enjuago la mano.

Zorzo ha colocado un baldaquín con cortinas en el centro de su barca, y me siento dentro, máscara en su lugar, escondida del mundo. Mi pelo está suelto bajo mi capa; no tuve tiempo de adornarlo. Mantuve la cabeza baja mientras él me ayuda a desembarcar, no entendiéndome completamente por qué estoy aquí.

En su estudio, lo veo; y entonces lo sé. Esto es lo que quiero: la habilidad de realizar tal magia sobre el lienzo. Él ha pintado un cuadro de sí mismo, sosteniendo un laúd y apoyando su espalda cubierta por una chaqueta roja contra un roble, el verde oscuro descrito como negro azulado en la espesante oscuridad de la acechante noche. Zorzo me ha situado en el otro lado de la escena, apoyada sobre mi codo derecho, mi cara girada hacia él. Mi pelo está atrapado bajo la luz de la media luna,

que es sólo visible entre dos nubes gris oscuro. Hay un espacio blanco enfrente del roble y lo señalo.

—¿Qué irá ahí?

—Nuestra tarea para esta mañana.

—¿Nuestra tarea? —No me atrevo a tener esperanzas.

—Vos me ayudaréis. Es bastante fácil. Yo empezaré y vos terminaréis lo que he empezado, copiando mi técnica.

—Y si... y si... ¿y si cometo un error?

—Ésa es la belleza de la pintura al óleo. Pintaré por encima de cualquier cosa que no me complazca. Y mientras tanto vos aprenderéis. ¿No es para eso por lo que estáis aquí? —dice él, guiñando el ojo.

El calor sube a mi cara—. Sois insufrible.

—Si yo soy insufrible, entonces me temo que no puedo enseñaros. —Sonríe—. Una pupila debe respetar a su maestro.

—Oh, ¿ahora sois mi maestro? —Hago una reverencia y luego me río, mi incomodidad olvidada. La despreocupada cháchara entre nosotros es más fácil de tratar que la tensión que la pasada noche había hecho que mi entrepierna palpitará. Mucho mejor. Él no me responde; él está mezclando sus pinturas.

—¿Ve lo espeso que he colocado el color en la copa del roble? Debemos hacer lo mismo en este lado del lienzo —indica el espacio en blanco—. Hay un bosquecillo aquí, negro azulado emergiendo en la ligera oscuridad para reflejar la cercana noche.

Él extiende la pintura con un cuchillo pequeño—. Sabéis que yo fui alumno de Giovanni Bellini. Pero fue mi reunión con el gran Leonardo da Vinci lo que cambió la forma en que veo el arte. Su uso de la técnica del *sfumato* era algo que yo quería desarrollar según mi propio estilo.

—¿*Sfumato*? ¿Qué es eso?

—Donde desdibujamos o suavizamos las líneas duras con sutiles y graduales mezclas, algunos dicen emplumado, de un tono a otro, para crear una nubosidad como de humo.

—Oh, sí, puedo ver como ha mostrado la llegada de la noche de ese modo. El cuadro parece tener un sentido del movimiento.

Zorzo toma mi mano en la suya y me transfiere su pincel. Sosteniendo mi muñeca con un toque delicado, él guía mi mano a través del lienzo y mi corazón baila.

Aunque es él quien está haciendo el dibujo, mi mano está aprendiendo de la suya. Quiero que esto continúe para siempre. Aún así, parece que en nada de tiempo, me está diciendo que necesitamos partir—. Las horas de luz diurna son mejor para este tipo de trabajo —dice él. —¿Podéis escapar de vuestras obligaciones para con la Reina mañana?

¿No se da cuenta Zorzo de que ella es una mamá gallina a la que le gusta mantener a sus pollitos, como nos llama, cerca de ella? ¿Quizás pueda fingir mis dolorosas menstruaciones un día más? ‘Lo intentaré —digo—. Llamadme a la misma hora.

De vuelta en San Cassiano, me deslizo dentro de mi habitación. Dorotea está sentada sobre mi colchón, su ceño fruncido oscureciendo su cara. —¿Dónde has estado?

Y así se lo cuento. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ella se ha puesto al día de lo que llama el romance de mi asignación, aunque ella me advierte que nada bueno saldrá de esto. Ella no entiende nada de arte. Dorotea sólo puede pensar en los placeres de la carne. —¿Lo has hecho con él?

Sonrío y no corrijo su suposición. La dejo que crea lo que ella quiera.

La corte parte para Murano, donde mi señora se quedará hasta mañana. Así como entretener al Marqués, la Reina quiere comprar cristal. Tengo un día y una noche por delante para pasarla como

me plazca. Bueno, no exactamente como me plazca porque hay sirvientes aquí que me espíarán. Dorotea me ha dicho que debería meter almohadas debajo de mis colchas para que parezca que estoy durmiendo. Y eso es lo que hago cuando Zorzo llama.

En su estudio, mi mano tiembla mientras sostiene el pincel. Qué torpe estoy hoy. Él cubre mi mano con la suya y mi confianza se dispara. Puedo sentir su aliento contra mi oreja, suave y cálido. Girándome hacia él, acaricio con la punta de mis dedos ligeramente su mejilla. Contengo un suspiro y un escalofrío viaja hacia mi núcleo.

Zorzo gime, pero él no me detiene cuando muevo mi mano bajando por su cuerpo y encuentro su excitación. Sus ojos sostienen mi mirada y siento como si pudiera hundirme en ellos; oro líquido, arden de deseo. Qué diferente es del *ferrarese*. No me gusta pensar en ese hombre y le destierro de mi mente.

Mi pintor baja la mano y suelta mi pelo (porque hoy me lo he peinado adecuadamente). Él enreda sus manos en mis mechones y tira de mí contra él—. *Dolcezza*, vos seréis mi perdición.

Elevo mi boca hacia la suya y nuestros labios se encuentran. La suavidad hace que mi interior se estremezca. Tropezamos hacia la cama en la esquina del estudio y nos tumbamos sobre ella. Nuestras lenguas están danzando y todo mi cuerpo está en llamas. —¿Estáis segura, *dolcezza*?

Asiento, la decisión tomada. El paso que estoy tomando alterará el curso de mi vida, aún así no puedo concebir ningún otro destino para mí aparte de convertirme en uno con este hombre.

—Sois una amazona —dice él, retirando sus labios de los míos—. Vuestro himen habrá sido estirado. Aún así, entraré en vos despacio para que no sintáis demasiado dolor.

Por un segundo estoy perpleja. Nuestras miradas se encuentran y sus ojos arden con tal amor que sé que esto no puede estar mal. A pesar de lo que diga la iglesia, no somos pecadores. No hay necesidad para que nosotros digamos las palabras. Habrá tiempo para eso más tarde. Él levanta mi vestido y yo dejo escapar un pequeño grito cuando él empuja gentilmente dentro de mí, mi *figa* resistiéndose sólo momentáneamente. Es sólo una punzada, y luego nos mecemos juntos y estoy perdida en la exquisitez de la sensación.

Se acaba demasiado pronto. Zorzo se estremece y se retira de mí, sacando un pañuelo de su bolsillo y cubriendo su pene. —¿Sabéis cómo se hacen los bebés? —dice—. No puedo derramar mi semilla dentro de vos o tendremos un hijo. La próxima vez que hagamos el amor, vos conoceréis el placer que acabo de experimentar, *dolcezza*. Sólo concededme unos momentos para recuperar mis fuerzas.

Él se levanta de la cama y va a un aparador donde hay una jarra de vino. Bebemos y comemos biscotti, luego nos lavamos, luego nos tomamos nuestro tiempo para hacer el amor. No tenía ni idea de que un hombre podía hacer que una mujer se retorciera del modo en que lo estoy haciendo. ¿No tengo vergüenza? Estoy tumbada desnuda con mis piernas separadas, y la mano de mi amante me está haciendo tales cosas que todo mi cuerpo está temblando.

En el borde de esa felicidad, como la que sentí la otra noche, a punto de llegar al fin de un viaje dichoso que ha aumentado y aumentado, Zorzo se detiene—. Quiero estar dentro de vos cuando os corráis. Será más poderoso para vos.

Y él tiene razón. Darme placer a mí misma no puede compararse con lo que está sucediendo ahora. Él bombea dentro de mí y yo me arqueo contra él. Arqueándome y frotándome contra él hasta que una chispa dentro de mí crece hasta hacerse una llama de tal exquisitez que estoy completamente perdida en ella.

Fern se despertó con un estremecimiento, su camión caliente contra su piel. Ella se tambaleó hacia el cuarto de baño, encendió la luz, y vio su reflejo: su piel estaba ruborizada por el orgasmo. El orgasmo más increíble y demoledor. Ella usó el váter, volvió a meterse en la cama, y se acurrucó. La culpa había vuelto, recorriéndola, tiñendo su luz con oscuridad. Ella giró la cabeza. *¡Oh, Dios mío!* Sobre la mesilla de noche. Atrapado en un rayo de luz de luna. El trozo de madera quemada.

Una voz susurró. —*Lorenza...*'

Fern gritó.

Luca se reunió con Fern en el Caffè Centrale, una media hora antes del ensayo. Él retiró una silla para ella y le preguntó qué le gustaría beber.

—Sólo agua con gas, por favor. Necesito mantener la cabeza despejada para el baile.

—¿Cómo te fue ayer?

Ella habló sobre su viaje a Murano, a la ópera, y su sueño sobre la visita de Cecilia a Zorzo. Cuando Fern mencionó que habían tenido relaciones, ella se ruborizó intensamente—. Te ahorraré los detalles —dijo ella. Luego le contó que había despertado a su tía gritando por la visión de un trozo de madera quemada y por haber oído el susurro fantasmal.

¡Qué demonios. —¿Qué ocurrió después?

—Bueno, por supuesto la madera desapareció. Tía Susan cree que he vuelto a volverse completamente loca y quiere que vea a un médico. Le dije sin lugar a dudas que no lo haría. Sin embargo fue un shock verlo allí en Venecia. Pensaba que el incendio estaba asociado a Barco, pero ahora no sé qué pensar.

Luca se rascó la cabeza—. Partes de Venecia siempre se estaban incendiando en la Edad Media. La mayoría de las casas y los puentes estaban hechos de madera entonces.

—Sé que es por eso por lo que mudaron las fundiciones de cristal a Murano. —Fern miró a través de las mesas hacia la fuente en el centro de la plaza—. Es una lástima que no podamos descubrir más sobre la vida de Giorgione. Por ejemplo, si estuvo casado. Ese libro que compré en la Accademia hablaba principalmente sobre sus cuadros.

—No hay registros de ningún matrimonio, por lo que a mí me concierne. Sólo rumores de que él era un amante de mujeres.

Fern frunció el ceño—. Oh.

¿Fue un celoso “o. —lo que él había oído? El monstruo de los ojos verdes también le estaba mordisqueando a él. *Pazzesco* sentirse celoso de un rival muerto desde hacía mucho tiempo. *¿Rival?* La noción era totalmente una locura.

Luca levantó la mirada. Chiara y Federico estaban abriéndose camino entre las mesas.

Chiara se sentó, una expresión malhumorada en su cara—. No estoy de humor para esto. Los bailes del Renacimiento no son realmente lo mío.

—¿Cómo lo sabrás hasta que lo hayas intentado?

—Estoy seguro de que será bastante divertido —dijo Federico. Él se había sentado junto a Fern y la estaba mirando fijamente de un modo que hacía hervir la sangre de Luca. —¿Tenemos tiempo para tomar un café?

Luca llamó al camarero y pidió espressos para Federico y su hermana. Un incómodo silencio. Chiara se miraba fijamente los pies. Su novio estaba mirando a Fern como si fuera un trozo de pastel que quisiera devorar, y Fern tenía aspecto de querer que se la tragara la tierra.

—Dejadme que pague yo —dijo Fern, cogiendo su bolso cuando Federico y Chiara hubieron terminado sus cafés. Antes de que Luca pudiera decir algo, ella iba dirigiéndose hacia la barra.

—Así que dejas que una señorita pague —se burló Federico.

—La señorita insistió. Los tiempos están cambiando.

Federico soltó una risotada—. Bastante correcto. Tu hermana paga por los dos cuando salimos. Después de todo, ella tiene más dinero que yo.

—Dinero que mi madre le ha dado.

—¡Oye! Dejad de hablar de mí como si no estuviera aquí. Eso es entre mamá y yo, Luca.

¡Ocupate de tus asuntos!

Fern vino a la mesa, sonriendo—. Estoy deseando hacer esto. —Y fue como si hubieran derramado aceite sobre aguas revueltas. La atmósfera cambió y tanto Federico como Chiara le devolvieron la sonrisa—. Yo también lo estoy deseando —dijo Federico con un tono lisonjero.

Un ruidoso grupo de gente se había congregado en el área hundida debajo de los muros internos del castillo. El alcalde de Asolo, un alto joven con pelo oscuro y cejas pobladas, estaba hablando por un megáfono, ladrando instrucciones sobre quien debería ir a donde y hacer qué. Luca sujetaba la mano de Fern. Ella se giró para coger la de Federico y él cogió la de Chiara. Su mano fue entonces tomada por el alcalde mientras se unían al círculo de bailarines.

Los pasos no eran difíciles. Uno, dos, tres en una dirección, un giro de talón y uno, dos, tres en la dirección opuesta. Soltamos las manos, damos la espalda al círculo, y nos volvemos a coger de las manos. Seis pasos, soltar, y girar para encarar hacia dentro otra vez. Levantar manos unidas y acercarnos hacia el centro, luego movernos hacia atrás al círculo completo. Hacia el centro, y una vez allí dejamos caer las manos, giramos, hacemos un círculo más amplio. Pasos a la derecha, pasos a la izquierda, más giros. Un círculo más pequeño con la mano derecha levantada hacia dentro, para formar algo así como los radios de una rueda. Girar y hacer lo mismo con la mano izquierda. Y así sucesivamente.

Los movimientos parecían venirle fácilmente a Fern; ella parecía como pudiera hacer el baile en sueños. Luca sabía lo que estaba haciendo, habiendo formado parte de la representación antes, pero Federico y Chiara estaban en apuros, equivocándose con la secuencia de pasos y chocándose contra la gente. Federico susurró algo en el oído de Chiara y abandonaron el círculo, que lo hizo mucho mejor sin ellos.

Cuando él y Fern hubieron ensayado el baile dos veces, se unieron a Chiara y a Federico y entonces se dirigieron al café, donde él y Fern se habían sentado juntos el primer día que él la conoció. —¿Cervezas para todos? —sugirió Luca.

—No para nosotros —dijo Chiara—. Nos vamos. Éste no es nuestro tipo de escenario. —Ella le echó un vistazo a Fern. —¿Recuerdas que prometiste venir a montar conmigo?

Luca le lanzó a Fern lo que esperaba fuera una mirada de ánimo. Ella respondió con una inclinación de cabeza. —¿Cuándo?

—¿Qué tal mañana por la tarde? ¿Digamos a las cuatro en punto? Te divertirás, te lo prometo.

—Estupendo —dijo Fern—. Allí estaré. Gracias.

Luca observó a su hermana y a su novio alejarse entre las mesas, sus brazos alrededor del otro. Él le lanzó una mirada a Fern. —¿Te apetece un poco de espionaje?

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que darnos prisa o les perderemos —dijo él cogiéndola de la mano—. Esas cervezas tendrán que esperar.

Él guió a Fern carretera abajo hacia el aparcamiento—. El viejo Lancia de Federico es inconfundible por su color. Verde brillante. —Señaló con el dedo—. Por suerte están tan embobados el uno con el otro como para vernos, y nos tendremos que mantener bien por detrás de ellos o se puede armar una buena.

—¿A dónde crees que van?

—Sólo Dios sabe, pero puedes apostar hasta tu último centavo a que no será a ningún lugar

donde deberían estar.

El Lancia verde brillante salió de Asolo, tomando la carretera que pasaba por el hospital. Luca se aseguró de que hubiera al menos dos coches entre ellos. En el cruce, Federico giró a la derecha, luego otra vez a la derecha hacia las colinas. Luca mantuvo su distancia y, cuando el Lancia se detuvo en un tranquilo caserío más adelante, él aparcó a un lado de la carretera. *¡Porco cane!* Federico y Chiara habían salido de su coche y estaban embadurnando de pintura una señal a un lado de la carretera.

Luca le susurró a Fern. —Esto podría ser el principio de una resbaladiza caída para mi hermana.

Él sintió un toque en su brazo y se giró hacia Fern. Su cara era el retrato de la compasión y su corazón se derritió. Él quería tomarla entre sus brazos desesperadamente. *¿Cómo llegar a ella? ¡Cáspita!* Su prometido había muerto hacía casi dos años. *¿Con certeza había pasado tiempo suficiente como para que ella hubiera superado su muerte?* Luca arrancó el motor. Chiara y Federico ya se habían ido.

Él aparcó junto a la señal de tráfico, que debería decir, “Paderno”. Su hermana y su novio habían pintado hasta eliminar la letra “o”.

—Dialecto veneciano —dijo él—. Dejamos las vocales al final de la mayoría de las palabras italianas. Pero también tenemos nuestras propias palabras para las cosas. Por ejemplo, la palabra para “diner. —es *denaro* en italiano, pero *schèi* en veneciano.

—¡Dios!

—La mayoría de la gente no se da cuenta de que el veneciano es un idioma muy antiguo. De hecho, Cecilia, como la mayoría de los habitantes de La Serenísima República, habría hablado veneciano.

—Ahora que lo pienso, lo hablaba. Puedo entenderlo y hablarlo cuando estoy en el pasado. Pero si me pidieras que te tradujera algo ahora, no tendría ni idea.

—Nuestro dialecto tiene más historia que el idioma nacional. Se acerca más al francés y al español que al italiano.

—Algo acaba de venírseme a la mente. Como Cecilia, he experimentado una época en la que el toscano fue adoptado como el idioma de la literatura. Supongo que por escritores como Petrarca o Dante. Y ella conoció a Pietro Bembo en la corte de Caterina Cornaro. Entiendo que él usaba el toscano en sus escritos. *¿Había escritores venecianos?*

—Oh, sí. Muchos. Goldoni siguió la tradición de la *Commedia dell'arte* al hacer que todos los plebeyos hablaran en veneciano. Él está clasificado entre los principales autores italianos de teatro de todos los tiempos, y sus obras aún son representadas hoy en día. Son maravillosamente divertidas.

—Hizo una pausa. —*¿Has oído hablar de Casanova?*

—Por supuesto.

—Bueno, él tradujo la *Iliada* al veneciano. Así que tenemos una orgullosa tradición literaria.

—*¿Puedes explicarme las razones detrás de lo que Chiara y Federico están haciendo?*

—Un número significativo de venecianos quiere liberarse del resto de Italia.

—Oh. *¿Por qué?*

—Orgullo, supongo. *¿Sabías que fuimos una república durante más de mil años? ¿Y un poderoso líder mundial durante los siglos XV y XVI?*

—Sí, pero no sé por qué llegó a su fin.

—Sucedió a finales del siglo XVIII. Tras un largo declive, Napoleón dividió el Véneto entre los franceses y los austríacos. Finalmente, tras la unificación italiana, fuimos anexionados a Italia. —
Hizo una pausa.

—Ahora somos una de las regiones más ricas, gracias al auge económico de la última década. Y todo el mundo aquí odia pagar impuestos para financiar la enorme burocracia en Roma. Gran parte de ese dinero es canalizado hacia el sur de Italia. Supuestamente para desarrollo, pero generalmente es tragado por la corrupción.

—¿Crees que el Véneto volverá a ser independiente de nuevo?

—No en un futuro próximo. Quizás algún día como parte de una Europa integrada.

—Un poco como Escocia y Gales en el Reino Unido entonces, supongo. Es extraño como a nosotros los humanos nos gusta pertenecer a una tribu en particular. No hemos cambiado tanto desde que salimos de las cavernas y poblamos el planeta.

—En términos evolutivos, no hemos estado fuera de las cavernas durante tanto tiempo. Miles de años en comparación con millones de años como hombres de las cavernas.

—No había pensado en eso de ese modo. Así que Chiara y Federico están simplemente comportándose como sus ancestros.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Fern volvió a tocar su brazo—. Intenta no preocuparte demasiado por Chiara. Ella es joven y está llena de ideales.

—Si fuera sólo Chiara estaría de acuerdo contigo. Federico es parte de la ecuación y hay algo en él que me pone la piel de gallina.

Fern frunció el ceño—. Puedo sentir una oscuridad en él también. ¿Tiene Chiara otros amigos? ¿Alguien en quien confíes y que pueda hablar con ella? Sé que he dicho que lo intentaría, pero seguramente alguien más cercano a ella tendría más éxito.

—Ya hemos recorrido ese camino, créeme. Mi hermana tiene una fuerte personalidad, y todos sus amigos han fracasado al intentar hacerle entrar en razón. Ellos están en la universidad, centrándose en sus estudios, como ella debería estar haciendo.

—Entonces vale. Haré lo que pueda.

Luca volvió a poner el coche en marcha y condujo hacia Altivole. Él bajó la ventanilla. El aire de la noche estaba fragante con el aroma de la madreselva que crecía a lo largo de la carretera. Él deseaba poder deshacerse del presentimiento que se había instalado en su pecho.

Después de haber apagado el motor fuera de la casa de la tía de Fern, Fern se acercó y le besó en la mejilla. Él giró la cabeza ligeramente, y su segundo beso, dirigido a su otra mejilla, le encontró a un lado de su boca. Ruborizándose, ella murmuró. —Lo siento.

—No tienes que disculparte —dijo él, inclinándose hacia ella. La mirada de Fern se unió a la suya y entonces se estaban besando de verdad. Sus manos encontraron el camino hacia su pelo, enterrándose entre sus rizos. Ella dejó escapar un suave gemido y se retiró—. Buenas noches, Luca —dijo ella, su voz ronca.

—*Buonanotte*, Fern. *A domani*. Te veo mañana.

Conduciendo hacia su casa en Asolo, Luca retiró una mano del volante y lanzó el puño al aire—. ¡Sí!

—¿Cuáles son tus planes para hoy? —le preguntó Tía Susan a Fern en el desayuno.

—Sólo un poco de pintura esta mañana, luego voy a montar a caballo con la hermana de Luca esta tarde.

—Eso está bien, querida mía. Recuerdo que solías montar mucho cuando eras una adolescente.

—Chiara dijo que es como montar en bicicleta. Algo que no se te olvida. Esperemos que tenga razón. —Fern se frotó sus cansados ojos. La noche anterior apenas había dormido pensando en Luca. Ella se tocó los labios, recordando el beso. Como la boca de Luca se había abierto sobre la suya y ella se había derretido. Lo inquietante, sin embargo, era que cuando ella le había devuelto el beso, ella había sentido a Cecilia en su cabeza y era como si ella hubiera estado besando a Zorzo.

¿Me estoy volviendo loca? ¿Puede ser que me sienta atraída por un hombre que lleva muerto casi quinientos años?

Fern se sacudió. Quizás ella debería ver a un médico. Toda esta situación se estaba convirtiendo en algo demasiado raro.

Ella subió a su habitación y miró fijamente el póster de *La Tempestad* que ella había pegado detrás de la puerta. La chica del cuadro parecía estar mirándola fijamente. Tenía un parecido con Cecilia, y consecuentemente con ella misma. El pelo rubio oscuro estaba recogido en una redecilla, así que era difícil saber si era como el suyo. La chica era definitivamente una muchacha de grandes pechos, a diferencia de Cecilia quien, hasta ahora en la historia, había demostrado ser de complexión media como ella misma. *La Tempestad* era una obra de arte altamente sensual, sin embargo, y a ella le encantaba.

Ella abrió el libro que había comprado sobre Giorgione y miró fijamente su autorretrato. Era tan extraño encontrarse en el siglo XX con su amor del siglo XVI. *¡No! No es tu amor, es el de Cecilia. ¡En serio necesitas recuperar el autocontrol, Fern!*

Ella pasó la mañana trabajando en su cuadro del palazzo que había bosquejado en Murano. Estaba tomando forma de buena manera. Ella había tenido las fotos que había revelado en Venecia, y ella las había sujetado a un tablero en la esquina de la cocina de Tía Susan, donde ella había improvisado su “estudio”. Ella estaba usando pintura acrílica, lo cual funcionaba bien con las líneas duras de la imagen plana del edificio que estaba dibujando.

Mientras trabajaba, y pasaba de resaltar las ventanas y los balcones, ella empezó a centrarse en los árboles y en el cielo, recordando la habilidad de Zorzo de traer movimiento a la escena a través del uso del *sfumato*. Ella quería mostrar la llegada de la noche, así que empezó a desdibujar y a suavizar los duros contornos gradualmente mezclando los tonos con los demás, creando la neblina ahumada que ella había aprendido de él. *Que Cecilia había aprendido de él*. Entonces, ¿por qué no? Un cielo tormentoso. Fern se estremeció de anticipación. Iba a ser uno de sus mejores cuadros.

Dos horas más tarde, dejó el pincel, satisfecha. Ella había dejado que su obra se secara junto a la ventana y se tomó una taza de té.

Fern se sentó a la mesa de la cocina. Cerró los ojos, pensando en su némesis, como Luca la llamaba. ¿Quién era Lorenza? Ella aún no le había dicho nada a Luca, pero algo le decía que Lorenza era la clave del misterio de por qué Cecilia la estaba poseyendo. Frunció el ceño, intentando recordar los nombres de todos los personajes que había conocido cuando había estado en el pasado. Ninguna Lorenza. ¿Podía haber sido alguna de las otras modelos de Giorgione? Fern pensó sobre su visita a Venecia. Cecilia era impetuosa, eso era seguro. Ella estaba definitivamente jugando con fuego. *Fuego*. La palabra resonaba en la mente de Fern como una alarma. Ella volvió a cerrar los

ojos y la familiar sensación vibrante llenó su cabeza.

El comedor en Barco está decorado para las celebraciones navideñas. Mi señora va a dar un banquete, y festejaremos hasta que estemos a punto de explotar. Han pasado meses desde que vi al pintor. Él tiene un encargo en Venecia del Consejo de los Diez para realizar un cuadro para la Sala de Audiencias en el Palacio del Dogo. Un gran honor, y yo intento no estar triste por el hecho de que nos está manteniendo alejados. Aunque, si soy honesta conmigo misma, habríamos tenido poca oportunidad de vernos allí. Es difícil escaparse de la sombra de mi señora.

No hemos yacido juntos desde esa primera vez, y encuentro poco consuelo en buscar mi propio placer debajo de las sábanas mientras Dorotea ronca. Tras unos cuantos intentos titubeantes, he renunciado a ello, ya que la sensación no puede compararse a la que he experimentado con Zorzo. En cuanto a mi arte, hago lo que puedo, que es sólo dibujar. ¿Cómo puedo encontrar los materiales adecuados para pintar aquí en mitad del campo? Y aunque pudiera encontrarlos, no tengo las monedas para comprarlos.

Tomo un sorbo de vino y miro alrededor a la compañía reunida. Habrá música y baile tras la comida, pero mi corazón no siente deseos de hacerlo. Codo sobre la mesa, apoyo mi barbilla sobre mi mano. Me cosquillea la nuca. Alguien me está mirando fijamente. Giro la cabeza y mi mirada se encuentra con la de Signor Lodovico. *¡Gesù bambino!* Se relame los delgados labios y sonrío. Un mal presentimiento se apodera de mí y siento que la saliva abandona mi boca.

Después del último plato, nos colocamos para el baile. Sé que él estará esperando, y lo está—. Bailad conmigo, signorina —dice, inclinándose.

Realizo una profunda reverencia, como debo hacer, e inclino la cabeza, como se debe hacer. Durante meses me he intentado convencer de que nunca le veré de nuevo, pero ahora ahí está, de pie demasiado cerca de mí. Gracias a Dios su aliento ya no huele a pescado, o arruinaría el aroma a pino de las decoraciones de hoja perenne de todo el salón. Fuerzo una sonrisa mientras todo mi ser grita, *¡Aléjate corriendo de él!*

Los músicos están afinando y la corte se coloca en la pista de baile. ¿Cómo puedo negarme a bailar con Signor Lodovico? Me digo que no hay nada que pueda hacerme aquí en público y me trago mi disgusto. Le dejo que tome mi mano. Ante su tacto, mi estómago se revuelve y una sensación de asco inunda mi garganta. Nos unimos a un círculo, cogidos de la mano, moviéndonos hacia un lado y luego hacia el otro. Signor Lodovico se inclina hacia mí y susurra. —Mis disculpas por mi comportamiento de la última vez que nos vimos. Me habéis embrujado, Signorina Cecilia. No sabía lo que estaba haciendo.

Mi pecho se contrae y doy un paso atrás. Sus torcidos dientes blancos aparecen, y sus delgados labios están húmedos de saliva.

Mi señora me hace señas de que desea retirarse. Alivio inundándome, hago mis reverencias al *ferrarese*, cuyo ceño se arruga al fruncirlo.

Al día siguiente, mi hermana viene de visita. No la he visto desde que dio a luz a su hijo a final de verano.

—¿Cómo está el bebé? —pregunto, uniendo mi brazo al suyo y paseando hacia la fuente.

—Se desarrolla —dice ella, sonriendo—. He decidido llamarle Tommaso por nuestro padre.

—¿Y tu marido? ¿Se desarrolla también?

—Está afectado con forúnculos en este momento.

—Oh, pobre hombre. ¿Dónde en su cuerpo?

Fiammetta me mira de reojo—. En sus posaderas.

Me cubrí la boca con la mano, intentando contener mi risa. Imposible. Tiemblo de risa y mi hermana se une a mí. Nos agarramos la una a la otra y las lágrimas corren por nuestras mejillas—. Oh, cómo te he echado de menos, Cecilia. Todo el mundo es tan estirado en Treviso. La familia de Rambaldo es pomposa y me desprecia por no traer dote al matrimonio.

—¿Y qué hay de tu hermosa villa? ¿No la consideran dote suficiente?

—¡Ja! Ellos son ricos, pero avariciosos con sus riquezas. Ellos dicen que es una morada demasiado pequeña. ¿Y qué hay de ti, mi dulce hermana? —Ella levanta mi barbilla y gira mi cara de un lado al otro. —¿Ha mostrado algún hombre algo de interés ya?

En el pasado nunca le he ocultado secretos a Fiammetta; sin embargo, sé que ella no aprobará a mi pintor—. No —miento, cruzando los dedos detrás de mi espalda—. Todos me consideran una niña aún.

Fiammetta se echa hacia atrás y me mira de arriba abajo—. Tu figura se ha llenado desde la última vez que te vi. Esas curvas femeninas hará que hagan cola delante de ti dentro de poco.

Pisadas suenan en el camino. Signor Lodovico. *Maria Santissima*, ¿me libraré alguna vez de este hombre? Hacemos nuestras reverencias y presento a Fiammetta, teniendo cuidado de enfatizar su nombre de casada.

Sus ojos se pasean sobre ella como si fuera un jugoso trozo de carne. La pasada noche me había escapado de él por el deseo de mi señora de retirarse temprano. Al menos ahora estoy en compañía de mi hermana. No hay nada que pueda hacerme aquí. La miro a ella y, *Madre di Dio*, le está batiendo las pestañas y dedicándole una de “su. —sonrisas. Por supuesto, en comparación con Rambaldo, Signor Lodovico es un verdadero Adonis.

Paseamos pasando la fuente hacia los desnudos árboles en los huertos frutales, la hierba crujiente por la escarcha bajo nuestros pies. Me envuelvo bien con mi capa, ya que el frío del día se ha convertido en una helada nocturna.

Signor Lodovico nos deja, y mi hermana pellizca mi mejilla—. Él pedirá tu mano. Recuerda mis palabras, Cecilia. Has hecho una formidable conquista y ésta será una buena unión. —

Mis entrañas se vuelven agua. —¿Tú crees? No. Estoy segura de que te equivocas. Intentaré convertirme en su amante, y yo le rechazaré. Ese hombre me disgusta.

Fiammetta toma mi mano—. Dulce hermana, tienes que pensar en el futuro. La Reina está envejeciendo, a pesar de su deseo de creer lo contrario. He notado una diferencia desde mi boda. Sabes que no está bien.

Es cierto. Desde el momento de nuestro regreso a Barco desde Venecia, mi señora se ha retirado a su cama más y más frecuentemente justo después de la cena. Un temblor me recorre y me agarro al brazo de Fiammetta. —¿Qué me sucederá si ella muere?

—Calla. —El tono de mi hermana es práctico—. Necesitarás un protector. Es como funciona el mundo, querida mía. He oído hablar del *ferrarese*. Su familia es rica con tierras y dinero. Si él no pide tu mano, *deberías* convertirte en su amante. Signor Lodovico te llenará de regalos y propiedades para mantenerte hasta tu vejez.

—No soy una cortesana —dije con asombro.

—No, por supuesto que no. Esto es diferente. Él sería el único hombre al que te entregarías.

Incapaz de decirle a mi hermana lo que pienso de verdad, la distraigo de este tema de conversación preguntándole por Tommaso. Entonces Fiammetta me contó con detalle los tres primeros meses de la vida de su bebé. Me preguntaba como podía dejarle con su nodriza tanto con lo mucho que lo mimaba. Mientras ella parloteaba, animada por un asentimiento ocasional por mi parte,

me preocupo por el *ferrarese*. ¡*Gesù bambino*, líbrame de eso, te lo suplico!

Nuestro circuito por los jardines terminado, volvemos a los aposentos de mi señora para ayudarla a prepararse para el almuerzo. Fiammetta se quedará esta noche y volverá a Treviso mañana a tiempo para navidad. Espero que la visita de Signor Lodovico sea igualmente corta.

Después de que hubimos comido, mi señora se retira para una siesta. Con tiempo para mí, saco mis bocetos del arcón en la esquina de la habitación que comparto con Dorotea, y donde Fiammetta también se unirá a nosotras esta noche. Desenrollo el pergamino y miró fijamente el dibujo que hice de Zorzo. Inclinandome hacia abajo, beso sus labios de carboncillo. Una sensación de deseo me atraviesa. Reprimo un sollozo.

—*Dolcezza* —me llega un susurro. Me giro en redondo.

—¿Estás dormida? —resonó una voz en su cabeza. Ella había estado soñando. Con el hombre que no podía tener. Con un amor imposible. Zorzo en Venecia y ella, pobre, dependiente de la enferma Reina.

—¿Fern? —repitió la voz—. ¡Despierta!

Ella abrió los ojos y su alma gritó de dolor. Ella no quería estar en el siglo XX. Ella quería estar de vuelta en la habitación que compartía con Dorotea. Descubrir si ese susurrado *dolcezza* había sido real o no. Ella se frotó su palpitante frente.

—Oh, eres tú, Tía —dijo ella mirando a la mujer que estaba tocando su brazo con preocupación.

Tía Susan frunció el ceño. —¿Has tenido otro de tus mareos?

—Sólo un extraño sueño. ¿Qué hora es?

—La una en punto. Primero la comida. Luego deberías prepararte para ir a montar.

Fern se puso de pie. Una pila de patatas estaba amontonada en el fregadero—. Déjame que pele las patatas por ti.

Chiara tenía razón. *Era* como volver a montar en bicicleta. El lomo de Magic era ancho, sin embargo, y los vaqueros de Fern rozaban contra sus muslos. Vanessa le había prestado un par de botas y un sombrero, quien tenía su misma talla, pero pedir prestados unos pantalones de montar no había sido una opción. Tanto Chiara como su madre eran mucho más altas.

Una al lado de la otra, Fern y Chiara tomaron el camino que serpenteaba entre los maizales, trotando por el camino de tierra, el sol de la tarde calentando sus espaldas. Un cuco estaba haciendo llamadas desesperadas en el cerezo a su derecha, y pronto llegó la burbujeante respuesta de su compañera. *Qué vergüenza que pongan sus huevos en los nidos de otros pájaros.*

—Puedo ver que sabes lo que estás haciendo —dijo Chiara—. Vayamos a medio galope. —Ella estaba montando un caballo mucho más inquieto que el de Fern—. Pegasus no puede esperar más.

—¿Pegasus? —repitió Fern, asombrada.

—No es muy original, ¿verdad? —Chiara se rió y luego se lanzó hacia delante. Su espalda recta, parecía prácticamente pegada a la montura.

—¡Vamos, Magic! —Fern recogió las riendas y animó al animal hacia delante. A ella siempre le había encantado galopar y se relajó con el movimiento, sus nalgas tensas. Era sólo una coincidencia que el caballo de Chiara tuviera el mismo nombre. Un nombre bastante común. Pero aún así a Fern se le pusieron los pelos de punta. Ella miraba fijamente hacia delante, manteniendo a Chiara a la vista.

Espero que ella me espere.

Chiara había desaparecido en una nube de polvo, pero el paso de Magic, aunque estaba dándolo todo, era mucho más lento.

¿Dónde está ella? No puedo estar sola, no mientras hago algo que Cecilia amaba. Tendré un flashback y me caeré.

El camino giraba al final del campo y allí estaba Chiara, quien había desmontado y estaba examinando la pata delantera derecha de Pegasus—. Estaba cojeando un poco —dijo—. Lo siento, pero tendré que regresar andando.

—No te preocupes. —Fern desmontó y empezó a caminar junto a Chiara—. No me importa caminar.

—¿Estás segura? No es muy divertido para ti. ¿Por qué no montas de vuelta por el camino por el que hemos venido? No puedes pasarte de la villa si sigues el camino.

—Ni soñaría hacerlo. Un paseo me hará bien y podemos charlar.

Chiara la miró sospechosamente. —¿Oh? ¿De qué?

—De nada en especial. Te puedo hablar de mis cuadros, si quieres.

Una chispa de interés apareció en los ojos de Chiara. —¿Qué dibujas?

—Principalmente paisajes, aunque he intentado hacer retratos.

—¿Es ése tu trabajo? Quiero decir, ¿eres artista?

—No, mi trabajo es en un banco en la City. —Ella no le hablaría a Chiara sobre su ambición. Cómo la había animado. Cómo casi la había destruido. Era una parte de su vida que había enterrado. Ella había pedido que la degradaran de cargo cuando volvió de su baja tras la muerte de Harry, y estos días se dedicaba estrictamente a lo que se pedía de ella, dejando a los demás “jóvenes brillantes”, los yuppies, que se pelearan y se destruyeran entre sí en su camino hacia la cima—. Daría lo que fuera por ganar suficiente con mi arte para poder dedicarme a ello a tiempo completo.

—¿Por qué no dejas tu trabajo y lo intentas? ¿Qué te retiene?

—El miedo al fracaso, supongo. También tengo una hipoteca bastante grande. —Harry no había hecho testamento, aún cuando habían estado comprometidos. El producto de la venta de su piso y todas sus inversiones había ido a sus padres. Los viejos miserables no le habían ofrecido nada, y ella había estado demasiado desconsolada como para pedir.

—Puedo ver que mi hermano está muy prendado de ti —dijo Chiara—. Nunca le he visto tan encandilado.

—No, te equivocas por completo. Sólo somos amigos.

—Cuando la gente dice que son “sólo amigos”, normalmente significa completamente lo contrario, según mi experiencia.

Fern soltó una risa avergonzada—. No en nuestro caso. Me preguntaba por qué no estaba casado aún...

—Él solía ser un poco mujeriego y siempre decía que no había conocido a la persona adecuada. —Chiara le lanzó una mirada inquisitiva—. Creo que él ha hecho eso ahora. Él no te mira como a una amiga, créeme. ¿Qué sientes tú por él?

—Bueno, ciertamente no te andas con rodeos, ¿eh? —Fern se volvió a reír—. Él me gusta mucho. Pero hay asuntos de mi vida que necesito solucionar, me temo. —*Hora de cambiar de tema*—. Háblame de Federico. ¿Cómo le conociste?

—En un mitin organizado por el Partido por la Libertad del Véneto. Algunos amigos míos de la universidad me llevaron. Cuando hablé con él, supe que era el hombre para mí.

—¿Oh? ¿Y cómo es eso?

—Es tan apasionado. Sobre la política, sobre la vida, sobre todo. —La cara de Chiara se iluminó. —¿No crees que es maravilloso?

—Bueno, él es ciertamente diferente.

—¿A que sí? Él no es para nada como los chicos con los que he crecido. Todos son *mammoni*.

—¿*Mammoni*?

—Niños de mamá. Luca y yo tenemos suerte de que nuestra madre sea inglesa; de otro modo habríamos sufrido el mismo tipo de opresión que el resto de esta sociedad matriarcal.

—¿La que estás luchando tan duro por mantener?

—¡Jajajá! Muy lista —se rió Chiara—. En realidad, recientemente hemos pensado en unirnos al Partido Anarquista.

—¡Cielos!’ Fern cerró su mandíbula con fuerza para evitar abrir la boca de sorpresa—. Eso es un poco extremo, ¿no?

—Decidimos no hacerlo —dijo Chiara con tono serio—. Demasiado toscano. Sentimos que la influencia de Florencia y Roma, especialmente de Roma, es mala para el Véneto. Y en realidad no somos comunistas.

—No sé mucho de todo eso. Pero sé que hay demasiados partidos políticos en Italia.

—Ahí tienes razón. Cuanto antes se independice el Véneto del frenesí de corrupción y discusión que gobierna Roma, mejor.

Chiara sonaba como si estuviera citando un dogma, pero Fern no quería empezar una discusión política. Ella ni sabía lo suficiente ni lo quería saber—. Cuéntame más sobre Federico. ¿Tiene trabajo?

—Todavía es universitario. Al menos ésa es su “tapadera”. —Chiara miró de izquierda a derecha y Fern tuvo que morderse el labio para evitar reírse. Toda esta farsa parecía terriblemente infantil. *Novatadas de estudiante, eso es todo*. ¿Cómo podían Luca y su madre estar tan preocupados? Entonces recordó las malas vibraciones que había sentido saliendo de Federico, y el modo en que había intentado insinuarse a ella. Se estremeció.

—Ya casi estamos allí —dijo Chiara. Al cabo de unos minutos estaban quitándole las monturas a los caballos—. Ve adelante. Necesito vendar la pata de Pegasus. Luca volverá del trabajo pronto y mamá sin duda querrá saber lo que te he dicho. —Ella sonrió—. No soy estúpida, ¿sabes? Pero me gustas y me ha gustado nuestro paseo a caballo, el poco que hubo, y hablar contigo.

—Yo también —dijo Fern, devolviendo la sonrisa a Chiara.

—Entonces hagámoslo otra vez. Cuando la pata de Pegasus esté mejor. Te llevaré más lejos la próxima vez. Hay una antigua calzada romana hacia una antigua capilla escondida en un valle cerca de las montañas. Podríamos hacer un picnic allí. Yo voy a la granja que está por allí cerca algunas veces con Federico. Pertenece a mi familia y es el lugar ideal para que él y yo estemos solos.

—Suená maravilloso.

Vanessa se levantó de su silla en la salita cuando Fern cruzó la puerta. Los dos labradores, tumbados a sus pies, levantaron sus cabezas y luego se volvieron a dormir. —¿Qué tal os ha ido?

—Bien —dijo Fern. Esto era tan difícil. ¿Qué esperaban Luca y su madre de ella? Es mejor decir la verdad, suponía ella—. Mira, Vanessa. Me alegra ser amiga de Chiara. Ella es una chica encantadora. Lo cierto es que ella se ha dado cuenta de que vosotros habíais preparado esto. Si me tengo que ganar su confianza, no puedo ser una “espía”, si sabes lo que quiero decir.

—Oh, claro. Lo entiendo. No hace falta decir más. Pasa al baño y refréscate mientras nos consigo algo de Prosecco.

Fern se puso sus zapatillas de deporte, uso el retrete, y se lavó las manos. Comprobó que su pelo estuviera tan peinado como podía estar, luego volvió de nuevo con la madre de Luca. Ella podía oír voces mientras se acercaba, las voces de Luca y de Vanessa. Ella se detuvo en el pasillo, no queriendo entrometerse—. Me he enamorado de ella, mamá —estaba diciendo él—. Todos estos años he estado buscando a alguien, sin saber quien era ese “alguien”. Todo el mundo pensaba que yo estaba jugando con las mujeres. No fue una elección deliberada, créeme. Cada mujer que conocía me parecía inadecuada. No es el caso con Fern. Por primera vez he conocido a alguien que me hace sentir bien. Sólo que ella parece no querer saberlo.

Fern estaba dándole los últimos toques a su cuadro de Barco. No era una representación actual de las ruinas de la villa: ella la había pintado como habría aparecido en la época de Caterina Cornaro. Tía Susan le había lanzado una mirada extraña cuando ella le había enseñado su obra, pero no había dicho nada. Fern había estado a punto de hacer otro intento de compartir la historia de Cecilia con ella, pero ella se había detenido. La incredulidad de su tía parecía infranqueable. Extraño, en realidad, considerando que era escritora y debe tener considerables poderes imaginativos.

Levantando la mirada de su paleta, la atención de Fern fue distraída por Gato Gucci. Su pata en el aire, se estaba lavando entre los dedos mientras yacía en el suelo junto al caballete. Ella dejó que sus pensamientos vagaran. La noche anterior, cuando llegó a casa, se había sentido tan agotada emocionalmente que se había ido directamente a la cama y había dormido sin tener sueños. Ahora, sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que Luca le había dicho a su madre. Ella se había dado la vuelta después de oír su declaración y había vuelto al cuarto de baño de abajo. Luego cerró la puerta con fuerza, para que ellos creyeran que acababa de salir de allí.

Ella había ido hacia él, demasiado aturdida para hacer más que musitar *Buonasera* antes de darle un sorbo a su copa de Prosecco. Ahora su pecho se contrajo. Ella no podía seguir negándolo: le gustaba estar con él demasiado como para considerarle “sólo un amigo”. Ese beso, cuando ella se había engañado a sí misma diciendo que su respuesta había sido Cecilia besando a Zorzo. Ella había sabido perfectamente bien lo que estaba haciendo cuando había abierto su boca bajo la de Luca.

Sentada junto a él en la salita de su madre, ella miró las manos de él y se imaginó como se sentiría si ellas exploraran su cuerpo. Pero no estaba bien. Ella tenía que ponerle punto y final directamente. Antes de que él lo descubriera. Antes de que lo supiera. Antes de que la verdad le volviera contra ella. La terrible verdad de cómo ella había provocado la muerte de Harry.

Luca le había preguntado si estaba bien la noche pasada cuando ella había afirmado tener dolor de cabeza y declinó su invitación a cenar—. Sólo cansada —había dicho ella.

¡Cobarde! Deberías haber cortado toda relación con él en ese momento. Deberías haberle dicho que no podías ayudar con su hermana. Deberías haberle dado las gracias por todo lo que ha hecho por ti. Tendrías que haberle dicho que preferirías pasar el resto de tus vacaciones pintando y viviendo tranquilamente en casa de Tía Susan como si aún estuvieras sufriendo de estrés. No más bailes renacentistas. No más viajes a Venecia. Y definitivamente no más besos.

Su labio inferior tembló, pero lo tensó. Ella no se dejaría llevar por la indulgente auto-lástima. Como mi madre siempre decía, lo hecho, hecho está, y no puede deshacerse. Fern enderezó sus hombros y limpió su pincel. Echándose hacia atrás, ella examinó su trabajo. *Al menos eso está saliendo bien.* Ella necesitaría pagar por exceso de equipaje cuando se llevara todo de vuelta a Londres. Con suerte merecería la pena. Si pudiera montar una exposición, ella podría ser capaz de vender algunos de sus cuadros en vez de confiar en comisiones de las compañías de tarjetas de felicitación. El trabajo que ella había completado hasta ahora en el Véneto era lo mejor que ella había producido nunca. No podía evitar que le encantase.

Ella dejó su pincel sobre la pequeña mesa que Tía Susan le había proporcionado. Su mano tocó algo basto, y lo supo... simplemente supo sin mirar lo que era. El hedor de la madera quemada asaltó sus fosas nasales y su pulso se aceleró en su garganta. Fern se preparó mientras Gato Gucci salía corriendo de la habitación.

Cuando llegó, pareció llegar de la nada—. *Lorenza* —una caricia contra su mejilla, fría y llena de tristeza.

—¿Cecilia? ¿Qué ha pasado? ¿Quién es Lorenza?

Pero por supuesto no hubo respuesta. Con el corazón desbocado, Fern se sentó y esperó.

—*Dolcezza*.

Me giro y ahí está él, detrás de mí en la habitación que comparto con Dorotea. Él sostiene un pequeño lienzo—. He oscurecido vuestros cabellos y he redondeado vuestro rostro para que nadie os reconozca.

Siento como si pudiera explotar de felicidad al verle. —¿Cómo estáis?

—Bien —responde él suavemente, su mirada fija en la mía. —¿Y vos?

—Igual. —Una timidez repentina se ha apoderado de mí y me descubro ruborizándome mientras miro fijamente mi retrato. Él me ha pintado mostrando mi seno desnudo y tengo una expresión seria y pensativa en el rostro. Estoy manteniendo abierto el cuello de piel de mi túnica roja para exponer un rosado pezón. ¿Qué puede significar esto? ¿Dibujó mis pechos mientras yo descansaba en su estudio? Mi blanca piel está delicadamente sombreada y mi seno es como un pequeño altozano. ¿Quizás él lo recordaba así? En el cuadro, no estoy mirando a nada en particular: es como si tuviera un secreto que me estuviera guardando para mí. Mirando fijamente el lienzo, noto que una pequeña parte del fondo no está terminada.

—Os he traído un regalo. —Él me tiende un paquete envuelto en una tela.

Con manos temblorosas, lo desaté para revelar un juego de pinceles y botellas de cristal con pintura ya mezclada. Debe haber costado una fortuna. Lanzándole mis brazos al cuello, elevo mi rostro para recibir su beso. Nuestros labios se encuentran.

—Es hora de otra lección —dice Zorzo, después de besarme tan profundamente que mis rodillas empiezan a flojear. Él coge un pincel y lo mantiene en alto.

—¿Estáis seguro?

—¿Veis este espacio allí? Lo he dejado para que vos lo completéis. —Coloca el lienzo sobre la mesa, mete la mano dentro de su bolsa, y saca una paleta. Luego mezcla los colores, tan oscuros que son casi negro.

Excitación y trepidación me envuelven como un torbellino. Cojo el pincel de su mano y ya no puedo saber si mi mareo es un resultado de la cercanía del pintor o del desafío de la pintura. Aún así, cuando el lustroso color se desliza desde el pincel hacia el lienzo, mis nervios se calman, y mi muñeca se mueve de adelante hacia atrás, llenando el espacio vacío con iridescencia. Cuando encuentro las hojas de laurel formando una corona alrededor de la mujer (yo) tengo cuidado y voy con precisión. La euforia se apodera de mí mientras el aroma del aceite de linóleo inunda mis fosas nasales, y siento como si pudiera continuar por siempre.

Trabajamos en silencio, Zorzo mezclando la pintura para mí. Finalmente los dedos se me entumecen y tengo que parar—. Tomad —digo—. Está hecho. —Le miro, conteniendo la respiración. —¿Os quedaréis mucho tiempo?

Él frunce el ceño—. Debo marcharme esta noche. He estado trabajando en un encargo en mi ciudad natal, un altar para Tuzio Constanzo. Sólo unos cuantos toques finales. Tengo el deseo de plasmar vuestros dulces labios en el rostro de la Madonna. Y hay un fresco en la casa de al lado que necesito completar.

Los brazos de Zorzo me envuelven, y el deseo brota como un manantial caliente entre nosotros mientras nos volvemos a besar. Hay un repentino sonido de voces femeninas y la puerta se abre de golpe. Fiammetta y Dorotea irrumpen en la habitación, riéndose juntas; ambas se detienen en seco.

Me retiro de un salto de mi pintor, quien coge el lienzo. Demasiado tarde. Fiammetta se desliza hacia él y mira fijamente el cuadro. —¿Ésa eres tú? —pregunta señalando.

—Por supuesto que no. No es mi cabello lo que ves, ¿verdad?

—Se parece a ti. Sólo que no he visto tu seno expuesto, así que no puedo juzgar. —Ella se gira hacia Zorzo—. Decidme, buen señor, ¿qué hacéis en nuestra alcoba?

—Me ha traído algunas pinturas y me ha estado enseñando —dije con voz firme.

Mi hermana me lanza una rápida mirada antes de decirle a Zorzo. —Creo que es hora de que nos dejéis. No es adecuado que estéis aquí.

Hacemos nuestras reverencias y pillo el guiño en su ojo mientras se marcha.

Dorotea se desploma con un ataque de risa—. ¡Oh, Cecilia! Eres única. Escondiendo tus secretos de Fiammetta. Ella debería saber lo que te traes entre manos por la noche en Venecia.

Sujeto a Dorotea por el brazo—. Prometiste no decir nada.

—Eso era antes. Es mejor que lo sepa.

—No hay nada que tengas que saber, Fiammetta. Dorotea se ha estado imaginando cosas.

—¿Yo? ¿Imaginándome cosas? ¿Y qué pasa con la vez que te escapaste para visitarle? ¿Y el día cuando fingiste tus dolores del mes para librarte de ir a Murano?

—Fue sólo una vez. No he tenido oportunidad de estar con él desde entonces.

Fiammetta se cruza de brazos. —¿Entonces admites que has estado con él? ¡Gracias a Dios que no estás encinta! ¿En qué estabas pensando, querida mía? Claramente no estabas pensando. Tu pintor no puede permitirse un matrimonio o siquiera una amante. Apenas puede permitirse mantenerse él mismo, te lo aseguro. Te irá mucho mejor con Signor Lodovico.

Pataleo—. No iré con ese hombre. Me da asco.

—Te estás comportando como una niña —dice mi hermana.

Vamos a ayudar a mi señora a vestirse y, después de cenar, tengo la excusa para perderme las fiestas cuando la Reina se retira temprano. Me complace no tener que bailar con Signor Lodovico, ya que le he pillado mirándome fijamente durante la comida, relamiéndose sus delgados labios como si quisiera devorarme. La noche es fría y me acurruco con mi hermana y Dorotea en la cama grande. Pronto Dorotea y Fiammetta están roncando suavemente. Dejo escapar el aire y forma una nube de vapor en el aire helado. El sueño llega despacio porque estoy preocupada. ¿Qué me deparará mañana?

Directamente después de romper nuestro ayuno al día siguiente, mi señora me llama—. Tengo algunas maravillosas noticias para ti, dulce niña. Signor Lodovico desea casarse contigo.

Era lo que había estado temiendo y, cuando la Reina me mira con sus amables ojos y me anima con la cabeza, no tuve corazón de decirle lo que pensaba de verdad. Tomo grandes bocanadas de aire como una de sus carpas doradas y grazno. —¿Oh? ¿Cuándo?

—Eso es algo que tú y él debéis decidir. Sólo quiero que sepas que te doy mi bendición. Y, por supuesto, te proporcionaré un baúl nupcial de ropa de cama. Hice que construyeran una villa para tu hermana; Rambaldo insistió en ello. Signor Lodovico no requiere nada, pero te daré un collar de oro de todos modos.

Me dejo caer en una profunda reverencia antes de explicar que Fiammetta se va a marchar hacia Treviso en cualquier momento. —¿Debería ir a despedirme de mi hermana?

Mi señora me despide y consigo contener mis lágrimas hasta que llego a mis aposentos. Fiammetta está sola, guardando su camión de dormir. —¿Qué ocurre? —pregunta cuando ve mi cara. Lo explico y ella me rodea con sus brazos—. Lo sabía. ¿No te lo dije?

—Pero yo no le quiero. Amo a Zorzo.

—*Per l'amor di Dio*, Cecilia. ¿Y él te quiere? ¿Te ha hecho semejante declaración?

—No necesita hacerlo. Puedo verlo por la forma en que me mira.

—Ese pintor te mira con lujuria, no con amor. Yo no iba a decir nada, pero necesitas saberlo. Él tiene toda una ristra de mujeres visitándole en ese estudio suyo. Es un hecho bien sabido. Tú no eres la única.

Me quedo sin aliento mientras me derrumbo sobre la cama. Todo mi cuerpo tiembla. —¿Seguramente no?

—Este matrimonio es una maravillosa oportunidad para ti, Cecilia. Es altamente improbable que cualquier otro hombre de su reputación y riqueza te haga una proposición. Tiene que ser más cuidadosa. Tu pureza no debe ser cuestionada. —Ella hace una pausa, pareciendo considerar qué decir a continuación—. Signor Lodovico Gaspare es un hombre honorable y parece estar loco por ti. Una vez que vuestro compromiso sea anunciado, su familia y amigos criticarán su elección, recuerda mis palabras, porque tú no tienes dote. Lo único que puedes ofrecer es tu reputación. Si eso es mancillado, entonces él te desechará como un trapo sucio. ¡No pienses que soy cruel, querida hermana! Créeme, sé de lo que estoy hablando. ¿Te prometió mi señora algún tipo de bien?

Aún estoy conmocionada por la revelación sobre Zorzo, y me esfuerzo por entender lo que me está preguntando. Entonces recuerdo la referencia de la Reina de que Signor Lodovico declaró que no requería nada, y le hablo a Fiammetta sobre ello y sobre el collar que mi señora me dará.

—Como nuestra guardiana tras la muerte de Madre y Padre, ella es generosa con nosotras por su lealtad hacia ella en Chipre.

Hay historias que he oído sobre lo que ocurrió en esa época. Tantos complots e intrigas para destronar a la Reina. Al final, el Consejo de los Diez impuso su autoridad, ya que ella había sido convertida en hija adoptiva de la República antes de su matrimonio. Contengo mis lágrimas y me levanto de la cama—. Tendrás que explicarme qué hacer cuando los médicos me examinen y descubran que ya no soy doncella.

Su cara es el retrato de la confusión y me echo a reír—. Quizás debería hablarle a mi señora sobre Signor Zorzo. Pero primero me enfrentaré al artista y descubriré la verdad. —Mi voz es firme, y aún así estoy temblando por dentro—. Él se ha ido a Castelfranco, así que es demasiado tarde para poder verle ahora.

—¿Qué hay de tu respuesta a Signor Lodovico?

—Pensaré en un modo de retrasar las cosas —digo con más confianza de la que siento. Coloco mis manos sobre los hombros de Fiammetta y beso sus mejillas.

Un extraño sonido estridente llena el aire y miro rápidamente de derecha a izquierda. El repiqueteo tintinea sin descanso, cada vez más fuerte, hasta que el zumbido llena mi cabeza y mi visión se vuelve borrosa. Me froto las sienes y me lanzo hacia mi hermana—. ¡Ayúdame!

Se descubrió tirada en el suelo, el repiqueteo resonando en sus oídos. Se levantó temblorosa. *El teléfono*. El darse cuenta de lo que era la envió en espiral a través de los siglos y, como siempre, tuvo que contener la náusea en su garganta. *¿Por qué no responde Tía Susan?*

La llamada continuó. Quien quiera que fuera no tenía intención de colgar. Fern se lanzó a través de la habitación y levantó el auricular—. *Pronto*. ¿Hola?

—¿Eres Fern? Soy Luca. Me estaba preguntando si te gustaría ir a Castelfranco mañana. Tengo un cliente que necesito visitar y pensé que te gustaría ver la Giorgione Madonna.

Fern atrapó su labio entre sus dientes. ¿Castelfranco? *¡Maldita sea!* Su corazón casi se le salía

del pecho. ¿Era por su resolución de no volver a ver a Luca? Sólo oír su voz la dejaba sin aliento—.

Eso... eso... eso sería encantador. ¿A qué hora?

—Te pasaré a buscar a las nueve. Y puedes invitarme a almorzar si quieres.

Riéndose, ella accedió. Un repentino escalofrío y el aire en la cocina cambió.

—*¡Lorenza!*

Su tía la despidió a la mañana siguiente—. Pásatelo genial.

—Tú también. —Tía Susan había decidido finalmente hacer algo con su pelo y había pedido cita en la peluquería de Asolo—. Espero ver a una nueva tú cuando vuelva esta noche —dijo Fern.

—No lo veo probable, pero necesito un corte de pelo más corto para el verano —dijo su tía sonriendo.

Fern besó a Tía Susan en la mejilla, capturando el aroma de sus polvos faciales. —¿Quieres que te traiga algo de Castelfranco?

—Hmm. No se me ocurre nada, cariño. ¿Quizás puedes sorprenderme?

—Lo haré.

—Fui a la biblioteca de Treviso ayer —dijo Luca, arrancando el motor de su Alfa mientras Fern se instalaba en el asiento del copiloto—. Intenté descubrir más sobre Giorgione. El historiador del arte Giorgio Vasari, quien escribió a mitad del siglo XVI, afirmaba que Zorzo sólo tenía treinta y tres años cuando murió.

—'Sí, lo sé por el libro que compré en la Accademia. ¡Tan joven! Terriblemente triste. La misma edad que Harry...

—Y mi misma edad —dijo Luca frunciendo el ceño—. Al parecer, Giorgione murió de peste. Hay una carta que data de octubre de 1510 que ha sobrevivido, escrita por Isabella d'Este, la Marquesa de Mantua. Ella le pide a una amiga veneciana que compre un cuadro de Giorgione para su colección. La carta muestra su conocimiento de que él ya había muerto.

—Ah, eso es interesante. ¿Consiguió el cuadro?

—No. Hay una respuesta diciendo que no iba a ser comprado a cualquier precio.

—¿Has encontrado alguna referencia a Cecilia?

—Ninguna en absoluto. Nadie escribió cartas sobre ella y ella claramente no era una escritora de cartas. La mayor parte de nuestro conocimiento de la vida en el pasado distante viene de la correspondencia, ya lo sabes. —Hizo una pausa. —¿Alguno más de tus episodios?

—Sí —dijo ella, y procedió a contarle sobre la visita de Zorzo a la habitación de Cecilia, seguida por la oferta de matrimonio de Lodovico y todo lo que conllevaba—. Me siento muy triste por ella. Está atrapada entre la espada y la pared.

—Espero que su hermana tuviera razón sobre lo de sus mujeres. Él podría haber conocido a varias antes y después de que Cecilia apareciera en escena. No todos sus cuadros se parecen a ella.

Fern se preguntó de nuevo si Lorenza habría sido una de esas mujeres. Ella no pudo evitar una punzada de celos. ¡*Ridículo!*

Se quedaron en silencio durante unos minutos, y entonces Fern dijo. —Estoy realmente agradecida porque estés aquí para mí, Luca. De otro modo, no sé lo que haría.

Luca retiró su mano del volante y apretó la de ella brevemente. Ella estaba intensamente consciente de su presencia, sus largos y esbeltos muslos y sus anchos hombros. Ella miraba fijamente con determinación por la ventana al paisaje que pasaba, las aldeas con las agujas de sus iglesias, heladerías y cafeterías, intercaladas entre los maizales, los huertos de frutas, y los viñedos. Había una selección de fábricas también, en edificios modernos construidos con gusto, un testamento a la riqueza basada en las fábricas de esta parte industrial de Italia. *Vaya un increíble lugar.*

Luca encontró aparcamiento en la plaza principal de Castelfranco, justo a las afueras del foso que rodeaba el *centro storico*. Se sentaron en la terraza de un café enfrente de un espacio con césped, donde una estatua del pintor había sido colocada. Una paloma bajó revoloteando y se encaramó en su cabeza.

Fern se rió—. No se parece mucho a él. Le han hecho demasiado “guapo”. Zorzo no era un “chico guapo”.

—He visto una foto de su autorretrato. En mi libro de Giorgione. ¿Supongo que en el tuyo también?

Fern desvió la mirada. Mejor no mencionar el efecto que esa foto ejercía sobre ella, como ella había pasado el dedo por la sensual boca, y se había regodeado con la expresión pensativa de Zorzo. Ella se obligó a despertar de su ensoñación. —¿Cuándo es tu reunión de trabajo?

—Justo antes de almorzar. ¿Visitamos la catedral y veremos la obra del maestro? —dijo Luca, poniendo dinero sobre la mesa para pagar por sus cafés.

—¡Muéstrame el camino!

Él la cogió de la mano. Caminaron bajo el arco debajo de la torre del reloj y entraron en el centro amurallado de la vieja ciudad.

La pieza del altar se erguía sobre las criptas de la capilla Costanzo, a la derecha de la nave de la catedral. Un soldado de armadura brillante adornaba la izquierda del lienzo, y un monje con atuendo franciscano aparecía a la derecha. La Virgen se sentaba en un trono sobre un alto pedestal en el centro. Una sensación de tristeza dominó a Fern. *¿De dónde demonios ha venido eso?*

—No estoy segura de que me guste esta pintura —dijo ella.

—¿Oh? ¿Y eso por qué?

—Son todos tan infelices que están prácticamente llorando.

—Supongo que Giorgione quería mostrar la pena de la familia.

—Incluso el bebé parece triste. Ni siquiera está mirando a su madre. No es como el bebé de *La Tempestad*, quien podría ganar un concurso por ser tan adorable. —Una sensación de deseo le atravesó el cuerpo y ella sintió su cuerpo temblar.

—*La Tempestad* celebra la vida —dijo Luca, cogiéndola de la mano otra vez y dándole un apretón—. Este cuadro es lo opuesto. Están de luto por la muerte del joven Matteo, quien les fue arrebatado en la flor de su juventud. Era el hijo de Tuzio, el general de Caterina Cornaro en Chipre, ¿sabes?

—Lo sé. Sólo lo encuentro deprimente, es todo. —Fern se estremeció. —¿Es la hora de tu reunión?

—Sí. Puedes ir aquí al lado y echarle un vistazo al fresco que Giorgione pintó, si quieres. Y luego, ¿por qué no me esperas en el café de enfrente? No tardaré demasiado tiempo.

—Me parece un buen plan.

El fresco sobre la pared este de la Casa Marta-Pellizzari tenía casi dieciséis metros de largo, según el panfleto que había cogido a la entrada de la casa, y la obra medía casi un cuarto de metro de alto. Consistía en una serie de instrumentos musicales, camafeos, libros y utensilios usados por un astrónomo/astrólogo (al parecer los dos eran lo mismo en la época de Giorgione). Todo sobre la obra le parecía oscuro a Fern. Resonaba con la tristeza que había sentido en la capilla. La náusea se revolvió en su estómago. *¡Toma algo de aire fresco!* Ella se abrió camino fuera de la casa. Había un banco de piedra a un lado del edificio y se dejó caer sobre él.

Ella conocía este lugar...

Me acerco a Castelfranco a media mañana, habiendo partido sobre Pegaso con la primera luz del alba. Tras una noche de dar vueltas en la cama, me vino la idea de que esto era lo único que podía hacer. El chico del establo, sobornado con el peine de plata que mi señora me dio por mi último cumpleaños, me buscó un jubón y unas calzas de hombre. Mis cabellos estaban recogidos bajo un sombrero, y me he envuelto en una capa contra el frío del invierno. Nadie lleva máscaras fuera de Venecia, lo cual es una lástima ya que una de esas Bautas habría completado mi disfraz.

No me lleva mucho tiempo encontrar la casa junto a la capilla Costanzo, ya que es la única iglesia dentro de la parte de la ciudad rodeada por el foso. Desmonto, amarro a Pegaso a las rejas de fuera, empujo la puerta para abrirla, y echo un vistazo alrededor. Nadie aquí, así que subo al primer piso. Zorzo está de pie sobre un andamio que recorre la longitud de la pared. Le observo, ensimismada por lo concentrado que está en su trabajo.

Hay alguien más en la habitación con él, y yo doy un paso atrás para observar. Es un hombre joven, más joven que Zorzo. Probablemente de mi edad. Y él está moliendo el polvo de pintura con un mortero. Un grito desde arriba cuando Zorzo le llama; el joven se acerca a mí y se inclina—. Zorzone pregunta vuestro propósito aquí.

—Decidle que he venido desde Barco. Si está ocupado, puedo esperar.

El joven va hacia el pie del andamio y comunica mi mensaje. Zorzo deja su brocha y su aprendiz, ya que eso es quien imagino que él es, ocupa su lugar. Me pongo de pie y miro fijamente mientras mi pintor baja del andamio. Por supuesto sólo son los hombres los que pueden hacer cosas así, ya que ¿cómo se las ingeniaría una mujer con sus voluminosas faldas? Mis esperanzas de convertirme en artista son tontas; sólo tengo un destino, ahora lo sé.

Zorzo se acerca, rabia por ser interrumpido marcando sus zancadas. Sin embargo, cuando se acerca más, se detiene en seco—. ¡Cecilia! ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Mi señora ha recibido una oferta de matrimonio para mí. —Me cruzo de brazos—. Pensé que deberíais saberlo.

—¿De quién? —Frunce el ceño.

—Signor Lodovico Gaspare.

—¿Y mi señora ha aceptado?

—Sí. Pero ella no sabe que ya no estoy intacta.

—*Dolcezza*, eso no será problema para alguien con vuestros recursos. Pedid llevar un velo durante el examen para proteger vuestra modestia. No os debería resultar difícil encontrar a una doncella que ocupe vuestro lugar.

—¿No os importa que me case? —Estoy tan sorprendida que apenas me puedo mantener derecha.

—Por supuesto que me gustaría casarme con vos. Os dije que teníais mi corazón, ¿verdad? Pero eso sería imposible. Vos estáis acostumbrada a una vida de lujo, *dolcezza*. Conmigo, tendríais que cocinar y limpiar y hacer todo tipo de cosas de las cuales no tenéis ningún conocimiento. Es mejor que os caséis con un hombre rico, ya que entonces tendréis libertad. Aún podemos seguir viéndonos, por supuesto.

Parte de mí sabe que lo que él dice es cierto. La otra parte de mí está gritando un silencioso ¡no! ‘¿Y qué hay de vuestras *otras mujeres*? —La pregunta se ha deslizado de mi boca antes de que pensara en ella.

—Simples flirteos. Y desde el momento en que os conocí no ha habido nadie más. Lo juro por la vida de mi madre. —Hace una pausa, su dedo golpeando su nariz—. Me pregunto por qué el

ferrarese ha pedido vuestra mano en vez de tomaros como su amante.

Mi barbilla se eleva. —¿Pensáis que no soy merecedora de un matrimonio?

—Sois demasiado buena para él, *dolcezza*, pero me pregunto sobre sus motivos por otras razones.

—¿Qué razones?

—Nada de lo que preocuparse ahora. —Su mirada sostiene la mía y me toma de la mano—. Estáis extremadamente encantadora con ese atuendo, pero no engañaríais a nadie. No puedo permitir que cabalgéis de vuelta a Barco sola.

—¿Me acompañareis vos? ¿Y qué hay de vuestro trabajo?

—Unas cuantas horas no supondrán mucha diferencia. Primero dejad que tome un refrigerio en mis aposentos. Apostaría a que aún tenéis que romper vuestro ayuno. Los dueños de la casa no están. Estamos solos excepto por Tiziano arriba, y él sabe que no conviene interrumpirnos.

—¿Vuestro aprendiz?

—Es más mi amigo que otra cosa.

Zorzo me guía abajo hacia una habitación en la planta baja. Hay una cama en el rincón, de la cual mantengo mis ojos alejados. Una mesa a un lado tiene una bandeja con vino, pan, y un tarro de miel. Me sirve un cáliz y me lo tiende antes de servirse uno para él mismo. Bebemos y nuestros ojos se encuentran. Luego parte un trozo de pan, lo moja en la miel, y me lo da. Muerdo su dulzor y mástico. Nuestros ojos se vuelven a encontrar, y ahora encuentro difícil tragar. *Maria Santissima*, las cosas que este hombre me hace sentir.

Tomo un trago de mi vino y toso. Un chorro de líquido humedece mi barbilla. Zorzo se inclina y me besa, lamiendo el licor de mis labios. Puedo sentir como cada nervio de mi cuerpo cosquillea; le necesito tanto. Sus manos están sobre mis nalgas, y su aliento me llega en cortos y bruscos jadeos. Esto no puede estar mal, lo que estamos haciendo, y lo quiero tanto que mis piernas empiezan a aflojarse.

Caemos sobre la cama juntos. En unos segundos, me ha quitado las calzas y ha desabrochado mi jubón. Mis pechos se liberaron de sus ataduras con las que los había envuelto. Zorzo cubre mi pecho derecho con una mano y desliza la otra mano entre mis piernas—. Ah, *dolcezza*, estáis preparada para mí.

Le quito la camisa, luego acaricio su pecho, pasando mis dedos por sus músculos. Le ayudo a quitarse sus calzas y ambos estamos desnudos. Sentir su duro cuerpo contra mis suaves curvas me excita aún más, y estoy desesperada por tenerle.

—Saboreemos esto —dice él—. Ya que podría ser que no pudiéramos yacer juntos por algún tiempo.

Su lengua rodea mi pezón, haciendo que se yerga orgulloso en mi seno, enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo. Zorzo chupa como un bebé ansioso, y yo dejo escapar un gemido. Me toma la mano y la coloca sobre su pene. No sé qué hacer, excepto que algún instinto dentro de mí toma el control y le acaricio arriba y abajo, sintiéndole crecer tan grande que me pregunto si seré capaz de recibirle todo dentro de mí.

Zorzo separa mis piernas y besa la sedosidad entre ellas, su boca está donde sus dedos estaban antes, y yo estoy jadeando mientras mi alegría se aproxima. Se detiene de repente, dejándome débil de deseo. Pero sólo por unos momentos. Zorzo me penetra y nos hacemos uno. Él se mueve con gentil cuidado, volviendo a excitarme, y ahí está: mi alegría, ese placer en oleada que sólo él puede darme.

—Os amo, Zorzo.

Él gruñe. —Y yo a vos.

Nos besamos, profunda y prolongadamente, antes de que él moje un paño en un cubo de agua caliente del hogar y me lo tienda para que me limpie. Temblando ahora en el repentino frío, nos vestimos apresuradamente. —¿Qué les diremos en Barco? —pregunta él. —¿Cómo explicaremos vuestra ausencia toda la mañana?

Por más que lo intento, no puedo inventarme ninguna excusa. Mi naturaleza impetuosa me ha vuelto a dominar una vez más.

—¿Estás bien? —la voz procedía de su derecha. Una voz familiar. No la de Zorzo, sin embargo. ¿Quién? ¿Dónde estaba ella? Entonces lo recordó. Estaba en Castelfranco. Ella miró fijamente al hombre que se había sentado junto a ella. Luca.

—Estoy bien. Sólo dame unos segundos para ordenar mis pensamientos.

—¿Has estado en el pasado?

—Sí. —Ella se levantó, su cuerpo lánguidamente relajado. La tensión que había sentido antes se había disipado, y ella fue capaz de sujetar la mano de Luca sin querer hacer el amor con él. Porque eso era lo que ella había estado deseando, se daba cuenta ahora. Una repentina sensación de irrealidad. *Estás completamente loca, Fern. Querértelo montar con Luca y luego montándotelo con Zorzo.*

—Vamos, deja que te invite a comer —dijo ella—. Estoy muerta de hambre. Y luego me gustaría comprar un regalo para Tía Susan. Un bolso, creo. El suyo se está prácticamente desmoronando.

Ocurrió como Zorzo había sugerido, y soborné a una doncella de la cocina, quien tenía el mismo tipo de cuerpo que yo, para que vistiera mis ropas y el velo que yo había negociado para preservar mi modestia. La doncella fue pronunciada intacta; podía ir a mi boda “pura”.

Un mes después de mi regreso de Castelfranco, cuando mi pintor me acompañó hasta las puertas de Barco y me dejó que entrara sola para colarme dentro de los establos y rápidamente ponerme mi propia ropa, me di cuenta de que mis ciclos llegaban tarde. Sí, estaba encinta, e iba a mis nupcias llevando el bebé de Zorzo. El pensamiento me hizo temblar y, al mismo tiempo, elevó mi espíritu. Nadie lo sabe. Ni mi hermana. Ni Dorotea. Ni el padre del bebé. Lodovico pensará que el niño es suyo y que ha llegado antes de tiempo, espero. Él estuvo encantado cuando acepté su oferta de matrimonio, e incluso más cuando le pedí que nos casáramos inmediatamente porque pronto sería Cuaresma.

Mañana es el día en el que profesaremos nuestros votos en la iglesia de Santa Caterina de Asolo. Mi señora me ha dado el día libre para descansar en preparación. Hasta ahora, la única señal de mi embarazo es la tardanza de mi sangrado mensual y una cierta sensibilidad en mis pechos. Nada de las nauseas que sufrió Fiammetta, quien me había dicho que se sintió desgraciada durante meses.

Estoy trabajando en un cuadro usando los óleos que Zorzo me dio. Es una representación de Pegaso, y trabajo sin pensar, porque no puedo soportar pensar demasiado. El futuro será lo que sea, y soy lanzada como una hoja en el viento del destino. Lodovico ha sido la personificación de un caballero gentil estas pasadas semanas, y me he permitido creer que todo irá bien. He aprendido a no alejarme con un estremecimiento de él cuando se acerca. He aprendido a no desear a mi pintor durante las largas y frías noches de invierno cuando mi señora me ha mantenido cerca de ella mientras sufre de sus cólicos de estómago. Y he aprendido a no desear que pudiera casarme con Zorzo.

No me permitiré pensar en las miradas ardientes de mi verdadero amor que hacen que mi piel se incendie, y en como su tacto hace que mi *figa* se estremezca. Tales pensamientos no son adecuados en una doncella que está a punto de casarse con otro hombre. No me recrearé en como Zorzo hace cantar mi corazón y en como, cuando pinto con él, me siento como si yo tuviera algo de valor en este mundo. Y no me entregaré a la tristeza que borbotea bajo la superficie de mi bravuconería.

Hay muchas cosas por las que debería sentirme agradecida. Signor Lodovico ha comprado una casa en Asolo. Su familia en Ferrara están tan en contra de nuestro matrimonio que él no me someterá a las intrigas y a los cotilleos de su gente. Parte de mí no puede evitar sentir que él no se someterá a eso él mismo. En vez de eso, viviremos a la sombra del castillo de mi señora y ella me ha prometido que yo siempre seré bienvenida en su corte.

Dejo mi brocha y examino mi trabajo. No es una obra maestra, eso es seguro. Aún hay mucho que necesito aprender.

Más tarde, después de que haya tomado la cena con mi señora en sus aposentos, me preparo para ir a la cama. Me han dado mis propias habitaciones para esta noche, para que pueda descansar. Me suelto el pelo y lo sacudo antes de cepillarlo. Luego me deslizo fuera de mis ropajes y me pongo mi camisón de dormir. La cama está fría y me acurruco para entrar en calor. ¿Cómo puedo dormir con los pensamientos que ninguna cantidad de negación puede mantener fuera de mi cabeza? Cierro los ojos y debo haberme quedado dormida, ya que cuando los abro es por la mañana.

El día pasa en un torbellino y antes de darme cuenta Lodovico y yo estamos casados, el banquete se ha acabado, y es hora de que el baile empiece. Estamos en su casa de Asolo, habiendo caminado

en procesión colina arriba desde Santa Caterina, todo el pueblo en la calle para vernos con nuestras mejores galas. Ahora estamos en el comedor; los sirvientes de Lodovico han empujado las mesas hacia un lado y los músicos están preparando sus instrumentos: laudes, gaitas, y panderetas. Vamos a bailar un *saltarello*, y siento la excitación de los invitados mientras forman una línea.

Mi marido (*¡mi marido!*) se inclina y yo me dejo caer en una profunda reverencia. Sus delgados labios muestran una sonrisa de dientes blancos mientras toma mi mano y me guía por los intrincados saltos y giros del baile. Puedo sentir mi cara fija con una máscara: la máscara de una novia feliz. No necesito una *Bauta* de Venecia; mi bravuconería es máscara suficiente. Tengo un nudo en la garganta y una gran pesadez en mi pecho. Pero no me entregaré a la autocompasión. No permitiré que nadie vea que soy infeliz. Tengo que pensar en mi hijo. Él o ella nacerá en un hogar con riquezas. Lodovico nunca debe saber que el bebé no es suyo. Esta noche él creerá que soy su novia virgen. He molido algo de nuez moscada hasta formar un polvo, y lo he introducido dentro de mí. Dorotea me ha asegurado que servirá su propósito.

Tuvimos un banquete que honraría la mesa de mi señora, y lo hizo de hecho, ya que ella fue nuestra invitada de honor. Entremeses de ensaladas, seguidos de lasaña, risotto, y ravioli. Luego faisán asado, ternera, rodaballo y carpa, así como capones y lechones. Observé a Lodovico engulléndolo todo con su huesuda boca, y yo comí muy poco.

Cuando yo soñaba en el matrimonio con un guapo pretendiente - *¿había pasado sólo un año y medio?* - nunca imaginé el banquete de bodas que había tenido hoy. El ruido, la riqueza de la comida, y el traqueteo de los platos. He mantenido mi máscara en su lugar todo el tiempo, sonriendo y asintiendo y sonriendo y asintiendo y masticando comida que sabía como me imaginaba que el serrín habría sabido. Mi estómago da un vuelco y me trago el vómito. No era el momento más adecuado para tener nauseas por el bebé...

Dorotea sentía envidia cuando me estaba ayudando a vestirme antes—. Te dije que él te quería—dijo ella—. Justo desde el primer momento. Gracias a Dios que has recuperado el sentido común con lo del pintor. Esperemos que el polvo de nuez moscada funcione. —Ella me recogió el pelo—. Signor Lodovico tiene una gran opinión de ti, Cecilia. No debes decepcionarle. Entonces él proveerá bien por ti.

Y por mi hijo, me digo a mí misma.

Ahora estoy bailando con él, mi mano en la suya. Surco el aire en un salto de la *postura* del baile. Mi máscara está firmemente en su lugar mientras Lodovico y yo nos separamos de un salto, y estoy sonriendo y asintiendo y sonriendo y asintiendo de nuevo. Sin embargo, dentro de mí el miedo se ha aposentado. Miedo por lo que está por venir esta noche. ¿Me saldrá bien la jugada? Porque si Lodovico descubre que no soy virgen, estará en su derecho de echarme de su cama, de su casa, de este pueblo. Y yo no seré más que una mendiga o una sirvienta o algo peor.

Salto en el baile, el calor extendiéndose por mi cara, mi pelo flotando detrás de mí, atrapado en una larga red. Una punzada de tristeza mientras recuerdo a Zorzo pasando sus dedos por mis mechones y llevándoselos a los labios. Como insistía en que dejara mis rizos libres cuando él pintaba. ¿Por qué estoy pensando en él? *Vuelve a ponerte la máscara, Cecilia.* Así que asiento y sonrío y sonrío.

Lodovico me devuelve la sonrisa y susurra. —Es hora de que nos retiremos a nuestra habitación.

Hago una reverencia y me giro. Caminando a través del salón, me siento paralizada. Dorotea me alcanza para caminar a mi lado y le hacemos reverencias a la Reina—. Que Dios os bendiga, mis niñas—dice ella—. Dulce Cecilia, me has hecho muy orgullosa hoy. Te deseo toda la felicidad.

Dorotea me deja a la puerta del dormitorio que mira al valle de abajo, y la doncella que

Lodovico ha contratado para cuidarme – *jimaginad! Tengo mi propia doncella* – me ayuda a desvestirme. Marta, una mujer plebeya con aliento de ajo, desabrocha el collar de oro (el regalo de bodas de mi señora), y lo coloca en el baúl de la esquina. Luego me ayuda a ponerme mi camisón de dormir y trenza mi cabello.

Cuando se marcha, estoy sola y puedo quitarme mi máscara invisible. Mi boca desfallece mientras me meto en la gran cama a esperar. Oyendo voces al otro lado de la puerta, los amigos de Lodovico haciendo chistes verdes, me vuelvo a poner mi “máscara”, y es tan rígida que siento que mi sonrisa romperá el fingimiento.

Mi marido entra en la habitación. Se detiene y se frota las manos—. Ah —dice él, y mi vientre se estremece. Él va hacia el baúl y se quita el jubón, ojos brillando a la luz de las velas mientras me examina como un caballo de primera que haya comprado.

Puedo oír los sonidos de nuestros invitados, riéndose y bebiendo y bailando ahora que no has visto irnos a nuestros aposentos, y yo quiero meterme bajo las sábanas para no salir jamás. *Compórtate como alguien de tu edad, Cecilia. Ya no eres una niña.* Así que me siento en la cama y la sábana cae de mi cuerpo, revelando mi desnudez.

Mi marido está encima de mí, sujetándome bajo su peso, y penetrándome sin siquiera un beso o una caricia. Mi *figa* está seca por la nuez moscada molida y duele. Duele de verdad. Duele tanto que grito.

—Shhh —dice—. No es más que tu doncellez. Quédate quieta y déjame terminar. —El alivio me llena momentáneamente, pero entonces empuja dentro de mí, empujando y empujando y empujando, haciendo que las cuerdas de la cama crujan y que el cabecero golpee contra la pared. Me quedo allí tumbada y miro fijamente al techo hasta que él gruñe y se colapsa encima de mí.

—No está mal para la primera vez. Mejorará. Ah, mi esposa, he esperado tanto a que llegue este día. Sabía que tendría que casarme contigo para llevarte a la cama. —Retira su pene de mí y, sin siquiera decir *buenas noches*, se gira y se queda dormido. Pongo mi mano entre mis piernas y, cuando la retiro, hay sangre en mis dedos.

Oh Dios, oh Dios, oh Dios, he perdido el bebé. Otra vez no. No puedo soportarlo. Ella se había despertado con un sobresalto, lágrimas cayendo por su cara. Levantó la mano. No había sangre. Se dio la vuelta en la cama y miró las sábanas. Blanco.

Ella no había estado embarazada; ésa había sido Cecilia. Sin embargo, había hecho que lo recordara todo; la vergüenza de lo que había hecho. Y la terrible y agonizante culpa.

Cuando ella descubrió que ella y Harry habían concebido un bebé, ella había entrado en fase de negación. Ella no se había cuidado. Ella había trabajado todas las horas que Dios le había enviado y, cuando enfermó con la gripe, ella no había ido al médico. La infección y la alta fiebre fueron lo que habían causado su aborto, al parecer. Ella había estado contenta al principio; ella no había querido un bebé. Era demasiado pronto, ellos aún no estaban casados, y ella necesitaba establecerse bien en su carrera antes de poder tomarse un descanso para tener hijos.

Ella recordaba haber estado muy enfadada con Harry por no usar un condón esa única vez. Había sido después de una fiesta, y ellos habían vuelto a casa de él un poco borrachos. Quizás ella debería haber conservado el DIU que se había puesto después de que empezaran a acostarse juntos. Pero la había hecho sangrar constantemente, y era por eso que se lo había quitado. Entonces, cuando ella echó de menos ese primer periodo, ella casi no se había dado cuenta porque había estado muy ocupada en el trabajo.

Después de que su regla no hubiera aparecido por segunda vez, y ella hubiera empezado a tener las más terribles nauseas matutinas, ella se compró un test de embarazo. Cuando el resultado hubo sido positivo, ella había llorado y se lo había guardado para sí durante una semana. Entonces se lo había contado a Harry y él había estado más que contento, sugiriendo que adelantaran la fecha de la boda. Ella había discutido contra eso. Después de todo, la iglesia y el lugar de la recepción habían sido reservados para el próximo verano. El bebé ya habría nacido para entonces.

Mientras tanto, ellos habían decidido no decírselo a nadie. Ellos esperarían hasta que ella tuviera barriguita. Ella había insistido en ello, diciendo que ella no quería poner en peligro sus oportunidades en el trabajo. ¡Qué egoísta por su parte!

Fue la visión de una mujer con su bebé recién nacido en un cochecito en el supermercado lo que había traído la culpa. Ese diminuto trozo de vida humana había parecido tan vulnerable, pero al mismo tiempo tan vibrante. Ella había querido acunar al bebé de la otra mujer entre sus brazos y susurrar “lo sient. —como si hubiera sido su propio bebé.

Harry había estado consternado. Él no la había culpado a ella directamente, pero Fern estaba segura que, en lo más profundo, él la resentía por eso. Era el modo en que él había empezado a ser menos afectuoso con ella, casi sin tocarla más. Como consecuencia, ella se había vuelto a sumergir en su trabajo, diciéndose que él lo superaría.

Dentro de ella, la culpa se alimentaba como una herida que no curaría. Cuando Harry había muerto, ella estaba segura de que era algún tipo de castigo por lo que ella había hecho. Incluso cuando la sensata voz en su cabeza le decía que no fuera ridícula, que la retribución divina no existía, ella no podía evitarlo. Ella no se merecía ser amada por ningún hombre. Ella estaba mancillada. Harry había estado esperándola en el vestíbulo del metro de King’s Cross y ella había llegado tarde. Si ella no se hubiera preocupado tanto por su maldita carrera, ambos habrían dejado la estación antes de que el incendio empezara. Ella pagaría el precio de su egoísmo por el resto de su vida.

Un sonido agudo se escapó desde lo más profundo de su ser mientras se sentaba en la cama de la casa de Tía Susan, lágrimas corriéndole por las mejillas. Un golpe en la puerta, y su tía asomó la cabeza dentro de la habitación. —¿Qué pasa, cariño mío?

—Ella... ella... ella ha perdido a su bebé.

—¿Quién ha perdido su bebé?

—Cecilia.

Tía Susan rodeó con sus brazos a Fern y la meció suavemente—. ¡Calla! Has tenido otra pesadilla. Ea, ea. Ahora estarás bien.

Ella no estaba bien, pero ella no le diría nada a su tía. Esa parte de ella misma había sido enterrada para siempre. Esa dura y ambiciosa mujer no era la Fern de hoy. Esa culpa enconada siempre estaría con ella. Y ahora Cecilia también había perdido a su bebé. *No puedo volver más al pasado. El dolor sería demasiado como para soportarlo.*

—Tía —dijo Fern—. Sé que piensas que aún estoy sufriendo de estrés y no te crees que puedo deslizarme en el pasado. Quizás tienes razón. Sea lo que sea, no puedo detenerlo por mis propios medios.

—Entonces creo que deberías conseguir ayuda médica —dijo Tía Susan, acariciando el brazo de Fern.

—No, no es eso. La madre de Luca mencionó que podíamos pedirle al sacerdote local que bendiga esta casa. ¿Qué opinas?

—Hmm. No estoy segura sobre toda esa palabrería. Pero si te haría sentir mejor, por supuesto.

—Gracias —dijo Fern, besando a su tía en la mejilla.

—¿Qué te parece una agradable taza de manzanilla y una galleta de chocolate? Te ayudaría a volver a quedarte dormida.

Fern siguió a su tía escaleras abajo; se detuvo a medio camino. Ahí estaba ese olor otra vez, el hedor de madera quemada, tan fuerte que casi sentía náuseas. Se frotó la nariz con el dorso de la mano y fue golpeada por un escalofrío que le puso los pelos de punta.

—*Lorenza* —susurró la voz justo junto a su oreja.

Ella soltó un grito.

Luca colgó el teléfono, sintiéndose escéptico. Fern le había pillado justo cuando iba saliendo para trabajar. Algo definitivamente la había asustado, ¿pero qué bien podría hacer un sacerdote? Cecilia no sólo venía a ella en casa de Susan. ¿Y por qué el repentino cambio de idea por parte de Fern?

Él se paró en la villa esa noche—. La bendición de las casas es un ritual bastante común —dijo su madre como si nada—. Lo sabrías si hubieras continuado teniendo la fe con la que fuiste bautizado. —Ella sonrió—. Veré lo que puedo preparar. El sacerdote aconsejará un exorcismo completo si él presiente algún demonio o espíritu maligno. Pero no creo que estemos tratando con eso, de algún modo.

Luca se rió. No podía creerse que estuviera discutiendo demonología con su madre. Estaban en su pequeño estudio en la parte de atrás de la villa, su investigación genealógica extendida sobre su escritorio. —¿Cómo te va con el trabajo detectivesco?

—Bueno, ayudaría si la familia aún tuviera algunos de sus *palazzi* en Venecia. Los archivos de los siglos XVI y XVII parecen haberse perdido.

Luca le dio una palmadita en el hombro—. Es una lástima. —Cuando fuera que sus ancestros hubieran sufrido dificultades financieras a lo largo de los siglos, vendieron sus propiedades una a una, y hoy no quedaba ninguna. Claro que había varias que llevaban el nombre Goredan, pero la familia no tenía derechos sobre ellas, y había sido así durante al menos doscientos años. Todo lo que ellos tenían era esta villa y la vieja granja en una colina bajo el Monte Grappa.

—Realmente debería ir a Venecia y visitar la biblioteca en San Marco —su madre continuó—. Ellos tienen registros de nacimientos y muertes que se remontan a siglos atrás.

—¿Por qué no me dejas que maneje eso por ti?

—Podrías llevarte a Fern. Para ver Venecia otra vez antes de que ella regrese a Londres. Un interludio romántico podría ser lo adecuado.

Las palabras de su madre le hirieron. Fern dejaría Italia en unos quince días, y él había eliminado el hecho de su partida de su mente—. No vamos a ninguna parte en el frente romántico —dijo él—. Es imposible competir con dos rivales que están muertos.

Su madre le rodeó con un brazo. —¿Crees que Fern está haciendo lo correcto?

—¿Qué quieres decir?

—Intentar bloquear a Cecilia. Esa mujer parece ser un espíritu muy decidido. Ella encontrará un modo de comunicarse, estoy segura de que lo hará.

—Fern es inflexible en que no quiere tener nada más que ver con ella. Ella no me dice por qué, excepto que parece estar conectado con el hecho de que Cecilia ha tenido que casarse con alguien que no amaba.

—Eso era muy común en su época. Yo habría pensado que Cecilia estaría muy contenta. Especialmente si ello significaba seguridad financiera.

—Ella estaba profundamente enamorada del pintor. Pero él no podía mantenerla en el estilo de vida al que ella estaba acostumbrada, como dicen, aunque estoy convencido de que Giorgione era un mujeriego y le gustaba ir de flor en flor. Cecilia parece haber aceptado este acuerdo alternativo bastante rápidamente, por lo que Fern me dijo. No sé por qué Fern encontraría eso tan terrible.

—Mi querido niño. —Su madre le dio un abrazo—. Puedo ver lo mucho que la quieres. Me rompe el corazón que ella no te corresponda.

—A mí también —dijo él—. A mí también. —Todo su ser se moría por ella.

Al día siguiente, él condujo hacia Altivole. El sacerdote local estaba de pie ante la puerta de Susan. Se presentó como Don Mario y era unos diez años mayor que él, con ondulado pelo oscuro que le daba un aspecto carismático.

—*Buongiorno* —dijo Luca. Le agradeció al sacerdote que dejara sus asuntos y viniera a la casa tan rápido.

Susan les hizo pasar a la cocina, donde Fern estaba esperando, su cara mostrando una expresión preocupada.

—¿Puedo servirle un café? —preguntó Susan, ahuecándose su pelo recién cortado, una versión más corta de su habitual pelo rizado. *‘Posso offrirvi un caffè?’*

Luca y Don Mario declinaron la oferta, y el sacerdote abrió su mochila.

—Os dejaré con ello —dijo Susan de forma envarada—. Tengo que salir y comprar algo de comida. —Cogió el bolso que Fern le había comprado en Castelfranco, un *Fendi* nada menos, y se dirigió hacia la puerta.

Luca se encogió de hombros. Fern le había contado lo de la incredulidad de su tía.

La bendición parecía ser un proceso bastante sencillo. Don Mario sacó una botella de agua bendita y un crucifijo de su mochila, y progresaron desde la cocina hasta la habitación de Susan y el estudio de arriba, el sacerdote levantando su crucifijo y salpicando con agua cada rincón, mientras bendecía la casa en el nombre de Cristo y de todos Sus ángeles.

Cuando llegaron a la habitación de Fern, sin embargo, los ojos de ella adoptaron esa expresión de “conejo encandilado por los faros de un coche”—. Me siento un poco enferma —susurró. —¿Cuánto más tiempo va a durar esto?

Luca tomó su mano y le apretó los dedos; estaban fríos y sudorosos—. Creo que ya casi ha terminado.

Con la cara blanca, Fern dejó caer su mano y se giró en redondo—. Por favor, pídele que pare —dijo, su voz temblando—. He cambiado de idea.

Luca se estremeció. El calor de la mañana se había convertido en un agudo frío.

—*¡Lorenza!*

Él lo había oído; él había realmente oído la voz. Increíble. Con el corazón desbocado, Luca miró al sacerdote, pero Don Mario, aparentemente sin darse cuenta, estaba entonando, *‘Visita, Signore, te ne preghiamo, questa abitazione e creatura tua, respingi via da lei tutte le insidie del nemico; in essa abitino i tuoi santi angeli, Michele, Gabriele e Raffaele, che la custodiscano in pace dagli spiriti immondi.’*

—¿Qué está diciendo? —chilló Fern.

—Le está suplicando al Señor que os visite a ti y a tu habitación, para desterrar todo signo del Demonio, y le está pidiendo a los Santos ángeles Miguel, Gabriel, y Rafael que residan aquí para que tú puedas tener paz de esos espíritus inmundos.

El frío le estaba calando los huesos a Luca. La cara de Fern se había vuelto rígida y sus ojos sin expresión. ¿Estaba a punto de entrar en uno de sus trances? Él la rodeó con un brazo y sintió su cuerpo temblar—. Creo que voy a vomitar —dijo ella.

La electricidad crujía en el aire. ¿Seguro que Don Mario no podía sentirla?

‘La tua benedizione sia sempre sopra di noi. Per Cristo nostro Signore. Amen —dijo el sacerdote con calma mientras levantaba su crucifijo. *‘Ho finito.’*

—Oh, gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios —dijo Fern, sosteniéndose la cabeza con las

manos—. Pensaba que mi cerebro estaba a punto de explotar. La voz de Cecilia estaba en mi cabeza, repitiendo *Lorenza* una y otra vez. No podía soportarlo.

—Lo he oído —dijo Luca.

Fern le miró fijamente, su boca completamente abierta.

Don Mario hizo la señal de la cruz sobre su frente, entonando la bendición del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sin embargo, cuando el sacerdote alzó la mano para bendecir a Fern, ella le esquivó, y musitó algo sobre que necesitaba ir al baño.

Luca le dio las gracias a Don Mario y le dio cincuenta mil liras para la iglesia. Mientras le acompañaba hacia la puerta, dijo. —Que la paz sea contigo y con la signorina. Espero que mis oraciones hoy sean suficientes para mantener al *fantasma* alejado de ella.

—*Spero anch'io*. Yo también lo espero. —Así que Don Mario *había* sentido la presencia de Cecilia. Por supuesto que la había sentido. Era sacerdote, ¿no? Trataba con lo sobrenatural todo el tiempo...

—Gracias por hacer los honores —dijo Fern cuando Luca hubo regresado a la cocina. Ella se había sentado a la mesa, pero aún se veía terrible – su cara pálida y sus ojos afligidos—. No me apetecía.

—No. Puedo verlo. Quizás esto no fue una buena idea después de todo.

—Pude sentir la tristeza de Cecilia, mucho más agudamente que antes.

Él cogió una mano de Fern. —¿Puedes decirme por qué, de repente, decidiste que no querías tener nada más que ver con ella?

Fern frunció el ceño y retiró su mano de la de él—. No puedo decírtelo. Aún no. Pero lo haré —dijo titubeante—. Pronto.

—¿Sigue aquí el olor a madera quemada?

—No. ¿Crees que el sacerdote ha conseguido alejar a Cecilia? Parte de mí quiere eso, y otra parte de mí, la parte que simpatiza con ella y quiere saber qué pasó, está preocupada porque haya desaparecido para siempre.

—¿Entonces por qué pediste un sacerdote?

—No puedo decírtelo. —Ella tuvo la decencia de parecer nerviosa y le dio un apretón a su mano—. Eres un hombre encantador, Luca, y me gustas de verdad.

—Lo sé —dijo él, sus brazos rodeándola. Ella levantó sus labios y le besó. Él le devolvió el beso, largo y duro, amándola tanto que sentía como si su corazón se fuera a romper. Sus manos encontraron el camino hacia su cabello, luego le tocó la cara y luego cubrió sus firmes pechos, y luego sus manos estaban sobre sus nalgas, empujando el cuerpo de ella contra el suyo.

Fern se retiró y se quitó la camiseta. Ella echó las manos hacia atrás para desabrochar su sujetador, su mirada sosteniendo la suya. Ella se quitó sus vaqueros y todo lo que le quedaban eran las bragas. Después de desabrochar los pantalones de Luca, ella pasó sus manos por dentro de su camisa y sobre su pecho. *Oh Dios, oh Dios, oh Dios*. Un rápido beso y ella estaba desabrochando prendas.

Estaban frenéticos, labios sobre la boca, la garganta, detrás de la oreja, en la boca otra vez. Juntos, se quitaron la ropa interior a tirones y él la levantó sobre su erección. Ella rodeó su cintura con sus piernas mientras él se inclinaba contra la mesa, empujando para colarse dentro de ella, su alma cantando.

Él se contuvo hasta que ella soltó un jadeo y su cuerpo se convulsionó, luego se perdió él mismo dentro de él. Él bajó sus piernas suavemente hacia el suelo y ella levantó la vista hacia él, su pelo hacia delante cubriendo sus pechos.

—Luca, estoy tan confundida —dijo ella.

—¿Qué quieres decir?

Fern fue a recoger su ropa. Tendiéndole su camisa, pantalones y calzoncillos, ella dijo. —No quiero que te lleves la idea equivocada.

—¿Y qué idea sería esa?

—Que podamos estar juntos. Hay cosas que no sabes sobre mí, y son cosas que no quiero que sepas. No ahora. No aún. Algo me está bloqueando, ¿sabes? Quizás cuando haya llegado al fondo del misterio de Cecilia. —Ella suspiró—. Simplemente no lo sé.

—*Dolcezza*. Podemos afrontar esto tan despacio como quieras. Una cosa que quiero que sepas es que estoy dispuesto a una relación larga.

—¿Qué acabas de decir?

—Que estoy dispuesto a esperar.

—No. ¿Qué me acabas de llamar?

—*Dolcezza*. Es la palabra italiana para cariño.

—Preferiría que no me llamasas eso —dijo ella con tono crispado.

Su declaración fue como una bofetada en la cara. Luca se vistió rápidamente y no dijo nada, manteniendo sus ojos bajos.

—Perdóname. No pretendía ser tan brusca. Debes pensar que soy una imbécil. Pero es que es lo que Zorzo llamaba a Cecilia.

—Oh, entonces está bien —dijo él, incapaz de mantener el sarcasmo alejado de su voz—. Tu amante muerto desde hace siglos puede llamarte cariño, pero yo no.

Fern tocó su brazo—. No es mi amante. Es el de Cecilia.

—Por supuesto. Qué estúpido he sido. Por favor retira lo dicho. —Él la besó en la mejilla y se abrió camino hacia la puerta—. Mejor me voy a trabajar. Y hay un ensayo de la representación esta noche, no te olvides. Oh, y me voy a una conferencia en Viena durante cinco días desde mañana. Algo de última hora. Se suponía que alguien de la oficina tenía que ir, pero le ha salido un herpes. Antes de irme, sin embargo, ¿me enseñas tu último cuadro?

Él se situó delante de su acuarela de Barco. Se le puso la piel de gallina. *Pazzesco*. —Es muy bueno.

Cuando Fern le hubo acompañado a su coche y hubo vuelto a entrar en la casa, se sentó durante un momento. Entonces, deseándola tanto que sentía que le estaban partiendo por la mitad, golpeó su cabeza tres veces contra el volante.

Fern se mantuvo concentrada pintando y haciendo algo de turismo local. Cecilia se mantuvo alejada de ella. La bendición de la casa debía haber funcionado. Ella visitó la ciudad de Treviso, donde ella paseó bajo los pórticos de las calles, resonantes con el sonido de exuberantes graduados universitarios celebrando su *laureate* con coronas de laurel y cantando canciones picantes en las vinotecas.

Evitándoles, ella se encaminó hacia el Canal Buranelli para tomar fotos y hacer algunos bocetos. Treviso no era conocida como “la pequeña Veneci. —por nada, y ella la encontraba encantadora. Ella se estaba comportando como una turista normal, interesada en el pasado, pero no reviviéndolo. Aún así su corazón lloraba por Cecilia y empezó a lamentar haberla desterrado de su vida.

A la mañana siguiente, ella fue a Marostica, en la cercana provincia de Vicenza. Allí, ella levantó la vista hacia las antiguas murallas rodeando la fortaleza en lo alto de la colina; parecía como si el fuerte estuviera alargando sus brazos hacia abajo y abrazara al pueblo bajo él.

Fern se dirigió hacia la plaza principal, dominada por el castillo más bajo, donde cada dos años, en septiembre, jugaban al ajedrez “viv. —con piezas de ajedrez humanas. Sería interesante de ver algún día.

Se sentó en el café de cara a las distantes montañas y pensó en Luca. En el ensayo de la otra noche él había estado distante con ella. Ella sabía que no había sido justa con él. Cuando él había hecho el amor con ella, ella le había deseado desesperadamente. Ella pensó en la fuerza de su cuerpo, el modo en que sus manos la habían tocado, el tacto de sus labios. Ella recordaba la sensación de piel con piel, y sintió una cálida sensación entre sus muslos.

Luca no era un típico italiano afable y cortés, uno de esos estereotipos de las novelas románticas de Mills & Boon que no existían en realidad por lo que ella había visto. (Las miradas lascivas de Federico le vinieron a la mente.) Luca era guapo, eso estaba claro, pero no se le había subido a la cabeza. Había una sensibilidad y una amabilidad en él que la conmovía. Chiara había dicho que él había sido un playboy, y Luca había admitido ante su madre que él había ido de flor en flor en el pasado. Fern no podía imaginárselo siendo como Zorzo.

¿Por qué no podía abrirle su corazón a Luca? Era como si hubiera una piedra en su pecho. Y ahora él se había ido a Viena y ella le echaba de menos. Ella pagó la cuenta y emprendió camino hacia su casa.

Esa tarde ella fue a montar a caballo con Chiara. Cabalgaron lejos hasta llegar a Asolo, sobre las carreteras sin pavimentar que serpentean entre las granjas y los viñedos. De vuelta a la villa, Fern se tomó una taza de té con Vanessa. Hablaron sobre la investigación genealógica de la contessa. La familia Goredan era descendiente del Dogo de Venecia en la época de Caterina Cornero, elegido como era habitual por la aristocracia de la ciudad. ¡*Vaya herencia!*

Chiara se esfumó, pero Vanessa cumplió su palabra y no le pidió a Fern que le contara lo que habían hablado durante su paseo a caballo. No habría habido nada que divulgar en cualquier caso; no había habido oportunidad de charlar ya que Chiara se había adelantado y había galopado por delante de Fern mientras oscuras nubes se reunían por encima de las montañas.

Por la noche, ella cenó de vuelta a casa de su tía. Mientras estaban fregando los platos, un trueno hizo que les pitaran los oídos—. Coge las velas —dijo Tía Susan—. Las luces se irán en cualquier momento.

El relámpago zigzagueó a través de las ventanas abiertas. Fern ayudó a su tía a cerrar todas las persianas, a aclarar los platos, y a limpiar. Luego, cogiendo su vela, ella dijo buenas noches. Ella

estaba cansada y no había suficiente luz para leer. Le había bajado la regla con un inusual dolor terrible y constante. Estirada sobre su cama, cerró los ojos. Un trueno siguió a otro. Fuegos artificiales, lanzados para romper el granizo, competían con la cacofonía. ¿Llegaría a dormirse alguna vez?

—Haced que pare —grito. Otra oleada de dolor me golpea y retuerzo mi cuerpo. Estoy sentada en una silla de parto, la madera dura contra mis nalgas, con un agujero en el centro para permitir que los dedos de la matrona palpen dentro de mí. Mi parto ha estado ocurriendo desde el amanecer y ya es de noche. No puedo soportarlo más. Entre cada punzada de agonía, me he hundido casi en el olvido mientras el cansancio me reclamaba, pero entonces la tortura ha vuelto una y otra vez, cada vez más cercana a la última, devolviéndome a una vigilia de gritos. Hay una tormenta fuera, una auténtica tempestad.

Arqueo mi cuerpo cuando el siguiente espasmo me golpea, y la sangre salpica la paja debajo del taburete. Voy a morir. Estoy segura de ello. Agarrándome a mi túnica, suelto un chillido y luego aspiró el nauseabundo olor dulce del aceite de almendras que la matrona ha frotado en mis partes bajas—. Para reducir los desgarros —dice.

Fiammetta y Dorotea están aquí para ayudar. Ellas no saben que he estado llevando el hijo del pintor y sólo creen que me he puesto de parto antes de tiempo. Por suerte, mi vientre ha sido pequeño y nadie sospecha. Otra punzada de dolor me recorre. Un relámpago recorre el cielo fuera. Grito. — ¡Ayudadme!

Fiammetta me enjuga la frente. —Dulce hermana, debes ser valiente y tolerar el malestar. El bebé llegará pronto y le sostendrás entre tus brazos y todo estará bien.

—Esto no es un malestar. Esto es lo que debe ser el infierno. —Dorotea se está retorciendo las manos y suelta quejidos desconsoladamente. Ella es tan útil como un trapo mojado en una tormenta.

Mi hermana vuelve a enjugar mi frente mientras la agonía me acuchilla por dentro. Me siento como si estuviera dando a luz a un peñasco, un pedrusco que me estira y me desgarras. Entonces un irresistible deseo de empujar se apodera de mí y empujo, y empujo y empujo, hasta que el “pedrusco. —se desliza fuera de mí, soltando un delgado balido.

Hay revuelo y movimiento de faldas. El brillo de un cuchillo cuando la matrona corta el cordón—. Es una niña —dice Dorotea—. Muy pequeña.

—Por favor, ¿puedo verla?

La colocan sobre mi estómago y está pegajosa por la sangre y la cera, su cara roja y con aspecto enfadado por ser expulsada del calor de mi vientre. En un instante me olvido del dolor, cuando el amor por mi hija (*¡mi hija!*) me recorre con tanta fuerza que me deja sin aliento—. Es hermosa —digo. Y lo es. Sus ojos son negro azulados, bordeados con pestañas oscuras; su nariz es diminuta y su boquita es como un capullo de rosa.

Fiammetta pregunta. —¿Cómo la llamarás?

No había pensado en un nombre de niña. Lodovico había sido inflexible diciendo que el bebé sería un niño. Él quería llamarle Federico por su padre. Por alguna razón incomprensible, el nombre me había parecido abominable, y me alegra tener una hija en vez de un hijo. Los meses de espera finalmente han terminado. Mi miedo de perder el bebé en mi noche de bodas no duró mucho, gracias a la Santa Virgen, ya que mi sangrado fue sólo momentáneo. Soporté el brusco sexo de mi marido durante las primeras semanas, hasta que pude usar la excusa de mi embarazo para que él dejara de meterme su verga. Él está en Ferrara esta noche, alabados sean los santos; todavía no tendré que

enfrentarme a su decepción. En vez de eso, puedo regodearme en mi nueva maternidad sin su desaprobación.

Bajo la mirada hacia la arrugada cara de la niña y arrugo la mía mientras intento inventarme un nombre. Un nombre para alguien que será sabia y práctica y con apreciación de la belleza. Un nombre para una niña que crecerá fuerte e independiente. Un nombre para una mujer que encontrará la satisfacción en la vida que yo aún tengo que conseguir. El nombre revolotea en los bordes de mi conciencia como un soplo de brisa, y ahí está, ya lo tengo—. Lorenza. —Beso su suave cabeza—. Su nombre es Lorenza. —El rugido de un trueno desgarró el aire.

La mezquina tormenta aún sigue a toda marcha. Podría disgustar al bebé. Ella se inclinó para besar la cabeza de Lorenza de nuevo, pero sus brazos estaban vacíos. El pánico la invadió. ¿Quién se había llevado a su bebé? Un grito se elevó en su garganta. Luego el hedor de algo quemándose llenó sus fosas nasales, provocándole arcadas. Ella se obligó a recuperar el control, tomando profundas bocanadas de aire hasta que su desbocado corazón se calmó. Un destello de relámpago y ella vio el trozo de madera quemada sobre su mesilla de noche. Ella buscó a tientas la caja de cerillas y encendió la vela. Ella no era Cecilia; era Fern.

Se tumbó en la cama, sus brazos doliendo por sostener al bebé, su cuerpo dolorido y amaratado. Las lágrimas cayeron por sus mejillas y lloró por la niña, una parte de ella se había ido. Sus pechos estaban doloridos y cruzó los brazos. *¡Oh Dios mío!* Había una fría humedad en la parte frontal de su camisón.

Fern corrió hacia el cuarto de baño, donde ella se quitó el camisón y lo dejó caer al suelo. Sus pechos estaban enormes y cubiertos de venas azules. Una gota de líquido blanco aguado supuraba de su pezón izquierdo.

Ella se tambaleó de vuelta a su cama, la pena dominándola. Acurrucándose sobre sí misma, sollozó por Cecilia, por Lorenza, y por su propio bebé perdido. Luego se frotó las lágrimas; odiaba la pérdida de autocontrol. Incluso cuando Harry murió, ella se lo había guardado para sí.

Preocupada, tuvo un sueño inquieto, despertando a ratos. La mañana llegó y la tormenta amainó. Después de ducharse, se vistió y metió pañuelos de papel dentro de su sujetador. Ella echó un vistazo a su póster de *The Tempest* sobre la pared y sus piernas se volvieron de agua. La niña del cuadro era Lorenza. No había dudas sobre ello. Fern se derrumbó sobre la colcha, asombro dominándola.

—*¡Lorenza!*

Me hacen descansar en mi cama. Fiammetta ha vuelto a Treviso y Lodovico ha regresado de Ferrara con su hermano, Giovanni. Mi marido no está complacido de que haya producido una niña. Sonríe dulcemente—. Podemos tener más. —Me duele decir esto, pero necesito mantener a mi bebé a salvo y el único modo de hacerlo es dentro de los confines de este matrimonio.

Lodovico gruñe y sus delgados labios se curvan de tal modo que mi piel se tensa. Él tendrá que esperar hasta que yo sea purificada tras el alumbramiento antes de poder tener el conocimiento de mí que sé que quiere. Su brusco tratamiento continuará. Ojalá pudiera estar con Zorzo. No le he visto desde que concebimos a nuestra hija, y mi alma llora por él.

Sostengo a Lorenza. Ella mama con ganas de mi pecho, mi leche saliendo tan rápidamente que le chorrea por la barbilla. Lodovico se estremece—. Deberíamos conseguir una nodriza. No está bien

que tú tengas que amamantar al bebé por ti misma.

—He preguntado, pero no hay nadie disponible —miento. No dejaré que nadie más alimente a Lorenza. Ella es mía. Todo lo que tengo para amar y, *Maria Santissima*, la mantendré conmigo.

Al día siguiente, mi señora me visita con Dorotea. La Reina coge a Lorenza—. Es como tú. Una auténtica belleza. —Ella besa a mi bebé en la frente y me la devuelve—. Yo seré su madrina.

—Es un honor, domina —digo. Mi hermana será la otra madrina de Lorenza, y el hermano de Lodovico ha aceptado ser el padrino. El bautismo tendrá lugar en la iglesia principal de Asolo mañana.

Mi doncella trae un refrigerio: vino dulce y pasteles. Como siempre, la Reina picotea delicadamente, pero yo tengo hambre y Dorotea también. Pronto la jarra está vacía y sólo quedan migas en mi plato. Mi señora me besa en las mejillas y acaricia a Lorenza bajo la barbilla. Mi hija parece saber que ella no debería llorar, y mira a su Reina con una expresión solemne.

Sola finalmente, disfruto de mi bebé. Acaricio su suave mejilla y ella me mira a los ojos, y yo siento como si mi corazón pudiera romperse. La quiero tanto. Su pequeña mano agarra mi dedo. Haría cualquier cosa por ella. Cualquier cosa. Estoy cansada, pero no me atrevo a quedarme dormida porque, ¿quién comprobará que Lorenza está respirando si me duermo? La tumbo en la cuna junto a mi cama y observo su pequeño pecho subir y bajar, subir y bajar.

Al día siguiente partimos al mediodía, y es bueno salir de la casa y tomar aire fresco. Aspiro los aromas de Asolo mientras caminamos colina arriba. Rosas crecen sobre la pared del panadero, su embriagadora fragancia mezclándose con el aroma del pan recién horneado. Pasamos por la herrería y el agrio hedor del hierro fundido cosquillea mi nariz. Luego está la peste del estiércol de caballo y tengo que moverme a un lado para evitar pisar los excrementos. Pienso en Pegaso. Él ha permanecido en los establos de mi señora los pasados ocho meses desde que me casé. Como deseo volver a montarle...

Robo una mirada a Lodovico, quien lleva a Lorenza. Él marcha envarado, no acostumbrado a sostener una carga tan preciada. Su hermano da zancadas al otro lado de él; se parecen tanto que podrían ser gemelos: bajos, delgados, con pelo casi negro. Lo único diferente en Giovanni es que su cara no tiene una cicatriz en la mejilla como la de Lodovico. Mi marido me contó que se la hizo en una pelea con espadas cuando estaba entrenando para la caballería del Duque. Ojalá volviera allí y me dejara en paz. Caminamos rápidamente porque el aire es frío. Mi bebé está cálidamente envuelta en mantas de lana y está dormida profundamente.

Dentro de la iglesia, la atmósfera es brillante por la luz de las velas. La luz del sol se filtra a través de las ventanas y pilla la fragancia del incienso. La Reina está aquí, y Dorotea y Fiammetta. Después de la misa nos reunimos ante la pila, un regalo de mi señora al pueblo de Asolo, y el sacerdote, un hombre corpulento claramente aficionado a la pasta, entona mientras vierte agua bendita sobre la frente de Lorenza, y hace la señal de la cruz. —*Lorenza, ego te baptizo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Las palabras resuenan en mi cabeza como si las estuviera oyendo por primera vez, y mi bebé, en brazos de Fiammetta, empieza a llorar con fuerza—. Es el Demonio saliendo de ella —mi señora pronuncia, y yo me río antes de decir. —Amén.

Avanzamos hacia el castillo, donde la Reina ha ordenado que se nos prepare una comida. Me siento bendecida mientras nos abrimos camino escaleras arriba desde la iglesia hasta la plaza. Nadie sospecha que Lorenza no sea de Lodovico, y mucho menos mi marido. Ojalá su auténtico padre pudiera verla; aún así ese conocimiento podría arriesgar su seguridad, porque ¿cómo podía no quererla o no estar con ella?

Mis pechos se hinchan con leche y la humedad gotea por mi camisa. Lorenza estará hambrienta y yo estoy deseando alimentarla, mecerla gentilmente mientras mama, y besar su dulce cabeza. Mis dedos cosquillean deseando quitársela a Lodovico y tenerla entre mis brazos. Pasamos de nuevo por la herrería y mi paso desfallece cuando un sentimiento de miedo se apodera de mí. El calor de la forja flota hacia mí y se me eriza el pelo de los brazos. El horror me envuelve y pierdo el paso, tropezándome con los adoquines. Amargo humo hace que mis ojos lagrimeen y que me quede sin aliento. Jadeo y me dan arcadas y empiezo a tambalearme.

—¡Cecilia! La cara de mi hermana está fruncida de preocupación. —¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? —Ella me coge del brazo y el afecto que siente por mí aleja al demonio, ya que estoy segura de que es eso lo que me está afectando. No debería haberme reído del Diablo allí en la iglesia.

—Estoy repuesta —digo—. Sólo fue el calor de la forja.

Caminando al mismo paso junto a mi marido, se me corta el aliento. Él me está mirando, sus ojos evaluándome. La sensación de miedo regresa.

Ella se sobresaltó. La luz del sol entraba por la ventana; aún era por la mañana. *Vuelvo a ser Fern, por supuesto.* Habían pasado muchas cosas cuando estaba en el pasado, días pasaban, que cuando ella volvía al presente era como si hubiera sido sacudida, la sensación de desplazamiento era enorme. Le recordaba la única vez que montó en una montaña rusa. La loca carrera por los raíles, la caída por los bucles y la sacudida final para pararse, tirando de ella hacia atrás y haciendo que se sintiera desorientada y con náuseas. Ella ni había montado en otra desde entonces, ni tampoco quería hacerlo.

Un cosquilleo en sus pechos. Otra vez estaba goteando, y el dolor por tener en sus brazos a Lorenza parecía insoportable. Ella empujó el trozo de madera quemada sobre la mesilla de noche. No tenía sentido tirarla; se desvanecería por su propio deseo fantasmal. Ella se estremeció, relleno su sujetador con más pañuelos, y luego telefoneó a la madre de Luca. —¿Te parece bien que vaya a verte?

—La lactancia espontánea es inusual —dijo Vanessa, sirviendo una copa de Prosecco y tendiéndosela a Fern—. Pero no es imposible. Leí un artículo sobre una madre que había adoptado un bebé y luego empezó a producir leche. Sólo que lo que tú estás sufriendo es extremadamente raro, creo yo. —

Fern dio un sorbo a su bebida—. Mis pechos están muy doloridos. ¿Hay algún tipo de medicación que pueda tomar?

—Sólo paracetamol. Dejarás de lactar en un día o dos, ya que claramente no estás amamantando. Lo siento mucho por ti, querida. —Vanessa acarició las orejas del labrador a sus pies—. ¡Vaya cosas te pasan!

El deseo de desahogarse se apoderó de Fern. Despacio, titubeante, y luego más firmemente, ella le habló a Vanessa de su embarazo de hacía dos años. Como ella lo había intentado ignorar, y como había perdido a su bebé—. Y ahora me siento como si lo hubiera vuelto a perder —dijo ella, incapaz de detener las calientes lágrimas que caían por sus mejillas.

Vanessa se levantó de su silla y la abrazó—. Pobre niña.

—Cuando pensaba que Cecilia había tenido un aborto, yo ya no quise volver al pasado.

—¿Es por eso por lo que pediste un sacerdote?

Fern asintió—. Y ahora no puedo esperar a volver con Cecilia y volver a ver a Lorenza. Siento como si también fuera mi bebé.

—Supongo que es natural. Tú pasaste por el parto.

—Pero estoy asustada. Cecilia tuvo un presentimiento de un incendio. Estoy cada vez más convencida de que es así como murió, y yo no podría soportarlo si Lorenza hubiera muerto con ella. Sería como perder a mi propio bebé otra vez.

—Puedo entender tu preocupación. —Vanessa cogió a Fern de la mano—. Es un caso de si lo haces malo, y si no lo haces peor.

—¿Qué me aconsejas? ¿Debería volver a Londres antes de lo que había planeado?

—Me temo que no puedo decírtelo, cariño mío. Es tu decisión. ¿Quizás deberías venir y quedarte aquí un par de días? Te daría un respiro de Cecilia y también una oportunidad para reflexionar. ¿Dices que sólo viene a ti en lugares asociados con ella?

—Sí. Es muy amable por tu parte. ¿Estás segura que no será una molestia?

—Para nada. Estaré encantada. Puedes devolverme el favor con una de tus acuarelas. Luca me dijo lo buena que eres.

Y así quedó decidido. Fern volvió a casa de su tía para preparar una maleta de fin de semana. Tía Susan estuvo bastante feliz de que se quedara con la contessa—. Siempre y cuando vuelvas en un par de días —dijo ella—. De otro modo me sentiré como si me estuvieras abandonando.

¡Confía en mi tía para que sea tan directa!

—La madre de Luca quiere que pinte una acuarela de la villa para ella —dijo Fern. Era una buena excusa—. No debería llevarme mucho tiempo. —Ella dejó deliberadamente su póster de *La Tempestad* tras ella en su habitación.

Hicieron falta los tres días que pasó con Vanessa para que los pechos de Fern volvieran más o menos a la normalidad. Ella se pasó el tiempo ayudando a la contessa a organizar su investigación

genealógica, sacando a los perros a pasear, montando con Chiara, y pintando.

El árbol genealógico de la familia Goredan tenía demasiadas ramas, y la cabeza de Fern daba vueltas mientras ayudaba a clasificar la miríada de cajas de zapatos llenas de notas. Chiara montaba con ella por las mañanas, pero después de almorzar, la hermana de Luca se marchaba para pasar el resto del día con Federico, volviendo sólo a primera hora del día siguiente. Vanessa se había rendido y ya no le insistía a su hija para que volviera a casa a medianoche, pero era inflexible en que volviera a dormir—. Siempre y cuando yo esté pagando por tu manutención —dijo ella.— tienes que seguir mis reglas.

En la cama, por la noche, mientras Fern yacía esperando a dormirse, ella podía oír el fantasma de quien tocaba el laúd rasgueando una melodía con siglos de antigüedad. Y, como la contessa le había dicho la primera vez que se había encontrado con ella en el Hotel Cipriani, el sonido no daba nada de miedo. De hecho, era bastante reconfortante.

Luca aún estaba en su congreso de arquitectura, y a Fern le alegraba. Él era una complicación sin la que podía pasar. Dios no quiera que él pudiera ver la ocasional humedad en sus blusas. Por suerte, las fugas ocurrían principalmente por la noche, cuando Chiara estaba fuera; Fern habría encontrado imposible explicarlas. Gradualmente, ella tenía que reemplazar los empapados pañuelos con menos frecuencia y ahora ya estaba casi seca.

Cada vez que se le aparecían pensamientos de Cecilia en su cabeza, se obligaba a pensar en otra cosa, al igual que había hecho cuando perdió a su propio bebé. La mente era un poderoso instrumento...

Luca volvió de Viena la última noche de Fern en la villa—. Déjame ver el cuadro —dijo él después de que hubo saludado a su madre. También le habían contado la excusa para la visita de Fern. Él la siguió hacia la parte cubierta del patio, donde ella había improvisado su estudio. Su acuarela estaba en un caballete en la esquina. Ella se había concentrado en dibujar la parte central del edificio, sugiriendo un templo romano con sus columnas jónicas. —¿Qué te parece? —le dijo ella.

—Maravilloso. No sé por qué quieres volver a trabajar en un banco. Tienes un enorme talento, Fern. Deberías concentrarte en tu arte.

—Ojalá pudiera. Pero tengo una hipoteca que pagar.

—Alquila tu piso y usa los ingresos para vivir aquí. Sabes que tiene sentido. Los alquileres en Londres son mucho más elevados que los de Asolo. Probablemente cubrirías tu hipoteca y te quedaría suficiente para vivir mientras te estableces.

—Hmm, tentador. —La idea *era* tentadora, pero ahora no era el momento adecuado para lanzarse a ello. Mejor cambiar de tema. —¿Qué tal Viena?

—Hermosa. Debemos ir allí juntos algún día. —Él se detuvo cuando vio que ella fruncía el ceño—. Lo he vuelto a hacer, ¿verdad?

—Me temo que sí. Sé que lo dices de corazón, Luca. Pero *eres* un poco cavernícola.

Él se rió—. La evolución no ha alcanzado a la sociedad moderna. ¿Recuerdas nuestra discusión?

—Sobre los instintos tribales. Sí. —Ella entrelazó sus dedos con los de él—. Te he echado de menos.

—Bueno, eso es un alivio porque yo también te he echado de menos.

Fern echó una mirada en torno al patio. Estaban solos. Rodeó su cintura con sus brazos y levantó la barbilla. Cuando su boca bajó sobre la de ella, ella supo lo que iba a decir a continuación. — ¿Puedo invitarte a cenar mañana por la noche? Hay algo que necesito contarte.

El comedor del Hotel Cipriani vibraba con el bajo zumbido de las conversaciones. Estaban sentados a una mesa junto al ventanal que daba a lo que tenía que ser una de las vistas más hermosas del mundo. Los antiguos edificios de Asolo desfilaban a lo largo de la cima de la colina en primer plano, hacia una dominante aldea que parecía estar encaramada sobre andamios, la logia en la planta baja, y cipreses haciendo de centinelas a los lados. El atardecer había atrapado las nubes, tiñéndolas de rosa, y las distantes montañas se elevaban como ángeles de la guarda, extendiendo sus alas sobre el paisaje de abajo.

Luca le tendió el menú a Fern—. Dudo sobre si hacerte alguna sugerencia por si me vuelves a acusar de ser un cavernícola.

—Sugiere tranquilo, tú conoces este restaurante.

—Los *taglierini con prosciutto* son excelentes, al igual que el pescado. Podríamos tomar la pasta para empezar y luego el lenguado a la plancha. Y una botella de Pinot Grigio.

—Perfecto —dijo Fern, bajando la vista a sus pechos. Por suerte, todo parecía estar bien en ese departamento.

El camarero llegó y les sirvió un Bellini antes de tomar su pedido. Fern soltó un suspiro—. Voy a echar todo esto de menos cuando vuelva a Londres.

—Entonces quédate.

Ella le lanzó una mirada de advertencia y él levantó las manos—. ¡Lo siento!

Mientras comían, Luca la puso al día con más detalles sobre el congreso (aburrido) y la ciudad de Viena (fascinante). En el pecho de Fern revoloteaban mariposas. Quizás ella no le contaría a Luca lo de la pérdida de su bebé; él podría odiarla. Ella se terminó su copa de vino y su camarero saltó para rellenarlo.

—¿*Dolce?* preguntó Luca cuando hubieron terminado su primer plato—. El Tiramisù aquí es increíble.

—¿Por qué no? —dijo ella, bebiéndose otra copa de vino.

Era delicioso, pero al mismo tiempo demasiado pesado y ahora se estaba sintiendo indispuesta—. No puedo ni comer ni beber nada más.

—¿Salimos a pasear al jardín? Podemos tomarnos el café en la terraza. Luego puedes contarme lo que te ha estado preocupando tanto... has estado revolviéndote en la silla toda la noche.

Fern unió su brazo al de Luca; se sentía un poco mareada. Él la guió hacia una silla junto al muro bajo que protegía a los invitados de la caída al valle de abajo—. Te buscaré un poco de *acqua minerale*.

—Lo siento —dijo ella, avergonzada—. No me di cuenta de lo mucho que estaba bebiendo.

Ella observó a Luca dando zancadas atravesando el jardín, luego mudó su mirada hacia el castillo.

El lastimero grito llenó su cabeza.

—¡*Lorenza!*

Me siento en el huerto de Asolo de mi señora, observando a mi hija gatear hacia mí. La felicidad llena todos mis espacios vacíos. Ella es una niña alegre, con ojos oscuros como los de su auténtico padre, y como los de su supuesto padre. Es buena fortuna que ambos tienen el mismo color de ojos. Su naturaleza es como la mía, sin embargo; ella es impetuosa y siempre está preparada para las

travesuras. Sólo ayer ella había cogido uno de mis pinceles, lo metió en mi azul ultramarino, y manchó el lienzo en el que estaba trabajando, un retrato de ella. El primer cumpleaños de Lorenza será la semana que viene y yo había dibujado y pintado cada etapa de su desarrollo. Finalmente, yo había sido capaz de estudiar un cuerpo desnudo, aunque fuera el de un bebé; he aprendido mucho observando y luego bosquejando a mi hija.

Hoy he traído a Lorenza a visitar a mi señora. Yo necesitaba alejarla de Lodovico. Su hermano está de visita, y ni él ni Giovanni tienen paciencia con mi pequeña niña. ¿Cómo no pueden quererla? El resto de la gente siente predilección por ella – desde la Reina hasta Dorotea, hasta mi hermana. Y yo estoy loca por ella; para mí, ella es la perfección. Abro los brazos y ella viene hacia ellos, riéndose mientras la abrazo. La suave mejilla de Lorenza es como un melocotón y le doy un ruidoso beso. Ella frota su nariz contra mi pecho; tiene sed.

La corte está durmiendo la siesta; miro alrededor para comprobar si estamos solas. Desato mi vestido y saco mi camisa, la cual coloco sobre mis hombros. Lorenza aún mama de mi pecho, una o dos veces al día. La coloco junto a mí, al otro lado de mi pierna elevada, y su boca se une a mi pezón. Una sensación de cosquilleo mientras mi leche sale, y entonces mi hija mama con ganas.

—*Dolcezza* —llega una voz desde detrás del cerezo.

Doy un salto mientras mi pulso se acelera—. ¡Zorzo! ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Os buscaba. Vuestra doncella me dijo que estaríais aquí.

Hago un movimiento para cubrir mi desnudez.

—No —dice—. Vuestro bebé no os lo agradecerá si dejáis de alimentarla. —Él mete la mano en su bolsa y saca un pergamino enrollado y una barra de carboncillo. Luego saca una tabla y une el pergamino a ella. Con rápidos trazos empieza a dibujar—. Tengo un encargo para hacer el cuadro de un rico noble veneciano, y he estado buscando la perfecta Madonna para él. Debería haberme dado cuenta de que no necesitaba buscar tan lejos.

Mi corazón está jubiloso por verle; ha pasado demasiado tiempo. Su teoría de que yo habría tenido más libertad siendo una mujer casada había llegado a nada por mi embarazo y maternidad. Sin embargo, no me arrepiento de tener a Lorenza ni por un minuto. Ella lo es todo para mí.

Le miro mientras trabaja. Mi cuerpo se ha formado más desde la última vez que me vio; ya no soy una niña núbil sino una mujer que lleva las señales del parto. Intento cubrir con mi camisa mis partes bajas, pero Zorzo me dice que las deje al descubierto.

—*Dolcezza* —dice él, sus ojos bebiéndome y su voz aprobadora—. Debería haber venido a Asolo antes, pero el trabajo me ha mantenido ocupado. Vuestro Zorzo está muy demandado últimamente.

¡*Mi Zorzo!*

—La niña es deliciosa —añade—. Escondida detrás de vuestra pierna nadie se daría cuenta que no es un niño. Un querúbico *Gesù bambino*.

Después de un rato necesito cambiar a Lorenza a mi otro pecho, pero para entonces Zorzo ha terminado de bosquejarla y ha pasado a hacer un dibujo basto de mi cara y mi cuerpo—. No necesito pasar mucho tiempo en vuestro rostro. Porque está en mi corazón y alma.

Cuando mi bebé ha bebido todo lo que puede, se sienta y mira a su padre. Ni ella ni él sabrán nunca su relación, eso me lo he jurado, y aún así verles juntos me hace sentirme orgullosa de los dos. Se la doy a él para que la sujete mientras me visto, y él la levanta en el aire—. ¡Miraos! El reflejo de vuestra madre.

La hace girar por encima de su cabeza, haciendo que ella libere un torrente de risas.

—Creo que ella es más como su padre —digo, sonriendo para mí.

—Hablando de lo cual, ¿os trata bien?

—Lo suficiente. —No le contaré el trato rudo de Lodovico hacia mí en la cama, los muchos moretones que he tenido que soportar. Por suerte, últimamente apenas se molesta en visitarme por la noche. Creo que él debe tener una mujer en Ferrara. Él va allí, supuestamente con recados del Duque, cada vez con más frecuencia—. Aunque me pregunto por qué quería casarse conmigo —digo—. No hay amor en él.

—Está claro que vos sois la mujer más hermosa de la corte de la Reina, pero tengo mis sospechas sobre dónde se posiciona Ferrara con respecto a la alianza del Papa con el Emperador de Habsburgo.

Recuerdo la breve visita de Maximiliano en el banquete, cuando se me presentó por primera vez a Lodovico—. Él mira los territorios venecianos con envidia —había dicho la Reina en ese momento. Mi marido nunca ha mantenido en secreto que él es un *ferrarese* por encima de todo. ¿Podría haberse casado conmigo por mi cercanía a Caterina Cornaro? Ella no se implica en los altibajos de la política, pero su hermano, Giorgio, es el *Provveditore Generale all'Armata*, a cargo del Ejército Veneciano.

Ella miró alrededor buscando a Zorzo, pero él se ha desvanecido junto con la niña. Su cabeza da vueltas y se siente mareada. Un hombre se está acercando con un vaso y una botella de algo en la mano; ella había visto a ese hombre antes.

—Esto debería ayudar. —El hombre se quedó paralizado y miró fijamente sus pechos—. ¡Fern! Tu blusa está mojada.

Ella sintió la fría humedad transpirando a través de su camisa. Sólo que no era su camisa, ¿verdad? Era su vestido de trabajo, el blanco que había llevado a la ópera con Tía Susan, el que ella se había puesto especialmente para su cena con Luca. *¡Maldita sea!* Se suponía que Cecilia no debía acudir a ella aquí. Esta villa no había estado en su época.

—Cecilia ha dado a luz —dijo Fern—. Y mi cuerpo cree que yo también lo he hecho. —Ella respiró hondo y soltó el aire despacio—. Sé quien es Lorenza.

—¿La hija de Cecilia?

Fern asintió—. Y yo estuve embarazada una vez.

—¿Oh?

—Perdí el bebé.

Luca la cogió de la mano—. Lo siento mucho, Fern.

—Fue por mi culpa.

—¿Cómo pudo haber sido culpa tuya?

Ella se lo contó. Lo de su supuesta maravillosa carrera, lo de su ambivalencia hacia el bebé, sobre su negativa a cuidar de sí misma. Luego ella le habló de la culpa. La horrible y constante culpa. Y como la muerte de Harry era su castigo.

—Estás siendo demasiado dura contigo misma —dijo él rodeándola con su brazo.

—No, no. ¿No lo ves? Es por eso por lo que Cecilia me escogió. Ella no tuvo un aborto, pero perdió a Lorenza de todos modos. Creo que ella está buscándola. —Fern sintió su labio temblar; ella lo controló—. He decidido que tendré que seguir su historia hasta el final. Necesito descubrir qué le pasó a Lorenza.

Él le frotó la mano—. Está haciendo un poco de frío aquí fuera. ¿Por qué no vamos a mi casa para tomar ese café?

Ella le lanzó una mirada y él sonrió—. Sin compromiso.
—Entonces está bien.

El piso de Luca sólo estaba a un par de minutos caminando desde el Cipriani, arriba de un viejo palazzo en Via Canova. Las vistas desde la terraza del tejado se extendían más allá de las montañas Dolomitas hacia el norte y la llanura veneciana al sur—. Es deslumbrante —dijo Fern—. Has vivido aquí mucho tiempo?

—Casi un año. Me mudé justo después de romper con Francesca.

—He querido preguntar qué paso entre vosotros, pero no quería inmiscuirme.

—La química no era la correcta. Algo hacía que evitara presentársela a la familia, así que ellos nunca supieron nada de ella. En cualquier caso, no estuvimos juntos mucho tiempo. —Hizo una pausa. —¿Estás preparada para ese café?

—¿Tienes algún té de hierbas? —Ella se frotó los brazos; la noche se había vuelto fría—. Ya he tomado mi ración de cafeína del día.

—Buscaremos en la cocina.

Ella le observó llenar la tetera, y recordé su forma de hacer el amor. No era que ella quisiera que pasara de nuevo. Pero ella no podía evitar notar la fuerza de sus manos mientras abría el grifo, y recordó la sensación de esas manos sobre su cuerpo.

Luca alargó la mano hacia el armario y sacó dos tazas, su camisa levantándose para exponer su plano vientre. Vaqueros de marca, Armani, ajustados contra sus nalgas. Tragando saliva con fuerza, ella se obligó a desviar la mirada.

—¿Azúcar?

—No, gracias —dijo con voz ronca.

—¿Estás bien?

—Bien. —Sólo que no estaba bien. Ella estaba ardiendo con la necesidad de presionar sus labios con los suyos, de pasar sus manos por su pecho, y que él hiciera lo mismo con ella. Y, y...

No, Fern, no.

—Volviendo a Cecilia —dijo ella, haciendo un esfuerzo por mantener su voz firme—. Leí en el libro que Tía Susan me prestó sobre Caterina Cornaro que la Reina estaba en Venecia cuando Barco fue destruido.

—Correcto.

—El libro no da mucha información sobre los por qué y los dónde. —

—Intentaré averiguarlo por ti, si quieres.

—Estoy interesada en saber donde se posicionaba Ferrara. Quiero decir, si el Duque apoyaba a Venecia o al Emperador.

—Más probablemente al Papa. Y *él* sentía odio hacia la República de Venecia.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Porque la Serenísima había tomado control de varios de los Estados Papales.

—¿La Serenísima?

—La Serenísima República. Venecia.

—¿Y el Papa los quería recuperar?

—Consiguió recuperar uno —dijo Luca.

—Zorzo le dijo a Cecilia que el Papa había formado una alianza con el Emperador Maximiliano.

—No le llamaban el Santo Emperador Romano por nada.

—Yo pensaba que el Imperio Romano ya había desaparecido por aquel entonces.

—Estos emperadores eran alemanes, pero les gustaba pensar que tenían un poder supremo

heredado de los emperadores de Roma.

—¿Por qué el “Santo”?

—Porque desde el siglo X y hasta el siglo XVI, los Santos Emperadores Romanos eran coronados por el Papa.

—Estoy empezando a ver una conexión aquí.

—Sí —dijo Luca.

—Aunque, por supuesto, no seré capaz de advertir a Cecilia.

—Una cosa es segura. No podemos cambiar el pasado.

—¿Entonces no es como en *Regreso al Futuro*? —Fern soltó una risa nerviosa.

—En absoluto. —Luca miró su reloj—. Creo que es hora de llevarte a casa. —Él hizo sonar las llaves de su coche.

Sentada junto a él en el Alfa mientras la llevaba de vuelta a Altivole, Fern se preguntaba si Luca lamentaba haber hecho el amor con ella. El hecho de que él había mantenido las distancias mientras estaban en su piso la había hecho sentir dividida. Físicamente le había deseado desesperadamente. Si él hubiera dado el primer paso, ella habría caído en sus brazos a pesar de su resolución anterior. Aún así, al mismo tiempo, ella había sentido una enorme sensación de alivio de que él no hubiera dado ese paso.

Quizás él se lo hubiera pensado mejor después de que ella le hubiera dicho lo de la pérdida de su bebé. *No. No podía ser. Él había dicho que tú estabas siendo demasiado dura contigo misma.* Y ella lo era; sabía que lo era. Sólo que no podía evitarlo. Suponía que era parte de su personalidad. Toda su vida le habían dicho que se relajara.

—¿Un penique por ellos? —preguntó Luca mientras detenía el coche al llegar a casa de Tía Susan.

—¿Perdona?

—Tus pensamientos. Un penique por tus pensamientos. Una de las expresiones favoritas de mamá. Has estado muy callada.

—¿Estás seguro de que no me odias?

—¿Por qué piensas eso?

—Quizás porque yo me odio a mí misma casi todo el rato. —Ea, ya lo había dicho. Le había puesto voz a la oscuridad en su interior.

Él le acarició la mejilla, sus ojos mirando profundamente en los de ella. Un sollozo apareció. Él besó sus lágrimas y la acogió entre sus brazos—. Querida Fern —dijo entre besos—. Te quiero mucho y daría lo que fuera por que tú también me amaras. Pero no puedes hacer eso, ¿verdad?

—Ojalá pudiera. De verdad que sí.

—Necesitas querer a Fern primero. ¿No lo ves?

—¿Qué quieres decir?

—Acéptate por lo que eres. Lo bueno, lo malo, y lo que hay en medio.

Ella se acurrucó contra él. ¿Por qué no se había dado cuenta el psicólogo de esto? Entonces recordó que ella no le había contado a su psicólogo lo de la pérdida de su bebé.

—Paso a paso, Fern —dijo Luca—. Creo que esta noche has dado el primer paso.

—Eso espero. —Ella le besó la mejilla, aspirando el aroma de su loción para el afeitado. —¿Te veré mañana?

—Hay un ensayo, que no se te olvide.

—Por supuesto.

De pie ante la puerta principal, ella le observó alejarse conduciendo. Ella ya se sentía desolada.

¿Cómo iba a sentirse cuando volviera a Londres?

La casa estaba en silencio. Tía Susan debía haberse ido ya a la cama. Fern se cepilló los dientes y se puso el camisón. Se deslizó entre las frías sábanas y cerró los ojos.

Estudio a mi marido comiendo, sus mandíbulas masticando como un lagarto mientras come su carne —. He recibido una carta del Duque hoy —dice él, tomando un trago de vino—. Él desea que yo compre un cuadro de Zorzone.

Oír el nombre de mi amor verdadero en boca de Lodovico me llega al alma, y mis manos tiemblan por el esfuerzo de no mostrar ninguna reacción. Zorzo es una parte de mí que he aprendido a mantener escondida del mundo, sin embargo. No le he visto estos últimos cinco meses, desde que él viniera a mí en el castillo. Cada vez que pienso en él estos días, encuentro difícil reconciliarme con la chica despreocupada que se lanzó en sus brazos sin pensar en las consecuencias.

—Oh. —Mantengo mi voz indiferente—. Qué interesante. ¿Qué cuadro?

—Hay rumores de un trabajo no encargado en su estudio. Un tocador de laúd tocando una serenata a una mujer mientras cae la noche.

El miedo se apodera de mí. Si Lodovico viera el cuadro, me reconocería. —¿Entonces irás a Venecia?

—En un momento.

Terminamos nuestra comida en silencio, como siempre. La conversación entre nosotros siempre ha sido escasa. Es difícil creer que hemos sido marido y mujer por casi dos años. Años llenos de tristeza por estar alejada de Zorzo y, al mismo tiempo, de felicidad por mi Lorenza.

Lodovico se pone de pie—. Te visitaré esta noche, Cecilia. ¡Prepárate para mí!

Hago una reverencia para esconder mi consternación. ¿Qué ha provocado esto? ¿Quizás ya no tiene otra mujer en Ferrara? Han pasado meses desde que él y yo yacíamos juntos. Como si leyera mis pensamientos, Lodovico dice. —Es hora de que me des un hijo, esposa.

Cuando viene a mi cama, me tumbo muy quieta con mis piernas separadas y él se coloca encima de mí. Alejo mi cara de su babeo. Sujetando mis brazos con tanta fuerza que estoy segura deja moretones, Lodovico empuja dentro de mí; estoy seca y duele. Él termina rápidamente y se levanta de la cama—. Es como meter mi verga en una muñeca de madera. ¿No tienes pasión, Cecilia?

Por ti no, marido. —No está en mi naturaleza —miento.

Él me deja y yo lavo mis partes bajas en el cuenco de agua que mantengo junto a la cama. Tengo que deshacerme de su semilla. Luego voy a ver a Lorenza, quien duerme con su niñera en la habitación junto a la mía. Ella está tumbada de lado, con su pulgar en la boca. Acaricio su suave mejilla y susurro. —Corazón de mi corazón. Haré lo que sea por ti, por mantenerte a salvo. Duerme bien, *bambina mia*, y por la mañana visitaremos a mi señora.

La niñera de Lorenza suelta un ronquido mientras salgo de la habitación de puntillas. Mi hija ya está destetada y es tan vivaracha que Lodovico insistió en que contratáramos a una *bambinaia* para ella. Claro está que puedo pasar más tiempo pintando, y aún así desearía poder tener a mi niña conmigo a cada hora del día.

A la mañana siguiente, me siento dolorida y golpeada. Ésta es la última vez que soportaré los brutales avances de Lodovico, me juro. Tengo algunas hierbas secas de valeriana en mi caja de las medicinas que me había dado Fiammetta—. Las uso con Rambaldo —dijo ella—. Si no tengo ganas de hacer “ya sabes qué”, las pongo en su vino de la noche y duerme hasta mediodía. —Ella me las había dado con una mirada cómplice.

Después de desayunar, me llevo a Lorenza a ver a mi señora, quien está visitando Asolo. Descubrimos una enorme excitación en el castillo de la Reina: los sirvientes se están escabullendo, llenando cofres. Dorotea me quita a mi hija y le da un beso—. Nos vamos a Venecia. Tú y tu marido también. La Reina insiste.

—¿Por qué?

—Ha habido una batalla. El hermano de mi señora ha derrotado al Emperador Maximiliano. Y Giorgio Cornaro también ha tomado Pordenone y Gorizia para la República. ¡Vuelve corriendo a casa y prepara tus baúles de viaje! Salimos por la mañana.

Mi corazón canta ante la idea de ir a la ciudad donde vive Zorzo; estoy segura de que él formará parte de las celebraciones. Pero también mi vientre se contrae de preocupación. Si Lodovico encuentra el cuadro que busca para el Duque de Ferrara, todo estará perdido con seguridad. ¿Y cómo me las arreglaré sin Lorenza? La Reina no permite que los niños viajen con la corte a Venecia. Será imposible llevarla con nosotros. —¿Dónde está mi señora? —pregunto, pensando que podría pedirle un permiso especial.

Dorotea me devuelve a mi hija—. La Reina es la domina de Asolo, ¿verdad? Hay una hambruna en el campo y ella ha importado grano de Chipre. Ella siempre pone a su gente por delante, y está distribuyendo harina para ellos.

—Es cierto. No hay nadie tan diligente y amable como mi señora; todas estamos a su sombra. — Me despido de Dorotea y me apresuro a ir a casa.

Lodovico se está paseando por el vestíbulo. Frunce el ceño cuando me ve—. Se nos ha ordenado ir a Venecia.

—¿Y eso no te complace?

—Hmm. El Emperador ha sido humillado.

—Es una buena cosa, ¿no crees? —Le tiendo Lorenza a la niñera y recuerdo mis sospechas sobre mi marido. ¿Seguro que Lodovico está del lado de la República?

Le miro fijamente, pero mi visión se nubla. Entonces es como si me estuviera viendo a mí misma desde una gran altura. Una sensación de miedo se apodera de mí y, *Maria Santissima*, empiezo a desmayarme. Mis piernas ceden debajo de mí y me derrumbo en el suelo.

Fern abrió los ojos. Ya era por la mañana. Ella había estado soñando, ¿verdad? Sí, definitivamente había sido un sueño. ¿De qué iba? Su cabeza se sentía confusa y tenía la boca seca. *Debo conseguir un vaso de agua*. Ella sacó las piernas de la cama. Sus partes privadas estaban un poco doloridas. Probablemente por todo lo que había montado a caballo mientras estaba en la villa.

En la cocina, Tía Susan levantó la vista de su manuscrito, un bolígrafo rojo en una mano y una taza de té en la otra, Gato Gucci acurrucado sobre la alfombra a sus pies. —¿Has dormido bien?

—Muy profundamente. Pero ahora me siento un poco grogui. —Ella cogió un vaso del escurridor y lo llenó del grifo.

—Siéntate, querida. Te ves pálida. ¿Has tenido otro de tus mareos?

—No, no lo creo. Aunque he soñado algo. No puedo recordar qué, para ser honesta.

—Hay un paquete de *brioche*s en el armario.

—Gracias. —Fern se sirvió una taza de té, añadió leche y luego colocó un *brioche* en un plato.

—¿Planes para hoy?

Fern se sobresaltó. Dejó la taza, el té amargándole la boca. Era como si un vídeo hubiera empezado a reproducirse en su cabeza. *¡Pobre Cecilia!* Fern se removió en su asiento para aliviar el

malestar entre sus piernas. Ella podía recordar la sensación del peso de Lodovico encima de ella, su babeante boca, su agarre brutal.

Un pensamiento repentino, *Hay algún sitio al que necesito ir.*

—Creo que visitaré Venecia otra vez. Me gustaría pasear sola y hacer unos cuantos bocetos.

—Por mí bien. —Tía Susan se acomodó las gafas sobre la nariz—. Pero yo creía que tenías un ensayo con Luca esta noche. ¿Volverás a tiempo?

—¡Oh no! Se me había olvidado.

—¿Por qué no le llamas? Estoy segura de que no le importara si lo cancelas.

Fern fue al teléfono y marcó el número de Luca. Antes de que ella tuviera oportunidad de mencionar el ensayo, él dijo. —Estoy muy preocupado por Chiara. Ella se ha caído del caballo y se ha roto una pierna de mala manera. La están operando ahora.

—¡Oh Dios mío! Voy ahora mismo.

—Mamá está con ella y yo estoy a punto de salir hacia el hospital. ¿Podemos quedar más tarde?

—Por supuesto. Estaba a punto de visitar Venecia. Lo dejaré para otra ocasión.

—¿Ha estado Cecilia allí?

—Para celebrar la victoria veneciana sobre el ejército de Maximiliano.

—Creo que deberías ir. Sólo ten cuidado de encontrar algún sitio seguro. Por favor ven a mi piso tan pronto como vuelvas. Podría usar tu compañía esta noche.

—Allí estaré. Siento que esto haya pasado.

—Los médicos suponen que se pondrá bien.

—Dale a tu madre y a tu hermana un abrazo de mi parte.

—Qué lastima —dijo Tía Susan cuando ella le contó lo de Chiara—. Pero ve a Venecia, Fern. Podría ser tu última oportunidad antes de volver a Londres.

Fern asintió con la cabeza.

Ella subió al vaporetto hacia Rialto, y luego, sosteniendo el mapa que había comprado en la estación, se abrió camino hacia Campo San Polo. Ella había leído en el libro que le había prestado su tía que Giorgio Cornaro, el hermano de la Reina, tuvo una vez un palazzo aquí.

La plaza (más alargada que cuadrada en forma) era calurosa y polvorienta. Casi tan grande como San Marco, pero no tan turística. Ella dio un paseo hacia un café en el lado derecho, manteniéndose alejada de un grupo de chicos que le daba patadas a un balón de fútbol. Un hombre y una mujer cruzaron delante de ella, paseando sus pequeños perros. Ella encontró una mesa vacía protegida por una sombrilla, y sacó una silla.

El camarero llegó y pidió un cappuccino. ¿Dónde estaba el palazzo Cornaro? Ella abrió su guía de viajes y leyó que había sido arrasado en un incendio en 1533. *Otro incendio*. Ella se estremeció. Una nueva estructura había sido construida en su lugar, la entrada lateral en la esquina de la plaza, su fachada encarando un pequeño canal. Ella estaba en el área correcta.

¿Estaba siendo imprudente al venir aquí y abrirse a Cecilia? No, el incendio en el que Cecilia había muerto fue en el de Barco; ella estaba segura de ello ahora. Ese trozo de madera quemada había aparecido en Venecia, es cierto, y los incendios eran muy comunes en el siglo XVI, pero ella aún no había llegado al final de la historia de Cecilia. El camarero trajo el café de Fern. Ella lo removió, dio un sorbo, y luego esperó. ¿Funcionaría esto? La última vez que había intentado contactar deliberadamente con Cecilia, su intento había fracasado. Ella había estado en Murano, sin embargo, que había resultado ser el lugar erróneo. Con suerte esta vez lo había hecho bien.

Habían sido invitadas tantas personas; la celebración se había extendido hasta el *campo*. El hermano de mi señora está dando un baile de máscaras, no sólo para celebrar la victoria, sino también porque es la época del *Carnevale*. Braseros de hierro, sus llamas lamiendo la madera, están a intervalos regulares para calentarnos en el frío aire de la noche de febrero. Hay faroles colgados por encima de nosotros y grupos de músicos se pasean entre nosotros, tocando para nosotros con sus laúdes y violas. El enano de la Reina, Zantos, corre entre los diferentes grupos, animando sus canciones.

Yo llevo una máscara *Volto* plateada que me cubre toda la cara, decorada con una media luna en el centro y estrellas salpicando los bordes. Lodovico se ha convertido en un pavo real y, *Maria Santissima*, se está pavoneando como ese pomposo pájaro con todo su plumaje. Estamos vestidos con nuestros mejores atuendos; mi marido no escatima en gastos para mantener las apariencias.

Llevo un brillante vestido de satén azul sin mangas, amarrado delante, sobre mi túnica con mangas de madreperla. Mi pelo ha sido trenzado en un *Coazzone*, con topacios y diamantes aplicados a mis trenzas. La anticipación se aloja en mi pecho; estoy segura de que veré a Zorzo pronto.

Alrededor de nosotros nos rodean las caras enmascaradas de los demás invitados. Nadie en esta ocasión lleva la simple *Bauta* blanca. En su lugar, la gente se ha convertido en gatos, bufones, leones, tigres, y colombinas—. *Dolcezza* —susurra una voz en mi oído. Me giro y miro de derecha a izquierda. ¿Dónde está? Desvanecido. Me giro en redondo. Él está detrás de mí, con un jubón negro y llevando una *Volto* dorada. —¿Os encontráis bien? —Él se inclina.

Asiento con la cabeza, mi boca seca, y hago una reverencia. —¿Cómo me habéis reconocido?

—Ah, *dolcezza*. Vuestros hermosos cabellos, aún más hermosos cuando están recogidos con joyas.

Me ruborizo bajo mi máscara e intento pensar en una respuesta adecuada. Sin embargo, mi marido se está acercando, así que no digo nada.

Dos filas de personas se reúnen en el otro lado del *campo*, y Lodovico me reclama para un baile —. *La Moresca*. —Me tiende un conjunto de campanas que ha cogido de una cesta que está siendo repartida, y me las amarro a las muñecas.

Veo a Zorzo inclinándose ante otra mujer, y los celos surgen dentro de mí. La mujer no lleva máscara, lo cual significa que es una cortesana. A las cortesanas se les prohíbe llevar máscaras. He oído rumores de Zorzo juntándose con ellas, pero he ignorado los cotilleos hasta ahora.

Por el rabillo del ojo observo a mi pintor. ¿Me está observando? *Tonta, Cecilia. No puedes esperar que él haya mantenido su verga guardada todo este tiempo.*

Lodovico y yo nos unimos a una cadena de bailarines, zigzagueando, manos levantadas por encima de nuestras cabezas, mientras sacudimos nuestras campanas. Estoy de frente a Zorzo ahora y unimos nuestros brazos en el baile. —¿Vendréis a mí mañana, *dolcezza*?

—¿Cuándo?

—En las primeras horas del día. ¿Podéis escaparos de vuestro marido?

—He traído hierbas de valeriana. Se las daré y él dormirá hasta tarde. Esperadme aquí con las primeras luces. —Nos alejamos el uno del otro girando y nos unimos al círculo.

La cena es servida en largas mesas a un lado del *campo*. Modelos de azúcar de las ciudades de Gorizia y Pordenone. El emblema de la familia Cornaro en una miríada de pasteles—. La República está borracha de éxito —dice mi marido—. No te olvides de que el orgullo viene antes de una caída.

¿Qué es este miedo que retuerce mi vientre? Vuelvo a pensar en la sensación de presentimiento que había experimentado tras el bautizo de Lorenza. Me digo que no debo ser tonta. La Serenísima ha perdurado durante más de 700 años; nada la destruirá. Nunca.

Después de comer vemos una *commedia*: *Menecmi*, de Plauto. Un escenario había sido erigido en el lado más alejado de la plaza, y había sido cubierto con terciopelo verde. Había unos cien actores vestidos al estilo clásico, llevando túnicas de seda fina con hilos de oro. Encuentro difícil concentrarme en la actuación; mis pensamientos están llenos de anticipación por mi visita a Zorzo.

Cuando llega la hora de retirarse, Lodovico y yo vamos a la cámara que se nos ha adjudicado, una habitación pequeña (para gran disgusto de mi marido) en la parte de atrás del palazzo—. Hay invitados mucho más importantes que nosotros —le recuerdo mientras le sirvo su Vin Santo de la noche. A escondidas, deslizo algo de valeriana molida en el cáliz, lo remuevo, y se lo doy—. A tu salud, marido.

Él se bebe la bebida de un trago y empieza a desvestirse—. ¡Ven, esposa!

Me deslizo en la cama junto a él, temiendo su toque. ¿Qué haré si las hierbas no funcionan? Lodovico coloca su mano sobre mi pecho, y le da a mi pezón un rudo pellizco. Luego, alabada sea la Santa Virgen, de repente, está roncando bajo las mantas. No me atrevo a arriesgarme a dormir, ya que podría no despertarme a tiempo. Así que me levanto de la cama, me vuelvo a poner el vestido, y me siento en el alféizar de la ventana. Pellizcando la piel alrededor de mis uñas, espero la luz del amanecer.

Después de una hora, Lodovico se levanta de la cama y suelta un gruñido. Mi corazón cae a mis pies; ahora nunca podré irme. Él va hacia su orinal y orina, soltando un pedo al mismo tiempo, y el amargo hedor de la orina y los olores corporales asalta mis fosas nasales. Luego, tras dedicarme una adormilada mirada, está roncando en la cama otra vez, y le pido a todos los santos que se quede allí.

¿El cielo nunca se aclarará? Bostezo y me estiro. ¿Quizás puedo dormir un rato? Cerrando los ojos, siento como me deslizo hacia el sueño. *No, Cecilia. ¡Permanece despierta!* Me levanto de mi

siento y camino por la habitación, mis zapatos de suave suela silenciosos sobre el frío suelo. Finalmente, la débil luz del sol se filtra por los paneles y cojo mi *Bauta*, capa, y caperuza.

Zorzo también lleva su máscara—. Sólo es un corto camino —dice tomándome de la mano. Caminando junto a él, soy consciente de lo alto y ancho que es en comparación conmigo. Prácticamente tengo que correr para igualar su zancada. Él se da cuenta y se disculpa—. No deseo desperdiciar ni un momento de nuestro tiempo juntos.

En su estudio me libero de mi disfraz y camino hacia el lienzo colocado sobre un caballete en la esquina. Puedo ver mi retrato, amamantando a Lorenza en medio del paisaje más amenazador. Hay otra figura, una mujer, que también está desnuda, observándome. Ella se parece a mí, pero sus ojos son verdes. Entre nosotros, en el centro del cuadro, hay dos pilares rotos. Sé lo que significan: muerte. Un escalofrío me recorre.

El fondo muestra una ciudad, encima de la cual una tormenta se prepara. El uso de los verdes y los azules en este amenazante cielo proyecta una sensación de mal agüero. Un relámpago golpea las nubes y, aún cuando me da escalofríos, al mismo tiempo estoy llena de admiración por la habilidad de Zorzo.

Hay un pequeño pájaro blanco en el tejado del edificio en el lado derecho. Lo miro: una garza, una señal de incendios. Mi piel cosquillea de temor, pero me digo que no debo ser fantasiosa, y en vez de eso debo admirar el maravillosamente detallado paisaje de árboles, arbustos, flores, y un riachuelo. La paleta de suaves verdes, sutiles azules y plateados enfatiza el carácter de la tempestad que se aproxima por encima del puente y la tranquilidad de debajo, donde yo estoy amamantando a Lorenza, observada por la mujer de los ojos verdes.

—¿Quién es ella? —pregunto señalando a la dama que me observa, aunque estoy segura de que la he visto antes.

—Vino a mí en un sueño. La vi rondando alrededor vuestro, *dolcezza*. Pero tendré que eliminarla. El hombre que ha encargado el cuadro ha pedido una figura masculina, así que me plasmaré a mí mismo en el lienzo.

—Creo que ésta es vuestra obra maestra, *amore mio*. Hay una sensación de amenaza, sin embargo. ¿Qué significa?

—¿Sabéis que la República se ha resistido a las demandas del Papa para la restitución de las tierras papales?

—N... n... no —tartamudeo.

—Maximiliano fue rechazado por el Consejo de los Diez cuando propuso una alianza contra Francia. —Zorzo va hacia su aparador y sirve dos cálices de vino—. Es por eso que atacó a la República. Ahora ha sido desterrado y obligado a firmar una tregua.

—¿Qué creéis que pasará?

—Sospecho que el Emperador se aliará con el Papa y el rey francés. Él no aceptará esta humillación de la Serenísima.

—Así que habrá más batallas —murmuro, ansiedad por la seguridad de mi hija dominando mi mente.

—Estaréis suficientemente segura en Asolo —dice Zorzo como si estuviera leyendo mis pensamientos. Él me tiende un cáliz—. La lucha del Emperador es con Venecia, no con la Reina. En cualquier caso, Maximiliano necesitará tiempo para recuperar sus pérdidas. Podría no haber más problemas por un tiempo.

—Espero que tengáis razón. —Tomo un sorbo y le miro a los ojos.

—Parece que os encontráis en mis aposentos a la hora de romper vuestro ayuno una vez más,

dolcezza. Sin embargo, os he pedido que vinierais aquí para que poséis de nuevo para mí.

¿Qué esperaba yo? Siempre era su diseño. Todo lo demás viene a ese precio, me doy cuenta, y no soy infeliz por la perspectiva de que yo pudiera volverlo a mi favor—. Siempre y cuando también me enseñéis —digo. Su amor por mí es físico, lo sé. Nuestro tiempo juntos ha sido demasiado corto como para que llegue a su alma.

—Necesito que estéis completamente desnuda.

—Entonces exijo lo mismo de vos. Cuando yo os pinte.

Los ojos de Zorzo brillan y asiente—. Encenderé un fuego para que no tengáis frío —dice él, y procede a hacerlo mientras me desnudo.

Él apila cojines sobre su cama y me pide que me tumbe con mi brazo derecho sobre mi cabeza, y mi mano metida debajo de ella—. Colocad vuestra mano izquierda sobre vuestras partes bajas, *dolcezza*, por modestia. Quiero que esta obra sea un himno a la belleza de la forma femenina, la cual vos representáis, no algo que animaría a los hombres a mirar con lujuria.

Mi doncella me había despojado de todo mi vello corporal hacía sólo dos días, algo que ella hace por mí cada semana, como es la costumbre. Me bañé anoche antes del baile, y gracias a la Santa Virgen aún huelo bien mientras me estiro sobre la cama. Hace calor aquí y me siento cómoda. Antes de darme cuenta, me he dormido.

¿Cuánto tiempo he estado soñando? Sueño con la extraña mujer. Ella está vestida como un hombre, y se parece a mí pero tiene la libertad de vagar por la ciudad a plena luz del día sin una máscara. La mujer que Zorzo pintó observándonos a Lorenza y a mí, estoy segura.

—*Dolcezza*, despertad, he terminado —oigo su voz—. El boceto está hecho y ya puedo hacer el resto de memoria.

Abro los ojos y me desperezo, sintiéndome revitalizada. —¿Qué hora es? —pregunto, levantándome y cogiendo mi ropa.

—Aún hay tiempo de que yo pose para vos —dice él, despojándose de su jubón y calzas—. ¡No, no os vistáis! Venid a mí primero, *dolcezza*.

Y entonces nos estamos besando, y su cuerpo duro está contra el mío, y todos los pensamientos de dibujarle se desvanecen de mi cabeza cuando su mano se alarga hacia abajo y me acaricia entre los muslos. Oh, Señor, cómo he echado esto de menos.

Un golpe en la puerta y dejamos de besarnos. ¿Quién puede ser? Nuestros ojos se encuentran mientras contenemos la respiración. Otro golpe. Entonces la voz de mi marido resuena a través del aire de la mañana. —¿Signor Zorzo? He venido a veros acerca de un cuadro.

Su cabeza se desplomó sobre la mesa. ¿Qué estaba haciendo de vuelta en el *campo*? Había una taza delante de ella, llena de un líquido marrón con espuma que olía amargo. Ella lo probó, y el café la trajo de vuelta al presente. ¡Maldición! ¡Vaya momento para dejar a Cecilia!

Con suerte, su némesis habría conseguido esconderse de Lodovico y dar alguna explicación más tarde sobre su ausencia. *Conozco a Cecilia casi tan bien como me conozco a mí misma. Espero que pudiera enfrentarse al reto*. Pobre chica, no pudiendo hacer travesuras con Zorzo. Casi con certeza ella había preparado que él se desnudara para ella con eso en mente.

Fern sonrió para sí, recordando cuando hizo el amor con Luca. ¡Luca! Ella deseaba verle. ¿Había merecido la pena venir a Venecia para saber que Cecilia era la musa de la *Venus Dormida*? Ella ya había deducido eso al mirar la foto del cuadro en su libro sobre el artista. La obra ya no estaba en Venecia, recordó, pero ella no podía recordar exactamente donde. ¿Alemania? Se encogió de

hombros.

Qué extraordinario que tanto Zorzo como Cecilia hubieran sido conscientes de ella. Su única reivindicación de fama: la mujer misteriosa sobre la que había pintado en *La Tempestad*. No es que ella se lo fuera a contar a alguien alguna vez; excepto quizás a Luca.

Había una cabina de teléfonos al otro lado de la plaza. Ella dejó algo de dinero sobre la mesa para su café y se dirigió a ella a zancadas. Luego marcó el número de su tía.

—¿Cómo van los bocetos? —preguntó Tía Susan.

—Terrible. No estoy de humor para ello. Creo que recogeré y cogeré un tren más temprano. Prometí ir a ver a Luca. Te llamaré desde su piso.

El tren iba abarrotado con estudiantes universitarios que viajaban hacia Ca' Foscari desde los pueblos y aldeas cercanos. Fern se sentó apretada junto a una monja obesa que se estaba comiendo un *panino* de salami. El grasiento olor se deslizó por la garganta y la hizo sentir náuseas. Ella sacó la última novela de Tía Susan de su bolso; ella casi había llegado al final y había terminado de leerlo para cuando llegó a Treviso. Una hora más tarde estaba llamando al timbre de Luca.

—Fern —dijo él abriendo los brazos.

Ella fue directamente hacia ellos. —¿Cómo está Chiara?

—Aún en el hospital. —Él la besó—. Mamá está con ella. La operación fue un éxito, gracias a Dios. Su pierna estará bien. Van a dejar que se vaya a casa mañana a la hora del almuerzo.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Al parecer rompió con Federico. Ellos solían encontrarse en una vieja granja que tenemos a los pies de las colinas de Monte Grappa.

—Sí, ella me habló de ella. Íbamos a ir a caballo hacia allí y hacer un picnic.

—Bueno, ella había empezado a sospechar que Federico estaba viendo a otra chica, así que decidió tenderle una trampa.

—¿Oh?

—Ella dijo que no se sentía bien y que no se encontraría con él ayer. Entonces fue a la granja y le descubrió allí *in flagrante*.

—¡Vaya cabrón!

—Absolutamente. Esta mañana ella fue a galopar como loca para desahogarse. Pegasus se asustó cuando un grajo se cruzó en su camino y ahí es cuando se cayó.

El corazón de Fern dio un salto—. Acabo de recordar algo. Algo que es más que impresionante.

—¿El qué?

—La primera vez que Cecilia se coló en mi mente, ella se cayó de su caballo, Pegaso, que es la palabra italiana para Pegasus, ¿verdad?

—Lo es. ¡Vaya coincidencia!

—Es más que una coincidencia. Es como un eco del pasado. —Fern sintió sus manos temblar—. Y me está asustando.

—¿Te gustaría quedarte aquí conmigo esta noche? —preguntó él—. Como amiga, por supuesto.

Ella sonrió, contenta de que no estaría sola; ella necesitaba su presencia reconfortante—. Eso sería maravilloso. Llamaré a mi tía.

Luca hizo *spaghetti alla carbonara* y, después de comer, él encendió el televisor—. Si no te importa, me gustaría ver el *Telegiornale*, y luego pondré un vídeo.

Las noticias estaban llenas con las repercusiones de la masacre de la Plaza Tiananmen en China—. Tantos muertos —dijo Luca después de traducir por ella. Fern asintió y una sensación de profunda tristeza se extendió por su cuerpo. *La crueldad del hombre hacia el hombre*. Ella recordó la trillada frase, *Tanto dolor y sufrimiento*. Cuando se veían colectivamente, el enorme número de muertos en Pekín era difícil de concebir. Sin embargo, cada persona venía de una familia, y esa familia estaría de luto.

Ella pensó en Harry. Las terribles circunstancias de su muerte y una vida acortada en su plenitud.

Ella le echaría de menos durante el resto de su propia vida, por supuesto, y ella sabía que debería aceptar lo que había pasado, y también el hecho de que no había sido culpa suya. Nadie podía predecir lo que estaba a la vuelta de la esquina; era mejor aceptar cada día como venía y vivirlo al límite. *Pero no es fácil.*

Luca levantó un vídeo. —¿Adivina qué?

Fern se rió. *Regreso al Futuro* sería una distracción bienvenida.

Ellos se sentaron a ver la película, cogidos de la mano y bebiendo Prosecco.

Después, Luca dijo. —Se está haciendo tarde. Yo dormiré en el sofá y tú puedes dormir en mi cama.

—No tenemos por qué, Luca —dijo ella, mirándole directamente a los ojos. Ella se ruborizó—. Me gustaría que me hicieras el amor. Si es que quieres, claro.

Luca la envolvió en sus brazos, y cuando ella alzó su boca hacia la suya, él la besó. Fue como beber vino dulce cuando ella le devolvió el beso, abriéndose a él, su lengua sobre la suya. Cuando se separaron, fue una tortura e inmediatamente empezaron a besarse de nuevo.

Él la llevó hasta su habitación. Se miraron el uno al otro y ella llevó sus dedos hacia su rostro, trazando el perfil de sus rasgos, sosteniendo su mirada. Luego, despacio, Luca desabrochó su blusa y le quitó los vaqueros, colocándolos sobre la silla junto a su cama. Sujetando su cara, Luca la besó en la punta de la nariz, en las comisuras de la boca, su pulso en la base del cuello. Ella desabrochó su sujetador y lo dejó caer al suelo. Rodeando su cintura con sus brazos, ella se presionó suavemente contra él y besó su pecho.

—Está bien —dijo ella, pensando que debería animarlo—. Mi médico me recetó la píldora porque tenía reglas irregulares. —Ella soltó una risa avergonzada—. No te preocupes. No he estado con nadie desde Harry.

—No estoy preocupado —dijo él, abrazándola de nuevo.

Él la levantó en sus brazos y la llevó hasta su cama.

Hicieron el amor despacio, saboreando cada momento, sus besos largos y profundos, su coito sin prisas. Parecía que por un acuerdo no verbal ambos prolongaron el solaz de su cópula para llegar al clímax juntos.

Luca se quedó dormido rápidamente, pero Fern encontró difícil dormirse. La noche era cálida y un mosquito zumbaba junto a su oreja izquierda. *Mejor ponerse algo de repelente.* Ella se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. *Tiene que haber algo aquí.* Ella miró fijamente su reflejo. Una repentina caída de la temperatura y la imagen vaciló delante de sus ojos.

—*Lorenza...*

Cecilia estaba de pie detrás de ella. Una sensación de náusea en su estómago, Fern vio como Cecilia levantaba la mano y la señalaba. Entonces la imagen del espejo se distorsionó de nuevo.

Regresé a Asolo hace seis meses, mi corazón dividido entre mi hija y mi pintor. Soy avariciosa y quiero sentir los labios de Zorzo sobre los míos, y aún así son los pegajosos besos de Lorenza (después de haberse comido un *zabaglione*) son los que estoy disfrutando esta mañana. Ese tiempo lejos de ella, sólo cinco días, me parecieron un año, y contaba las horas durante el largo y polvoriento viaje desde Venecia para volver aquí. Lodovico no me ha dejado fuera de su vista desde mi breve escapada de él tras la celebración de Cornaro. Sonríe por dentro, recordando.

Zorzo gritó a través de la puerta que estaba ocupado, y le dijo a mi marido que volviera en una hora. Apenas podía creer mi propia audacia mientras tiraba del pintor hacia mí. Caímos sobre la

cama; nuestra cópula fuerápida pero satisfactoria. Alcancé mi gozo al cabo de unos minutos y él también. Zorzo se retiró de mí para que no hubiera posibilidad de hacer otro bebé. Qué lástima. Un hijo de ojos oscuros me habría venido perfectamente—. No le vendáis a mi marido ese cuadro que hicisteis de nosotras —supliqué—. Y no le dejéis ver los lienzos con mi retrato.

—No temáis, *dolcezza* —dijo Zorzo, poniéndose el jubón y las calzas. Fue hacia *La Tempestad* y lo envolvió con una tela blanca—. Éste ya está adjudicado, y no me desharé del tocador de laúd y su verdadero amor a ningún precio. Dejaré que Signor Lodovico entre en mis aposentos después de que vos os hayáis marchado, pero le diré que el Duque de Ferrara no tiene suerte.

Y eso hizo. Cuando Lodovico regresó al palacio Cornaro, yo estaba de vuelta en nuestra habitación. —¿Dónde has estado? —preguntó, su voz aguda.

—Fuera tomando el aire de la mañana. Necesitaba aclarar mis pensamientos.

—¿Y tu doncella fue contigo?

—Por supuesto —mentí, pensando que tendría que recordar sobornarla.

He soportado los avances de Lodovico cada noche desde nuestro regreso a Asolo, tumbada y pensando en Zorzo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Aún no estoy embarazada y tengo que permitir que mi marido me penetre, sus dedos amoratando mi cuerpo. Esta noche vamos a asistir a un banquete en Barco, para el hermano de la Reina que está de visita. Va a haber una justa antes de cenar, y luego el habitual baile. Se me corta la respiración de la excitación; sé que Zorzo estará allí.

Temprano por la tarde, Lodovico y yo partimos para Altivole. De nuevo voy a estar lejos de mi bebé. Sólo que ella ya no es una bebé, sino una niña pequeña de dos años. Y está aprendiendo a pintar. Incluso a tan temprana edad, ella era un prodigio y tenía un conocimiento innato de los colores. Convenceré a Lodovico para que me deje encontrar un profesor para ella cuando sea el momento correcto. Es mi deseo más sincero que Lorenza se convierta en la artista que yo nunca podré ser.

Las nubes están bajas sobre el Monte Grappa y la niebla abraza los valles entre las colinas Asolanas y la llanura veneciana. La villa de las delicias de mi señora está casi terminada ahora, y es una maravilla que ver. Los frescos adornan la mayoría de las paredes exteriores, los jardines están completamente abastecidos, el parque de caza vibrando de vida, y el aire perfumado con el aroma de las rosas tardías.

El sol de la tarde atrapa las cimas de los cipreses cerca de las puertas de Barco cuando nuestro carruaje aparca fuera. El otoño ha llegado temprano este año, el año de Nuestro Señor 1508, y los días se están acortando. Vamos a nuestros aposentos, los sirvientes trayendo nuestros baúles de ropa. Dejo que mi doncella saque mis vestidos y salgo con Lodovico hacia los terrenos de la justa.

La Reina no ha escatimado gastos para el torneo en honor de su hermano. Hay telas de oro por todas partes, desde las banderas hasta las cortinas, hasta los tapices decorando su tienda. Incluso los platos y los cálices desde donde las viandas serán servidas son de oro—. Una gran ocasión para celebrar la República —dice mi señora.

Lodovico y yo hacemos nuestras reverencias. Me dejo caer en una de mis más profundas y elegantes reverencias, y mi marido se inclina profundamente—. Nos sentimos honrados de ser vuestros invitados.

—Vuestro hermano ya está aquí. —Ella sonrío—. En alguna parte.

—Iré a buscarle —responde Lodovico con otra inclinación.

Mi señora se pone de pie y aplaude cuando un caballero que porta los colores plateados y rojos de Lusignan entra galopando sobre un elegante caballo de guerra negro. Los colores del último estado cruzado de Chipre, el de su fallecido esposo. El oponente de su campeón lleva los colores

azul y naranja de Giorgio Cornaro. Sin embargo, no es más que una justa amistosa; aún así no me gusta mirar, ya que aborrezco cualquier forma de violencia. Decido escabullirme e ir a pasear por el huerto. Al volver un seto, oigo el sonido de voces. Las de Lodovico y su hermano. No siento deseos de saludar a Giovanni todavía, así que espero tras el seto.

—¿Tienes noticias para mí del Duque? —le dice Giovanni a mi marido.

—El ejército veneciano aún está en Brescia —murmura Lodovico. —¿Se ha recuperado el Duque de su decepción al yo no poderle proporcionar ningún cuadro de Giorgione?

—Ya se le ha olvidado. Iba a ser un regalo para la Duquesa. Está ocupado haciendo cañones para la guerra que se avecina. Es la primera vez en la historia que Venecia tiene tantos enemigos al mismo tiempo. —Giovanni suelta una risotada—. La República es demasiado complaciente.

—El Dogo estima que el Emperador Maximiliano tiene demasiado poco dinero como para financiar un ejército.

—Ja —dice Giovanni—. Compartiré esa información con el Duque.

Gesù bambino! Zorzo tenía razón. Mi corazón late salvajemente contra mis costillas, y girando sobre mis talones, me alejo de puntillas.

El torneo aún sigue con fuerza; los vítores de los cortesanos resuenan en mis oídos. ¿Debería decirle algo a mi señora? Sí, debería. ¿Pero cuándo? Ella se sienta en calma y sonríe muy dulcemente a todos en su corte. ¿Cómo puedo romper la confianza que tiene en nosotros? La Reina ha sufrido demasiado. Ella se casó a la edad de dieciocho con un hombre al que apenas conocía. Todo el mundo dice que ella le quería y que él también la quería a ella. Qué terrible que él muriera cuando habían estado casados sólo nueve meses. Mi corazón se encoge cuando recuerdo la segunda vez que se rompió el corazón de mi señora. La muerte de su hijo cuando tenía un año. Ella debe haber estado devastada. Yo sé como me sentiría si mi Lorenza me dejara. ¿Cómo podía haber soportado la Reina el dolor de su pérdida?

Las conspiraciones para arrebatarle el trono a mi señora deben haberle parecido insignificantes en comparación, y aún así se mantuvo en Chipre durante quince años, y fue muy amada por su gente. No hay sorpresas ahí, ya que todos la amamos. Su lealtad a La Serenísima siempre ha sido inquebrantable, y ella estará disgustada por que Lodovico haya estado usando su posición en la corte para espiarla.

Me siento durante las justas, desviando la mirada cada vez que un *cavalliere* es desmontado, y escucho a Dorotea charlar excitadamente—. Mi señora tiene un admirador —dice.

—¿Quién? —pregunto, sintiéndome complacida por la Reina. Ella ha estado sin amor demasiado tiempo.

—Pandolfo Malatesta, Señor de Rímini. Un gran caballero y *condottiero*. Él está al servicio de Venecia, así que no habrá obstáculos. Excepto que su orgullo tras haber sido la esposa de un rey ha evitado que ella lleve las cosas más lejos.

—Mi señora se merece encontrar la felicidad de nuevo. Ojalá hubiera alguien para ella.

Dorotea suspira—. Y para mí. Me estoy convirtiendo rápido en una *zitella*.

Ella resopla y frunce el ceño, pero no siento lástima por ella. Una cadena de amantes se ha abierto camino por su vida, y su reputación está mancillada. Ella tendrá suerte de encontrar un protector y convertirse en su amante antes de que su carne joven se marchite. Quizás estoy siendo demasiado dura, y debería desearle que encuentre la felicidad, si no es con un hombre, al menos teniendo su propio bebé como yo—. Hay tiempo —digo suavemente, dándole palmaditas en el brazo.

Ojalá Fiammetta estuviera aquí, pero ella había tenido otro bebé, una niña. Fue un parto difícil y ella no se ha recuperado aún. Fiammetta me daría buenos consejos sobre cómo continuar estando

casada con un traidor.

Lodovico toma asiento junto a mí, con aspecto tan inocente como el día que nació (aunque dudo que incluso entonces fuera inocente). Si yo fuera de naturaleza violenta y tuviera una daga, se la clavaría en el corazón.

Pronto la justa termina y vamos a nuestros aposentos para descansar antes del banquete. Cuando Lodovico empieza a roncar en nuestra cama, me deslizo fuera y, en unos minutos, estoy en la recámara de mi señora—. Por favor, domina, suplico un momento en privado.

—Sí, querida mía, ¿qué sucede? —pregunta ella, enviando a sus damas al lugar más alejado de la habitación.

Rápidamente le cuento lo que he oído en el huerto—. Semejante traición —digo.

Mi señora suelta su tintineante risa—. Dulce Cecilia. ¡No te preocupes! Mi hermano tiene al ejército veneciano bien entrenado, y las fuerzas del Emperador no son enemigo para nosotros. Si Maximiliano se atreve a atacar de nuevo, él será desterrado una vez más. En cuanto a tu marido, he tenido mis sospechas desde hace tiempo. Lamento verlas confirmadas.

—¿Qué debería hacer?

—¿Puedes vigilarle? Infórmame si oyes algo importante. Dos pueden jugar al mismo juego, ya lo sabes.

—Sí, domina.

Voy a cambiarme para ponerme mi vestido de noche: un rico brocado de seda rojo profundo. Lodovico me pregunta dónde he estado y le digo la verdad—. A ver a mi señora. —Él me deja bajo las atenciones de Marta, mi doncella, quien desenreda mi pelo y coloca una *ghirlanda* sobre mi cabeza para sujetar mis cabellos alejados de mi cara. Me pongo mi collar de oro y pellizco mis mejillas para darles algo de color.

—Muy hermosa, signora —dice Marta, realizando una reverencia. Deslizo un par de monedas en su mano y luego la dejo que ordene la habitación. Marta es mi mejor aliada, aunque no soy tonta y me aseguro su lealtad sobornándola regularmente.

Zorzo está en el banquete. Le diviso inmediatamente y le estudio por el rabillo del ojo. Está sentado en el extremo más alejado de la sala, vestido con un jubón de terciopelo morado, tan alto y guapo; él pillla mi mirada, haciendo que se me pare el corazón.

Estoy sentada a la derecha de mi marido para la comida, que parece interminable: plato tras plato tras plato. Mi estómago está demasiado agitado como para comer mucho, y finalmente nos levantamos de la mesa y progresamos hacia el salón, donde los músicos ya están afinando los instrumentos.

Mi señora y su hermano abren el baile, y le sugiero a Lodovico que debería invitar a Dorotea a bailar. Él no necesita muchos ánimos. Ella le ha estado poniendo ojitos toda la noche, y sus ojos sólo han dejado sus pechos como cojines cuando se ha servido comida y la ha comido.

Les observo unirse a los bailarines y, en unos segundos, Zorzo está a mi lado. Él se inclina profundamente. —*Dolcezza*.

Comenzamos la dudosa marcha de la *pavana*, y respiro el aroma del aceite de linaza de sus manos, y el masculino olor de su sudor. —¿Cómo estáis?

—Bastante bien —dice él. —¿Y vos?

Le hablo de mi descubrimiento de esta tarde mientras me hace girar despacio con la música de la viola.

—Es lo que temía entonces.

—Mi señora no está muy preocupada por ello. Ella simplemente quiere que yo vigile a Lodovico.

Debo espiarle mientras él la espía a ella.

—Tened cuidado, *dolcezza*. Habrá problemas en el camino.

—¿Estáis seguro?

—La República cree que usando la diplomacia puede dividir a aliados como el Rey Francés y el Emperador de Habsburgo. No funcionará.

—¿No han estado desconfiando los unos de los otros durante años?

—Su odio hacia La Serenísima es mucho mayor que su desconfianza de los demás.

El baile llega a su fin. Mientras hacemos nuestras reverencias, él susurra. —¿Cuándo puedo veros a solas?

—No será fácil. Estoy vigilada por mi marido. ¿Estaréis aquí mucho tiempo?

—Una semana. Hay un fresco final que necesito completar en la capilla.

—Lodovico y yo regresamos a Asolo mañana, tras la cacería.

Mi marido se acerca. Se inclina ante Zorzo, quien le saluda. Luego Zorzo se aleja y Lodovico dice. —No me gusta ese tipo. O el modo en que te mira.

Suprimo una carcajada ya que, ¿no ha estado él haciendo lo mismo con Dorotea, la mujer a la que él a menudo se ha referido como que es tan promiscua que ella “abre su carcaj para todas las flechas”? Nos vamos a nuestros aposentos y Lodovico me ve desvestirme. Noto el brillo en sus ojos —. Estoy cansada. ¿Tenemos que hacerlo?

—¿Tenemos que hacerlo? —repite con tono de burla—. El cansancio no importa. Todo lo que haces es tumbarte allí mientras que soy yo el que hace todo el trabajo. —Su voz se eleva—. Si estuvieras embarazada, no me molestaría.

—No. —Niego con la cabeza, mi mente decidida.

—Sí —me contradice—. Es mi derecho como tu marido y tú debes realizar tu obligación hacia mí, esposa. —Me agarra de los hombros y me empuja sobre la cama.

—¡Déjame en paz!

—¿Cómo te atreves a decirme qué hacer? —su voz se ha vuelto incluso más fuerte. Ojalá alguien pudiera oírle y viniera a nosotros, aunque, al mismo tiempo, sé que no sucederá. Soy la mujer de Lodovico para que él me trate como desee, ya que ha “pagad. —por mí, me ha dado casa, ropas, y me ha alimentado.

Lodovico separa mis piernas y me penetra con fuerza—. *Madre di Dio!* Embarázate rápido, Cecilia. No puedo hacer esto mucho más tiempo.

Ni yo tampoco.

Él rueda fuera de mí y suelta un pedo. El hedor de los horribles gases me provoca arcadas. Espero, y luego, tan pronto como está dormido, me levanto de la cama y voy a mi baúl, donde he escondido una jarra de vinagre. Empapo un paño con el líquido y froto mi *figa*. Escuece, y tengo que hacer un esfuerzo por no gritar. Pero es mejor este dolor que el dolor de llevar al hijo de Lodovico Gaspare.

Girándome para volver a la cama, observo mi reflejo en el espejo sobre el aguamanil. Sólo que no es mi reflejo el que veo, sino el de la extraña mujer que aparece en mis sueños. Sus ojos verdes se abren de sorpresa cuando me ve de pie detrás de ella. Levanto mi dedo y señalo, y entonces el cristal ondea. Recuerdo que eso sucedió antes. *¡Tan extraño!* La dama del espejo desaparece y sólo está mi reflejo devolviéndome la mirada.

Mi mente me está haciendo ver cosas, decido, mientras me deslizo bajo las sábanas junto a Lodovico, quien sigue roncando. Cerrando mis ojos, me acurruco sobre mí misma y, antes de darme cuenta, estoy dormida y la mañana ha llegado.

Después de que hayamos desayunado, Giovanni se acerca a mi marido—. Ha llegado un mensajero del Duque. Nos necesitan a los dos en Ferrara.

No puedo creer mi suerte. La libertad, de algún modo, es tan rara y tan deseada, y será mía al menos durante unos días. Voy a la cacería sin mi marido, y el placer de montar a Pegaso de nuevo supera la incomodidad que siento por el brusco tratamiento de Lodovico de la pasada noche. Zorzo va galopando junto a mí—. Conozco un lugar donde podemos estar solos —grita por encima del sonido de los cascos—. ¡Detened vuestro caballo y rezagaos! Podemos fingir que se le ha caído una herradura, y diremos que vamos a regresar a Barco.

Sucede como él lo sugiere. Desmonto y camino junto a él—. Hay una antigua calzada romana hacia una antigua capilla escondida en un valle —dice él—. Ya nadie va allí, pero la he visitado muchas veces para dibujar el paisaje.

Tan pronto como la cacería ha continuado, volvemos a montar y seguimos la carretera detrás de la colina. El aire está pesado con humedad y un halcón vuela en las termas sobre nuestras cabezas. Los grajos graznan desde la copa de los árboles junto a nosotros mientras pasamos trotando—. ¡Vamos, Cecilia!’ Zorzo anima a que su caballo galope—. No tenemos mucho tiempo.

En el camposanto, desmontamos y caemos en brazos del otro. Cuando digo “caemos”, lo digo literalmente, ya que hacemos exactamente eso, convirtiéndonos en sólo uno en unos segundos, tan grande es nuestra pasión. No hay necesidad de decoro, ya que somos las únicas personas en esta parte reclusa del campo. Si alguien nos ve es el espíritu de los romanos que estuvieron aquí antes que nosotros, guardando la entrada al valle.

Ni siquiera nos molestamos en desvestirnos. Zorzo desata su bragueta y levanta mis faldas, levantándose sobre él mientras se inclina sobre el muro del edificio. Estoy preparada para él, mis piernas rodeándole, mis labios en los suyos, mi *figa* succionándole con avaricia, y oh es tan, tan maravilloso que le digo mientras alcanzamos nuestro gozo. —¡Dame otro bebé, Zorzo!’

Fern se alejó del espejo, su mareo y sentido de dislocación mezclados con algo más. Ella había oído mencionar la iglesia donde Cecilia había estado con Zorzo, de eso estaba segura.

Ella regresó a la cama de Luca, se deslizó entre las sábanas, y rodó sobre un lado, su cuerpo lánguido. Es extraño como ella había experimentado la cópula de Zorzo al mismo tiempo que Cecilia. De hecho, totalmente raro. Igual que cuando ella había pasado por el parto de Lorenza y el dolor de su separación de ella.

Dios, Fern, has hecho el amor con dos hombres esta noche. Ella observó la figura de Luca durmiendo junto a ella. Ella no debía confundirle con Zorzo. La forma en que su boca se levantaba en las comisuras era como la del pintor. Pero ésa era la única similitud, excepto la forma en que ambos hacían el amor. El último encuentro de Cecilia con Zorzo había sido igual que el suyo propio con Luca la otra semana. *Otro eco del pasado.*

¿Y qué pasaba con la antigua iglesia? Ella había oído mencionar la antigua iglesia antes. ¿Quién le había hablado de ella? ¿Había sido Vanessa? No. Vanessa no. ¡*Chiara!* Había sido Chiara. Esa vez cuando había montado a caballo con ella y Chiara había sugerido que hicieran un picnic en la granja. Pobre Chiara. Qué terrible para ella haber encontrado a Federico allí con su otra mujer.

Por la mañana, Fern le contó a Luca lo de la traición de Lodovico y el encuentro amoroso de Cecilia y Zorzo—. A Cecilia se le escapó decirle a Zorzo que Lorenza es suya —dijo ella.

—Eso debe haber provocado revuelo.

—Eso espero. Volví al presente sin descubrirlo.

—Estoy preocupado por ti, Fern. —Él la besó—. Cecilia no te dejará en paz. Estás llegando al final de su historia. Y creo que coincidirás conmigo en que sabemos lo que pasó. Creo que el trozo de madera quemada es una advertencia.

—Sí, lo sé, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. —Ella pensó por un momento. —¿Tienes que ir a trabajar hoy?

—No. Tengo el día libre para ayudar a mamá a recoger a Chiara del hospital. ¿Por qué?

—Me gustaría visitar tu granja, y comparar la zona con la zona a la que fueron Cecilia y Zorzo. Me gustaría ver si es la misma iglesia. Sólo para calmar mi mente, y si te parece bien.

—No se me espera en el hospital hasta mediodía.

—Telefonaré a Tía Susan y le diré que estaré en casa para almorzar.

Una hora más tarde, Fern estaba de pie junto a Luca delante de la granja, que estaba situada a medio camino colina arriba, detrás de una vieja capilla—. La vista es increíble —dijo ella.

—Mira hacia la derecha —dijo Luca, señalando a las distantes colinas en el horizonte—. Ésas son las Colinas Euganeas detrás de Padua.

—Y ésa es la parte de atrás de Asolo. —Fern señaló la cadena más cercana de altozanos a la izquierda, siete lomas, ondulando como la espalda de un dragón chino, separadas por valles boscosos, la Rocca coronando la segunda cima, la última a la derecha. Entre las dos cordilleras se extendía la llanura veneciana, salpicada con pueblos y aldeas, las agujas de sus iglesias alargándose hacia el cielo.

Ella miró abajo hacia la iglesia, acunada al pie de la colina. *Otro eco*. Ella señaló—. No tenía aguja en la época de Cecilia, ni esos cipreses, pero reconozco el edificio.

—Al parecer ahí había una caseta de centinelas romana que databa de hacía unos dos mil años. Protegiendo el paso hacia el valle.

Fern pensó en la casa en el Río Wye donde ella había crecido. Había sido un refugio tras la muerte de Harry. Ella había tenido que dejar Londres cuando los vecinos habían llamado a la policía después de que ella les hubiera despertado repetidamente gritando por sus pesadillas de fuego y muerte. Fue entonces cuando ella pidió una excedencia en el trabajo. El hogar estaba donde ella se había embarcado en la terapia artística, donde ella había sido consolada, donde ella se había sentido segura.

¿Quizás debería reducir las pérdidas e ir allí ahora para pasar los últimos días de sus vacaciones? Sería la opción más segura. Alejarse de esos ecos de un pasado que no podía cambiar. Ella miró la antigua capilla.

—*¡Lorenza!*

La voz resonó en su cabeza. Fern cuadró sus hombros; ella tenía que descubrir lo que le había pasado a la niña. Y el único modo de hacer eso era continuar hasta los momentos finales de Cecilia. Pero ella no haría eso ahora. *¡Concéntrate en otra cosa!*

Era un día tan despejado que estaba segura que podría divisar Venecia en el horizonte al sur. La República de tiempos lejanos. Una larga historia de guerra y conquista. Ella *estaba* asustada, pero también estaba intrigada. Quedaba tan poco tiempo antes de que tuviera que partir. Su trabajo, su vida como la había conocido hasta hacía unas semanas, su futuro, todo la estaba esperando en Londres.

¿Y entonces qué pasaba con Luca? ¿Le amaba? Ella sabía que le echaría terriblemente de menos

cuando dejara Italia...

—Por favor, cena con nosotras esta noche, Luca. Tía Susan me dijo por teléfono que ella iba a hacer uno de sus sopas galesas de estofado.

—Ya se me está haciendo la boca agua.

Fern observó a su tía sonreír cuando Luca pidió una tercera ración. Tía Susan llenó su plato hasta el borde, y se unió a él al servirse más ella también.

—¿Y tú qué, Fern? —preguntó Tía Susan.

—Es delicioso, pero estoy llena. Gracias.

Fern se reclinó hacia atrás y estudió a Luca mientras charlaba con su tía. Chiara había vuelto a casa del hospital, pero estaba confinada a la cama durante unos días y bajo sedación para el dolor. Federico había llamado por teléfono a la villa, pero Vanessa le había dicho sin rodeos que no volviera a llamar.

Luca continuó hablando de los pararrayos. *¡Pararrayos!* —Son esenciales —dijo él—. Si un rayo fuera a golpear esta casa durante una tormenta, sería conducido por el pararrayos y pasaría a través de un cable hasta el suelo.

—Suena como una buena idea —dijo Tía Susan. —¿Puedes conseguirme uno? Aunque las oportunidades de ser golpeados por un rayo sean mínimas, más vale prevenir que curar.

—Absolutamente —dijo Luca, rebañando los últimos restos de su estofado con un trozo de pan—. Gracias por esta increíble comida.

Fern se levantó de su silla—. Relájate, Tita, mientras nosotros lavamos los platos.

Tía Susan se dirigió hacia la televisión y la encendió. Ella empezó a ver un episodio de *Knots Landing*, doblada al italiano.

—He estado pensando en como mantenerte a salvo —dijo Luca, cogiendo un plato de Fern y poniéndolo en el lavavajillas.

Ella le lanzó una mirada y él levantó las manos—. No me acuses de ser un cavernícola, ¿pero hay algún modo de que pueda convencerte para que no pases por ello?

—No tengo mucha opción. Si estoy asociada en algún sitio con Cecilia, ella casi siempre me encuentra. Conseguí bloquearla de mi mente esta mañana cuando estuve en la granja, sin embargo. ¿Quizás me estoy volviendo más fuerte?

—O Cecilia se está debilitando...

—Entonces, ¿qué propones que haga?

—No creo que deberías estar sola. Si estás con Cecilia cuando muera, podría resultarte imposible regresar al tiempo presente.

—Eso es una locura.

—¿Lo es? ¿Tanta locura como un trozo de madera quemada que aparece y desaparece? ¿Tanta locura como sentir los dolores de parto de una chica muerta desde hace mucho?

—Tienes razón. ¿Y qué pasa cuando estoy dormida? Ella viene a mí en mis sueños algunas veces.

—Bueno, creo que deberías quedarte en la villa. La única vez que has tenido una visión de Cecilia allí fue cuando ella estaba de cacería. Lo he discutido con mi madre y ella está de acuerdo en que sería una buena idea que pasaras unos días con nosotros.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Y puedes echar una mano con Chiara.

—Aún quiero descubrir que pasa con Lorenza.

—Puedes venir a mi piso para ello, y yo te vigilaré. Para asegurarme de que nada inapropiado sucede.

—De acuerdo. Se lo diré a mi tía entonces y haré una maleta y cogeré mis cosas de arte.

Esa noche, ella durmió con Luca. Hicieron el amor con tanta dulzura como antes. Ella se estaba acostumbrando a esto. Los largos y lánguidos besos, la sensación de su duro pecho contra sus pechos. El modo en que él recorría sus dedos por su pelo, la forma en que tocaba sus nalgas, la forma en que la llevaba al orgasmo tan despacio que cuando ella llegaba a su límite pensaba que explotaría de placer.

Cuando se levantaron la mañana siguiente, Luca le recordó que era su ensayo final esa noche para la recreación, que sería mañana. Fern le besó. —¿Podemos volver a tu piso después de la práctica?

—Muy amable por tu parte venir a echarnos una mano —dijo Vanessa en el desayuno—. Y creo que Luca tiene razón. Probablemente estés más segura aquí. ¿Te importaría hacerle compañía a Chiara mientras voy a la farmacia a recoger algunos medicamentos?

—No me importa en absoluto. Ella puede verme pintar. La gente tiende a encontrarlo bastante relajante. Sé que a mí me relajaba cuando empecé con la terapia artística.

La habitación de Chiara daba a los viñedos a un lado de la villa. Había una pequeña iglesia de fondo, y suaves colinas salpicadas con bosquecillos por detrás. Un paisaje perfecto para una artista de acuarelas. Ella había pintado más en las últimas semanas de lo que había hecho en meses en Londres. Y ella se sentía muy orgullosa de las obras que había producido. Tener a Cecilia en su cabeza y observar a Zorzo debía haber mejorado su técnica. Ella no podía esperar a mostrar su arte a un agente.

Chiara estaba dormida, su pierna levantada sobre cojines. Fern pasó de puntillas por la habitación, colocó su caballete portátil, mojó su brocha en el vaso de agua que había traído con ella, y procedió a mojar el papel. Ella mezcló un tinte de verde jade y se dispuso a trabajar. Casi le da un infarto cuando oyó a Chiara decir. —¿Puedo echar un vistazo?

Fern retiró su cuadro del caballete y lo llevó a la cama.

—Muy bonito —dijo Chiara, subiéndose las sábanas hasta el pecho. Ella frunció el ceño—. Odio a Federico por lo que hizo, ¿sabes? Me ha tomado por una completa idiota. Nunca le perdonaré. —Empezó a llorar con grandes sollozos desgarradores.

Fern la rodeó con sus brazos—. Lloro —dijo ella—. Líbrate de tu dolor llorando. Lloro toda tu frustración. —Mientras lo decía, sus propias emociones reprimidas se liberaron, y se descubrió sollozando con Chiara, llorando por Harry, por su bebé perdido, por el futuro que nunca tendrían. Y mientras lloraba, sintió que su culpa se iba borrando con las lágrimas.

Tras un par de minutos, Chiara dijo. —Tienes razón. —Suspiró—. Me siento mucho mejor. Pero aún estoy muy cansada. Creo que volveré a dormirme ahora.

Chiara cerró los ojos. Se veía tan joven allí tumbada, su largo pelo castaño oscuro extendido sobre la almohada. Fern esperó hasta que estuvo respirando regularmente y luego salió de la habitación.

Vanessa había vuelto de la *farmacia* y estaba bebiendo una taza de café en la sala de estar. Ella sonrió cuando Fern apareció. —¿Cómo está Chiara?

—Lloramos bastante las dos juntas. Mi terapeuta siempre me estaba animando a soltar mis sentimientos reprimidos. Podría tardar un poco, pero creo que Chiara se recuperará del dolor.

Vanessa dejó su café—. Estoy segura de que lo hará. Ahora ponme al día de todo lo que ha

estado pasando con Cecilia.

Fern le habló de su visita a Venecia, la celebración de la victoria de la República sobre el Emperador, y Cecilia posando para la *Venus Dormida* de Giorgione. Luego le contó como Lodovico había estado espiando para el Duque de Ferrara.

—Acabo de recordar algo —dijo Vanessa—. Luca me pidió que hiciera algo de investigación en la biblioteca para él, para descubrir el posicionamiento de Ferrara hacia el Emperador Maximiliano. Yo iba a decírselo, pero Chiara se cayó del caballo y se rompió la pierna, así que se me fue de la cabeza. Espera un minuto. Cogeré mis notas.

Vanessa fue al escritorio en una esquina de la habitación. Ella rebuscó en un cajón y luego caminó por encima de la alfombra—. El 10 de diciembre de 1508 —leyó.— los representantes del Papado, Francia, el Sagrado Imperio Romano, y Fernando I de España concluyeron la Liga de Cambrai contra la República. El Marqués de Mantua y el Duque de Ferrara también se unieron, por lo tanto aislando Venecia.

El pulso de Fern se aceleró.

El ensayo final de la recreación terminado, ella caminaba con Luca por Via Canova hacia el palazzo donde tenía su piso. Era una noche cálida, el omnipresente aroma de madreSelva de los jardines de la ciudad perfumando el aire. Subieron la amplia escalera de mármol y entraron en el apartamento.

En la cocina, él sirvió un vaso de Prosecco para cada uno—. ¡Salud! ¿Cómo te sientes?

—Un poco nerviosa, teniendo en cuenta lo que tu madre me contó sobre la alianza contra Venecia. ¿Y si Lodovico hubiera declarado su verdadera naturaleza y se hubiera llevado a Cecilia con él a Ferrara?

Luca tomó un sorbo de vino. —¿Estás segura de que quieres pasar por todo eso?

—Definitivamente —dijo ella, haciendo un esfuerzo por sonar positiva.

—Es un poco como contactar con el más allá. —Él le lanzó una mueca sardónica—. Sólo que no necesitamos una médium.

—No —dijo ella con mariposas en el estómago y su bravuconería de antes con riesgo de desmoronarse—. Si puedo, te contaré todo lo que experimente. Entonces puedes intentar sacarme de ello si todo empieza a irse a la porra.

—¿Y si no pasa nada? ¿Y si no conectas?

Fern se rió—. Cierto, podemos sentarnos aquí toda la noche simplemente mirando al infinito.

—¿Hay algo que puedas hacer para... para... oh, ya sabes lo que quiero decir...

—Quizás si pienso en ella eso pueda ayudar.

—¿Y si te relajaras un poco, te reclinas, cierras los ojos? ... ¿Fern?... ¿Fern?

El hermano de mi señora esté de nuevo de visita y hay el habitual banquete en su honor. Al menos, en esta ocasión, él está aquí sólo con un pequeño séquito. Lodovico y yo hemos sido situados en la mesa principal. ¡Vaya honor! Observo a mi marido moverse alrededor de Giorgio Cornaro como una polilla alrededor de una llama. Lodovico rellena el cáliz del noble Cornaro de la jarra sobre la mesa. ¿Por qué no espera a que un sirviente lo haga? Vaya sabandija es, ¿y para qué lo hace?

La primavera ha llegado a este año de nuestro Señor 1509, y las flores de los melocotoneros llenan los jarrones alineados a un lado del salón de banquetes. Mi amor verdadero también está aquí;

es la primera vez que le veo después de nuestro encuentro amoroso en la cacería. Zorzo rasguea su laúd y canta:

*‘Paz no encuentro ni puedo hacer la guerra,
y ardo y soy hielo; y temo y todo aplazo;
y vuelo sobre el cielo y yazgo en tierra;
y nada aprieto y todo el mundo abrazo.
Quien me tiene en prisión, ni abre ni cierra,
ni me retiene ni me suelta el lazo;
y no me mata Amor ni me deshierra,
ni me quiere ni quita mi embarazo.
Veo sin ojos y sin lengua grito;
y pido ayuda y parecer anhelo;
a otros amo y por mí me siento odiado.
Llorando grito y el dolor transito;
muerte y vida me dan igual desvelo;
por vos estoy, Señora, en este estado.*

Es uno de los sonetos de Petrarca; lo sé porque lo he leído. Zorzo me mira a los ojos. Mi corazón se acelera cuando recuerdo ese día del pasado otoño cuando se me escapó que él era el padre de mi hija.

Él me cubrió de besos y suplicó ver a Lorenza antes de que Lodovico volviera de Ferrara. Así que le llevé a la casa de Asolo, y él le dio vueltas sobre su cabeza como la vez cuando las había dibujado para *La Tempestad*. Entonces le enseñé los dibujos que ella había hecho, donde la mezcla de colores hablaba de una madurez y habilidad más allá de su edad—. Ella se parece a ti en belleza y talento —dijo él, y yo me hinché de orgullo.

Después de cenar la corte baila el *saltarello*. Saltando sobre los dedos de nuestros pies, parecemos alegres. Es una farsa. El Papa Julio ha proclamado un interdicto contra Venecia y ha excomulgado a todos los ciudadanos de la República por la no restitución de los Estados Papales. *¡Excomulgados!* Ya no podemos recibir ninguno de los sacramentos y, cuando muramos, no iremos al cielo. *Maria Santissima!* Esto es serio y aquí estamos, bailando como si no tuviéramos ninguna preocupación en el mundo.

Hay una repentina conmoción en el extremo más alejado del salón. *Gesù bambino!* El hermano de mi señora se ha derrumbado. Una sensación de náusea me recorre y lanzo una mirada a mi marido. Está sonriendo. *¡Sonriendo!* Rápidamente, Lodovico borra la sonrisa de su cara y acude al lado de Giorgio Cornaro, ayudando a levantarlo del suelo y a sentarlo sobre una silla.

Los músicos han dejado de tocar y hay un asombrado murmullo—. Llamad a mi médico —ordena la Reina. La gente empieza a escabullirse de un lado al otro y los cortesanos se juntan en pequeños grupos para cotillear.

Me aprovecho de la conmoción y voy corriendo a nuestros aposentos. El baúl de viaje de mi marido está junto a la ventana, y está abierto. Rebusco en él, sin saber lo que estoy buscando. Si él ha envenenado al hermano de mi señora, Lodovico no sería tan descuidado como para dejar el veneno por medio. Aún así, estoy segura de que es eso lo que ha hecho, porque ¿por qué si no se colapsaría Giorgio Cornaro tan pronto después de que Lodovico le sirviera su vino?

Suelto una risa sardónica, pensando en cuando eché valeriana en la bebida de Lodovico en Venecia. Los dos éramos igual de malos, aunque yo no llegué tan lejos como para intentar envenenarlo. Estoy enfadada conmigo misma, ya que se supone que yo debía vigilar a mi marido, y he

fracasado en mi promesa a la Reina. Tengo que encontrar pruebas, ¿pero dónde?

La capa de Lodovico está colgada de un gancho detrás de la puerta. Voy hacia ella y deslizo mis manos en los bolsillos. Al principio no siento nada. Luego mis dedos encuentran un pequeño paquete. Lo saco y lo abro. Semillas. Saco un par del paquete, que luego devuelvo a la prenda de Lodovico antes de echar a correr hacia el salón.

Los ojos de Giorgio Cornaro parpadean y me santiguo. *¡Alabado sea Dios! Aún está vivo.* El médico está pidiendo que se prepare un emético. Claramente sospecha que ha sido veneno. ¿Qué hacer? ¿Debería señalar con el dedo o debería quedarme en silencio? No. El futuro de la República está en juego. Necesito eliminar al traidor de nuestras filas.

—Suplico unas palabras, domina —le digo a la Reina.

—Sí, mi querida. ¿Qué pasa?

Le muestro las semillas que he encontrado en el bolsillo de Lodovico y empiezo a describir lo que he presenciado en el banquete. Por el rabillo del ojo veo a mi marido observándome. Un minuto está allí, y al siguiente ha desaparecido.

—¡Guardias! grita mi señora—. ¡Arrestad a ese hombre!

Mientras tanto, el médico prueba una de las semillas—. Manzana —dice—. La fruta en sí misma es perfectamente inofensiva. Sin embargo, las semillas de manzana son venenosas y contienen cianuro. Si tragamos una o dos semillas de una vez es improbable que sintamos nada. Pero molidas hasta formar un polvo, son letales.

Me llevo la mano a la boca. Esto es terrible. *¡Terrible!* Vaya vergüenza la que mi marido ha traído sobre nosotros—. Mi señora, suplico vuestro perdón.

—No es culpa tuya, querida. Es mía por permitir que esa alimaña se acercara a nosotros. Cuando expresaste tus sospechas hace seis meses, pensé que éramos demasiado fuertes para él. Lo siento, Cecilia, pero siempre he considerado a tu marido un hombre *pequeño*. Poco más que una pulga molesta. ¡Qué equivocada estaba!

No puedo evitar sonreír ante su descripción de Lodovico, y me cubro la boca con mi mano.

Los guardias de mi señora irrumpen en el salón. Les miro fijamente. ¿Dónde está mi marido?

—Se ha ido, domina. Los chicos del establo dicen que su caballo está desaparecido.

El sonido de arcadas llega del hermano de mi señora. Está vomitando. *¡Alabada sea la Santa Madre de Dios!* La República necesita que viva, ya que están rodeados de enemigos y Giorgio Cornaro es el único hombre con la experiencia de liderar a nuestro ejército contra ellos.

Zorzo se ha materializado junto a mi codo, sus ojos abiertos de preocupación. —¿Cómo estás, *dolcezza*?

Respiro hondo y enderezo la espalda—. Avergonzada de mi marido y temerosa por el futuro.

Mi señora debe habernos oído, porque dice. —No temas, Cecilia. Estás bajo mi protección.

Hago una profunda reverencia, el alivio recorriéndome. Vivir bajo la sombra de mi señora será un honor; la serviré el resto de sus días—. Gracias, domina. —Relego al fondo de mi mente mis preocupaciones sobre su salud. *El futuro cuidará del futuro.*

El hermano de la Reina se levanta tambaleante y es llevado a sus aposentos. Mi señora ordena a la corte que se retire. Voy a mi habitación y no pasa mucho tiempo antes de que Zorzo venga a mí.

Hacemos el amor sin prisas esta noche. Él besa la línea de mi cabello, los lóbulos de mis orejas, y mi barbilla; sus labios son suaves y cálidos. Sus dedos sondan mi *figa* y luego sus labios están donde estaban sus dedos. Se me ocurre que yo debería darle el mismo placer. *¿Cómo?* Él suelta un suave rugido y pasa sus manos por mi pelo mientras rodeo con mi lengua la punta de su verga; sabe a sal y a Zorzo. Luego le atraigo más dentro de la caliente humedad de mi boca.

Él gime y me da la vuelta. Y ahora nos estamos amando el uno al otro juntos, y él está empujando dentro de mí, mis piernas rodeando su cuerpo, y sienta tan, tan bien llegar al gozo al mismo tiempo. Zorzo me besa profundamente—. Te quiero, *dolcezza*.

—Me pregunto si alguna vez volveré a ver a Lodovico.

—Yo espero que no muestre su rostro por aquí más.

—Entonces tú y yo podremos amarnos cuando queramos. Y podrás enseñar a nuestra hija a pintar. Hacerla tu aprendiz cuando sea lo suficientemente mayor.

Zorzo se ríe. —¿Y si tenemos un hijo? ¿Querrás eso para él también?

—Si él muestra talento, ¿por qué no?

—¿Me amas, *dolcezza*?

—Con todo mi corazón, *amore mio*.

Él me envuelve entre sus brazos y yo me acurruco contra él. Finalmente tendremos tiempo para que el amor arraigue firmemente en nuestras almas. Mi cuerpo se relaja y, con una sonrisa tocando mis labios, me quedo dormida.

—¡Fern! ¡Fern! ¡Despierta!’ Luca la estaba sacudiendo suavemente—. Deberíamos regresar a la villa.

—Con todo mi corazón, *amore mio*.

—¡Fern!

—¿Qué?

—La villa. Necesitamos irnos.

—¿Qué hora es? —preguntó ella, confusa.

—Pasadas las once.

—¿No es un poco tarde? Deberíamos pasar la noche aquí.

—¿Para que continúes tu comunión con Cecilia?

—¿Me oíste contarte todo lo que estaba sucediendo?

—Sí, cariño mío. Quizás no sea tan buena idea. Volvamos a la villa a reponer fuerzas. Mañana será otro día, como dicen.

—Suenas preocupado.

—Hmm. —Fruunció el ceño. —¿Cómo pensabas que me sentí cuando me contaste lo de hacer el amor con el pintor? Y la traición del marido de Cecilia no pinta bien.

—No era yo con Zorzo, Luca. Por favor, no estés celoso. Necesito pasar por todo esto. Si dejo Italia sin descubrir qué le pasó a Lorenza, Cecilia me estará esperando cuando vuelva de Londres.

Él la besó en la frente. —¿Planeas regresar?

—Me encanta estar aquí, a pesar de todo lo que ha pasado.

—¿Oh? ¿Y qué hay de lo de amar a la gente?

—Eso también. Especialmente a una cierta persona.

Él la rodeó con sus brazos y la acercó más. —¿Y quién podrá ser?

Ella levantó la barbilla y su boca se posó sobre la de ella, besándola tan concienzudamente que sus rodillas empezaron a fallarle. Él colmó de besos su mejilla y su cuello—. Tú, por supuesto. Te quiero —dijo ella.

Y le quería. Ella lo sabía ahora. Un cálido sentimiento se extendió por ella. Harry querría que ella fuera feliz. No era culpa suya que él hubiera muerto. Un trágico accidente que se llevó la vida de tantos otros. Ella le debía vivir su vida plenamente.

—*¡Lorenza!*

—¿Has oído eso?

—Sí, *amore mio* —dijo Luca.

Chiara estaba levantada de la cama y sentada en el patio, conectada a su Walkman mientras Fern y Vanessa estaban rebuscando en las cajas de correspondencia que la contessa había encontrado almacenadas en el sótano de la villa—. Ésta data de la época cuando la familia tenía sus palacios en el Gran Canal —dijo Vanessa—. Nunca supe que estaban aquí hasta el otro día.

—¿Crees que encontraremos algo útil para tu investigación genealógica?

—Con suerte. Oh, por cierto, cuando estaba sentada con Chiara anoche, leí un viejo libro que estaba almacenado con las cartas. Y descubrí mucho más de lo que había pasado en 1509.

Vanessa metió la mano en su bolso y sacó un cuaderno. Empezó a leer. —Poco después de proclamar su interdicto de excomuniación contra Venecia, las fuerzas del Papa invadieron Romaña y capturaron Rávena. Tuvieron la ayuda de Alfonso d'Este, Duque de Ferrara, quien había sido nombrado *Gonfaloniere della Chiesa*, Portador del Estandarte de la Iglesia. Él continuó hasta capturar Rovigo, que pertenecía a la República, para sí mismo.

—Espero que Lodovico fuera capturado en esa batalla —dijo Fern—. Él era un soldado de caballería.

—En abril el Rey Francés salió de Milán a la cabeza de su ejército y se movió rápidamente hacia territorio veneciano —continuó leyendo Vanessa—. Para oponerse a él, la Serenísima erigió lo que ellos llamaban “el ejército más grande y mejor pagado jamás visto sobre tierras italianas”, bajo las órdenes de dos primos: Bartolomeo d'Alviano y Nicolo di Pitigliano.

—Eso es interesante. Así que Giorgio Cornaro ya no estaba a cargo de las tropas. Me pregunto si sobrevivió al intento de envenenamiento.

—Creo que sí. Creo recordar que él no murió hasta algún momento en los 1520s.

Vanessa miró sus notas—. Alviano y Pitigliano no estaban de acuerdo en la mejor forma de detener el avance francés. Cuando Luis cruzó el Río Adda cerca de Brescia a principios de mayo, Alviano avanzó para encontrarse con él. Pero Pitigliano, creyendo que era mejor evitar una batalla campal, se alejó hacia el sur.

—¿Con la mitad del ejército?

—Sí —continuó leyendo Vanessa—. El 14 de mayo, Alviano se enfrentó a los franceses en la Batalla de Agnadello. Superados en número, envió peticiones de refuerzos a su primo, quien respondió con órdenes de suspender la batalla.

—¿Qué pasó a continuación?

—Pitigliano continuó dirigiéndose hacia el sur —leyó Vanessa—. Alviano, descartando las nuevas órdenes, continuó con el combate y su ejército fue finalmente rodeado y destruido.

—¡Qué terrible!

—Pitigliano consiguió evitar encontrarse con Luis. Sus tropas, mercenarios, sabiendo de la derrota de Alviano, habían desertado en grandes números para la mañana siguiente, forzándole a retirarse hacia Treviso con los restos del ejército veneciano.

—¿Había alguna mención del ataque del Emperador sobre Asolo?

—Hasta ahí es lo más lejos que he llegado. Si tengo tiempo, seguiré leyendo y te informaré cuando vuelvas después de la recreación de esta noche.

—Eso será perfecto, gracias.

Ver la recreación fue un poco como ver la película de una novela favorita. No un parche sobre lo auténtico. La mujer que representaba el papel de Caterina Cornaro era alta y morena, mientras que la Reina había sido baja, rubia, y bastante regordeta.

Los trajes sólo eran una aproximación a la ropa que Fern había visto a través de los ojos de Cecilia. Los hombres llevaban jubones más largos de los que ella había visto como su némesis, sin enseñar sus braguetas, quizás por modestia. El cabello de las mujeres, el suyo incluido, recogido hacia atrás con guirnaldas, no llevaban las intrincadas trenzas entrelazadas con joyas y redecillas con las que estaba más familiarizada. El olor de cuerpos sin lavar que había prevalecido en el pasado, por no mencionar la falta de instalaciones sanitarias (los excusados fuera de las casas eran la norma), hicieron de principios del siglo XVI uno de los periodos de la historia mucho más hediondos que 1989, sin embargo. Sólo la música y el baile eran auténticos.

Esa noche era demasiado cálida y muy húmeda. Fern sintió el sudor goteándole por la nuca y las piernas mientras progresaba por los pasos del baile. Sin embargo, hubo una excelente audiencia para ver las representaciones. Bueno para los cafés y restaurantes de Asolo, y hacía que la gente fuera consciente de la historia de su pueblo. Ella podía sentir el orgullo de los locales por la singularidad de su herencia.

Después de que hubieran terminado su danza, Luca se la llevó a tomar una copa en el Caffè Centrale. Ellos consiguieron encontrar mesa en la terraza, a pesar de la multitud. Tía Susan, quien había dicho que no se perdería ver la recreación por nada del mundo, se había sentado junto a ellos—. Me muero de sed —dijo ella—. Me encantaría un zumo de naranjas frescas.

—Parece que tendremos que esperar para ser servidos —dijo Luca—. O quizás no. —El camarero, con chaqueta blanca y pajarita negra, se estaba acercando a su mesa.

—*¡Una telefonata urgente!*

Luca se levantó de un salto—. Una llamada de teléfono para mí.

Fern le observó ir a zancadas hacia el bar y levantar el auricular. Volvió al cabo de un par de minutos—. Era la policía. Me necesitan en la villa. Mi hermano Antonio ha estado intentando ponerse en contacto conmigo. Ha habido un intruso.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Fern, su corazón palpitando como loco. *¿Qué demonios?*

—Mejor que no. Quiero averiguar qué está pasando y asegurarme de que mamá y Chiara están bien.

—Te ahorraría el tener que volver a buscarme.

—No sé qué ha pasado, cariño. El policía al teléfono estaba pasando un mensaje del Comisario. No sabía decirme si habían cogido al intruso o no. Estoy muy preocupado y no quiero ponerte en peligro.

Ella le dio un abrazo—. Por una vez no te llamaré cavernícola.

Luca la besó—. Te veré dentro de un rato. Estarás segura siempre y cuando no estés sola.

—Seguramente Fern puede pasar la noche en mi casa —intervino Tía Susan—. No hace falta que estés de un lado al otro.

—No, creo que es mejor que ella venga a la villa. Sólo que no ahora mismo.

—Vanessa aún necesita mi ayuda con Chiara —dijo Fern.

—¿Y si Luca decía de verdad lo de que “Estarás segura siempre y cuando no estés sola”? —preguntó

Tía Susan a Fern cuando se sentaron en su cocina, un plato de biscotti delante de ellas y vasos de Vin Santo en sus manos. Fern se había quitado el disfraz y se había puesto un par de vaqueros y una camiseta.

—Luca cree que he estado teniendo regresiones al pasado —dijo Fern, mojando un biscotto en el vino—. Y está preocupado por mi seguridad.

—¡Tonterías! Yo había tenido mejor concepto de Luca. Él parece un joven tan sensato.

—Dios, hace calor esta noche —dijo Fern, cambiando de tema.

—Se aproxima una tormenta. Hazme un favor, querida. Ve arriba y comprueba las persianas por mí, cariño. De repente me siento extremadamente cansada.

Cuando Fern regresó a la cocina, su tía se había pasado al sofá de la salita, Gato Gucci en su regazo, y sus profundos y atronadores ronquidos atestiguaban el hecho de que se había quedado dormida. Un trueno hizo restallar el aire. Con una sensación incómoda de mal agüero, Fern volvió a sentarse a la mesa.

Oigo el trueno y, a través de la ventana abierta veo un relámpago. Lorenza corre hacia mis brazos. A mi tesoro le dan miedo las tormentas, y ninguna cantidad de besos y abrazos calma su miedo—. Sólo son gigantes jugando a los bolos en el cielo —le digo.

Lorenza me dedica una mirada incrédula—. Dile a los gigantes malos que paren.

Beso su suave y cálida mejilla y la abrazo con fuerza. Estamos en Barco, pero la corte no está con nosotros. Al dárseme la opción de ir con mi señora a Venecia el mes pasado o permanecer en Asolo, tomé la decisión de quedarme aquí. No podía haberme llevado a mi hija conmigo, por la estricta regla de mi señora de “no niños en la corte veneciana”, y nadie podría haber predicho el modo en que los eventos se habían desencadenado.

Tras el intento de Lodovico por envenenarle, Giorgio Cornaro se retiró a Brescia con problemas en el riñón. Sin embargo, todos creíamos que el magnífico ejército reunido por la Serenísima eliminaría a los franceses sin dificultades. Ha sido una grandísima sorpresa para todo el mundo que la República haya perdido una batalla tan importante.

Y ahora el Emperador ha plantado su bandera sobre el castillo de Asolo. Todo mi cuerpo tiembla. Maximiliano y sus soldados bajaron al Valle Sugana, dejando un mar de devastación. ¿Cómo hemos llegado a esto? El Dogo no ha levantado ni un dedo para ayudar a defender Asolo. Nuestra esperanza recae sobre las tropas de Treviso. Zorzo ha ido a buscarlas, y ha mandado a decir que estarán aquí rápidamente.

Estos pasados meses con mi amor verdadero han sido muy felices. Él ha estado conmigo casi todo el tiempo, enseñándome arte, amándonos a mí y a nuestra hija. Las mujeres con las que jugaba en el pasado, las cortesanas de Venecia que también pintaba, ya no están en su vida. De eso estoy segura.

Está el sonido de caballos relinchando en el patio abajo. Luego el ruido de cascos, el tintineo de los arneses, y los gritos de los hombres. ¿Podía ser que Zorzo hubiera vuelto con nuestros soldados ya? Voy a la ventana, Lorenza tirando de mis faldas. ¡*Santa Madre de Dios!* Estas tropas no son nuestras; son austríacos. Lo puedo ver por sus estandartes y el sonido gutural de su idioma. El temor se apodera de mis entrañas. Cojo a mi hija y me dirijo a la puerta. Si puedo llegar a Pegaso antes de que los soldados nos encuentren, habrá oportunidad de que podamos escapar.

Una sombra cruza el suelo y doy un paso atrás. Un hombre bloquea nuestra salida. Le miro. *Maria Santissima!* Lodovico está delante de mí, sonriendo con sus delgados labios—. ¡Saludos,

esposa! He vuelto para llevarte a un lugar seguro.

Me echo hacia atrás. —¿Contigo? ¿Con un traidor? ¡Nunca!

—No puedo dejaros a ti y a Lorenza aquí. —Lodovico me agarra y me sacude—. Las tropas del Emperador están medio muertas de hambre, medio locas, y les gustan los saqueos. Ellos te harían picadillo. Mi trabajo era enseñarles la localización de Barco. No tenía ni idea de que aún estuvieras aquí. Gracias a Dios que tu doncella me lo dijo.

Lorenza está llorando y la dejo en el suelo. Ella llora aún más fuerte cuando su supuesto padre tira de mí hacia él—. Eres mi esposa. ¡Haz lo que digo!

—No lo haré. —Levanto las manos y empujo su pecho. El *pequeño* hombre, como mi señora le llama, me coge las muñecas. Aún cuando es bajo y delgado, él es más fuerte que yo—. ¡Déjame! Zorzo tiene que llegar con las tropas desde Treviso, me digo. Él no sabrá dónde encontrarme si voy con Lodovico.

—¿Es eso lo que deseas? ¿Que te deje? —Él sonrío de nuevo—. Con placer. Me has sido menos útil como esposa que el muñeco de un bufón. Pero mi hija se viene conmigo.

Antes de saber qué está pasando, él coge a Lorenza y se escabulle de la habitación, cerrando la puerta de un portazo. Oigo la llave girar en la cerradura. Hay otro trueno y nubes oscuras ocultan el sol.

Ella parpadeó en la oscuridad. Ella tenía que encontrar a Lodovico y llegar a Lorenza. ¿A dónde se había ido la puerta? Ella miró entre las sombras, pero no pude verle. Soltando un jadeo, se dobla en dos con repentino asombro. Ella estaba en casa de Tía Susan, no en Barco. *Y las malditas luces se han ido*. La tormenta seguía con fuerza fuera, los relámpagos dividiendo el cielo.

¿Dónde demonios está la linterna? Ella tanteó su camino hacia los muebles de la cocina y rebuscó en ellos. *Una vela. Bien*. Sus dedos encontraron una caja de cerillas y encendió una luz.

—¿Qué está pasando, cariño? —preguntó Tía Susan desde el sofá, su voz soñolienta.

—Nada de lo que preocuparse —dijo Fern. *Hay mucho por lo que preocuparse por Cecilia*—. La tormenta ha llegado y las luces se han ido.

—Como siempre. Bueno, estamos perfectamente a salvo. Luca envió a alguien para instalar ese pararrayos esta tarde.

—Oh, no me lo dijo.

—Espero que tuviera otras cosas en la mente. Hablando de lo cual, ¿cuándo va a venir a recogerte? Es que me gustaría irme a la cama.

—Ve arriba, Tita. Estaré bien. —*Eso espero*. —¿Dónde está tu linterna?

—Se le acabó la pila y se me olvidó ponerle una nueva. Hay otra vela en el cajón. La cogeré.

Fern acompañó a su tía hacia las escaleras y luego se acomodó en el sofá. Ella podía sentir a Cecilia clamando en su cabeza, y no había nada que pudiera hacer para detenerla. La televisión desapareció delante de sus ojos y sus puños estaban de repente golpeando.

Aporreo la puerta, gritando, ¡Lorenza! Voy a la ventana. Lodovico está sobre su caballo, mi hija luchando con él sobre la montura delante de él. Él ve mi mirada y me saluda con la mano. Luego se aleja galopando, dejando a los soldados para que saqueen tras sus pasos. Si saltara aterrizaría en medio de ellos. ¡*Madre di Dio!* Ellos podrían derribar la puerta. Tengo que esconderme.

Temblando, busco en la habitación por algún escondite. Hay un gran baúl de madera en la esquina, medio lleno con mantas. Corro hacia él. Luego me hago un hueco entre las capas, y dejo que la tapa se cierre. Poniéndome las manos sobre mis oídos, intento aislarme del caos de abajo, pero los gritos de los soldados y los gritos de las doncellas de la cocina aún resuenan dentro de mi cabeza. ¿Qué les están haciendo las tropas? ¿Y qué harán si me encuentran?

Toco mi collar de oro, frío contra mi piel. La esperanza parpadea dentro de mí. Los soldados podrían no saber que estoy aquí; puede que ni siquiera suban aquí arriba. Respiro profundamente y suelto el aire. ¡Cálmate! Pero mi corazón palpita con tanta fuerza y yo tiemblo con tal violencia que estoy segura me descubrirán en cualquier momento.

Oh, *Gesù bambino!* ¿Qué es ese acre olor? ¿Este repentino calor? ¿Este estruendo? Muevo las mantas a un lado y miro por una raja de la madera. *Maria Santissima!*

Las llamas están lamiendo su camino a través del suelo.

Fern olfateó. Algo se estaba quemando; estaba segura de ello. El miedo la traspasó. Ella recordaba el humo saliendo de los túneles, el pánico y la asfixia, y la quemazón en sus pulmones.

Humo acre pinchaba sus ojos. Un sonido retumbante llenaba sus oídos. Ella se sacudió, deseando aclarar su mente de lo que había pasado en el pasado. No había nada que pudiera hacer al respecto. El incendio estaba en Barco, no aquí.

Me persigno mientras un ardiente muro de muerte danza hacia mí, bloqueando cualquier oportunidad de escaparme. ¿A dónde puedo ir? Todo mi cuerpo tiembla; no hay salida.

Soltando un sollozo, me agarro mi vientre. ¡*Lorenza!* Ella debe estar tan asustada. Lodovico no la quiere. Se la ha llevado por odio. ¿Y si muero aquí? ¿Qué será de ella? ¡*Lorenza!*

Jirones de humo se cuelan por las grietas de madera del baúl y caracolean hasta mi garganta, haciéndome toser. Las lágrimas empapan mis mejillas. Dios Bendito, ¿cómo puedes dejar que me pase esto? El fuego está a punto de llevarme de este mundo, de todo lo que amo.

La mente de Fern era un torbellino. ¡*Concéntrate, chica!* Ella subió corriendo la escalera de caracol. El descansillo se había llenado de humo; apenas podía ver. Ella corrió hacia el cuarto de baño y cogió dos toallas, las mojó, y corrió hacia la habitación de su tía.

A través de las sombras pudo adivinar la figura de Tía Susan sobre su cama. La sacudió y gritó. —¡Despierta, Tita! La casa está en llamas. Tenemos que salir. ¡Rápido!

Tía Susan le lanzó una mirada confundida, luego sacó las piernas de la cama. Fern le tendió la toalla húmeda y dijo. —Ponte esto sobre la boca y la nariz. Te permitirá respirar. —Ella le tendió la mano y su tía se la cogió.

Encontraron el camino escaleras abajo. Los armarios de madera de la cocina estaban prendidos ahora, pero el camino estaba despejado hasta la puerta principal y se tambalearon al salir por ellas, Gato Gucci detrás de ellas.

En el umbral, Tía Susan se giró en redondo—. Mi manuscrito. Tengo que volver a buscarlo.

—No, tita. Yo lo cogeré. —El fuego no había llegado tan lejos. Ella podía correr arriba y volver en nada de tiempo.

Ella dejó a su tía de pie en el camino del jardín—. ¡Corre a la casa de al lado y llama a los bomberos!

Era suficientemente sencillo. El manuscrito de su tía estaba sobre el escritorio de su estudio, justo arriba de las escaleras. La parte inferior de su cara cubierta con una toalla mojada, Fern subió los escalones de dos en dos. Abrió la puerta de un empujón y, mirando en la habitación llena de humo, vio la vieja máquina de escribir y una caja de papeles. Fern cogió la caja y, en unos segundos, estaba fuera de nuevo. Ella le dio el manuscrito a su tía y dijo. —Quiero salvar mis cuadros.

—¡Ten cuidado!

Fern volvió a entrar en la casa. Su improvisado estudio estaba en la esquina de la cocina donde las llamas aún no habían llegado. Ella cogió sus acuarelas y un par de lienzos, y luego corrió hacia la puerta principal. La toalla mojada ya no estaba mojada, así que la dejó caer. Su boca y nariz se llenaron de humo. Los pulmones de Fern gritaron con ardiente agonía cuando tomo una bocanada de aire enrarecido. Ella estaba de vuelta en King's Cross, trastabillando a través del túnel lleno de humo. Sólo que esta vez no había un tren al que poderse subir. Esta vez el fuego se había extendido y estaba lamiendo las vigas de madera del techo. Un enorme golpe y la viga sobre su cabeza se desplomó. Esta vez iba a morir de verdad.

Resonó un crujido. *Maria Santissima!* Los gritos de fuera se desvanecieron. El fuego escupe y cruje, y el calor ardiente obliga a mi espalda contra la madera. No hay nada que pueda hacer.

Zorzo, ¿dónde estás? Llegas demasiado tarde. Demasiado tarde para salvarme. Demasiado tarde para salvar a nadie. Nunca volveré a veros ni a Lorenza ni a ti. Nunca sentiré tus cálidos labios sobre los míos. Nunca sostendré a nuestra hija en mis brazos. Nunca tendremos el futuro que había soñado para vosotros dos. ¿Quién cuidará de ella? *¡Lorenza!*

El humo llena mis fosas nasales y lo respiro, deseando que los vapores me lleven antes de que lo hagan las llamas. *¡Padre Celestial, permíte que sea rápido!*

El calor es un shock, quemando mi nariz, mi garganta, y mis pulmones. Jadeo e inhalo aire ardiente, asfixiándome y teniendo arcadas mientras mi visión se oscurece.

Me quedo sin respiración. El amargo hedor de mis quemadas pestañas, pelo, y piel llena mi nariz. El oro en mi cuello es demasiado caliente para soportarlo, y un ensordecedor ruido resuena en mis oídos.

—*Lorenza* —susurro a través de labios rajados. ¿Cómo puedo hablar cuando no puedo respirar? El dolor me consume. Me retuerzo y entonces mi cabeza se llena con un zumbido, y luego un resplandor, y luego...

Los relámpagos zigzagueaban por el cielo cuando Luca llegó a la villa. Un coche de policía estaba aparcado delante. Él aparcó junto a él y abrió la puerta de su Alfa de golpe. A través de la cortina de lluvia, subió corriendo los escalones delanteros y entró corriendo en la sala de estar, mientras que la voz en su cabeza repetía, *Demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde.*

Chiara estaba encaramada sobre el taburete del gran piano, su pierna escayolada extendida delante de ella. Tenía un feo moratón en su mejilla izquierda. Un corpulento y calvo inspector de policía con un bigote delgado estaba sentado a un lado, mamá al otro, y Antonio estaba de pie junto a ellos.

—Fui a ver a mi caballo —tartamudeó Chiara—. Entonces oí el crujido de la paja en el cubículo vacío junto al suyo. —Ella se metió un mechón de su cabello detrás de la oreja—. Federico estaba allí, exigiendo saber por qué no le había devuelto su llamada de teléfono. Le dije que se fuera a la mierda.

—Él dijo que la chica era sólo un ligue y que él en realidad quería estar conmigo. Me reí en su cara. Ahí es cuando Federico me agarró y me tiró al suelo. Empezó a insultarme y a llamarme puta mimada. Luego me dio un puñetazo en la cara. En ese momento me di cuenta de lo mucho que le odiaba. Intentó quitarme mis pantalones cortos. Creo que quería violarme. Conseguí morderle la mano. Él estaba retorciéndose de agonía, haciendo mucho ruido, ¡qué *mammone!* Cogí mis muletas y salí de allí, cerrando la puerta del establo de un portazo y encerrándole.

—Eso fue muy valiente, Chiara —dijo Luca, yendo hacia ella y abrazándola—. Gracias a Dios estás bien.

—Sí, gracias a Dios —repitió mamá.

Antonio bufó—. Comisario, espero que arreste a ese *stronzo* por asalto.

—*Si, signore.*

El repentino sonido de un trueno.

Luca se giró en redondo, la voz de vuelta en su cabeza, *Demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde*—. ¡Oh Dios mío, Fern!

Él pudo ver humo negro elevándose desde el final de la carretera que llevaba a la aldea de Susan. *¡Maldita sea!* Pisó a fondo el acelerador, su cabeza llena con la recurrente pesadilla, el sueño que había perseguido sus sueños desde que había conocido a Fern. *¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!* De esto era lo que se trataba. Su pulso se aceleró.

Luca aparcó detrás del camión de bomberos, sus luces parpadeando a través de la niebla que había aparecido al terminar la tormenta. Una ambulancia estaba aparcada delante de la casa. Los bomberos estaban de pie, mangueras en la mano, rociando la casa ennegrecida. *¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!*

Luca salió de un salto de su coche y echó a correr hacia delante. Un oficial de policía se interpuso en su camino—. *Troppo pericoloso.* —Demasiado peligroso, por supuesto, ¿pero dónde demonios estaban Fern y su tía?

El hombre señaló hacia la ambulancia y a Luca se le cayó el corazón a los pies.

Fern abrió los ojos. La luz del sol se coló por una rendija de las cortinas. Ella levantó las manos. Vendas. Luca estaba sentado en una silla junto a su cama, arrugas de preocupación en su rostro. —¿Qué... qué... qué ha pasado?

—Estás en el Hospital Castelfranco, cariño. La casa de tu tía se incendió. Gracias a Dios que estás bien. —Se levantó de la silla y se sentó sobre la cama—. Los paramédicos tuvieron que resucitarte y darte oxígeno. —Luca acarició su mejilla—. Te están manteniendo bajo observación para asegurarse de que no tienes efectos secundarios por inhalación de humo. Las quemaduras de segundo grado de tus manos se curarán completamente en un par de semanas.

—¿Y Tía Susan? —preguntó, tosiendo. Sus pulmones se sentían como si hubieran sido marcados con un hierro caliente.

—Ella está bien. Se ha registrado en el Hotel Duse de Asolo. Oh, y ella tiene tus cuadros con ella. ¿En qué estabas pensando volviendo a entrar en ese infierno? —Él frunció el ceño—. Yo pensaba que te daba miedo el fuego.

—Y me da miedo, pero no podría soportarlo si mis cuadros hubieran sido destruidos. Son como mis hijos. —Ella hizo una pausa y ordenó sus ideas—. Sé lo que le pasó a Lorenza.

—¿Murió en el incendio?

—No. Lodovico se la llevó. —Despacio, entre sollozos, Fern le contó lo que le había pasado a Cecilia.

—Pensé que había llegado demasiado tarde —dijo Luca—. Pero no era yo, era Zorzo. —Él cogió un pañuelo de la caja sobre la mesilla de noche de Fern y le enjugó los ojos—. Debo haber estado soñando que yo era él. El remordimiento que él sentía por no llegar a Barco a tiempo debe haberme llegado a través de los siglos.

—No podemos cambiar el pasado, ¿verdad? —Fern respiró hondo. El dolor en sus pulmones se estaba calmando—. El transcurso de nuestras vidas puede cambiar con la decisión más diminuta. Cecilia se resistió a Lodovico. Si ella se hubiera marchado con él, ella se habría salvado. Zorzo fue a buscar al ejército de Treviso. Si él se hubiera quedado con Cecilia, ciertamente las cosas habrían resultado de modo diferente.

—Y si tú no hubieras entrado en la casa para rescatar tus cuadros, probablemente no estarías en el hospital esta noche. Casi te perdí, Fern. —Él la besó en la frente—. La historia podría haberse repetido en el mismo modo en que Zorzo perdió a Cecilia.

—Supongo que nunca descubriremos lo que le pasó a Lorenza. Pobre niña, siendo criada por un padre insensible. Él se la llevó sólo por despecho.

—Al menos ella no tuvo que sufrir la malicia de los soldados. Probablemente Cecilia no habría sido capaz de salvarse ella y a la niña. Así que de algún modo él la rescató a ella.

—Supongo. ¡Qué tragedia! Es una vergüenza que la Reina no fuera más flexible con sus reglas y permitiera que Cecilia se llevara a Lorenza a Venecia.

—Dudo que ni siquiera entrara en su cabeza que hubiera algún peligro. La misma República se creía infalible, y de nuevo se convirtió en eso. He estado leyendo el libro que encontró mamá. Al parecer, el Papa Julio pronto se dio cuenta de que la eventual destrucción de Venecia sería demasiado peligrosa.

—¿Oh?

—Él necesitaba el apoyo veneciano para enfrentarse al Reino de Francia y al Imperio Otomano.

—¿La alianza del Papa con Luis terminó?

—Sí. Y el Papa Julio también se distanció del duque de Lodovico.

—¡No me digas que también le excomulgó!

—Lo adivinaste a la primera. Eso no detuvo al Duque de Ferrara, quien presentó pelea. Entonces Maximiliano se cambió de bando y se alió con el Papa. Él no rendiría el territorio que le había arrebatado a Venecia, sin embargo. Así que la República saltó sobre sus caballos y se unió a los franceses para combatir contra Julio y Maximiliano. Venecia y Francia terminaron dividiendo todo el norte de Italia entre ellos.

—Y la República sobrevivió.

—Podrías decir que sí. Pero los eventos de 1509 marcaron el fin de la expansión veneciana.

Fern se reclinó sobre las almohadas y cerró los ojos. —¿Cuánto tiempo me van a dejar en el hospital?

—Si todo va bien, hasta mañana. Como precaución. Ellos aconsejan que no regreses a Londres al menos en dos semanas.

—Qué bien. Más bajas por enfermedad. El banco se hartará de mí de verdad.

—Concéntrate en ponerte bien. Tu habitación en la villa te está esperando. Mamá y Chiara te envían su amor y vendrán a visitarte esta noche.

—No me contaste lo del intruso.

—Era Federico. Intentó violar a Chiara, pero ella consiguió escaparse, gracias a Dios. —Luca continuó contando los eventos de la pasada noche.

—Federico se comportó justo como Lodovico —dijo Fern, asombrada—. No te mencioné lo mucho que me recordaba al marido de Cecilia por si acaso pensabas que era demasiado disparatado. Pero todo lo que ha pasado ha sido un eco de lo que pasó en el pasado, y ha cambiado nuestras vidas para siempre. —Ella hizo una pausa—. ¡Oh Dios mío! Se me acaba de ocurrir algo. Lodovico encerró a Cecilia en su habitación, pero Chiara hizo lo contrario y encerró a Federico en el establo. —Para consternación de Fern, ella se descubrió rompiendo a llorar de nuevo—. Lo siento. Normalmente no soy una llorona.

—Estrés traumático, cariño mío —dijo Luca, sacando otro pañuelo de la caja. Él limpió los ojos de ella, la volvió a abrazar con fuerza, y la besó tiernamente en los labios.

La puerta de la habitación de Fern se abrió y Tía Susan llegó, un ramo de rosas rosa en una mano, y una caja de *Baci Perugina* en la otra.

—Siento haber incendiado tu casa, Tita.

—No hiciste tal cosa. Fue un accidente estúpido. Y es a ti a la que tengo que agradecer por salvarme la vida, y la de Gucci. Por no mencionar mi manuscrito.

—¿Dónde *está* Gucci?

—En la gatera local. Alquilaré alguna casa tan pronto como pueda y él volverá a vivir conmigo. Llevará algún tiempo solucionar el seguro y reconstruir.

Tía Susan se encaramó en el lado opuesto de la cama al de Luca, abrió la caja de bombones, y se los ofreció. Luca cogió uno, pero Fern declinó. Luca le tendió el trozo pequeño de papel en el que había estado envuelto su bombón. Ella lo leyó, *en los sueños, como en el amor, todo es posible*.

Las manos de Fern aún tenían un vibrante tono de rosa, pero se estaban curando, y sus pulmones habían vuelto a la normalidad. Su mayor preocupación había sido que ella no hubiera sido capaz de dibujar y pintar como resultado del accidente. Ella se sentó en la sala de estar de la villa y suspiró;

estaba temiendo volver a Londres la semana siguiente. Ella había agotado todos sus días de vacaciones, pero ella y Luca habían acordado que él la visitaría regularmente añadiendo un día de asuntos propios un fin de semana al mes. Tendría que funcionar. Por ahora.

Fern levantó la vista cuando Chiara entró cojeando en la habitación. La hermana de Luca había estado ayudando a clasificar las viejas cajas del sótano; ella estaba constantemente trayéndole a Fern mapas enrollados y documentos para examinar antes de documentarlos. Esta vez ella sostenía un pequeño cuadro ovalado en su mano. Ella se lo mostró a Fern—. Creo que es uno de nuestros antepasados.

Fern deslizó sus manos dentro de los guantes de algodón que llevaba para proteger sus manos, y alargó la mano para coger el paño que había estado usando para quitarle el polvo a los pergaminos. Ella pudo ver una firma en la esquina inferior derecha del cuadro, cubierta de moho. Limpiando suavemente, ella reveló la letra L. Luego una O, seguida de una R. *Lorenza*. ¡Oh, Dios mío! ¿Podría ser? Con el corazón latiendo como loco, cuidadosamente descubrió el resto de la firma. *Lorenza Gaspare*.

Gaspare había sido el apellido de Lodovico. ¿Cómo había conseguido la chica convertirse en artista? ¿Y quién era el antepasado Goredan del retrato? ‘Esto es fascinante —le dijo a Chiara. — ¿Está tu madre por aquí? Debemos enseñárselo a ella.

—Iré a buscarla.

Fern levantó el retrato para que le diera bien la luz, maravillándose por el fino trabajo de pincel. Al cabo de unos minutos Chiara regresó con Vanessa, y Fern dijo. —¡Mira esto!

Vanessa soltó una exclamación—. ¡Increíble! ¿Quién lo hubiera pensado? No tengo ni idea de quién es el tipo del retrato. ¿Dónde lo encontraste, Chiara?

—En el fondo del último baúl. Estaba debajo de otro montón de esas aburridas cartas. Iré a buscarlas.

Fern sonrió mientras observaba a madre e hija buscar entre la correspondencia. Ellas habían llegado a estar mucho más cerca la una de la otra. Chiara, quien ya no estaba bajo la influencia de Federico, incluso había accedido a volver a la universidad. En cuanto a su ex novio, estaba en prisión a la espera de juicio. Fern esperaba que le condenaran con una sentencia apropiada.

—Estas cartas no nos dicen mucho —dijo Vanessa—. Principalmente hablan de la compra y venta de especias. Como muchos venecianos, nuestra familia se dedicaba al comercio de especias en los siglos XV y XVI.

La decepción impresionó a Fern. Ella se dijo que no debía ser tonta. Sólo porque un cuadro firmado por Lorenza hubiera aparecido milagrosamente no significaba que el misterio de su vida se hubiera solucionado de una vez por todas. Fern tendría que contentarse con sostener la miniatura en su mano; ella usaría la imaginación para llenar los huecos. Lodovico se había redimido de algún modo al permitir que Lorenza persiguiera su talento artístico. Fern había sido perseguida por el miedo de que él hubiera reprimido a la niña como había intentado reprimir a su madre. Lorenza probablemente le había llevado a su terreno, ya que ella era ese tipo de niña...

—La conexión entre Giorgione y yo —dijo Luca cuando volvió de la oficina y vio el retrato—. Es por eso que soñé con él. —Después de cenar, él rodeó a Fern con su brazo y la guió hacia la terraza. Se sentaron mientras bebían Prosecco en la calidez de la noche de finales de junio. Las luciérnagas revoloteaban por el jardín, sus luces como diminutas linternas, y el aire estaba perfumado con el aroma de madreSelva.

Los ojos de Fern se encontraron con los de Luca y ella supo, ella supo de repente, lo que ella diría a continuación—. Cuando vuelva a Londres les daré mi aviso de dimisión al banco y pondré mi

piso a la venta.

Luca la besó. Un beso largo y prolongado—. Te quiero, Fern.

—Y yo también te quiero. Con todo mi corazón, *amore mio*.

EPÍLOGO

Puedo oír el Alfa de Luca subiendo por el camino. Llevamos casados seis meses, los seis meses más felices de mi vida. Le quiero muchísimo. Sé que decir esto es un cliché, pero él ha cogido todos mis trozos rotos y los ha vuelto a pegar. Mi regreso a Londres fue muy breve. Al cabo de un mes ya estaba de vuelta en Italia, ayudando a Luca a planear la restauración de la granja.

Chiara nos dio su bendición, aún cuando ella había pasado por todo el trauma de la traición de Federico aquí. (Él aún está esperando el juicio: las ruedas de la justicia en Italia van extremadamente lentas.) La casa es un lugar feliz, lleno de buenas memorias de picnics de la infancia que compensaban en demasía la tristeza que había sufrido durante unos cuantos días. Ella ha vuelto a la universidad, y ha cambiado sus estudios por ciencias políticas. Ella luchará por la independencia del Véneto algún día, dice ella. Como política electa. Luca y yo nos mudamos a la casa hace quince días, y la hemos llamado *Casa Cecilia*.

Luca entra por la puerta al calor de la cocina, donde estoy removiendo una olla de sopa, con nuestro labrador negro de seis meses Zorzo a mis pies.

—Nunca crearás lo que mamá ha descubierto. —Me besa en los labios. —¿Te acuerdas de ese retrato pintado por Lorenza de mi antepasado? Bien, al parecer, ella se casó con él.

Se me abre la boca de asombro—. ¡Qué! ¿Casada con él? ¿Cómo lo sabes?

—La investigación genealógica de mamá. He almorzado con ella en la villa y ella me contó que finalmente había terminado con la rama del siglo XVI de la familia, de la cual descendemos. Hay un registro del matrimonio en la biblioteca de San Marco en Venecia. ¿Recuerdas que ella iba a ir allí antes de que Chiara tuviera su accidente? Bien, ella ha estado tan ocupada que sólo consiguió ir antes de ayer. Ella no quería decirme nada por teléfono, insistiendo que almorzara con ella hoy, y ella me mostró las notas que había tomado. Nuestro antepasado era un sobrino del Dogo. Siempre habíamos creído que descendíamos del Dogo Goredan, pero mamá descubrió que su hijo murió en la misma epidemia que puso fin a la vida de Giorgione, así que la descendencia pasó a través de su sobrino.

—¡Qué increíble! Pensar que nuestro bebé será descendiente del mismísimo gran artista. —Coloco mi mano sobre el bulto de mi vientre; hay una burbuja de movimiento bajo mis dedos—. Siente esto. —Muevo la mano de Luca hacia el pequeño bulto—. Nuestro hijo está complacido.

La mañana siguiente, saco el cachorro a pasear hasta la vieja capilla. Junio este año ha sido húmedo y frío, y anoche hubo una tormenta que hizo que el cielo estuviera como el de *La Tempestad*. La casa tiene un pararrayos, alarmas de humos, y linternas en cada habitación, por si acaso, pero mi miedo al fuego aún hace que mi corazón tiemble, aunque mucho menos que antes. Al menos ese trozo de madera quemada no había vuelto a reaparecer en mi vida; no es que hubiera estado cerca de ningún otro lugar asociado con Cecilia recientemente.

Mientras que supervisaba la restauración de la granja, Luca ha supervisado la reconstrucción de la casa de Tía Susan, esta vez un bungaló—. No seré capaz de subir las escaleras dentro de poco —dijo ella—. Y tampoco Gucci. Él está cumpliendo años como yo. —Por suerte, Tía Susan tenía un seguro completo y estaba encantada de mudarse a su nuevo hogar en dos días. También estaba encantada ante la perspectiva de convertirse en tía abuela en cuatro meses. Lo único que lamentaba era que mis padres vivieran tan lejos, pero los vuelos entre el Reino Unido e Italia se estaban volviendo más baratos; ellos ya habían estado de visita dos veces desde que dejara Londres. Ellos

vinieron para la boda, por supuesto, que tuvo lugar en Asolo con la recepción en el Cipriani, y la segunda vez la semana pasada, para ver la casa.

El camposanto está allí delante y dejo al cachorro suelto. Hay un olor a vegetación húmeda mientras saco mi bloc de dibujo. No he estado aquí abajo desde que nos mudamos a *Casa Cecilia*; me siento sobre el muro bajo delante de la iglesia y empiezo a hacer un boceto. Por Pascua realicé una exposición de mis cuadros en Castelfranco. Se vendieron bien; ahora estoy trabajando duro para preparar la siguiente.

—*¡Lorenza!*

Aún cuando había estado esperando el susurro espectral, mi corazón dio un vuelco.

—Cecilia, tu hija se convirtió en todo lo que querías que fuera. Lo sé, ya que he visto su trabajo. Y llevo en mis entrañas a su descendiente. Si el bebé es una niña, la llamaré Lorenza.

Un susurro mueve las hojas de los cipreses detrás de la iglesia. Me llevo una mano a los ojos. Dos figuras, sus brazos entrelazados, están de pie en el portal. Un hombre, vestido con un jubón corto, su oscuro pelo castaño hasta los hombros, y una mujer: Cecilia. El hombre se inclina y la mujer hace una reverencia. Le guiño un ojo y, cuando vuelvo a mirar, las figuras se han ido.

Un grajo grazna en el castaño sobre la colina de atrás. Guardo mi cuaderno de dibujo, me cuelgo la mochila del hombro, le silbo al cachorro, y caminamos de vuelta carretera arriba.

SOBRE LA AUTORA

Siobhan Daiko nació en Hong Kong, fue al colegio en Perth (Australia Occidental), y se mudó al Reino Unido en 1981. Ella ha trabajado en la City, una vez dirigió una oficina de correos que también era un Bed and Breakfast en Herefordshire, y más recientemente ha enseñado Lenguas Extranjeras Modernas en un instituto galés. Siobhan vive ahora con su marido en la región del Véneto en el norte de Italia, donde pasa el tiempo escribiendo, investigando personajes históricos, y disfrutando de la *dolce vita*. *Señora de Asolo* es su primer libro publicado.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darle las gracias a las siguientes personas:

Cinta Garcia de la Rosa por traducir este libro al castellano.

Miembros y críticos literarios profesionales de YouWriteOn, la página web de críticas a compañeros, por sus comentarios sobre los primeros capítulos.

Ann Bennett, mi talentosa lectora beta y amiga, por sus comentarios sobre el primer borrador.

John Hudspith, mi inspirador editor, por su edición altamente profesional, rápida, y precisa.

Jane Dixon-Smith por su maravilloso trabajo en el diseño de la portada.

Mi familia: mis fallecidos padres, Veronica y Douglas Bland, por creer en mí y por traerme a Italia por primera vez cuando era niña; mi hermano, Diarmuid, y mi hermana, Clodagh, por sus ánimos.

Victor, mi marido, por su amor y su apoyo. Nuestro hijo, Paul, y su novia, Lili, por su ayuda con la tecnología.

Finalmente, pero no por ello menos importante, te doy las gracias a ti, lector, por comprar este libro y leerlo.

NOTA DE LA AUTORA

Giorgione, Zorzo o Zorzone, fue uno de los pintores más enigmáticos de la historia del arte italiano. Poco se sabe de su vida, con la que han fantaseado escritores durante los siglos.

Una de las leyendas sobre Giorgione dice que su verdadero amor era una joven conocida como Cecilia. Hay dudas sobre quién era ella y si realmente existió. Para mí, ella existió y era una dama de compañía en la Corte de la Reina Caterina Cornaro. Sin embargo, ésta es mi única interpretación del mito.

La Tempestad ha sido llamado el primer paisaje de la historia de la pintura occidental. Me encanta esta obra y he disfrutado tejiendo su creación en mi romance. *Señora de Asolo* es una obra de ficción, sin embargo, y es sólo mi visión de cómo habrían sucedido las cosas.

La creación de la *Venus Dormida* de Giorgione también ha sido idealizada en mi novela. Aunque no es obvio tras una inspección de que tanto esta obra como *La Tempestad* describen a la misma mujer, he usado la licencia artística y me he imaginado que lo eran, y que la mujer es Cecilia, el amor verdadero de Zorzo.

Había una noble veneciana, Caterina Cornaro, quien estuvo casada con el Rey de Chipre y se convirtió en la Soberana Señora de Asolo. Ella murió en Venecia el 10 de julio de 1510, un año después de que Barco, su villa de las delicias, fuera destruida por un incendio empezado por las tropas de la Liga de Cambrai. Fue allí donde ella había establecido una corte de distinción artística y literaria, y donde Pietro Bembo situó sus diálogos platónicos sobre el amor: *Gli Asolani*.

Me siento privilegiada por vivir con mi marido y dos gatos cerca de Asolo. Mi hogar está en el reconvertido estudio de un artista junto a una vieja granja, donde, de noche, a veces puedo oír el sonido de un laúd tocando melodías con siglos de antigüedad. Hay una iglesia al pie de la colina que data del siglo XII. Los gatos no van allí: la encuentran demasiado aterradora.

He leído los siguientes libros en busca de inspiración e información:

Baldassare Castiglione, *The Book of the Courtier*

Herbert Cook, *Giorgione*

Peter W. Edbury, Joachim G. Joachi, Terence Mullaly, *Caterina Cornaro Queen of Cyprus*

Antonella Gotti, *Caterina Cornaro, Regina di Cipro e Signora di Asolo*

Thomas Kabdebo, *Tracking Giorgione*

Alberto Ongarato, *Giorgione da Castelfranco, L'uomo, l'artista, il mito*

Espero que hayas disfrutado leyendo *Señora de Asolo* tanto como yo he disfrutado escribiéndola. Tu opinión es importante para mí y me encantaría saber lo que piensas sobre Fern, Luca, Cecilia, y Zorzo. Estaré vigilante en busca de reseñas, o simplemente puedes enviarme unas líneas por email info@fragrantpublishing.com. Por favor, sigue <http://fragrantpublishing.com/> para actualizaciones. Puedes conectar conmigo en Twitter @siobhandaiko.

Tabla de Contenidos

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com